

El patólogo

Parte II: Schopenhauerland

Max Kroennen

Título original: El patólogo. Parte II: Schopenhauerland

Autor: Max Kroennen

Corrección: Rosina Iglesias

Maquetación y cubierta: Manuel Miranda Jiménez

I Edición

© de Max Kroennen

ISBN: 978-0-578-65459-1

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la reproducción de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Advertencia

Para comprender esta historia habrá que haber leído el primer libro:
El Patólogo. Parte I: Memento Mori.

Los hechos y personajes aquí mostrados son ficción.
Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

ÍNDICE

Advertencia.....	5
CAPÍTULO I.....	7
CAPÍTULO II.....	11
CAPÍTULO III.....	21
CAPÍTULO IV.....	25
CAPÍTULO V.....	35
CAPÍTULO VI.....	43
CAPÍTULO VII.....	49
CAPÍTULO VIII.....	53
CAPÍTULO IX.....	61
CAPÍTULO X.....	71
CAPÍTULO XI.....	89
CAPÍTULO XII.....	99
CAPÍTULO XIII.....	107
CAPÍTULO XIV.....	117
CAPÍTULO XV.....	121
CAPÍTULO XVI.....	131
CAPÍTULO XVII.....	141
CAPÍTULO XVIII.....	151
CAPÍTULO XIX.....	159
CAPÍTULO XX.....	163
CAPÍTULO XXI.....	171
CAPÍTULO XXII.....	181
CAPÍTULO XXIII.....	187
CAPÍTULO XXIV.....	205
CAPÍTULO XXV.....	215
CAPÍTULO XXVI.....	221
CAPÍTULO XXVII.....	227
CAPÍTULO XXVIII.....	233
Personajes.....	239
Agradecimientos.....	241

CAPÍTULO I

Los residentes de la tranquila ciudad de Heimstadt ya se habían olvidado cuando había sido la última vez que habían escuchado tantas sirenas policiales en simultáneo como en aquella apacible noche de verano. —Debe de ser por el Festival de Cultura. Alguien que bebió más de la cuenta, seguramente —le comentó la tierna anciana que miraba curiosa por la ventana de su apartamento de la calle Edison a su marido.

Este leía plácidamente un libro de cuentos de Anton Chejov en la sala de estar y no le podía importar menos el origen de aquel alboroto. —Probablemente... —musitó instintivamente sin disimular su escaso interés.

La pulcra fachada del hospital de Heimstadt, atestada ahora de patrullas y vehículos oficiales aparcados en doble fila, parecía una casa de familia norteamericana en vísperas de Navidad, decorada para la ocasión. El detective Vandergelb había sido uno de los primeros en llegar, tan solo unos quince minutos después de las unidades de apoyo locales. Tras escuchar la indisimulable conmoción de Angélica al teléfono, no había dudado en aplicar sus habilidades conductivas aprendidas en la academia para socorrer cuanto antes a su afligida amante. Desde su transferencia a la pequeña ciudad de Gilberstadt, aún no había tenido oportunidad de pisar a fondo el potente motor V8 de su Ford Crown Victoria Interceptor, que había adquirido orgullosamente en una subasta de Internet. Fanático de los policiales hollywoodenses de los noventa, había utilizado a sus contactos del puerto de Hamburgo para importarlo desde La Florida sin pagar una sola tasa aduanera.

—¡Angie!, ¿os encontráis bien? ¿Qué demonios ocurrió? —le preguntó agitado y eufórico por la carrera. Su compañera estaba sentada junto a su hijo en uno de los sillones de la sala de espera de la recepción. El niño estaba cubierto con una frazada de polar, refugiado en posición fetal sobre el regazo

de su madre, quien no paraba de acariciarle el cabello para reconfortarlo de aquel mar de lágrimas en el que se había inmerso hacía más de media hora.

—Estamos bien, Matías, gracias. Como verás, no te puedo dar muchos detalles —le dijo con la voz quebrada, señalándole con los ojos a su hijo—. Pídele, por favor, a uno de los oficiales que te indique donde está la capilla y ve hacia allá. Yo me iré con Simón a casa.

—¿No quieres que os lleve? —le ofreció el detective, solidarizado con la situación.

—No, Matías. Prefiero que te quedes aquí a investigar, así atrapamos cuanto antes a este... —apoyó suavemente la mano sobre el oído de su hijo— ...maldito hijo de puta —finalizó indignada.

—Ok, entiendo. ¿Precisas ayuda? —le preguntó amablemente al ver a su compañera tratando de reincorporar suavemente a Simón sobre el respaldo del sillón.

—Sí, por favor. Sostenlo para que pueda levantarme —le solicitó.

El detective tomó por los hombros al niño y lo apoyó suavemente contra la unión del respaldo y el apoyabrazos del gran sillón de cuero negro de tres cuerpos de estilo clásico. —¿Así está bien, Angie? —le preguntó después de acomodar a Simón lo mejor que pudo, dada su nula resistencia por mantenerse firme y quieto sobre el mobiliario.

—Perfecto, muchas gracias, Matías. Te pido ahora un último favor, si eres tan amable. ¿Podrías traerme un vaso de agua del dispensador que está allí al lado de la recepcionista? —le rogó mientras miraba a su hijo con compasión.

—Por supuesto —le contestó, y salió a toda prisa hacia allá.

Angélica, observando al detective con disimulo mientras se alejaba, aprovechó para extraer de un blíster de su cartera una de las diez píldoras de diazepam que llevaba siempre consigo y la colocó estratégicamente entre los dedos para que nadie la notara.

—Aquí tienes, Angie —le entregó el vaso desechable con agua—, ¿me podrías al menos dar un breve adelanto de lo que ha sucedido? —le preguntó casi en un susurro para que no lo oyera el niño.

Angélica observó que su hijo seguía en estado de *shock* con la mirada perdida y tiritando a ratos, por lo que se animó a contarle a su compañero brevemente lo que había acontecido: —La segunda víctima del rompecabezas humano es una niña huérfana de doce años que padecía de linfoma y que

estaba siendo tratada en este hospital. Simón la conoció ayer a través del doctor Goering y en tan solo un día se hicieron íntimos amigos. —Hizo una pausa para aclararse la garganta por la congoja y aprovechó para pulverizar la pastilla de diazepam con los dedos. Con la habilidad de un drogadicto de la década del 70, colocó el polvo resultante en la cavidad de la uña larga y esculpida del dedo meñique.

—¡Ves lo que te digo, Angie! —exclamó el detective, indignado—. El maldito psicópata del doctor Goering tiene que estar involucrado. Si conocía a la niña como para presentársela a tu hijo, ¿me vas a decir que no sabía lo de su trasplante?

—Baja la voz, Matías, por favor —lo reprendió Angélica, preocupada porque su hijo escuchara algo que pudiera empeorar aun más su situación—. La verdad es que ya no sé qué creer... Por eso será mejor que vayas cuanto antes al lugar de los hechos antes de que algún policía inepto contamine la escena.

—Sí, tienes razón —concordó resignado—, pero antes déjame ayudarte con tu hijo para que os podáis ir a descansar —se ofreció y se agachó a la altura de Simón para ayudarlo a reincorporarse.

Angélica vertió con discreción el polvo en el vaso y lo secundó. —Hijo, ¿me escuchas? Ya nos vamos. Por favor, bebe un poco de agua —le instó su madre con dulzura, ahora sentada a su lado y acariciándole el cabello con la mano libre.

—Vamos, Simón, debes ser fuerte. Hazlo por tu madre; ella necesita de ti tanto como tú de ella —agregó el detective al ver que el pequeño seguía aún sumido en su trance. Segundos después, el niño extendió lentamente la mano hacia el vaso y bebió todo su contenido.

El detective acompañó a Angélica y a Simón hacia la salida y los escoltó hasta el vehículo de la psiquiatra. Su deportivo seguía aparcado en el espacio designado para recoger y descargar pasajeros, pero rodeado de patrullas de la Policía Local como en una redada de película. Matías acomodó al niño en el asiento del acompañante y buscó a continuación a la persona a cargo de controlar la entrada del hospital para que le despejara los vehículos oficiales del camino de su compañera.

Tras observar al flamante Peugeot perderse en las desoladas calles de la ciudad, el detective Vandergelb aprovechó para fumarse uno de sus cigarrillos. Después de la última calada, llamó a su esposa y le avisó de que llegaría tarde. Sabía que le esperaba una noche muy larga.

CAPÍTULO II

Durante el corto trayecto de regreso a su hogar por las calles pulcras e iluminadas de la ciudad, Angélica no pudo evitar intercalar con imprudencia la mirada entre el camino y su hijo. Simón había apoyado la cabeza contra el cristal de la ventana y lucía una expresión catatónica. Los ojos apagados parecían inmunes a los estímulos externos que le ofrecía la urbanización esa cálida noche de verano.

Heimstadt era famosa por la rigurosa limpieza, la meticulosa disposición de las señalizaciones y por sus comercios de fachadas homogéneas. A esas horas, la desolada ciudad se asemejaba a un estudio cinematográfico. Y el logro de aquella cualidad se debía al arraigado sentido comunitario y solidario de sus habitantes, incentivado incansablemente por el Ayuntamiento a través de los medios locales y la enseñanza pública. El alcalde Oppenheimer era un ferviente partidario del uso de la tecnología y nunca escatimaba su presupuesto para mejorar y simplificar su administración. Hacía unos años, la pequeña y selecta Asamblea Legislativa había aprobado su propuesta de tendido de fibra óptica subterránea para modernizar las comunicaciones y conectar cámaras de vigilancia en todas las intersecciones de los puntos clave de la metrópoli.

Detenida ahora en una de las esquinas monitoreadas por la alcaldía a la espera de la luz verde de la señal de tráfico, Angélica extendió el brazo derecho y acarició a Simón en el muslo.

—¿Cómo te sientes, hijo? Ya estamos a unas pocas manzanas de casa — le comentó con cariño.

—No muy bien, creo que me voy a quedar dormido en... —y antes de que pudiera terminar la frase, su cabeza se inclinó suavemente hacia el respaldo, rendida ante las drogas suministradas por su madre.

—¡Aguanta, hijo! Solo unos minutos más, por favor —exclamó Angélica, quien no quería tener que cargarlo hasta el apartamento.

El sutil ronquido del abatido niño fue la única respuesta que obtuvo.

Tan solo cinco minutos después de que Simón se desmayara, Angélica aparcó su deportivo en el espacio asignado a su unidad. Los Grunnewald vivían en un moderno edificio de ocho plantas situado en uno de los barrios más exclusivos de la ciudad. —Hijo, hemos llegado —le dijo con la voz entrecortada y lo palmeó en el hombro repetidas veces para ver si eso lo despertaba. Tras realizar un veloz cálculo mental del peso del niño y los miligramos de diazepam que le había suministrado, se terminó de convencer de que no tendría otra alternativa que cargarlo hasta su dormitorio.

Angélica se bajó del vehículo y se dirigió hasta la puerta del acompañante para comenzar con la odisea del traslado del pequeño durmiente. De pie ahora ante su hijo, comenzó a elucubrar las posibles maneras de llevar a cabo la tarea. Mirando a su alrededor en busca de algún vecino salvador, se detuvo repentinamente ante el carro metálico provisto por la administración del condominio para que sus moradores cargasen sus provisiones.

Después de sacarse los zapatos de tacón de aguja para tener más estabilidad, Angélica cargó a Simón con gran esfuerzo y lo depositó como pudo dentro del carro. A pesar de la contextura menuda del niño, no había podido evitar que las piernas quedaran colgando fuera del canasto. Tras varios intentos frustrados de convertir a su hijo en un flexible faquir hindú, aceptó finalmente que no había mejor manera de acomodarlo. Acto seguido, lo cubrió estratégicamente con sus pertenencias para evitar las miradas indiscretas de algún vecino entrometido.

La cansada psiquiatra se calzó nuevamente sus costosos estiletos y miró a la cámara de seguridad que colgaba por encima de ella. Recordó que nadie la monitoreaba en tiempo real y eso la reconfortó. —Espero que un asistente social nunca vea esta filmación —se dijo a sí misma cuando comenzó a empujar el carro, del cual ahora colgaban, como dos embutidos en fiambrería española, las piernas delgadas e inertes del niño.

Para su fortuna, el ascensor de servicio la aguardaba allí con sus puertas abiertas. Con una mueca que se asemejaba a una sonrisa, Angélica aceleró su torpe andar. Temiendo que alguien lo llamara desde otra planta, lanzó con fuerza el carro hacia adelante como una competidora de *curling* en las olimpiadas de invierno. En su afán por bloquear el sensor de cierre automático de las puertas del ascensor, se había olvidado de las piernas colgantes de su

hijo. Como los topes de choque de un vagón locomotor, las extremidades del niño absorbieron el violento impacto contra el panel interno del receptáculo.

Paralizada por las consecuencias de su acto, la exhausta psiquiatra comenzó a reírse inconscientemente como una desquiciada. Pero, tan solo unos segundos después, mientras le revisaba los pies a Simón en busca de alguna lesión, su algarabía le cedió su lugar a un llanto impotente.

—Contrólate, Angélica, ¡por favor! ¡Pareces una maniática! —se regañó a sí misma mientras se miraba en el espejo del ascensor e intentaba borrar con saliva el rímel corrido por las lágrimas—. Dios mío, parezco un personaje salido de *Pesadilla antes de Navidad* —se mofó cuando se apaciguaron sus nervios. A continuación, presionó una y otra vez el botón del séptimo como si tal acción acelerara el mecanismo. Lo último que quería ahora era lidiar con algún vecino y tener que explicar por qué llevaba a su hijo inconsciente en el carro de los víveres. Para su desgracia, el moderno ascensor comenzó a desacelerar su carrera apenas en la primera planta de su recorrido. Iracunda, y aprovechando que su hijo no podía oírla, profirió todos los improperios que se le vinieron a la mente. Segundos antes de que se abrieran las puertas, se colocó rápidamente sus gafas de sol del estilo de Sophia Loren para cubrir los estragos que había dejado su manoseo en su sensual rostro.

—Planta baja —anunció la voz femenina masterizada del altavoz para la asistencia de personas con discapacidad visual.

Angélica colocó su bolso encima de su hijo y se acomodó estratégicamente delante del carro para tapar sus magulladas piernas. Aún tenía esperanzas de que su presencia pasara desapercibida. Las puertas del ascensor se abrieron y se encontró frente a frente con Fritz Fleischmann, un simpático cardiólogo de ochenta y tres años que vivía en la tercera planta del condominio desde el día uno de su inauguración. Muy apreciado por toda la comunidad médica, aún seguía ejerciendo la disciplina en el hospital de la ciudad.

—¡Doctora Grunnewald, buenas noches! —exclamó el anciano al verla.

—Doctor Fleischmann, buenas noches. Qué sorpresa verlo a estas horas —le respondió tratando de sonar lo más natural posible.

—Doctora Grunnewald, ¿está insinuando que por mi edad ya debería estar durmiendo?

—Esto..., no... no quise decir eso —se excusó avergonzada. Aunque, en efecto, esa había sido la intención de su comentario.

—Descuide, solo bromeo. Créame que me gustaría estar ya recostado en mi cama con un buen libro —replicó con una sonrisa bonachona, al tiempo que presionaba el botón del tercero.

El señor Fleischmann se acomodó al lado de su interlocutora y no pudo evitar mirar de reojo el carro de los víveres: —Y pensar que en mi época había que esperar nueve meses para conseguir uno... Y ahora —le señaló con los ojos a Simón—, hasta en el supermercado los ofrecen. ¿Sabe si los hay de otras edades? —le preguntó con ironía.

Angélica tardó en reaccionar ante el inesperado chascarrillo. Y pronta a responderle, su vecino se le anticipó para evitarle el mal momento. —Descuide, sigo bromeando, doctora Grunnewald. Parece que no soy el único que tuvo un largo día hoy...

—Ni que lo diga, doctor Fleischmann, ni se imagina —contestó, ahora relajada ante la simpatía de su legendario vecino.

—Perdóneme que no me ofrezca a cargarlo, pero mis articulaciones y mi espalda se retiraron hace varios años ya.

—Oh, por favor, descuide, doctor Fleischmann. La parte más complicada ya pasó —le explicó—. Le agradezco mucho el gesto, de todas maneras.

—Faltaba más —repuso el anciano y se despidió con una sutil reverencia cuando la voz artificial femenina anunció la llegada a su planta.

Confiada en que se habían acabado las interacciones sociales, Angélica se acomodó detrás del carro para salir corriendo de allí cuando llegara a su destino. Pero la suerte no estaba de su lado. Cumpliendo con el último paseo del día, sus vecinas del piso contiguo aguardaban pacientes en el vestíbulo del ascensor junto a su pequeño bulldog francés.

Helga Bitterman y Gracie Krupp eran pareja desde hacía quince años y se habían mudado al edificio de la psiquiatra cuando a la primera de ellas la promovieron a gerente de Desarrollo en el laboratorio farmacológico para el que trabajaba. Helga, de cuarenta y ocho años y contextura robusta, medía casi un metro ochenta de estatura y lucía orgullosa un corte de pelo militar, peinado con gel fijador masculino. Al contrario de lo que creía la mayoría de la gente, disfrutaba ser confundida con una persona del sexo masculino.

Gracie Krupp era prácticamente su polo opuesto. Medía veinte centímetros menos que ella y tenía una delgadez extrema. De larga cabellera castaña descuidada y grandes gafas metálicas circulares, enseñaba desde hace

más de veinte años en una de las escuelas públicas de mayor prestigio de la ciudad. La misma escuela donde casualmente cursaba el ahora inconsciente hijo de su vecina.

Ambas mujeres se habían conocido a través de uno de los primeros sitios web de citas alternativas del país y habían mantenido su relación en secreto durante años por voluntad de Gracie, quien temía las repercusiones en su familia y su trabajo. Pero todo cambió cuando Friedrich Oppenheimer asumió la alcaldía de la ciudad. Su fuerte campaña en favor de la igualdad e integración de la comunidad LGBT local la habían animado finalmente a sincerarse con su entorno. Helga, por el contrario, nunca había tenido inconvenientes en expresar su condición, la cual tampoco era muy difícil de dilucidar.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, Angélica salió disparada como en el arranque de una carrera. Helga, quien se encontraba justo en la trayectoria de su vecina, rápida de reflejos extendió sus fornidos brazos y detuvo el carro antes de que las piernas de Simón impactaran contra su abdomen. Gracie dio un salto tosco hacia atrás, arrastrando consigo a su pequeña mascota. La perra chilló y se orinó del susto sobre la costosa alfombra del vestíbulo.

—¡Gracie, Helga! ¡Casi me da un infarto! —exclamó nerviosa la psiquiatra.

—¡Lo mismo digo yo! —contestó sonriente su voluptuosa vecina, mientras miraba curiosa el carro de los víveres.

—Buenas noches, Angélica —interrumpió Gracie, seria y de mala gana. La vecina menuda la detestaba. Feminista acérrima, la consideraba una burda cosificación de la mujer. Una representación de todo lo contrario de lo que su movimiento abogaba. Pero lo que más le indignaba era que a su pareja se le iban los ojos cada vez que se la cruzaban en las áreas comunes del edificio.

—¿No está un poquito grande este niño para que lo anden llevando en carrito? —le preguntó Helga a modo de broma, ignorando el repentino mal humor de su concubina.

—Ni que lo digas, pero está frito y no lo puedo despertar. Y, como bien observaste, ya está muy pesado para andar alzándolo como a un bebé.

—Déjame ayudarte entonces a acomodarlo en su habitación —le ofreció su morruda vecina no sin antes voltearse hacia su pareja para ver si aprobaba el gesto. Gracie solo atinó a mirarla de manera fulminante y con un dejo de resignación.

—¿En serio, Helga? ¿No te molestaría? —le contestó la psiquiatra exagerando la dulzura de su tono. Sabía muy bien que su vecina se deleitaba con su presencia.

—Descuida, no hay problema —interrumpió Gracie con una simpatía forzada—. Yo iré a pasear con Frida mientras Helga te ayuda a arropar a mi exalumno favorito.

—¡Qué haría sin mis queridas vecinas! —exclamó Angélica con la misma hipocresía que su interlocutora.

Helga tomó ahora el carro de los víveres y, contenta como una niña en su primera visita a Disney World, siguió a la sensual psiquiatra hasta su apartamento. Al igual que la mayoría de los hombres, observó los atributos traseros de su guía durante todo el trayecto.

El apartamento de Angélica estaba dividido en dos plantas y tenía una superficie aproximada de ciento cincuenta metros cuadrados. En la planta baja se localizaba una gran cocina moderna con mobiliario blanco y encimeras de mármol negro italiano, la habitación de Simón con su baño privado, una sala de estar con *toilette* para las visitas y un gran comedor con capacidad para diez comensales, situado frente a un ventanal de cinco metros de altura con vistas al paseo costero y las marinas privadas del exclusivo club de yates de la ciudad.

En la planta superior se ubicaba el enorme dormitorio con vestidor de Angélica, otra sala de estar para recibir visitas, y una amplia terraza con suelo de madera. La peculiar separación de los dormitorios por plantas había sido la razón de mayor peso por la que la psiquiatra había decidido excederse de su presupuesto original a la hora de la compra de su primera propiedad. El hecho de contar con su propio espacio, separado de su hijo, le otorgaba una falsa sensación de independencia que le sentía bien a su ego cuando pasaba por alguna de sus recurrentes crisis existenciales.

—Helga, deja, por favor, el carro de los víveres en la entrada y carga a Simón hasta su habitación, si no te es molestia. No quiero que se me raye o ensucie el suelo de madera —le solicitó gentilmente mientras encendía las luces del apartamento.

—Por favor, ninguna molestia —respondió orgullosa su vecina. Acto seguido, dejó el carro en el vestíbulo y levantó al niño sin ningún esfuerzo, como si se tratase de un recién nacido—. ¡Listo! Márcame el camino hasta los aposentos de este bello durmiente —bromeó.

—Por supuesto, por aquí. —Angélica cerró la puerta detrás de sí y le hizo una seña con la mano para que la siguiera.

El dormitorio de Simón era una oda al orden y a la limpieza. Para su cumpleaños número nueve, el niño había elegido como regalo la redecoración total de la habitación. Cumpliendo con su deseo a regañadientes, su madre lo había llevado a Ikea para que eligiera él mismo el nuevo mobiliario. Y, en contra de sus pronósticos, había terminado gratamente sorprendida con las elecciones. El pequeño había seleccionado una sobria cama de madera azabache de dos plazas, un juego de bibliotecas que colmó de libros meticulosamente ordenados por tamaño y género y un nuevo escritorio de generosas dimensiones para colocar sus dos monitores de veintitrés pulgadas y el ordenador. Lo único que había mantenido de la anterior decoración era su silla de concierto con su respectivo atril donde ensayaba a diario con su flauta transversa.

—¿Estás segura de que esta es la habitación de un niño de diez años? Me asusta un poco lo increíblemente ordenada que está —bromeó Helga, después de que Angélica le abriera la puerta y encendiera la luz del escritorio.

—Increíble, ¿no? Y no solo es así con su dormitorio; también se encarga de la limpieza y orden de todos los ambientes de la planta baja, mientras que yo me ocupo de los de arriba. Y la verdad es que lo dejaría que limpie todo, pero me da un poco de vergüenza a esta altura —le confesó—. ¡Y no sabes lo bien que cocina, además! Nos turnamos un día cada uno para la cena —añadió orgullosa.

—¡No me digas! Te lo voy a pedir prestado —acotó Helga con una sonrisa, sorprendida—. Gracie me había dicho que los nuevos planes de estudios de las escuelas primarias incluían ahora asignaturas como Cocina y oficios como Fontanería y Electricidad, entre otros —le comentó a continuación.

—Correcto. Fue una iniciativa del alcalde Oppenheimer. Y, para serte franca, me pareció una idea fantástica. Todos los niños de esta ciudad al cumplir los trece años serán capaces de desempeñar cualquier tarea de los comúnmente llamados oficios básicos.

—Ojalá hubiese existido eso en mi época de colegiala. Hubiese preferido toda la vida haber aprendido a instalar un disyuntor diferencial que a crear una taza con arcilla.

—Totalmente de acuerdo, Helga. Aunque yo jamás sacaría las clases de arte. Son excelentes para el desarrollo cognitivo de los niños —le refutó Angélica.

—Lo sé, lo sé... solo bromeaba. ¿Lo recuesto sobre su cama? —preguntó Helga, quien se había dejado llevar por la conversación y se había olvidado de que aún cargaba a Simón en los brazos.

—Oh, sí, perdona. Recuéstalo del lado derecho —le instó y la acompañó hasta la cama—. De todas maneras, volviendo al tema de la educación, entre nosotras, Helga, uno de los objetivos de estas nuevas asignaturas es erradicar la inmigración de personal no especializado —le confió bajando el tono de la voz, como si alguien las pudiera escuchar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó desconcertada su robusta vecina.

—A lo que me refiero es que muchos de estos oficios son realizados en la actualidad por inmigrantes de países del tercer mundo y, no sé si lo habrás notado, pero Heimstadt no se caracteriza por ser muy hospitalaria con las minorías —le confió.

—Uhm... ¿realmente crees eso, Angélica? —preguntó Helga, incrédula—. La verdad que no lo había visto de esa manera. Pero, pensándolo bien, no suena tan disparatado ahora que lo mencionas —concluyó y dejó suavemente a Simón sobre su cama.

En el momento en que su madre manipulaba las piernas a su hijo para que estuviera más cómodo, el teléfono móvil del niño se deslizó de su bolsillo delantero y cayó delicadamente sobre el mullido acolchado de plumas. Angélica, agotada física y mentalmente, se quedó mirándolo, pensativa. Existía la posibilidad de que pudiera contener alguna filmación o fotografía relevante para la investigación.

—Helga, muchísimas gracias por tu ayuda. Déjame acompañarte hasta la puerta para no quitarte más tiempo, ¿sí? Uno de estos días podríamos organizar una cena los cuatro, ¿te parece? —le propuso con un tono conciliador, apresurando su salida para poder mirar tranquila el contenido multimedia del teléfono de su hijo.

—Nada que agradecer, ¿para qué estamos los vecinos sino? Y la idea de la cena me encanta. Le voy a comentar a Gracie en cuanto llegue —le contestó sonriente, intentando disimular su decepción por la abrupta despedida.

—Helga, sé que ya te he pedido demasiado, pero... —La psiquiatra hizo una pausa y miró el carro de los víveres con una tierna sonrisa.

—Oh, por favor, ningún problema. Lo llevaré nuevamente al subsuelo, no te preocupes —le ofreció. No había nada que no haría por ella.

—Un millón de gracias. —Angélica se le acercó y la abrazó para recompensarla.

Helga, quien no se esperaba tal gesto, cerró los ojos y se concentró en perpetuar el aroma de su vecina en su psique.

Angélica cerró la puerta detrás de sí, desdibujó la sonrisa cordial forzada del rostro y se dirigió hacia la habitación de su hijo. Allí, se sentó junto a él y comenzó a mirar las fotos y vídeos que el niño había tomado durante su paseo por el festival junto a su amiga fallecida. Cuando llegó el turno del vídeo en que Marcus insultaba a la niña y golpeaba a Simón, no pudo contener las lágrimas. —Maldito mocoso hijo de puta —susurró indignada y apagó el móvil abruptamente.

Durante unos minutos, Angélica contempló en silencio a su hijo, conmovida. Celosa de la placidez con la que dormía, concluyó que a ella también le vendría bien una ayuda extra para conciliar el sueño. Sobre todo, porque precisaba estar bien descansada para el largo día que se le avecinaba en unas pocas horas. Tras dejar el teléfono de su hijo en su mesa de luz, salió de la habitación y se dirigió hacia la cocina para hacerse de una media dosis de diazepam. Pensó en tomarse una entera, pero temía no oír el despertador.

Después de ponerse uno de sus camisones de satén color *champagne*, Angélica regresó al dormitorio de Simón para acostarse junto a él. Esa noche necesitaba sentirse acompañada. Lo abrazó por detrás y, en apenas unos minutos, madre e hijo dormían profundamente bajo los efectos del somnífero. Ambos ausentes de la triste realidad que los esperaba en su próximo despertar.

CAPÍTULO III

Rodeado de peritos forenses y curiosos policías locales, el detective Vandergelb observaba ahora paralizado el cadáver de la pequeña Clara Richter en la capilla del hospital. Acababan de empezar las pericias y, por tal motivo, todavía permanecía en la misma posición en la que el patólogo la había encontrado.

—¡Por favor, ¿se pueden retirar para dejar trabajar a los peritos?! —le gritó Matías a los oficiales que observaban estupefactos el cuerpo de la niña y no hacían más que entorpecer y contaminar la escena del crimen. El detective, protegido de pies a cabeza con la vestimenta reglamentaria para tales ocasiones, se acercó hasta uno de los especialistas que estaba delimitando el área y lo instó a apresurarse con la tarea. Los *flashes* de las cámaras fotográficas iluminaban ahora aleatoriamente la capilla como los relámpagos de una tormenta eléctrica en una noche de verano en Nueva Inglaterra. Matías se volvió a aproximar prudencialmente al cuerpo de la niña y lo observó meticulosamente desde distintas posiciones. Como un director de cine deliberando los mejores ángulos para su próxima escena.

—Detective, debemos mover a la niña para que el fotógrafo pueda tomar múltiples imágenes de su rostro —le comentó el representante de la fiscalía, visiblemente molesto por su presencia.

—Sí, no se preocupen por mí, prosigan como si no estuviera aquí —le contestó Matías en cuclillas sin dejar de observar el cuerpo de Clara.

—Créame que no se lo pediría si su figura no obstaculizara el trabajo de los peritos —replicó insistente.

Matías se puso de pie a regañadientes, miró desafiante a su interlocutor y encaró con parsimonia (para fastidiarlo) hacia la salida. Allí, se encontraba desde hacía unos minutos Bernard Mayer. Hablaba por teléfono, pausado y serio, sin poder disimular su preocupación. Vestido con un anticuado traje marrón, digno de un trabajador estatal norteamericano de los años setenta,

el canoso detective de pelo ralo con entradas incipientes reconoció a su joven colega y le hizo una señal con la mano libre para que lo aguardara.

—Detective Vandergelb, buenas noches... Aunque nada tienen de buenas, ¿verdad? —lo saludó Bernard después de finalizar la llamada.

—En efecto, detective Mayer. La víctima es una niña, paciente del hospital. Su nombre...

—Ya estoy al tanto de todo, detective —lo interrumpió cortante Bernard—. Acabo de hablar con el alcalde Oppenheimer —hizo una pausa para aclararse la garganta—, y la verdad es que está preocupado, ¿sabes? Y, por ello, me acaba de solicitar fervientemente cambiar la línea de la investigación.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Matías, intranquilo.

—Lo vamos a hacer a su manera, por fuera de los protocolos, si me entiendes... —sentenció y lo miró serio por encima de sus gafas para la presbicia.

—La verdad es que no —respondió extrañado el joven detective.

—La primera medida —prosiguió Mayer ignorando el cuestionamiento de su interlocutor— será evitar que este asesinato llegue a los medios. Y, antes de que me objetes la factibilidad de semejante tarea, quédate tranquilo que de eso se encargará Oppenheimer.

—Pero...

—Segundo —continuó Mayer levantando la voz para sosegar a su colega—, te vamos a trasladar temporalmente a la jefatura de Heimstadt y trabajarás a partir de ahora desde allí a tiempo completo hasta que resolvamos el caso.

—Entiendo —replicó Matías resignado, pero aliviado de que su participación en la investigación no se viera afectada.

—Tercero, el doctor Goering se encargará de todos los estudios forenses del caso —finalizó tajante.

—Uhm, con todo respeto, detective Mayer, pero ¿no cree que eso sea un poco imprudente? —le objetó.

—Déjame decirte algo, chico. —El viejo detective se le acercó a una incómoda distancia—. Hay demasiado en juego y, por ende, vamos a utilizar los mejores recursos que tengamos disponibles. Ya lo comprenderás a su debido momento —sentenció.

—De acuerdo —esbozó su interlocutor, como un niño reprendido.

—Y, mañana por la tarde —prosiguió Bernard—, te visitaremos Oppenheimer y yo en tu nueva oficina para que nos pongas al corriente del avance de la investigación. Es una excelente oportunidad para que te luzcas con el alcalde. Te recomiendo que no la desperdicies —finalizó, le palmeó la espalda y se hizo paso hacia el umbral de la capilla sin mediar más palabras.

—¡Señores, escúchenme un minuto! —vociferó el detective Mayer para captar la atención de todos los presentes—. Si esta noticia sale en algún medio de comunicación, considérense todos despedidos sin ningún beneficio. Muchas gracias —concluyó y se retiró lentamente con su paso cansado característico.

Matías observó desenchajado a su colega retirarse, tratando de digerir la información que había recibido. Las palabras de Mayer solo habían agregado más confusión al enfoque de la investigación y nuevos interrogantes acerca del doctor Goering y la importancia para la Alcaldía su participación en el caso. A pesar de que la falta de objetividad en tal decisión iba en contra de sus principios, sabía muy bien que un caso como este sería el *súmmum* de su carrera. Por tal motivo, optó por agachar la cabeza y acatar las demandas de sus superiores.

Consciente de la espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza, el joven detective telefoneó a su esposa para comunicarle las novedades y para informarla, como tantas otras veces, de que no lo esperara despierta. Su primer objetivo era ahora proveerse de una gran dosis de café y de uno de sus cigarrillos caseros. Tras una fugaz escala en la cantina del hospital, Matías eligió refugiarse en la tranquilidad del interior de su amado Crown Victoria. Colocó la taza de cartón de medio litro de *cappuccino* en uno de los portavasos de la consola del vehículo (hechos exageradamente grandes para el público norteamericano) y se dispuso a enrollar en papel orgánico el tabaco británico que tanto disfrutaba.

Con la ventanilla abierta de par en par y recostado sobre el respaldo de cuero levemente reclinado, el detective intercaló su preciado café con unas profundas caladas de su cigarrillo. Impasible como el protagonista de los famosos anuncios publicitarios de Camel de los años ochenta, su mente confeccionó una lista virtual de todas las actividades que debía cumplir antes de la reunión con el alcalde. No obstante, su corazonada de la implicación del doctor Goering en los homicidios no paraba de darle vueltas en la cabeza. Lo mortificaba. Seguir adelante con esa teoría podía poner en riesgo su permanencia en el caso.

Cuando ya no quedaban más que unas míseras hebras de tabaco colgando del cigarro, Matías dio una última calada para terminarlo. Nada se desperdiciaba. Lo mismo con el café. Antes de exhalar el humo, se bebió de un solo sorbo hasta la última gota. La combinación de ambos sabores y aromas lo extasiaba. Segundos después, arrojó los restos del cigarrillo por la ventana y observó su reflejo en el espejo del conductor para automotivarse. Como si se tratara de una tercera persona, se alentó a seguir sus instintos. Y, tras guiñarse el ojo de manera compinche, decidió investigar al doctor Goering hasta las últimas consecuencias.

CAPÍTULO IV

Nicholas Goering había decidido retirarse a su casa inmediatamente después de haber encontrado el cuerpo de Clara Richter en la capilla. La jornada laboral había sido muy larga y lo último que quería era lidiar con todo el circo que desataría semejante suceso. Mientras la doctora Grunnewald consolaba a Simón en uno de los sillones de la recepción del hospital a la espera de Matías, el patólogo disfrutaba de una hamburguesa dentro de su Mercedes Benz en el *parking* del mismo McDonald's donde, paradójicamente, unas horas antes habían estado madre e hijo disfrutando de su cena informal.

El momento de sosiego le vino como anillo al dedo para observar al detalle en el monitor de su vehículo los *logs*¹ de las cámaras de su vivienda, prestando especial atención a los horarios donde se dispararon las alertas de los sensores de movimiento. Una ardilla curiosa y un par de aves autóctonas revoloteando en el campo visual preestablecido de las cámaras exteriores conformaban los eventos más significativos del día. Nada que no hubiera visto antes.

Conforme con los resultados de la inspección, hizo un bollo con los envoltorios de la hamburguesa y las patatas fritas y los acomodó en la bolsa de papel reciclado provista por el establecimiento junto con la botella de agua mineral que había pedido en lugar del clásico refresco. A esas horas, el complejo de comida rápida ya estaba cerrado para la clientela de salón y solo atendían los pedidos de autoservicio. El local estaba ubicado estratégicamente en una de las salidas más concurridas de la autopista, alejado del casco histórico de la ciudad. Con el fin de preservar las costumbres y favorecer a los comerciantes locales, el Ayuntamiento había prohibido a todas las cadenas extranjeras instalarse en su centro comercial.

¹ Registro de actividades

Unos minutos después de abandonar el local de comida rápida, el altavoz de su vehículo, conectado vía *bluetooth* a su teléfono móvil, anunció una llamada entrante de Bernard Mayer.

—Detective Mayer, buenas noches. Veo que ya se enteró de la noticia — lo saludó el doctor Goering mientras esperaba la luz verde del semáforo para tomar la rampa de la autopista.

—Buenos noches, Nicholas. Efectivamente... —Hizo una pausa incómoda—... Aquí está también en conferencia el alcalde Oppenheimer.

—Nicholas, buenas noches —interrumpió de inmediato el alcalde—. Cuéntanos, por favor, qué demonios ha sucedido.

—No sé mucho más que ustedes. Simplemente, que mataron a una paciente pediátrica del hospital y que estaría relacionado con el asesinato de Florian Carlic —les explicó de modo conciso.

—¿Y dónde te encuentras ahora? —inquirió el alcalde con un dejo de ofuscación.

—De camino hacia mi residencia, doctor Oppenheimer —le contestó impasible.

—Te noto muy tranquilo, Nicholas. Me gustaría poder estar igual que tú, pero me estoy empezando a inquietar. ¿Eres consciente de todo lo que aquí está en juego? Si esto sigue escalando y se hace público a nivel nacional, podemos llegar a tener graves problemas. Y no te olvides de que tú caes conmigo también —le recordó nervioso—. Bernard, ¿qué hay de este nuevo detective que está investigando el caso? ¿Estás seguro de que está a la altura de las circunstancias?

—Es un poco joven, lo sé, pero tiene muy buenas referencias del sargento Bauer, y además se nota que tiene hambre de progreso. Creo que si lo enderezamos podría aportar mucho al proyecto, señor alcalde —le explicó el detective Mayer muy seguro de sí mismo.

«Lo dudo mucho, mi buen Bernard», pensó el patólogo, quien prefirió guardarse la opinión del detective Vandergelb.

—Bien. Te pido entonces que lo transfieras de inmediato a la jefatura de la ciudad y mañana a la tarde le daremos una visita para ver si es tan prometedor como dices.

—Delo por hecho —acordó sumiso el viejo detective.

—Nicholas, quiero que tú te encargues de la autopsia de la niña. Tienes total libertad de acción; lo haremos a nuestra manera a partir de ahora.

—Entendido, doctor —contestó el patólogo, satisfecho con la decisión.

—Perfecto. Buenas noches, Nicholas. No te molestamos más por ahora. Y tú, Bernard, quédate en la línea, por favor —se despidió el alcalde y se desconectó de la conferencia.

El patólogo cortó la comunicación y comenzó a prestar especial atención a través del espejo retrovisor a un vehículo que venía detrás del suyo desde que había entrado a la autopista. Su primera medida fue aminorar la velocidad para ver si este lo rebasaba. Negativo. El automóvil sospechoso ejecutó la misma maniobra y mantuvo la distancia que los separaba anteriormente. «Interesante... Veamos de lo que eres capaz», pensó, y pisó a continuación a fondo el acelerador del Panzer. Cuando la aguja del velocímetro llegó a los ciento ochenta kilómetros por hora, el patólogo volvió a mirar por el espejo retrovisor. La escena no había cambiado. Aquel coche aún seguía detrás del suyo a la misma distancia que antes. Confirmada la presunción, su siguiente paso consistía ahora en convertir al depredador en presa. Lo iba a atraer a sus dominios. El patólogo colocó la señal de giro y tomó la salida treinta y uno de la autopista que desembocaba en la reserva boscosa protegida por el Estado.

Detenido ahora en el semáforo de la inhóspita salida, volvió a mirar a través del espejo retrovisor. El vehículo sospechoso avanzó con indecisión y se detuvo detrás de él a menos de un metro de distancia. Los cristales tintados del Mercedes Benz y la escasa iluminación de la intersección le imposibilitaban ver con claridad al ocupante del vehículo. Pero sí pudo confirmar al menos que el conductor de aquel coche no estaba solo.

Segundos antes de que cambiara la señal del semáforo, el patólogo accionó velozmente la marcha atrás del Panzer para activar la cámara de asistencia al aparcamiento. «Te tengo, imbécil», festejó para sus adentros cuando observó con claridad en la pantalla de la consola la matrícula de su perseguidor.

—Abrir CrimeSearch y conectar a monitor —le ordenó por comando de voz a su teléfono móvil.

La aplicación que ahora transmitía la consola de su tanque alemán era la misma que utilizaba la policía de Heimstadt en sus patrulleros para verificar chapas de matriculación y prontuarios. El doctor Goering, como máxima

autoridad del Departamento de Patología Forense de la Fuerza Policial, tenía acceso irrestricto a su base de datos.

Faltando unas pocas manzanas para adentrarse en las calles oscuras y desoladas de la zona aledaña a su residencia, redujo la velocidad. Quería aprovechar las paradas en los últimos semáforos para analizar los resultados de la búsqueda devueltos por el *software*.

«BMW 535i color blanco, año 1994. Se denunció el robo del vehículo hace dos días en la ciudad de Gilbertstadt...», leyó rápidamente. Su teléfono móvil comenzó a sonar. «Número oculto», acusaba la pantalla. El patólogo, detenido ahora en un semáforo, volvió a mirar por el espejo retrovisor. El coche seguía detrás y el sujeto del asiento del acompañante agitaba exageradamente los brazos para captar su atención. Le había quedado claro. Eran ellos quienes lo estaban llamando.

El patólogo accionó el manos libres y comenzó a avanzar despacio hacia las calles sombrías y desoladas de sus confines.

—Los escucho... —vociferó ofuscado, sin dejar de intercalar la mirada entre el camino y el espejo retrovisor.

—Buenas noches, doctor. Aquí lo saludan Mario y Jorge Giovannopietro. «¿De dónde me suena ese apellido?», se preguntó el patólogo.

—Me imagino que se estará preguntando en este mismo instante quiénes somos... Déjeme refrescarle la memoria. Ayer compartió la celda con nuestro querido hermano Roberto, quien hoy yace postrado en un hospital con muerte cerebral.

«Se me fue la mano», pensó el patólogo, casi divertido. —Lo lamento, señor Giovannopietro, pero ¿qué tengo que ver yo con esa circunstancia? —le preguntó, haciéndose el desentendido.

—El detective Vander... —meditó unos segundos—, como sea que se llame, nos dijo que usted era el responsable de lo que le había sucedido a nuestro hermano.

—No sé qué les habrá dicho el detective, pero, cuando yo entré en la celda, su hermano ya estaba inconsciente sobre la litera. Y así se mantuvo durante toda mi corta estancia —les explicó con un fingido tono conciliador.

—¿Sabe qué, doctor Goering? En nuestra comunidad no hay nada más sagrado que la familia...

—Tengo pruebas —lo interrumpió el patólogo antes de que este pudiera completar su amenaza.

Silencio.

—¿Cómo dice?! —vociferó ahora Jorge Giovannopietro, impaciente e incrédulo.

—El detective Vandergelb tiene un problema personal conmigo y los está manipulando para que ustedes hagan el trabajo sucio por él. Déjenme mostrárselo, tengo filmado en mi teléfono móvil el vídeo de cuando los policías golpearon sin piedad a su hermano. Les enviaría el archivo, pero es muy pesado para transmitirlo por la red celular.

—Bien, deténgase entonces —le ordenó el hombre, tajante. El patólogo obedeció.

Ya no había ningún vestigio de civilización y la única fuente de luz provenía de los faros de los automóviles.

Mario descendió del BMW robado y comenzó a caminar lentamente hacia el Mercedes Benz.

—Bájese del coche y muéstrele el vídeo a mi hermano —le ordenó Jorge al patólogo—. Y no intente nada extraño si quiere volver a ver la luz del día —añadió amenazante.

El doctor Goering se bajó de su vehículo y, sin mediar palabra, le disparó al hombre un tiro certero en la cabeza. Jorge, aún detrás del volante, abrió los ojos como platos. No podía creer lo que acababa de ver. Petrificado por el *shock*, observó como el patólogo sujetaba a su hermano inerte como escudo humano y se acercaba hacia él apuntándole con la pistola. La lluvia de balas no se hizo esperar. Con increíble precisión, el acechado vació todo el cargador de su Glock 17 sobre el último miembro vivo del clan Giovannopietro.

Cuando los estruendos de los disparos se disiparon, el hipnótico sonido de la fauna nocturna del frondoso bosque de pinos se volvió a adueñar de la plácida noche.

Aún con el cadáver de Mario Giovannopietro a cuestas, el patólogo se acercó hasta el coche que los hermanos habían robado hacía unos días en un barrio marginal de la ciudad vecina. Con la ayuda de uno de los pies, abrió la puerta del acompañante, que había quedado entreabierta, acomodó el cuerpo en la butaca y aprovechó para apagar las luces y colocar la palanca de la transmisión automática en la marcha neutral. Acto seguido, se dirigió hacia su

vehículo, abrió el maletero y extrajo de allí una cadena de remolque. La fijó en el gancho de su parachoques trasero y en el delantero del BMW.

Camino a su residencia, con el otro coche a rastras como en una tétrica procesión fúnebre de escasa concurrencia, el patólogo revisó una vez más las grabaciones de las cámaras para evitar imprevistos. Detenido ahora enfrente del garaje, accionó su mecanismo de apertura, recargó la pistola y se bajó del vehículo para desenganchar el remolque. Tras resguardar su querido Panzer, se colocó un mono desechable y aparcó el BMW. Ahora era el turno de lidiar con las visitas.

El patólogo introdujo ambos cuerpos en bolsas de plástico para cadáveres de la Unidad de Investigación de Crímenes de la ciudad de Heimstadt y los trasladó uno por uno hasta su quirófano clandestino. Allí, preparó con diligencia una camilla con los instrumentos quirúrgicos para la ablación de órganos y comenzó con el procedimiento. Unas horas después, tras extraer todo lo que servía para trasplantar, incluyendo huesos y tejidos, continuó con el desmembramiento de los cadáveres para optimizar espacio y facilitar su posterior traslado. Reducidos a la mitad de su tamaño original, acomodó los restos en una única bolsa mortuoria como si se trataran de las piezas de un Jenga al comenzar una nueva partida. Meticuloso hasta la médula, se aseguró de que los órganos extirpados estuvieran correctamente clasificados y protegidos con sus respectivas soluciones de preservación que ralentizaban los procesos de degradación celular. «Nada mal», pensó. Con todo el cansancio acumulado y el ajetreo de aquel interminable día, había dudado por un momento de sus habilidades. Satisfecho, descartó el mono ensangrentado y comenzó con las tareas de limpieza y esterilización del instrumental. Mientras enjuagaba los utensilios, creyó oír el timbre de notificación de un teléfono móvil que no era el suyo. Cerró el grifo del fregadero y prestó atención. Estaba en lo cierto. El sonido provenía de entre las ropas de los hombres.

El patólogo se acercó hasta la mesa de disección donde había colocado los efectos personales de ambos difuntos y cogió al culpable de interrumpir su concentrada labor. La pantalla estaba bloqueada, pero aun así podía previsualizar las dos primeras líneas de los mensajes. Recorrió cada uno de ellos hasta detenerse en uno que particularmente llamó su atención. «Detective V.», acusaba el contacto de aquel SMS.

El doctor Goering se dirigió hacia el refrigerador donde había colocado los restos y desplegó la pesada bandeja metálica hacia afuera. Abrió la bolsa y zambulló el brazo hasta el codo para extraer los cuatro dedos índices que les había cercenado. Uno a uno, los colocó sobre el lector de huellas digitales del móvil hasta que dio con el que desbloqueó la pantalla. Buscó nuevamente el mensaje que le interesaba y comenzó a leer toda la conversación que había mantenido el detective con los hermanos. «Por supuesto, ¿por qué no me sorprende?», pensó al finalizar la lectura del diálogo digital. Los hermanos lo habían amenazado con «visitar» a su esposa e hija si no les proporcionaba un responsable de lo sucedido a su hermano Roberto. Y, como era de esperar, el detective no había tenido ningún reparo en mandar al patólogo al frente.

«Vamos a hacer sufrir un poco a este desgraciado», pensó con malicia. «Ya nos hicimos cargo del doctor. Pero sepa que esto no termina aquí. Disfrute mientras pueda de su linda esposa y tierna hija», escribió y envió el SMS al detective Vandergelb. Tras confirmar la lectura del mensaje por su destinatario, apagó el teléfono móvil y lo colocó, junto con el del otro hermano, en el horno esterilizador a máxima temperatura.

Su siguiente paso era deshacerse del coche robado. Se colocó un chaleco antibalas que tenía guardado para situaciones de riesgo y se dirigió al garaje para sacar los automóviles al exterior. Volvió a enganchar el brazo de remolque entre ambos y, a unos cinco kilómetros de su residencia, en un páramo deforestado, aparcó los vehículos. Allí, arrancó las placas de identificación del BMW e hizo estallar el parabrisas, que había quedado como un queso gruyere por los múltiples impactos de bala de su Glock semiautomática. Conforme con el resultado, procedió a rociar con abundante alcohol etílico las butacas y consola del viejo serie cinco alemán. Siempre le había gustado ese modelo. Lamentaba tener que destruirlo, pero no tenía opción. Sin más preámbulos, sacó unas cerillas de su pantalón, encendió unas cuantas y las lanzó en su interior. Tal como esperaba, los derruidos tapizados de pana se prendieron como pólvora china. Hipnotizado con las llamas como un niño en un fogón de campamento, tomó su teléfono móvil y marcó un número que se sabía de memoria.

—Jefatura de Policía de la ciudad de Heimstadt, aquí Eva Schneider.

—Buenas noches, señora Schneider, le habla el doctor Goering. Quisiera denunciar el abandono de un vehículo en la intersección de las calles cuatro y seis, en el departamento de Regenwald.

—Buenas noches, doctor Goering. No se preocupe, ya mismo solicito el envío de una grúa para que lo retiren de allí.

—Muchas gracias, señora Schneider. Tenga usted unas buenas noches — se despidió cortante y volvió a su vehículo a buscar su extintor.

No era la primera vez que el afamado doctor realizaba este tipo de solicitudes. Dadas las características de la desolada zona donde residía y por su cercanía con la ciudad de Gilberstadt, las autoridades solían encontrar vehículos abandonados de dudosa precedencia. En la mayoría de los casos, de gente que pretendía evitarse el arancel estatal de su destrucción o simplemente para estafar a la compañía de seguros.

Tras sofocar las llamas del interior del BMW para evitar su expansión hacia la naturaleza lindante, el patólogo decidió emprender el retorno a su residencia. Era hora de finiquitar lo que hasta ese momento consideraba un tedioso e interminable día. Se acomodó detrás del volante del Mercedes Benz y observó su teléfono móvil. Las luces de notificación titilaban ávidas de atención. Seis llamadas perdidas y cuatro mensajes de texto. Todos provenientes, como ya se lo imaginaba, del detective Vandergelb. Sonrió. Su SMS enviado desde el teléfono de sus víctimas había logrado su malintencionado cometido. Tras la conversación que había mantenido con Bernard Mayer en el hospital, el celoso detective se había convencido finalmente de la relevancia de la figura del patólogo y, por ende, de la importancia de su bienestar para su continuidad en la Policía.

Con la emisora *B5 Aktuell* ahora de acompañante, repasó de memoria durante el trayecto las tareas que habían quedado sin resolver por el incidente. Pero, a tan solo una manzana de distancia de la ansiada paz de su hogar, los distintivos destellos rojos, azules y blancos de las luminarias de una patrulla policial lo bajaron, de sopetón, a la realidad. Ofuscado, observó su teléfono y comprobó que las notificaciones vía SMS de los detectores de movimiento externos solicitaban su atención. «Bien jugado, detective», pensó mientras detenía el automóvil a la par del de sus visitantes. El oficial que se había bajado a probar suerte con el intercomunicador se llevó la mano derecha hacia el cinturón y desenfundó su arma reglamentaria. Su compañero, dentro de la patrulla, lo imitó.

—Buenas noches, oficiales, ¿los puedo ayudar con algo? —preguntó el patólogo después de bajar la ventanilla.

—¿Doctor Goering? ¿Se encuentra usted bien? —preguntó el policía novato mientras encandilaba a su interlocutor con la linterna y le apuntaba con el arma—. El detective Vandergelb nos pidió que viniéramos a...

—Todo en orden, señores. No hay nada de qué preocuparse —lo interrumpió—. Si no les molesta, me gustaría retirarme a mis aposentos a descansar. Hoy, como ya habrán oído, fue un día muy largo y mañana augura aún peor.

—Sí, sí, por supuesto, doctor Goering. Solo queríamos comprobar cómo estaba. El detective Vandergelb parecía bastante preocupado, ¿sabe? —le confió el joven, quien de inmediato le hizo una seña con el pulgar hacia arriba a su compañero para que moviera la patrulla de la entrada de la residencia.

—¡Oficial! ¡Un momento, por favor! —le gritó el patólogo antes de que este se subiese al vehículo. —Les agradecería si le comunican al detective Vandergelb que no me encontraron en mi hogar.

—¿Seguro, doctor Goering? Mire que se lo notaba un poco nervioso...

—Yo lo voy a telefonar personalmente en unos minutos, no se preocupen —le mintió. Quería hacer sufrir al detective por más tiempo.

—Muy bien, de acuerdo, doctor Goering, como usted mande. Un gusto conocerlo —se llevó la mano izquierda hacia la gorra e hizo una reverencia.

CAPÍTULO V

Sábado. Los primeros rayos de sol se escabulleron tímidamente por los resquicios de las persianas mal cerradas de su habitación. Faltaban unos pocos minutos para las siete de la mañana y Simón había comenzado a abrir lentamente los ojos. Los efectos del somnífero ya habían desaparecido, pero aún se sentía apaleado por el paseo ajetreado y accidentado del día anterior. Luchando contra los pesados párpados para despabilarse, extendió el brazo derecho hacia la mesa de luz para coger sus gafas.

Después de limpiarles los cristales con la funda de su almohada, como hacía todas las mañanas, se las colocó y se volvió a recostar boca arriba, pensativo. Nunca había deseado con tantas ansias perpetuar aquel instante previo al despertar en que el cerebro se halla aún abstraído de la realidad. Aquel instante sin tormentos ni preocupaciones. La muerte de su amiga no le había dado tregua. Ni bien recuperó la consciencia, cientos de imágenes de Clara Richter bombardearon su psique como los aliados a la ciudad de Dresde el 13 de febrero de 1945. Su trance era tal que ni siquiera se había percatado de la presencia de su madre durmiendo despatarrada a su lado.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí? —preguntó turbado cuando escuchó los sutiles ronquidos de Angélica debajo de las dos grandes almohadas que la cubrían.

Silencio.

Simón miró la hora en su reloj de pulsera y optó por dejarla dormir un rato más. Con gran esfuerzo, se reincorporó y se sentó al borde de la cama. Le dolía cada centímetro del cuerpo y en especial los tobillos. No recordaba habérselos lastimado. Despacio, apoyó los codos sobre las rodillas y se tomó la cabeza para adentrarse en uno de sus típicos trances. Estaba intentando unir secuencialmente todas las experiencias vividas el día anterior y comprender a

la vez qué es lo que había sucedido. Estaba experimentando inconscientemente la primera de las etapas del duelo: la negación.

—Tienes que pensar en positivo, tienes que pensar en positivo —se susurró a sí mismo repetidas veces como un desquiciado. Resignado, desvió su atención hacia los pantalones que había usado el día anterior, que ahora yacían arrugados y maltrechos en el suelo junto a la cama. De uno de sus bolsillos sobresalía sutilmente la pulsera de Clarita. Aquella pulsera que había buscado con tenacidad durante una hora en el lugar de la caída. Todo para complacer a su amiga y disfrutar de su enorme sonrisa cuando se la devolviera. Sus ojos comenzaron a humedecerse.

Intentando reprimir con orgullo el llanto, se puso de pie de repente y se dirigió hacia el otro lado de la cama. Revisó rápidamente la mesa de luz hasta ubicar lo que estaba buscando. El teléfono móvil de su madre. Lo tomó con sigilo, cerró suavemente la puerta de la habitación y se dirigió ahora hacia el gran ventanal de la sala de estar. Quería aprovechar la luz natural y evitar que se oyera su conversación. Recordando el tenso episodio camino al hospital, tecleó su fecha de cumpleaños para desbloquear la pantalla y buscó en el historial de llamadas el número del doctor Goering.

—Doctora Grunnewald, ¿en qué la puedo ayudar...? —atendió por fin (y de mala gana) el patólogo después de que Simón marcara su número por quinta vez.

—Doctor Goering, le habla Simón Grunnewald —replicó el niño con la voz entrecortada.

—Simón, ¿qué puedo hacer por ti? —inquirió su interlocutor con desinterés.

—¡¿Ni siquiera me va a preguntar cómo estoy?! —le preguntó indignado y sorprendido.

—No suelo hacer preguntas cuyas respuestas son obvias, Simón.

—Quiero verla, doctor Goering. ¿Me escuchó? Por favor, dígame cuando puedo pasar a despedirme —le ordenó casi al borde del llanto.

—Puedes venir después de la autopsia, si deseas.

—¿No hay posibilidad de verla antes de que usted...? —La imagen de su amiga siendo diseccionada lo perturbó.

—Lamentablemente, no. Venid al mediodía, que ya para esa hora seguro habré finalizado con el procedimiento.

—Ok, se lo diré a mi madre, entonces —contestó resignado después de una breve pausa.

Sin mediar más palabras, cortó la comunicación y observó pensativo la deslumbrante vista panorámica de la ciudad. Su respiración no tardó en empañar el cristal del ventanal. La materialización de la inconsciente función biológica involuntaria lo percató de su mortalidad. De inmediato, recordó el comentario de su amiga fallecida acerca de la gente que vivía su vida en piloto automático. —*Memento mori* —susurró, a la vez que se observaba las palmas de las manos para recordar aquel episodio en el puente de la *promenade*².

—Hijo, ¿te encuentras bien? —preguntó Angélica desde la puerta de la habitación, curiosa tras ver a Simón de pie e inmóvil en la sala de estar.

—¿Tú qué crees? —le contestó de mala manera y sin apartar la mirada del ventanal.

Su madre se acercó hasta él, lo abrazó por detrás y lo besó en la cabeza.

—¿En qué piensas, Simoncito? —le preguntó con ternura y tristeza.

—La madre de Clarita le dijo poco antes de suicidarse que la vida era una oda a la injusticia. —Los ojos de Angélica se abrieron de par en par al enterarse de que la madre de la niña se había suicidado—. Y cuánta razón tenía, ¿no crees?

—Se podría decir..., pero no te olvides de que su situación era muy particular, por no decir, tristemente particular, hijo.

—Sí, tal vez... —Hizo una pausa para suspirar—. Ahora creo comprender por qué el doctor Goering está solo —añadió.

—¿Cómo es eso? —preguntó intrigada.

—Jamás va a vivir esta maldita situación de perder a un ser querido.

—Eso no es vida, Simoncito. El doctor Goering es uno de los peores ejemplos a seguir; está claro que no sufrirá la pérdida de ningún ser querido, pero también se perderá la dicha de amar y ser amado, que son prácticamente los pilares en la vida de los seres humanos. Por ejemplo, este preciso momento, a pesar de lo triste del contexto, es incalculable para mí, ¿sabes? No cambiaría este abrazo contigo por nada del mundo —le confesó y le volvió a besar la cabellera despeinada y sucia.

2 Paseo costero

Simón sonrió casi imperceptiblemente y se refugió en el regazo de su madre. Su calor y su aroma lo reconfortaban.

—¿Por qué la mataron, mamá? ¿Quién mataría a una niña inocente y enferma? —preguntó indignado tras un par de minutos de silencio.

—No lo sé... no lo sé, de verdad —contestó triste y resignada—. Pero lo vamos a averiguar y, quienquiera que haya sido, va a ser castigado con todo el peso de la ley. Eso dalo por hecho —le aseguró, ahora con una indisimulable bronca en su tono.

—Mamá..., ¿no te sientes un poco culpable? —le preguntó a continuación con su seriedad característica.

—¿Por qué me preguntas eso, Simón? —inquirió extrañada.

—Porque tú y el detective Vander... —trató de hacer memoria, pero desistió al concluir que el nombre era irrelevante para lo que le quería plantear—... como sea, estáis a cargo de la investigación y no pudisteis atrapar al responsable antes de que matara a Clarita.

—Oh, Simoncito... Ojalá fuera tan sencillo como se ve desde tu perspectiva. No te imaginas lo complejo que es este caso —se excusó—. Es más, creo que hasta me atrevería a decir que la persona que está detrás de todo esto lleva años planificándolo —agregó para justificarse.

El niño, no conforme con la respuesta, optó por guardar silencio.

—Sabes, mamá —volvió a hablar después de unos minutos de contemplar serio su reflejo en el cristal del ventanal—, la verdad es que hubiese preferido no conocerla.

—No digas eso, hijo. ¿Sabes lo que me dijo Clarita cuando regresó del festival? Y esto te juro por mi vida que no es un invento para consolarte.

—¿Qué dijo? —preguntó curioso y mirándola de reojo.

—Dijo que había sido el mejor día de su vida. Y también... —dejó la frase inacabada, porque ahora dudaba si era prudente decirle que se había enamorado de él.

—¿De veras? —preguntó Simón, boquiabierto, sin percatarse de que su madre estaba por decirle algo más.

—Así es, hijo. Y, si no la hubieses conocido —prosiguió—, su destino lamentablemente no hubiese cambiado, ¿sabes? Por ende, tuvo la fortuna de irse con una experiencia maravillosa a cuestas, lo que no hubiese sucedido si no hubiese sido por ti. —Las lágrimas comenzaron a brotar por su rostro y no pudo

continuar. Simón se aferró fuertemente a sus brazos y, por más que lo intentó, no pudo evitar contener el llanto. —No sabes lo orgullosa que estoy de ti —le susurró Angélica entre sollozos.

Una vez apaciguadas las lágrimas, Angélica le propuso ir al sofá de la sala para estar más cómodos. Allí, el niño se recostó de espaldas sobre el pecho de su madre y ella lo entrelazó con los brazos.

—Hablé con el doctor Goering, mamá —le confesó Simón al cabo de unos minutos de mimos en silencio.

—¿Cómo? ¿Tú lo llamaste o él a ti? —preguntó Angélica desencajada. Por unos instantes, se había olvidado de que la muerte de la niña estaba relacionada con la investigación.

—Yo... con tu teléfono. Me quiero despedir de Clarita, mamá. Dijo que vayamos al mediodía al hospital.

—¿Estás completamente seguro de que quieres hacer eso, Simoncito? ¿No prefieres quedarte con su recuerdo en vida? —lo intentó disuadir.

—Segurísimo, mamá. Sobre todo, porque... —pero antes de que pudiera terminar de hablar, el teléfono móvil de Angélica comenzó a sonar.

—Disculpa, Simoncito, es una llamada importante. Si quieres, aprovecha para ducharte y yo te prepararé un rico desayuno, ¿te parece? —Le propuso y, ante el asentimiento del niño, se levantó del sofá y se dirigió con prisa hacia su habitación para hablar en privado.

—Angie, perdona si te desperté —repuso el detective Vandergelb después de que Angélica atendiera por fin el teléfono.

—Ningún problema, Matías; ya estaba levantada hace rato. ¿Cómo estás tú? Me imagino que habrás tenido un baile interesante, ¿no?

—Ni te imaginas. Estoy sin dormir, con unas ojeras que necesitan corpiño y un estrés galopante potenciado por la cafeína y las bebidas energizantes. Ya te contaré bien todo cuando nos veamos. El asesinato de esta niña cambió bastante el panorama, ¿sabes? Me trasladaron a la jefatura de Heimstadt y el alcalde le otorgó luz verde al lunático del doctor Goering para que se encargue clandestinamente de todas las pruebas forenses.

—¡¿En serio?! —replicó sorprendida Angélica—. Aquí está sucediendo algo que no quieren que se sepa, ¿no te parece?

—Sin lugar a dudas, Angie. Se me hace que los asesinatos son la punta del iceberg, nada más —replicó pensativo el detective—. En fin, por si toda

esta movida tan turbia no fuera poco, se me sumó un problema bastante complicadito...

—¿¡Que sucedió, Matías?! —inquirió nerviosa Angélica.
—Existe la posibilidad de que hayan secuestrado al doctor Goering... —se animó a decir después de una pausa incómoda.

—¡¿Qué sandeces estás diciendo, Matías?! Mi hijo acaba de hablar hace unos minutos con él por teléfono. Es más, vamos a ir a la morgue a ver a la niña en un par de horas.

—Nunca creí que iba a decir esto, pero cuanto me alegra escuchar que ese personaje siniestro se encuentre bien. Ya te contaré cuando haya tiempo el porqué de mi fallida presunción.

—Más te vale —le reprochó su amante—. En fin, debo colgar. Tengo que prepararle el desayuno a Simón. Hablamos luego, ¿sí? —Finalizó y cortó la comunicación abruptamente sin darle opción a Matías de contarle sobre su próximo encuentro con el alcalde Oppenheimer.

Angélica fue al baño de su dormitorio para acicalarse. Su pelo era un desparramo y el maquillaje se le había vuelto a correr por las lágrimas derramadas durante la emotiva charla con su hijo. En el fondo, quería tirarse en su cama y pasar el día entero viendo la televisión, pero debía mostrarse fuerte ante Simón. Demostrarle que la vida continúa. Minutos después, previa verificación de los resultados en un pequeño espejo cóncavo, se colocó una bata mullida de algodón peruano que le había regalado uno de sus tantos amantes y bajó para comenzar con los preparativos del desayuno.

Antes de llegar a la cocina, se detuvo en la entrada de la habitación de su hijo y se asomó para observar su interior. La puerta del baño estaba cerrada y se podía oír el sonido de la ducha. Le llamó la atención que el afluente de agua se oía de manera invariable, como cuando se la deja correr. Extrañada, se acercó lentamente hasta el baño. Pegó la oreja en la puerta para oír mejor y, al cabo de unos segundos, se convenció de que Simón no se estaba duchando.

—Hijo, ¿te encuentras bien? —preguntó, presa de la impaciencia.

Silencio.

Preocupada, Angélica ingresó de puntillas y se acercó hasta la bañera. Simón se había sentado en el suelo y había entrado en uno de sus trances meditativos. Cabizbajo, con la reconfortante lluvia acariciando su magullado cuerpo, se había abstraído de todo lo que lo rodeaba. Sin haberse percatado

de la presencia de su madre, el niño observaba curioso al agua sucia (producto de la tierra aún impregnada por el accidente en el parque) disipándose en el desagüe. Tal como en la famosa escena del asesinato de Janet Leigh en la película *Psicosis* de Alfred Hitchcock.

—Simón, ¿te encuentras bien? —insistió Angélica, ahora de rodillas y con la cabeza asomada entre las cortinas, observando la espalda de su hijo.

—¡Mamá! ¡Por favor! —exclamó sobresaltado por la inesperada visita—. ¿Podría tener un poco de privacidad? —le reprochó, tapándose instintivamente con las manos las partes púdicas.

—Sí, hijo, por supuesto. Solo te quería preguntar si querías panqueques o *waffles*³ para el desayuno —le mintió para que no creyese que estaba paranoica.

—*Waffles*, por favor —contestó para complacerla y para que se marchara de allí cuanto antes. No tenía ningún ánimo para pensar en comida.

—Perfecto. *Waffles* serán. ¿Ya te has olvidado de que hasta no hace mucho me pedías que yo te lavara la cabeza? —le recriminó jocosamente en vista a su actitud pudorosa.

—Mamá, ya no soy un niño pequeño, como verás —se quejó.

—No importa lo que digas, para mí, siempre serás mi bebé —concluyó con voz bufona y se retiró rauda del baño ante la evidente impaciencia de su hijo.

Tras asegurarse de que su madre se había marchado, Simón volvió a mirar hacia abajo. Quería seguir percibiendo las caricias del agua en la nuca y ver si aún quedaba algún vestigio de la tierra del parque. Para él, representaba el último nexo tangible con su fallecida amiga. Pero, para su decepción, el agua se veía ahora cristalina como de manantial. Como si nunca hubiese existido un rastro de su preciado recuerdo. —Te prometo, Clarita, que jamás voy a olvidarte —susurró.

Mientras tanto, Angélica luchaba con las medidas de leche y harina para los *waffles*. Hacía largo tiempo que no los cocinaba. Frustrada ante los fallidos intentos por lograr la consistencia adecuada de la mezcla, tomó su teléfono móvil y buscó en YouTube recetas que pudieran orientarla. Al cabo de diez minutos de observar a múltiples amas de casa con mucho tiempo libre (y pretensiones de cocineras eximias), se convenció de que debía comenzar

3 Gofres

de cero. Tiró todo lo que había hecho hasta el momento y eligió un vídeo de *waffles* belgas protagonizado por una simpática y rechoncha madre *full time* de tres hijos del Estado de Texas.

Segundos antes de que encendiera la batidora de mano, Simón entró en la cocina. Estaba vestido con su traje de gala favorito (hecho a medida por uno de los mejores sastres de la ciudad) y peinado meticulosamente a la gomina con raya al costado. Digno de estilista profesional. Ante la mirada atónita de su madre, el niño tomó asiento en una de las banquetas de la barra del desayunador.

—No tengo hambre, mamá. No te molestes en cocinar, por favor.

—Simón... —hizo una pausa, aún absorta por el vestuario y apariencia de su hijo—, es realmente hermoso el gesto, pero recuerda que no estamos yendo a un funeral —le aclaró por las dudas.

—Lo sé, mamá. Pero no me importa. Es lo mínimo que se merece Clarita.

—Oh, te daría un abrazo tan fuerte, pero sé que me vas a sacar volando si te llego a arrugar el traje...

—Tienes razón, ni se te ocurra —repuso amenazante, pero con una sutil sonrisa.

—Ok. Me iré a cambiar, entonces. En un rato salimos para el hospital, ¿te parece?

El niño asintió y observó en silencio a su madre retirarse hacia su dormitorio.

CAPÍTULO VI

El detective Vandergelb regresó por fin a su hogar alrededor de las seis de la mañana del sábado. Agotado física y mentalmente, se acomodó con sigilo en la cama para no despertar a su esposa. Hacía ya casi veinticuatro horas que estaba despierto y una parte de sí quería desmayarse y dormir durante las siguientes ocho horas. Pero el «deber» y su sentido de la responsabilidad (más los litros de bebidas energizantes y café americanos) seguían dominando a su lado ocioso.

—Matías, apestas a cigarrillo y café —se quejó Micaela, somnolienta.

—Lo siento, amor. Estuve despierto toda la noche trabajando. Como te adelanté por teléfono, hubo otro asesinato y... —pero antes de que pudiera seguir hablando, su esposa se reincorporó sobre la cama y se precipitó a encender la luz del velador. El caso le había despertado un especial interés a partir de la aparición de la figura del doctor Goering en las noticias.

—Dime, dime. Soy toda oídos.

—Mica, por favor. Estoy muy cansado para pasarte el informe detallado de los acontecimientos —se quejó el cansado detective.

—Matías, no empecemos de nuevo. ¿Te tengo que volver a repetir que he sacrificado mi trabajo, familia y amigos para mudarnos aquí? —le recriminó con una mirada fulminante.

—Ok, ok, lo siento... En resumidas cuentas, mataron a una niña de doce años enferma de cáncer en el hospital de Heimstadt —le contestó rápidamente para finiquitar el asunto cuanto antes.

—¡Oh, por Dios! ¡Qué horror!

—Sí... La situación se ha complicado... y eso nos incluye también a nosotros... —titubeó, visiblemente incómodo.

—¿Qué quieres decir, Matías? —inquirió sorprendida y con un dejo de enfado.

—Mis superiores me transfirieron a la jefatura de Heimstadt; parece que quieren que esté dedicado ciento por ciento al caso y bajo la supervisión del alcalde.

—Bueno, no es tan grave, está relativamente cerca de aquí. Te agregarás unos minutos más de tráfico, supongo.

Matías la miró con una expresión de culpa que Micaela ya conocía de memoria.

—¿¡Me estás tomando el pelo!? ¿¡Nos tenemos que mudar!? —se alteró.

—Baja la voz, por favor... Vas a despertar a la niña.

—¡Me importa una mierda si se despierta! —le gritó— ¿Eres consciente de que apenas acabamos de instalarnos en esta horrible ciudad y ahora nos tenemos que volver a mudar? ¿Por qué no puedes ir solo tú a trabajar?

—Es complicado, Micaela... —se excusó, cada vez más nervioso.

—¡No nací ayer, Matías! ¡Me estás escondiendo algo! —le gritó impaciente y se acomodó ahora frente a él para presionarlo con su fulminante mirada.

Matías suspiró con resignación e hizo una pausa para juntar valor.

—En una ramificación del caso, tuvimos unos problemas con una familia de delincuentes que juraron vengarse... —le confesó con la voz entrecortada.

Micaela se levantó de la cama sin omitir palabra y se dirigió hacia el armario. Allí, extrajo una de las maletas que habían utilizado para la mudanza y la comenzó a llenar impulsivamente con su ropa.

—Mica, por favor... Detente un segundo y hablemos, ¿sí? —le rogó Matías.

—No, señor. Esto no resiste análisis... Me voy ya mismo con Anna a la de mi madre. Y cuando toda esta situación de mierda en la que nos has metido se haya solucionado, ya hablaremos del tema para ver cómo seguimos —le explicó furiosa, gesticulando amenazadoramente con un par de corpiños en la mano.

—Micaela, esto es algo más que positivo. Escúchame, por favor. —El detective se levantó de la cama y se aproximó hacia ella para hablarle de frente—. Heimstadt es una de las mejores ciudades del país en lo que respecta a educación y seguridad.

—Sí, claro, Matías. ¡Me acabas de decir que asesinaron a una niña de doce años enferma de cáncer! ¡Por Dios! Tenemos una hija pequeña, ¿acaso no eres consciente de eso?

—Pensaba asignarte guardia policial permanente, hasta que todo esto se termine —le confesó, en un último intento por convencerla para que se quedase.

—Como si un guardia fuese un método infalible... Estamos hablando de mi vida y de la de nuestra hija. Por tanto, esto no es negociable.

Matías ya no supo qué contestarle y optó por sentarse cabizbajo a los pies de la cama.

—De todas maneras —continuó Micaela ahora más calmada—, por este maldito caso, prácticamente no te veo nunca. ¿Qué diferencia habría?

—Lo sé, Mica. Pero vosotras sois mi cable a tierra...

—Es más, vas a poder concentrarte al cien por cien, como quieren tus superiores, y no vas a tener que preocuparte por llegar a tiempo para la cena o escuchar reproches cada vez que llegas a cualquier hora. Eso sí, no creas que te voy a esperar toda la vida, ¿está claro? —le advirtió.

—Lo sé, amor, lo sé... Sabes que quiero lo mejor para ambas. Pero te prometo que todo va a cambiar cuando se resuelva el caso.

—Eso espero, Matías.

Micaela se acercó hasta su marido, se sentó sobre él y comenzó a besarlo. —No me quiero ir de aquí con las manos vacías —le susurró al oído y lo empujó hacia atrás para acostarlo boca arriba, debajo de ella. Ambos se desvistieron de inmediato y comenzaron a hacer el amor pasionalmente como hacía tiempo no lo hacían. Los oxidados resortes del viejo colchón que habían heredado del inquilino anterior comenzaron a rechinar al compás del movimiento pélvico de Micaela. En esa postura, a ella le gustaba comandar el ritmo de las penetraciones.

—Mami, ¿a qué jugáis? —preguntó curiosa Anna en el umbral de la puerta, tras despertarse por los inusitados gritos de su madre.

—¡Hija, ve a tu habitación ya mismo! —le gritó Micaela, mientras se cubría los pechos con un brazo y con la otra mano buscaba desesperada un almohadón para cubrirse el torso.

La niña salió corriendo de inmediato, asustada por la reprimenda de su madre. Pocas veces la había visto así de enfadada.

—¿No crees que fuiste muy dura? —le preguntó Matías al ver a su hija huir asustada.

—Cállate y terminemos con esto —le instó Micaela desenfadada y volvió a cabalgar a su marido con más vehemencia y sujetándolo ahora por las muñecas.

—Mica... —musitó Matías tras unos minutos de constante ajetreo. —No creo que pueda acabar —le confesó, después de que ella acercara la cabeza hacia la suya sin interrumpir el ritmo del coito.

—¡No hables, por favor! —le gritó entre jadeos y le colocó una mano en la boca. A diferencia de su marido, ella sí estaba a punto de terminar.

Micaela se mordió el labio inferior y volvió a erguirse perpendicular al cuerpo de Matías. El orgasmo era inminente y él lo sabía. Por tal motivo, incrementó la intensidad de las embestidas para liquidar de una vez con el trámite marital. Al cabo de unos segundos, la joven gimió extasiada y se dejó caer sobre el sudado cuerpo del detective.

—Lo siento, Mica. Sabes que, si acabo, después no hay quien me despierte. Y hoy a la tarde tengo que exponer el estado del caso ante el alcalde —se excusó.

—Como dicen los norteamericanos, *whatever*. Yo obtuve lo que quería y ahora prepararé mis equipaje y el de Anna. Cuando estemos listas, nos llevas a la estación de tren, ¿vale?

—Ok... —murmuró, resignado, Matías—. Eso sí —se puso de pie de un salto—, déjame hacer unas llamadas para que algún oficial te escolte durante el trayecto.

—Me dejas muy tranquila —replicó sarcástica.

—En serio, Mica, no hay de qué preocuparse —le volvió a asegurar—. Es más, hace varias horas que pesa un pedido de captura sobre estos malditos delincuentes por amenazar a un oficial de policía. Quién te dice que no hayan sido ya detenidos —le insistió para tranquilizarla.

Media hora más tarde, el detective y su familia salieron del apartamento rumbo a la estación central de Gilberstadt. Matías se había preparado un termo de un litro con café instantáneo y reabastecido de tabaco y papel para sus cigarrillos caseros. Micaela viajaba en el asiento trasero junto a Anna. La niña dormía plácidamente recostada sobre su regazo mientras ella le acariciaba el cabello y observaba las desoladas calles con aire nostálgico.

—¿En qué piensas, Mica? —preguntó Matías después de observarla a través del espejo retrovisor.

—En que voy a tener que escuchar los sermones de mi madre y su clásico latiguillo: «¿Te dije o no te dije que era una mala idea casarse con un policía?»

—le contestó, intentando imitar de manera bufona el tono de su voz.

—Ah, mi querida suegra... —suspiró el detective con resignación.

—No la culpes, Matías. Ella solo quiere lo mejor para su hija. ¿Acaso tú querrías que nuestra Anna se case con alguien como tú? —bromeó.

El detective soltó una carcajada.

—Eres mala, ¿eh?

—A las pruebas me remito —le contestó gesticulando con la mano para hacer hincapié en la situación en que se encontraban en ese instante.

Minutos más tarde, el detective aparcó en la entrada de la estación, no sin antes asegurarse de que su comprobante de «vehículo oficial» estuviera visible en el parabrisas. Lo último que quería evitar, era que lo remolcaran.

—Me llamas en cuanto lleguéis, ¿ok? —le rogó Matías.

—Por supuesto, no te vas a librar tan fácil de mí —le contestó con una sutil sonrisa.

Ambos se abrazaron durante unos segundos ante la mirada fastidiosa de la pequeña Anna, que solo tenía ganas de seguir durmiendo.

CAPÍTULO VII

La llamada de Simón Grunnewald había sorprendido al doctor Goering cuando buscaba en la antesala del garaje las neveras portátiles para transportar los órganos. Después de la breve (y molesta) conversación con el niño, guardó su teléfono en el bolsillo interno de su saco de Hugo Boss y recogió los contenedores, que no tardó en encontrar en una de las repisas superiores de los estantes de las provisiones.

De nuevo en su quirófano clandestino, abrió el compartimento refrigerado que contenía los restos de los dos hombres y extrajo los recipientes donde había colocado sus órganos. Tras una rápida inspección ocular, los colocó cuidadosamente en los recipientes isotérmicos y los cubrió con hielo y una solución fría destinada en exclusiva para el transporte de tejidos.

Sin más preámbulos, el patólogo partió hacia su querido hospital. Con la inconfundible voz de barítono del líder de la banda Crash Test Dummies de acompañante, disfrutó de una autopista desolada. Los empleados foráneos a la ciudad gozaban de licencia obligatoria los sábados y domingos, y eso repercutía favorablemente en el tráfico. Pero, lo que parecía un mero beneficio laboral, había sido en realidad una medida encubierta del Ayuntamiento para preservar a la próspera ciudad libre de visitantes indeseados durante los fines de semana. «Ojalá todos los días fueran así», pensó el doctor Goering mientras ingresaba al aparcamiento de la institución.

Gratamente sorprendido por no haberse cruzado con el guardia asignado a su planta, apoyó los contenedores en el suelo y desactivó el cerrojo de la morgue con su tarjeta de acceso. Sin tiempo que perder, se acomodó en el escritorio, inició sesión en el ordenador y, tras unos minutos de ininterrumpido tecleo, confeccionó e imprimió las etiquetas apócrifas para colocar en las neveras. No era la primera vez que lo hacía. Después de su acostumbrada revisión meticulosa de los resultados, optó por llevar el «botín» personalmente

al departamento de trasplantes. Cuando las puertas del ascensor se cerraron, el guardia que debía velar por su seguridad salió del baño manipulando absorto su teléfono móvil. Compenetrado en las actualizaciones de las redes sociales a las que estaba suscrito, jamás se percató de la presencia del afamado doctor.

—Usted está en la cuarta planta —anunció la voz femenina distorsionada del ascensor cuando llegó al destino seleccionado por su ocupante.

El patólogo caminó por el solitario pasillo hasta llegar a un sector de acceso restringido. Tal como lo había hecho hacía unos minutos en la entrada de la morgue, utilizó su tarjeta de acceso privilegiada para hacerse paso al interior del prestigioso departamento de trasplantes del hospital, dirigido por el legendario cirujano cardiovascular, Ruprecht Kohler.

—¿Doctor Goering? Qué sorpresa encontrarlo aquí en un día como hoy. Sobre todo, después del revuelo que se armó ayer —se sorprendió la veterana recepcionista de turno, Mirna Hagel, al verlo aproximarse al mostrador.

—Señora Hagel, buenos días. Les traigo trabajo para que no se aburran —le contestó el patólogo con una simpatía forzada para evitar ahondar en el suceso de la noche anterior.

—Oh, veo... ¿Dos contenedores? Una noche interesante en... —hizo una pausa para leer una de las etiquetas que el doctor Goering había adulterado— nuestra querida metrópoli vecina de Gilbertstadt, para variar. Esperemos que el hermano de nuestro querido alcalde logre enderezar esa ciudad de una vez por todas. Vaya desafío que tiene por delante, ¿no?

—En efecto, señora Hagel. Aunque, si lo logra, probablemente perderemos a uno de nuestros mejores proveedores —agregó y palmeó una de las neveras para graficar su dicho.

—Ni que lo diga —coincidió. —¡Enhorabuena, entonces! ¡manos a la obra! Nada mejor que empezar el día dándole buenas noticias a los pobres pacientes en lista de espera, ¿verdad?

El patólogo asintió, se despidió con un ademán y se retiró de allí a paso ligero.

El hospital de Heimstadt se había convertido desde hacía varios años en una de las instituciones más prestigiosas en el campo de la ablación, conservación y trasplantes de órganos. Principalmente, gracias al departamento de investigación presidido por el doctor Kohler y por las innumerables contribuciones aportadas por el doctor Goering. Favorecido por su posición y sus libertades para disponer

de todos los recursos del hospital (incluido los pacientes), el apático patólogo ensayaba sus propios experimentos en su tiempo libre. No lo hacía para salvar a la humanidad ni para ser galardonado. Lo hacía por el mero desafío y por su posible beneficio personal. Entre sus invaluable aportes, se destacaba el del uso de pacientes comatosos con daño cerebral irreversible para resguardar órganos extirpados con un mínimo nivel de degradación. La «granja viviente de órganos», apodada así por el doctor Kohler, había sido instalada en un sector de máxima seguridad en la séptima planta. La controvertida práctica jamás se había hecho pública y solo un selecto grupo de personas sabía de su existencia.

De vuelta en la morgue, el patólogo dio un repaso general a las mesas de disección. De inmediato identificó los pequeños pies descalzos de Clara Richter en la número dos. La niña había sido depositada allí después de que los peritos de criminalística finalizaran con su labor en la escena del crimen alrededor de las cuatro de la mañana. Nicholas observó su reloj de pulsera y calculó el tiempo del que disponía para practicar la autopsia antes de que Simón y su madre lo interrumpieran con sus molestas presencias. Sobrado de tiempo, aprovechó para revisar su correo electrónico y el estado de los análisis pendientes del laboratorio. Su colega, la doctora Radchenko, había cumplido con su palabra. Todas las órdenes que le había encargado ya habían sido procesadas, incluyendo «el poco prioritario» análisis de ADN del hijo de la inescrupulosa psiquiatra.

Comenzando con los trámites más irrelevantes, leyó rápidamente el reporte de ADN del niño. Tras ojear la información de rutina y administrativa del informe, se concentró en la sección de los resultados. Para su sorpresa, había una coincidencia del noventa y nueve por ciento con uno de los registros del banco de ADN del hospital. Pero, por motivos de confidencialidad, los resultados positivos obtenidos eran identificados únicamente con un código. Nada que no pudiera sortear. Aprovechándose una vez más de sus accesos ilimitados a todas las aplicaciones de la institución, el patólogo abrió una consola de lenguaje SQL y se conectó a la base de datos de ADN con el usuario SA⁴. Escribió el código de los resultados en la parte condicional de la consulta y ejecutó el comando.

Segundos más tarde, el *query*⁵ devolvió un único resultado con una infinidad de columnas que lo hacían ilegible. Sin ánimos ni tiempo para

4 System Administrator

5 Consulta de base de datos

interpretarlo, editó el comando y le quitó el asterisco en la selección de los campos y lo filtró ahora por nombre, apellido y fecha de nacimiento. Volvió a presionar la tecla F5 para ejecutar la consulta y esperó nuevamente, expectante. Ahora sí, el resultado mostró solo los datos que precisaba, pero no los que se hubiese esperado.

CAPÍTULO VIII

—Sé que estoy siendo reiterativa, pero quiero estar segura antes de que salgamos, Simón.

—Sí, mamá. Por cuarta vez, es lo que quiero —le contestó ofuscado el niño, ahora sentado en el vehículo junto a ella y observando la pulsera de Clarita para darse valor.

—Bien, allá vamos entonces —replicó su madre y presionó el botón de encendido de su Peugeot.

Durante el trayecto, Angélica subió el volumen de su emisora de radio de música pop favorita para intentar desdramatizar la triste situación. Tras los anuncios publicitarios, el locutor, con un sobreactuado entusiasmo de DJ juvenil, anunció la canción *Never give up* de la cantante estadounidense Sia. Y, como si se tratase de la palabra mágica para deshechizar a un personaje de una fábula, el nombre de la artista despertó instantáneamente a Simón de su trance meditabundo.

—¡Mamá! ¡Es Sia! —exclamó sobresaltado.

—¿La conoces, Simoncito? No sabía que te gustase la música pop —le contestó su madre, gratamente sorprendida.

—¡Era la cantante favorita de Clarita! ¡Esto tiene que ser una señal! —replicó, boquiabierto.

—No es más que una linda coincidencia, hijo. Y, sobre todo, considerando que el título de la canción se traduce como «Nunca te rindas», ¿no?

—Guau... —susurró el niño, no pudiendo evitar fantasear con un mensaje de su amiga desde el «más allá». Sube el volumen, por favor —le rogó, y ambos se dedicaron a escuchar la melodía en silencio hasta la llegada al hospital.

En el aparcamiento de la institución, la psiquiatra aprovechó la escasez de vehículos y dejó su deportivo al lado del Mercedes Benz del doctor Goering. Pronto a apagar el motor, Simón levantó la mano izquierda para gesticularle

que no lo hiciera. La canción de Sia aún no había terminado y quería escucharla hasta el final.

—Ahora comprendo por qué le gustaba tanto esta música. Al menos las dos canciones que he escuchado parecen escritas por la misma Clarita —añadió cuando acabó la melodía, cabizbajo. Detrás de sus gafas, un par de lágrimas se asomaron tímidamente

Angélica hizo amago de abrazarlo, pero Simón, rápido de reflejos, se bajó del automóvil antes de que lo alcanzara.

Madre e hijo ingresaron de la mano a la recepción del hospital y avanzaron sin anunciarse hasta el vestíbulo de los ascensores. Minutos después, delante de la entrada de la morgue, Angélica se arrodilló frente a él y lo miró a los ojos. Quería corroborar, por última vez, su intención de llevar a cabo su inusual deseo.

El niño respiró hondo y asintió en silencio para confirmarle su decisión.

Angélica, quien ya le había avisado al patólogo vía SMS de su llegada, golpeó la puerta para anunciarse y utilizó la tarjeta de acceso que aún tenía en su poder para ingresar al recinto. El doctor Goering los esperaba de pie junto a la mesa donde yacía el cuerpo cubierto de Clara Richter. Sin mediar palabra, con la fría mirada de un sirviente inglés de los años setenta, los invitó a que se acercasen. Angélica se detuvo a los pies de la mesa y Simón avanzó lentamente hasta la cabecera. El niño contempló el rostro cubierto de su amiga fallecida durante varios segundos, pensativo. Se acordó inevitablemente de la broma que le había jugado el día que la conoció, cuando se hizo pasar por muerta. El patólogo retiró el cobertor del rostro de la niña y lo colocó por encima del pecho para cubrir la incisión de la autopsia.

A pesar de su esfuerzo por minimizar la angustiante escena, la imagen seguía siendo impactante. Las suturas de la cabeza de la niña, practicadas durante la sección craneal del procedimiento, se veían enaltecidas por su calvicie. Y, por si eso no fuera poco, unos grandes hematomas violáceos alrededor del cuello delataban la manera cruel en la que la habían asesinado. Angélica, compungida, miraba ahora fijamente a su hijo. Temía que reaccionara de forma impredecible o que se desmayara por la impresión. Pero, al contrario a los temores de su madre, la psique de Simón había filtrado aquellos detalles y solo veía a su amiga, recostada plácidamente. Abstraído, contemplaba en

silencio y con indisimulable tristeza a la única amiga que había tenido en su vida.

—Hola, Clari —le susurró con la voz entrecortada—. Te traje la pulsera de tu mamá, como te había prometido. —La sacó del bolsillo interno de su *blazer* y extendió la otra mano para tomar la de la niña por debajo del cobertor. Su madre se acercó y lo ayudó a colocársela. Quería evitarle cualquier situación incómoda que pudiera surgir por la manipulación del cadáver—. Si te despiertas ahora y me asustas, te juro que no me voy a enojar, Clarita —añadió, mirando nuevamente a su amiga a la cara y sujetando fuertemente la mano inerte de manera inconsciente—. Me habías dicho que nada podía matar a *Cancer Girl*, Clari. ¿Lo recuerdas? No es justo... No es justo...

Simón se reclinó sobre la mesa de disección y estalló en sollozos.

Angélica, también conmovida, se acercó hasta su hijo y comenzó a acariciarle la espalda para reconfortarlo.

—¿Desean que los deje a solas? —preguntó el doctor Goering por cortesía, aunque en realidad solo deseaba irse de ahí para no presenciar la dramática escena que lo aburría.

—¿iCómo puede ser que usted no supiera que le habían trasplantado un riñón!? —gritó de repente Simón de manera inesperada. Su madre se petrificó. Era la primera vez que lo veía encolerizado de esa forma.

—Simón, la niña fue trasplantada hace años en otro hospital y yo no era su médico de cabecera —le explicó sereno el patólogo.

—Hijo, sé que es doloroso, pero créeme que esto era inevitable —intercedió Angélica. Ella tampoco creía a su colega, pero prefería evitar la confrontación.

—¡No, mamá! ¡Si tú y tu amigo detective os hubieseis dedicado solo a investigar, quizás se podría haber salvado! —le gritó, iracundo.

Angélica se quedó boquiabierta ante el cruel comentario.

—Hablando de inevitabilidad —intervino de inmediato el doctor Goering para poner paños fríos—, el resultado de la autopsia arrojó un panorama muy poco favorable del linfoma que Clara padecía —sentenció.

Madre e hijo miraron al patólogo, sorprendidos.

—¿Y puedo saber cómo murió? —preguntó el niño ahora más tranquilo, pero aún sollozando.

—¿Ves los hematomas del cuello?

—Oh..., sí... La estrangularon, ¿verdad? —preguntó Simón. Su tono de voz sonaba ahora resignado.

—En efecto. Y puedes quedarte tranquilo que no sufrió. De acuerdo con los patrones de los hematomas, se deduce que el perpetrador la sorprendió por detrás y...

—Es suficiente, doctor Goering —lo interrumpió Angélica, quien prefería que su hijo no escuchara detalles cruentos de la muerte de su amiga.

Simón, abatido, apoyó la cabeza sobre el regazo de su madre y ella lo abrazó para reconfortarlo.

—¿En qué mente cabe hacerle algo así a una pobre niña enferma como Clarita? —se preguntó el niño tratando de encontrarle un sentido a semejante acto irracional.

—«La fuente principal de los peores males que el hombre padece es el hombre mismo» —le contestó el patólogo, ante la mirada descolocada de su pequeño interlocutor—. Aún no has cursado Filosofía en la escuela, ¿verdad, Simón? —preguntó el patólogo.

—No, el año que viene —le contestó confundido.

—Arthur Schopenhauer —interrumpió Angélica—. Esta ciudad, sorprendentemente, venera y rinde culto a ese misógino... —agregó a continuación, indignada.

—En efecto, doctora Grunnewald. La ciudad de Heimstadt adoptó hace ya varios años muchas de las posturas del filósofo misantrópico para inculcárselas a las nuevas generaciones. Simón, ¿has visto alguna vez su escultura en la plaza central?

—Claro... —meditó unos segundos—. Pero nunca le presté mucha atención.

—Bien, la próxima vez que pases por allí lee la inscripción de la placa de bronce —le recomendó el patólogo y volvió a cubrir a la niña para ir concluyendo la visita.

—Mamá, ¿puedo ir al pabellón de Clarita? —le preguntó Simón, ahora más tranquilo.

—¿Para qué, hijo? —preguntó extrañada.

—Quiero ver si quedó alguna de sus pertenencias que pueda rescatar —le explicó con una ternura que a su madre se le hizo imposible de resistir.

—Por supuesto, Simoncito. Yo me quedaré aquí con el doctor Goering para hablar sobre el caso. Llámame o vuelve aquí cuando hayas finalizado. Y ten mucho cuidado, por favor.

El niño se volteó nuevamente hacia el cadáver de su amiga y musitó: —Adiós, Clarita. Descansa en paz.

—Simón, quiero que sepas que me encargaré de que Clara tenga un funeral digno, como ella se merecía. Le avisaré a tu madre cuando tenga certeza de la fecha para que podáis asistir —le comunicó el patólogo.

—Muchas gracias, doctor Goering. ¿Le molesta si bebo un poco de agua antes de irme? —le preguntó indeciso tras observar en el escritorio del recinto una botella de agua mineral con tres vasos.

—Adelante, para eso está —le contestó, ante la mirada extrañada de la psiquiatra por el inusual gesto de su colega.

—Me sorprende gratamente que se haya tomado la molestia para tener disponible algo de beber —le comentó Angélica, suspicaz.

—Ninguna molestia, doctora Grunnewald. Era lo mínimo que podía hacer ante una situación de estas características —se justificó, intentando parecer lo más sincero posible para ocultar sus verdaderas intenciones. Quería tomar una muestra de saliva de Simón para repetir la prueba de ADN y estar cien por ciento seguro de que los resultados eran fiables.

El niño llenó uno de los vasos hasta el tope y, como si se tratara de una competencia en una fiesta de fraternidad, se tragó su contenido en tan solo unos segundos.

—¡Espacio, hijo! —le gritó su madre, azorada.

—Perdón —contestó, tratando de contener, sin éxito un sutil eructo. Y, tras disculparse con un ademán por el embarazoso suceso, se marchó sin más.

—Debo admitir, doctor Goering, que su respuesta de Schopenhauer fue bastante apropiada. Sobre todo, porque sirvió para desviar la atención de la triste conversación —le comentó Angélica mientras caminaba lentamente hacia el escritorio del patólogo. Allí, se sirvió agua en el mismo vaso que había utilizado Simón y le estampó los gruesos labios pintados en el mismo sector donde su hijo había apoyado los suyos.

El patólogo la observaba inexpresivo, ocultando su indignación por haberle arruinado su nuevo plan de recolección de ADN.

—Y, volviendo al tema que nos compete, ¿qué más me puede decir de la autopsia de Clarita? ¿Algún hallazgo interesante?

—Lo más significativo es que la niña tenía grandes posibilidades de curarse del linfoma —le confesó con total naturalidad.

—¿Cómo dice?! Dígame que es una de sus siniestras bromas, por favor —le rogó furibunda.

—No lo es, doctora Grunnewald. ¿Cree que hice mal en mentirle a su hijo?

—No..., no..., de ninguna manera. Le agradezco que lo haya hecho. Esa noticia lo hubiese desconsolado.

—Lo que sí es cierto es que la niña murió estrangulada. El perpetrador la sorprendió por detrás y no le dio tiempo ni a reaccionar. Si observa detenidamente el cuello —corrió nuevamente el cobertor hacia abajo—, podrá hasta apreciar la marca de los dedos del asesino entre los hematomas.

—Qué horror, de verdad —susurró después de inclinarse sobre el cadáver para confirmarlo—. Por la característica del ataque, Clarita debería haber intentado zafarse o haber al menos intentado arañarlo, ¿no cree? ¿Encontró algo debajo de sus uñas, por casualidad?

—Absolutamente nada. Es altamente probable que la niña haya perdido el conocimiento a raíz del *shock* del inesperado asalto.

—Y no era para menos... Como bien dijo usted, por lo menos no sufrió —hizo una pausa, pensativa, y miró al patólogo a los ojos con el ceño fruncido—. Entonces, para resumir todos los acontecimientos... Primero, su padre; después, su asistente y ahora una niña con la que usted mantenía una inusual relación. El asesino tiene obviamente conocimientos de medicina y contactos con los hospitales y las universidades. Y no nos olvidemos de la evidente obsesión con su persona.

—Ajá —asintió el patólogo con su ya típica expresión desinteresada.

—Se da cuenta de que la clave la tiene usted, ¿no? Pero, como es tan misterioso y apático, no creo que vayamos a obtener mucho de su indagatoria, ¿verdad? La pista de Thomas Scheffer es la más fiable, pero no me cuadra lo de su padre, doctor Goering. Eso fue una jugada bastante compleja para alguien con el perfil del enfermero, ¿no cree?

—Comprendo su razonamiento, doctora Grunnewald, pero créame que estoy tan desconcertado como usted.

Angélica soltó una corta carcajada. —Discúlpeme que me ría, pero le creo menos que a Simón cuando me dice que algún día invitará a algún amigo a cenar —se mofó su interlocutora.

—Piense lo que quiera, doctora Grunnewald, es su problema.

—Lo sé, lo sé. De todas maneras, tengo fe de que el trabajo de Matías (ya no se molestaba en llamarlo «detective Vandergelb» frente a él), a pesar de su inmadurez, pronto dará sus frutos para encontrar al responsable de todo esto. Ah, y ahora que lo menciono, hoy me comentó que creía que usted había sido secuestrado. ¿Tiene idea de por qué podría haber dicho eso? —preguntó curiosa.

—Estoy tan extrañado como usted —se mofó—. Esa pregunta debería hacérsela usted al detective, doctora Grunnewald —concluyó, retornando a su seriedad acostumbrada.

CAPÍTULO IX

Tras recoger sus pertenencias de su antiguo despacho en la jefatura de Gilberstadt, el detective Vandergelb marchó rumbo a su nueva oficina en la ciudad vecina. Hacía una hora que había dejado a su esposa e hija en la estación central de tren y ya tenía sentimientos encontrados. Sin duda, las iba a extrañar, pero por otro lado se sentía aliviado de no tener que oír los reproches de Micaela. Se iba a poder dedicar por completo al caso, y eso lo regocijaba.

Media hora más tarde de un plácido viaje sin tráfico a bordo de su querido Crown Victoria, arribó al pequeño aparcamiento de la jefatura de Policía de Heimstadt. Se bajó del vehículo y, como de costumbre, encendió uno de sus cigarrillos caseros. Cuando faltaba una sola calada para acabarlo, aprovechó para descargar sus pertenencias del maletero. Toda la evidencia de la investigación la llevaba ahora en una gran caja de rollos de papel higiénico de segunda. Era lo único que había encontrado en su exjefatura lo suficientemente grande para cargar toda la documentación.

La comisaría de Policía de Heimstadt había sido remodelada hacía no menos de dos años a capricho del alcalde Oppenheimer. Fiel a su estilo, había contratado a los mejores proveedores y había invertido en tecnología de última generación. Por tal motivo, el modesto detective de Hamburgo percibió de inmediato la abrumadora diferencia con su antiguo lugar de trabajo. En cuanto ingresó al recinto, creyó encontrarse en el set de filmación de la película futurística *Minority Report*.

—¿Lo puedo ayudar, señor...? —preguntó el joven oficial que hacía a la vez de recepcionista los fines de semana.

—Oh... disculpe. Me quedé embobado mirando las instalaciones — le explicó con sinceridad—. Soy el detective Matías Vandergelb —le mostró con la mano libre su identificación—, de la ciudad de Gilberstadt y me han transferido...

—Lo estábamos esperando, detective. Bienvenido —lo interrumpió el novato al confirmar su identidad—. Tome esta tarjeta de acceso y tenga la amabilidad de subir a la tercera planta. Allí está su oficina. No podrá perdersela. Ya tiene su nombre grabado en la puerta —le indicó gentilmente y volvió a continuar con sus tareas.

—Esto es increíble... —susurró Matías cuando se detuvo en la entrada de su nuevo despacho, fascinado como un niño en su primera visita a los *Universal Studios*.

Lo primero que llamó su atención fueron los paneles divisores que delimitaban el ambiente. Eran de cristal de laminado electrónico, a los que se les podía regular la opacidad mediante una aplicación. Después de palpar con temor uno de ellos, la mirada se le desvió hacia el moderno escritorio. Estaba compuesto por múltiples pantallas que podían funcionar de manera independiente o como un *gran video wall* horizontal de sesenta pulgadas. No obstante, el usuario tenía la libertad de anular cualquiera de ellos para utilizar el sector de su preferencia como escritorio convencional. Adicionalmente, en su esquina inferior izquierda, un área del tamaño de una hoja A4 había sido destinada para escanear documentación de manera automática. Tan solo había que apoyarla en la zona delimitada y al cabo de unos segundos se transmitía al ordenador para su pronta manipulación. Y si el usuario de turno era reticente con la disposición de la gran pantalla, los monitores situados al medio podían desconectarse y ajustarse verticalmente como en los despachos tradicionales.

—¿Detective Vandergelb? —preguntó amablemente una dulce voz femenina detrás de él, mientras este intentaba comprender el funcionamiento de aquel impactante escritorio que lucía como un teléfono móvil de absurdas proporciones.

La dueña de aquella dulce voz era Millie Chamberlain, la joven asistente de veintitrés años del detective Mayer. Aún cursando la carrera de Contabilidad, Millie trabajaba además en la jefatura desde hacía poco más de un año por recomendación (y presión) de su padre, quien quería que adquiriera experiencia antes de graduarse. «Hay mucha competencia allí afuera y, por ende, necesitas contar con cierta ventaja cuando finalices la carrera. Ya lo comprenderás más adelante», le repetía cada vez que ella amagaba con renunciar. De pelo largo lacio castaño, peinado con una aburrida raya al medio, ojos azules y gafas de *carey vintage* y cara aniñada, gustaba de vestir siempre camisas de seda

entalladas y pantalones de traje ajustados que resaltaban su admirable figura. Un físico esbelto que provocaba inevitablemente más de un sutil desvío de miradas indecorosas entre sus compañeros de oficina.

—Detective, mi nombre es Millie Chamberlain y soy la asistente del detective Mayer. Disculpe que no lo haya podido recibir en la entrada, ya que llegó antes que yo —se excusó turbada mientras le extendía la delicada mano para estrechársela.

—Oh, no hay ningún problema —le dijo Matías, no sin antes colocar la ordinaria caja de cartón en el suelo para ir a saludarla.

—Gracias por la comprensión, detective —le contestó con cortesía—. Déjeme que le enseñe rápidamente su oficina y cómo funciona el equipamiento. ¿Ha trabajado alguna vez en un lugar así?

—Jamás. Estoy azorado. Me siento como en una película de ciencia ficción —se rio nervioso Matías, quien aún no salía de su asombro y tampoco podía ocultar su excitación por la bella presencia de la asistente.

—Bien, comencemos entonces por lo más sencillo. Aquí tiene la llave de su despacho. Esta posee en su llavero el control remoto de los niveles de privacidad de sus paneles de cristal —le enseñó el pequeño dispositivo que contaba con tres botones—. El signo «más» es para subir la intensidad de la opacidad, el «menos» para bajarlo y el del medio es para ir al modo predeterminado —concluyó, mediante una rápida demostración de la funcionalidad de cada uno—. Pasemos ahora al escritorio —le instó.

Matías pateó su caja con sus efectos personales hacia un lado y siguió a la joven asistente hasta el escritorio, aprovechando para mirar descaradamente sus atributos traseros. —Hermoso escritorio —comentó con doble sentido.

—Acérquese, detective, por favor. Tome asiento, que yo le mostraré lo básico —Matías obedeció y se sentó en la silla ergonómica de cuero que además contaba con un masajeador Shiatsu—. Si mira hacia la izquierda del apoyabrazos, verá el control del masajeador y la regulación electrónica de altura e inclinación.

—Guau, así no querré irme nunca a mi casa —bromeó tras encender brevemente la función de masaje lumbar.

—Ese es el objetivo —le susurró con dulzura la simpática asistente, después de guiñarle infantilmente el ojo derecho de manera compinche.

Matías sonrió nervioso. Estaba luchando enérgicamente para disipar las fantasías sexuales que el cerebro le bombardeaba.

—Observe ahora delante de usted, debajo de la mesa. Allí encontrará el teclado retráctil de su ordenador y el control maestro del escritorio y la pizarra —le indicó—. Extráigalo con cuidado, por favor. El detective obedeció, fascinado.

—Parece una botonera de una estación nuclear —bromeó.

—Concentrémonos en la parte derecha del mismo, ya que la otra no es más que un teclado QWERTY convencional. Presione ahora la tecla superior derecha, por favor. —El escritorio se iluminó tenuemente y en unos segundos la marca del fabricante se materializó en toda su dimensión—. En un instante aparecerá la pantalla de inicio de sesión. Su nombre de usuario es la primera letra de su nombre, seguido de su apellido. Y su contraseña, si se fija en su teléfono móvil, se la debería haber enviado el sistema automáticamente vía SMS. —Y, tal como lo había predicho la bella asistente, el móvil del detective no tardó en emitir su característico sonido de notificación de mensaje de texto.

Matías hizo el amago de extraerlo de su bolsillo, pero Millie lo interrumpió:

—No se moleste, detective. El usuario y la contraseña son solo a modo de *backup*. Si se fija detenidamente en la esquina inferior derecha del teclado verá un lector de huellas digitales. Por favor, deslice el dedo índice derecho.

—¿Así? —preguntó dubitativo.

—Correcto, véalo por usted mismo en las pantallas. —Estas mostraban ahora un mensaje de bienvenida con el nombre del detective y su retrato—. Escuche, por favor. —Le ordenó la joven asistente cuando vio que su interlocutor estaba por comentarle algo.

—Bienvenido, detective Vandergelb. Mi nombre es Synthia, su asistente virtual, ¿desea realizar un *tour* abreviado por la aplicación? —preguntó la voz femenina robotizada.

—Contéstele que no o presione la tecla «N». Yo le haré el *quick-tour*, detective.

—No, gracias —contestó Matías, divertido y fascinado a la vez.

—Excelente, ahora verá el clásico escritorio de cualquier sistema operativo con sus respectivos accesos directos. Fíjese en el teclado de la derecha, la segunda fila de botones es para dividir el escritorio en pantallas independientes a su propio gusto. Puede lograr el mismo efecto simplemente

achicando las ventanas de las diversas aplicaciones, pero de esta forma se ejecuta de manera automática para usted. —Se cruzó delante de él y presionó un par de botones para ejemplificar lo que acababa de explicarle.

Matías aprovechó la situación para oler el dulce perfume frutal de Ralph Lauren que Millie elegía colocarse cada dos días. La erección era inminente. Le pedía a gritos hacerse presente, como aquel alumno aplicado que levanta el brazo por encima del resto, nervioso y excitado. Mientras la asistente seguía aún delante de él intentando alcanzar la botonera, el detective extrajo con disimulo la camisa fuera del pantalón para cubrir la abultada entrepierna.

—¿Lo vio, detective Vandergelb? —preguntó después de volver a pararse a su lado.

—Sí, sí. Muy interesante, de verdad —contestó otra vez con doble sentido.

—Excelente. Ahora, déjeme mostrarle lo más divertido —añadió entusiasmada la futura contable.

—¿Más divertido que todo lo que he visto hasta ahora? —preguntó, sin dejar de sorprenderse.

—¿Me permite husmear en su caja de efectos personales, detective?

—Por supuesto, no es más que documentación y fotografías para la pizarra del caso en el que estoy trabajando.

—Mejor aún, entonces. Es justo lo que necesito. —Millie se acercó hasta la caja y se agachó sin flexionar las rodillas para buscar un documento para su demostración. Los ojos del detective se abrieron de par en par como platos ante la provocativa escena. Rápido, aprovechó para acomodarse el miembro que había quedado dolorosamente torcido por la erección.

—Esta fotografía de nuestro querido orgullo de Heimstadt servirá de maravillas. —Se acercó nuevamente hacia el escritorio.

—¿El orgullo de Heimstadt? ¿A quién se refiere? —preguntó extrañado.

—Al doctor Goering, ¿a quién más sino? Y ni hablar de que además es de ensueño —agregó sonrojada, como colegiala de anime.

La sonrisa del detective se desdibujó al instante, al igual que su erección.

—Mejor no opino —musitó Matías, celoso.

—Bien, observe atentamente. —Millie colocó el retrato del doctor Goering boca abajo en el sector de delimitado del escritorio y, en unos segundos,

la imagen se escaneó en modo automático y se presentó digitalmente en el centro de la pantalla—. ¿Vio? Parece mágico.

—Sí, muy mágico... —murmuró Matías sarcástico, mientras observaba con disgusto la fotografía de su némesis en la pantalla.

—Y ahora dígame a Synthia que encienda la pizarra —le instó al detective.

—Synthia, enciende la pizarra —repitió con un dejo de escepticismo.

—Observe ahora a su izquierda, detective —le dijo, y se movió a un lado para no obstruirle el campo visual.

El panel divisor que se encontraba a la izquierda del escritorio se iluminó en un tono blanco similar al de las pizarras de acrílico y uno de los monitores del escritorio lo imitó. —Ahora, simplemente toco la foto del doctor Goering en la pantalla y mire lo que sucede cuando la arrastro hacia el monitor blanco —le demostró la joven asistente—. ¡*Voilà!* —exclamó cuando esta apareció replicada en la pizarra—. Y así toda la información, fotografías, etc., que usted precise para armar su bosquejo, simplemente escanéelas y arrástrelas al sector blanco. Y una vez que ya tenga suficiente información... Déjeme agregar algo más para mostrarle. —Extrajo su tarjeta de identificación de la jefatura y le escaneó únicamente la parte de su retrato—. Listo —añadió, tras arrastrar su fotografía digital a la pizarra virtual.

Millie se acercó ahora hacia el panel donde se había espejado el bosquejo y, cual profesora de escuela primaria, se posicionó a su lado como para comenzar con la lección del día:

—La pizarra es *touch-screen*. Usted puede mover los documentos en cualquier posición que se le antoje —le dijo y colocó el retrato del patólogo en el centro y su fotografía a un costado—. Si aprieta en la esquina inferior izquierda, como en la barra de menú de un *Windows*, le ofrecerá toda una gama de conectores y plantillas para armar el tablero. Por ejemplo —hizo una pausa para pensar y después de unos segundos seleccionó una flecha roja—, colocaré esta línea desde mi fotografía hacia la del doctor Goering y ahora quedarán conectadas. Después, puedo seleccionar un marcador virtual y pintar en cualquier parte de la pantalla —le explicó, y dibujó alrededor del retrato del patólogo un corazón, como lo hacían las adolescentes en la década de los ochenta con los *posters* de sus ídolos de turno—. Listo —concluyó y observó sonriente al detective, esperando el *feedback* de su «alumno».

—Realmente increíble, señorita Chamberlain —le contestó Matías—. Pero no lo digo por la tecnología, sino por la admiración que le tiene a ese siniestro personaje —añadió indignado.

—Sí, debo reconocer que las primeras impresiones del doctor Goering nunca son las mejores...

—Ni las segundas, ni las terceras, y puedo seguir todo el día... —la interrumpió.

—No sea malo, detective. Es solo que tiene una personalidad muy reservada. Sus aportes han sido de gran valor para que la ciudad de Heimstadt sea hoy este pequeño Edén. O, como dicen los islandeses de su país, «el secreto mejor guardado» —le explicó con una tierna y orgullosa sonrisa.

—Ok, tendré que hacer el esfuerzo para conocerlo mejor entonces —replicó conciliador después de concluir que no valía la pena la confrontación.

—Excelente, esa es la actitud, detective. Ahora déjeme mostrarle cómo funciona el teléfono del escritorio y ya lo dejo solo para que comience con sus tareas. Si se fija en la botonera, verá que hay una tecla con el logo de un teléfono. Apriételo, por favor.

El detective obedeció y en la esquina inferior derecha del escritorio apareció un teclado telefónico virtual.

—Así de simple, ¿vivo? El sonido sale por debajo del escritorio en modo altavoz por defecto. Pero, si quiere privacidad, en la cajonera que está a su izquierda encontrará un *headset bluetooth* que se conectará automáticamente al sistema cuando lo encienda.

—Entendido, señorita Chamberlain.

—Perfecto. Y así concluye el *minitour* de su nueva oficina, detective. Si tiene alguna duda le puede preguntar a Synthia o a mí, por supuesto. Si desea beber o comer algo, el *lounge* y la cocina se encuentran al final del pasillo a la izquierda. Y los baños igual, pero a la derecha.

—Excelente. Muchas gracias por la generosa asistencia.

—Un placer, detective. Y ahora, si me disculpa, me retiro a disfrutar del fin de semana y de los últimos dos días del Festival de Cultura. Si tiene tiempo, le recomiendo que se dé una vuelta. Yo participo en uno de los eventos de la filarmónica —hizo la mímica de estar tocando un violín—, lo adiviné, ¿verdad?

Matías asintió con una sonrisa forzada. —Adiós, señorita Chamberlain. Disfrute de su fin de semana y cierre la puerta al salir, por favor —le instó, ya visiblemente impaciente con la verborrea de la joven asistente.

Ni bien se aseguró de que la joven aspirante a contable se había retirado, Matías accionó el modo máximo de opacidad de los paneles y se levantó a buscar su caja con la documentación del caso. Cuando pasó frente a la pizarra, el detective utilizó la mano libre para deshacer el corazón y borrar la foto de la asistente del tablero. —Ya veremos si seguirá siendo el orgullo de la ciudad cuando termine el caso —masculló indignado.

Nuevamente sentado en el moderno asiento masajeador, se percató de que aún estaba la foto de Millie en el escritorio virtual del ordenador. Observó la botonera detenidamente y presionó la tecla que desenchajaba las pantallas centrales y las colocaba en posición vertical como monitores convencionales. Amplió la fotografía de la joven todo lo que pudo y se desabrochó el pantalón. Tras observar el entorno una última vez, extrajo su miembro (nuevamente erecto), y, en unos pocos segundos, acabó lo que le había quedado pendiente aquella mañana con su esposa. Se apretó el prepucio con la mano derecha para no volcar el flujo seminal y buscó desesperado algún papel que pudiera utilizar como receptáculo de la descarga. Creyendo haber oído ruidos en el vestíbulo, esparció todo el contenido de la caja (paradójicamente de papel higiénico) en el suelo y revisó rápidamente toda la documentación en busca del mejor candidato. Segundos después, resignado y cada vez más nervioso, decidió utilizar la fotografía del doctor Goering que ya había sido escaneada. — Lo último que me falta es que me descubran acabando sobre el retrato de este psicópata y crean que estoy enamorado de él —se dijo a sí mismo, mientras se imaginaba divertido la escena surrealista.

Tras tirar la fotografía de su némesis en la bolsa de residuo del cesto de su escritorio, la anudó y salió de su despacho para desecharla en algún lugar menos sospechoso. Siguiendo las indicaciones de la señorita Chamberlain, se dirigió hacia los sanitarios privados que había en aquellas desoladas instalaciones. Para su fortuna, aquella planta contaba solo con tres oficinas. La de Bernard Mayer, la de su asistente y la suya. Adicionalmente, una sala de conferencias utilizada para informar sobre los avances de los casos, un *lounge* del mismo nivel que un salón *VIP* de un aeropuerto y una pequeña cocina terminaban de complementar la selecta estancia.

Tras mirar con disimulo a sus alrededores, Matías se coló cabizbajo en el baño de mujeres. Sabía que ciertos organismos oficiales revisaban la basura que generaban en busca de información confidencial tirada por accidente. Confiado de que allí dichos procesos no se aplicaban, decidió, no obstante, tomar ciertos recaudos. Acomodó estratégicamente la bolsa en el cubo de basura del lavamanos y se aseguró de cubrirla con un buen número de toallitas de papel húmedas. Finalmente, tras cerciorarse de que todo había quedado tal como lo había planeado, salió corriendo hacia su oficina. Aún en el pasillo, oyó que el teléfono de su ordenador sonaba insistentemente. —¡Synthia, atiende por favor! —gritó para probar suerte mientras ingresaba al despacho.

—A la orden —contestó la voz sintetizada—. Oficina del detective Vandergelb. Anúnciese, por favor —añadió cordialmente tras recoger la llamada.

—Aquí Bernard Mayer. Detective Vandergelb, ¡¿hola?! ¡¿Hay alguien ahí?! —preguntó irritado.

—Sí, sí, aquí estoy. Acabo de volver del sanitario. Perdóneme, detective Mayer.

—Despreocúpate, es solo que hace mucho tiempo que no lidiaba con asuntos laborales un fin de semana. Solo quería informarte de que en dos o tres horas estaré ahí con el alcalde. Por ende, me gustaría que tengas algo preparado para ese entonces.

—Así será, quédese tranquilo. Estaba justo por empezar a armar la pizarra. Su amable asistente ya me ha mostrado como funciona.

—Ah, ¿has visto lo eficiente que es la señorita Chamberlain? Y ni hablar de lo bonita, ¿eh? Pero no se lo digas a mi esposa, porque me va a obligar a cambiarla por alguna anciana experimentada —bromeó.

—No me cabe ninguna duda, detective Mayer. Y con justa razón... —coincidió Matías después de reírse forzosamente para consentir a su superior.

—Una lástima que sea temporal. Lamentablemente, quiere trabajar en algo relacionado a su carrera, ¿sabes?

—Mire usted, no lo sabía...

—En fin, no te quiero quitar más tiempo. Prefiero que lo aproveches para preparar una presentación, así te luces con el alcalde. Te sugiero que sigas mi consejo, ya que puede augurarte un gran futuro si haces las cosas bien.

—No se preocupe, Mayer. No los voy a defraudar —le aseguró confiado.

—Excelente, muchacho. Esa es la actitud que me gusta. Nos veremos en unas horas, entonces. Adiós —se despidió y cortó la comunicación antes de que su interlocutor pudiera devolverle el saludo.

CAPÍTULO X

Aprovechando que no había nadie a su alrededor, una de las enfermeras de turno del pabellón de oncología pediátrica se acomodó en su asiento de la recepción para revisar su teléfono móvil. Pero nada más comenzó a leer los mensajes que había recibido, percibió a través del rabillo del ojo que alguien detrás del mostrador demandaba impaciente su atención. La ordenanza, visiblemente ofuscada, levantó sin interés la vista por encima de sus gafas de lectura para ver de quién se trataba. Frente a sí, un niño vestido de traje y peinado con gomina como cantante de tango de los años cuarenta, la miraba con una sonrisa forzada.

—¡Casi me matas de un susto, rapaz! —exclamó la enfermera de cabello rojo chillón, resultado de una tintura de bajo coste— ¿¡Acaso te has escapado de tu entierro!? —se mofó con crudeza.

—Hola, enfermera Markova —la saludó Simón, después de leer la identificación en la blusa de la antipática empleada—. No fue mi intención asustarla, señorita. Discúlpeme, por favor.

—Está bien, niño, ya pasó. Y soy «señora», no «señorita», ¿entendido? —lo corrigió sin aflojarle su apática actitud—. ¿A quién vienes a ver? —preguntó a continuación, volviendo a bajar la mirada hacia su teléfono móvil.

—Es un poco complicado. Verá, soy amigo de Clara Richter y me gustaría ver dónde dormía y si ha quedado alguna de sus pertenencias...

—Querrás decir «eras amigo», en tiempo pasado —lo corrigió con indiferencia, aún observando la pantalla de su teléfono—. De cualquier manera —prosiguió sin darle tiempo a réplica—, no será posible, niño. De seguro tendrás tus buenas intenciones, pero tenemos órdenes de la Policía de no dejar que nadie se acerque a ese sector. Y las pocas pertenencias que la señorita Richter tenía ya fueron confiscadas por los oficiales —concluyó cortante y dando por terminado el diálogo.

Visiblemente triste y decepcionado, Simón le agradeció por su ayuda y enfiló hacia la salida. Pero, antes de llegar al vestíbulo, una alegre y estrepitosa voz irrumpió la armonía de la estéril recepción.

—Elena, ¿quién es este bonito muñequito de tarta nupcial que está para robárselo y colocarlo en la mesita de noche?! —exclamó una enfermera joven y regordeta que acababa de salir del pabellón.

—Hola, enfermera... —Simón se le acercó y se concentró en sus voluptuosos pechos—. Discúlpeme, señorita, pero no alcanzo a leer su identificación. —Se excusó de inmediato, avergonzado por quedar como un fisgón de la figura de la recién llegada.

—No te preocupes, hijo. Me llamo Gertrudis, pero todos me dicen Trudy. —Estiró el brazo regordete hasta el rostro de su pequeño interlocutor y le pellizó juguetonamente uno de los cachetes—. Perdona, pero lo tenía que hacer para ver si eras real —le dijo entre risas, las cuales también contagiaron a su elegante visitante.

La enfermera Markova, acostumbrada a la exuberancia de su colega, levantó la vista unos segundos para observar la escena con su clásica mirada despectiva de suegra disconforme.

—¿Dime qué hace un muchachito tan elegante como tú por aquí? ¿Vienes a ver a algún amiguito o amiguita? —inquirió con ternura la voluptuosa ordenanza.

—Quiere ver dónde dormía Clara Richter —interrumpió ofuscada su compañera, que seguía sin apartar la vista de su teléfono.

—Ohhh... ¡me voy a morir de ternura! —exclamó Trudy.

—La que casi se muere soy yo —interrumpió nuevamente la antipática enfermera—. Parecería que se ha escapado de la funeraria de donde lo velaban —añadió.

—¡Pero qué cosas horribles dices, Elena! ¡No cambias, eh! —la reprendió Trudy—. No le hagas caso, niño, la enfermera Markova nació en Siberia, imagínate —le dijo en voz baja y le hizo una morisqueta cómplice y bufona—. Ven conmigo, así no nos oye mi «simpática» compañera —le propuso, y, con su sonrisa bonachona de cachetes rosados, le tendió la mano para guiarlo.

Simón cogió su mano y se dirigieron hasta el apartado dormitorio médico donde la enfermera Markova ya no podía oírlos.

—¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó Trudy, ahora en cuclillas para estar a la misma altura que el niño.

—Simón Grunnewald, señora Trudy. Soy amigo..., perdón... Era amigo de Clarita —se corrigió tras acordarse del comentario de la antipática colega de su interlocutora.

—Oh, cuanto lo siento, Simón. Aquí estamos todas aún en *shock*... —Hizo una pausa—. Bueno, a excepción de la enfermera Markova, como te imaginarás. Pero debemos fingir y pretender que todo está bien por el resto de los niños que aún siguen aquí y que necesitan de toda nuestra energía positiva, ¿sabes?

—Sí, lo comprendo, señora Trudy. Y qué suerte que haya personas como usted que se dedican a cuidarlos.

—¡Ay, eres tan tierno! ¡Te arrancarías esos cachetitos si pudiera! —replicó Trudy aun más sonrojada que de costumbre.

—Enfermera Trudy, ¿hay alguna posibilidad de revisar el sector donde dormía Clara para ver si quedó alguna de sus pertenencias? —preguntó con su tono serio e inocente característico.

—Lamentablemente, Simón, la policía se ha llevado todo. Incluso hasta el colchón —le explicó, a la vez que apoyaba la mano en el hombro para consolarlo.

—Oh, está bien. Es comprensible, después de todo. —El niño miró hacia abajo con un evidente dejo de tristeza.

—Pero... —acotó la enfermera y Simón la miró esperanzado— podrías ir al orfanato y preguntar allí. De seguro, deben tener algo.

—Oh, es una excelente idea, señora Trudy —coincidió.

—Déjame buscar la dirección en el ordenador. Si quieres, ve a la sala y yo te la alcanzo cuando la encuentre.

El niño acató la orden y se fue a sentar a la desolada sala de espera. Extrañado por la nula concurrencia, buscó el cartel que enseñaba los horarios de visita. Observó su reloj de pulsera y comprobó que desde hacía veinte minutos se encontraba dentro del rango permitido de ingreso. Pero lo que Simón no sabía era que, en cuanto las enfermeras abrían las puertas del pabellón, los acompañantes se desmandaban hacia allí como una turba iracunda de la Edad Media. De haberlo sabido, hubiese podido escabullirse entre los familiares para sortear los controles de las ordenanzas.

—¡Mi pequeño James Bond! —exclamó Trudy cuando salió a su encuentro y lo vio solo y perdido en uno de sus trances—. ¡Encontré la dirección del

orfanato! —añadió con una sonrisa de oreja a oreja, sosteniendo con la mano alzada el *post-it* amarillo donde la había anotado. La simpática enfermera se sentó a su lado y le entregó el papel.

—Muchas gracias, señora Trudy. Veré si puedo convencer a mi madre para que me lleve.

—Oh, desde luego que te llevará, ¿cómo se podría negar ante esos mofletes? —bromeó y se los volvió a pellizcar juguetonamente.

Ambos se rieron al unísono, pero, al cabo de unos segundos, Simón volvió a acongojarse y a sentirse culpable al recordar a su amiga.

—Hey, piensa que a Clarita le gustaría verte sonreír, Simón —le comentó Trudy, quien de inmediato había captado el repentino cambio de humor del niño—. Es imposible no sentir tristeza —prosiguió—, pero créeme que una sonrisa no te convertirá en una persona insensible. Y, por si fuera poco, también te hará bien aquí —añadió con una mirada afectiva y le apoyó la pequeña y regordeta mano sobre el esternón.

—Gracias, enfermera Trudy. ¿Sabe? Antes de conocer a Clarita no era consciente de que pudiera haber tantos niños sufriendo —le confió— ¿Cómo hace usted para no deprimirse con todo lo que ve a diario? —le preguntó, desconcertado.

—Ay, Simoncito, es una muy buena pregunta... —Hizo una pausa y suspiró profundamente—. Todo depende de cómo uno encare las cosas. El sufrimiento es universal, ¿sabes? Hay que concienciarse de esa inevitabilidad y aceptar que la muerte no es selectiva. Por ende, yo me propuse, desde mi más humilde perspectiva, poner todo mi esfuerzo en ayudar a estos niños desafortunados a sobrellevar esta injusta situación de la manera menos traumática. Y créeme, por cada niño que fallece, hay otros diez que deben seguir luchando y por eso nunca debemos bajar los brazos.

—¿Le puedo dar un abrazo, señora Trudy? —le preguntó con la voz ahora quebrada y los ojos llorosos.

—Por supuesto, hijo. Por supuesto...

Simón se aferró a la voluptuosa figura de la enfermera y no pudo evitar estallar en sollozos a los pocos segundos.

—Ya... Ya... Simón —lo consoló, acariciándole la espalda e intentando con toda su energía contener también sus propias lágrimas.

Al cabo de unos segundos, el niño volvió a separarse. Trudy le apoyó ahora la mano en la nuca y Simón aprovechó para quitarse las gafas y frotarse los ojos con la manga de su *blazer*.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó la ordenanza con su sonrisa compradora.

—Sí, muchas gracias. Y perdóneme, creo que le mojé la blusa con mis lágrimas —le comentó avergonzado.

—Descuida, se secará enseguida. Y si alguien me pregunta le diré que se me volcó un poco de té —repuso sonriente y se volvió a poner de pie—. Simón, debo volver a mis labores. Si vuelves algún día, pasa por aquí y me cuentas como te fue en el orfanato, ¿vale?

—Así será, se lo prometo, señora Trudy. Y gracias de nuevo por su ayuda —finalizó y le sonrió sutilmente.

Minutos después de que la simpática enfermera se retirara, las puertas del ascensor del vestíbulo de la sala de espera se abrieron. Una mujer con bata blanca acompañada de una niña rubia de la edad de Clara con una expresión apática salieron del receptáculo en silencio. Simón, sumido en la búsqueda de la ubicación del orfanato en el GPS de su móvil, apenas se percató de la presencia de las nuevas visitas. No así la niña, quien, al observar a aquel niño elegante y solitario, detuvo su andar de golpe, sorprendida.

—Mamá, te alcanzo en un rato —le dijo a la mujer que la acompañaba y se acercó lentamente hasta el sector donde estaba Simón.

—Disculpa, ¿no eres tú...? —preguntó dubitativa, mientras el niño seguía ensimismado en Google maps intentando localizar la dirección que le había provisto la enfermera Trudy.

—¿Katja? —preguntó boquiabierto, tras levantar la vista e identificar a su compañera del conservatorio.

Katja Brunner tenía un año más que Simón, pero aparentaba ser aún mayor. De un metro sesenta de estatura y de contextura extremadamente delgada por un hipertiroidismo diagnosticado cuando tenía seis años, vivía constantemente cuestionada sobre su apariencia. Cansada de negar que padecía un trastorno alimenticio, hacía no menos de un año que se había propuesto ganar peso fuese como fuese. Pero no importara cuanto aumentara sus raciones, no lograba aumentar ni siquiera un kilo. Su larga cabellera rubia, sutilmente ondulada, rodeaba a un rostro anguloso con labios imperceptibles y

una nariz recta desproporcionada que aún no la acomplejaban tanto como su delgadez.

—Soy Simón Grunnewald, tu compañero de curso en el conservatorio..., el que ayer te invitó a subir al...

—Al escenario del festival —lo interrumpió—. Realmente nos sorprendiste a todos, ¿eh? Y ni hablar a nuestro querido profesor Kronenberg. Él quería hablar contigo después de la función, pero huiste despavorido con esa niña de extraño peinado.

—Así es —asintió Simón con un dejo de tristeza al recordar aquella escena—. ¿Qué haces aquí? —inquirió a continuación, curioso.

—Mi madre es nefróloga pediátrica y vino a realizar un seguimiento a un niño al que están por operar. Y yo suelo acompañarla los fines de semana como voluntaria para entretener a los pequeñitos cuando sus padres precisan de un descanso —le explicó.

—Oh, qué bonito gesto, Katja. Te felicito.

—¿Y qué haces tú aquí? Vestido con el traje de gala del conservatorio y con los ojos... —hizo una pausa para analizar si era apropiado mencionarlo—... ¿llorosos? —se atrevió finalmente a decir.

—La niña de extraño peinado que mencionaste era mi amiga Clara... —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. Y, ayer, después de volver del festival, la asesinaron aquí en la capilla del hospital —le confesó con dificultad.

—¡Oh, por Dios, Simón! —exclamó—. ¿¡La niña que estaba delante de mí en la fila del anfiteatro? —preguntó horrorizada, y tomó asiento rápidamente donde hacía unos minutos había reposado la voluminosa retaguardia de la enfermera Trudy.

—Así es —admitió, y agachó la cabeza con resignación.

—Lo siento muchísimo, Simón —su voz sonaba ahora como la de un adulto—. Me has dejado pasmada —le confió—. Y ahora comprendo por qué mi madre estaba tan nerviosa hoy a la mañana y por qué no me quería explicar el motivo —añadió y amagó a palmearle la espalda para consolarlo, pero se arrepintió a mitad de camino.

—Gracias, Katja.

—Hey... ¿el concierto de ayer lo habías planeado para ella? —preguntó ahora la niña después de repasar mentalmente los acontecimientos del día anterior.

Simón asintió turbado.

—*So cute*⁶... —susurró en inglés para evitar que lo entendiera, ya que no le gustaba expresar sus emociones—. Me alegra aun más entonces haber sido parte del evento, ¿sabes? —prosiguió enseguida para que no le preguntara lo que había mascullado—. Y, si te hace sentir mejor, quiero que sepas que ayer hiciste a dos personas muy felices —le confesó, tras decidir internamente que sería bueno soltarse un poco para levantarle el ánimo a su hasta hace poco «desconocido» compañero de clase.

Simón sonrió sutilmente. El comentario había surtido efecto y también había comprendido lo que Katja había susurrado en inglés.

—¿Y qué haces aquí en el pabellón, Simón? Si no te molesta que te lo pregunte...

—No es ninguna molestia, Katja. Solo quería ver donde dormía Clara y si había quedado alguna de sus pertenencias. Pero no me dejaron ingresar.

—Eso se soluciona rápidamente —le dijo enérgica, al mismo tiempo que se ponía de pie casi de un salto—. Ven conmigo. Yo puedo entrar con libertad por ser voluntaria y por ser la hija de mi madre —alardeó, guiñándole un ojo.

—¿Estás segura? No quiero crearte problemas...

—Por favor, Simón. No te lo ofrecería si así fuera. Aparte, mírame —se señaló el rostro con la mano derecha—, no sé si lo habrás notado, pero, como dice mi madre, parezco una pequeña arpía y eso mantiene a la gente a raya. Imagínate, ni la antipática de la enfermera Markova, que es la que de seguro te prohibió la entrada, se atreve a cuestionarme —le confesó con un tono que intentaba, sin mucho éxito, pasar por jocoso.

Simón se puso de pie sonriente y la siguió hasta la recepción.

—Buen día, enfermera Markova. Simón va a ingresar conmigo al pabellón como voluntario —le dijo al pasar rápido delante de ella.

—Como quieras, niña —masculló desinteresadamente la apática ordenanza, aún concentrada en la pantalla de su teléfono móvil.

El pabellón pediátrico era uno de los más grandes del hospital. Contaba con cuarenta camas, cada una con su equipamiento de monitoreo y delimitadas con un sistema de paneles retráctiles que la mayor parte del tiempo permanecían plegados. La política de la institución era fomentar una sensación comunitaria y

6 «Qué tierno...»

de camaradería. O, como la enfermera Trudy lo denominaba jocosamente, una «pijamada de gran escala».

Katja y Simón se desinfectaron las manos con alcohol en gel del dispensador de la antesala e ingresaron al pabellón. Los pequeños pacientes, ahora en su mayoría rodeados por sus melosos familiares, desviaron su atención a los recién llegados, curiosos por la extraña presencia del elegante compañero de su amiga voluntaria de los fines de semana. Jamás la habían visto acompañada en sus anteriores visitas y eso indefectiblemente llamó su atención. Y, como era de esperarse, los pícaros cuchicheos entre los compinches convalecientes no tardaron en apoderarse del relajado ambiente del recinto.

—¡Katja tiene novio! —exclamó con tono burlón un niño calvo de nueve años que padecía de leucemia.

—¡Y vinieron a casarse al pabellón! —gritó del lado de enfrente una niña de diez años que se recuperaba poco a poco de un cáncer de tiroides. Y, tras el jocosos anuncio de semejante evento, todos los niños comenzaron a tararear al unísono la famosa marcha nupcial de Mendelssohn.

—¡Que se besen, que se besen! —exclamó divertida e impostando la voz de una niña, la enfermera Trudy.

—Señora Trudy, ¡por favor! —le reprochó Katja con una sonrisa nerviosa. —¡Niños, dejad de decir tonterías o no vengo más! —vociferó amenazante para apaciguar los ánimos. Y, para su fortuna, la advertencia surtió un efecto inmediato—. Él es Simón, uno de mis compañeros del conservatorio y acaba de sufrir la pérdida de un ser querido —les comentó a continuación sin tapujos para que entendieran que no era el momento adecuado para bromear.

Los pequeños pacientes cambiaron al instante sus expresiones de algarabía por remordimiento y congoja. El niño calvo con leucemia que había agitado al resto con su primer comentario jocosos se levantó de su cama y se acercó hasta los recién llegados. —Perdona, Simón —le dijo avergonzado y lo abrazó efusivamente. El resto de los niños hicieron el gesto también de levantarse de sus camas, pero la enfermera Trudy, mostrando ahora su lado serio, los frenó al grito de un: «Niños, ¡no es necesario!».

—Carly, deja respirar a Simón, por favor —le encomendó Katja con un tono maternal, al ver que su tosco abrazo se prolongaba más de lo normal.

—Oh, lo siento, Katja —se disculpó de inmediato y se abalanzó ahora sobre ella para abrazarla. Simón no pudo evitar reírse con sutileza.

—¡Carly! ¡Basta de abrazos y vuelve a tu cama en este instante! —lo reprendió ahora impaciente la enfermera Trudy.

El niño se despegó de Katja, le guiñó el ojo con picardía y volvió disparado hacia su cama, donde lo aguardaban su abuela y su madre. Su «Nana» (como Carly solía decirle) lo miraba con orgullo por aquel gesto espontáneo y conciliador, mientras que su madre lo observaba indignada y cruzada de brazos. Ella sabía muy bien que no había sido más que una mera puesta en escena para abrazar a la niña, de la cual su hijo estaba platónicamente enamorado.

—Parece que tienes un pequeño admirador, Katja —le comentó Simón cuando toda la atención del pabellón sobre su presencia se había disipado.

—Sígueme, ¿quieres? Vamos a preguntarle a mi madre dónde dormía tu amiga —le contestó cambiando de tema rápido, incómoda por la situación.

—Mamá, disculpa, ¿tienes un minuto? —la interrumpió indecisa Katja.

Su madre le daba la espalda y escuchaba atentamente el parte de una de las enfermeras que se ocupaba del cuidado del niño al que estaban por operar. Marcia Brunner le hizo una seña a su interlocutora para disculparse.

—Katja, ¿no ves que estoy ocupada? —le respondió antipática.

—Lo sé, mamá. Pero es un segundo nada más. Aquí mi compañero del conservatorio —lo señaló con la cabeza— quería saber dónde dormía la niña que... —bajó la voz al nivel de un susurro— fue asesinada ayer. Ellos eran amigos —le explicó.

—Enfermera, vuelvo en un minuto —le notificó Marcia a la empleada y se acercó junto a su hija hacia donde las aguardaba Simón. El niño se había recluido unos metros más atrás para no molestar—. Hola, hijo, soy la doctora Marcia Brunner, la madre de Katja —se presentó y le extendió la mano, con una sonrisa forzada.

—Hola, doctora Brunner. Mi nombre es Simón Grunnewald y soy compañero de curso de su hija en el conservatorio. Mucho gusto en conocerla —respondió mientras se estrechaban ahora la mano.

—Me dice Katja que eras amigo de Clara Richter, ¿es correcto?

—Así es, doctora Brunner. Disculpe la molestia, pero quería ver si había quedado alguna de sus pertenencias que quizás me pudiera llevar.

—Oh, lo lamento mucho, hijo. Como verás —le señaló la esquina vacía del pabellón—, no ha quedado nada. Las enfermeras me han dicho que la Policía se ha llevado todo, incluso hasta el colchón.

Simón miró resignado en dirección al espacio vacío donde el día anterior su amiga había compartido una tierna charla con su madre: —Bien, gracias igual por su tiempo, doctora Brunner —le contestó con un dejo de tristeza.

—No hay por qué —se volteó nuevamente hacia su hija—, Katja, ¿lo puedes acompañar hacia la salida, por favor?

—Sí, mamá —musitó decepcionada.

Pero justo cuando ambos compañeros emprendían la retirada, Marcia les volvió a llamar la atención: —Cuando toda esta situación se apacigüe y te sientas mejor anímicamente, ¿por qué no vienes un día a cenar a casa, Simón? —Katja abrió los ojos de par en par, sorprendida por la invitación no consensuada.

—Oh, sí, claro... me encantaría, doctora Brunner. ¡Hasta pronto! —se despidió y los niños volvieron a retomar su andar hacia la salida del pabellón. Ahora sin gritos ni canciones socarronas de acompañamiento.

La doctora Brunner retornó al sector donde se encontraba su pequeño paciente y le solicitó a la enfermera que retomara el informe del parte. Era la primera vez que veía a su hija interactuar con un compañero del conservatorio (y de la escuela) fuera de un salón de clases. La había descolocado. Hacía años que le insistía a Katja que hiciera terapia para mejorar sus relaciones interpersonales, pero era como hablarle a una pared. Testaruda y orgullosa hasta la médula, la niña se refugiaba de sus problemas en la música con su violonchelo, en interminables horas de prácticas autoexigidas.

—Simón —interrumpió el incómodo silencio cuando salieron al vestíbulo—, con respecto a la invitación de mi madre..., no hay ningún compromiso, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, Katja, quédate tranquila. Sé que tu mamá lo hizo sin consultarte. Si no quieres que vaya, respetaré tu decisión.

—No, no. La verdad es que me gustaría, ¿sabes? —le confesó—. Creo que nos hará bien como familia. Sobre todo, para que mi madre sienta que tiene una hija normal después de todo.

—¿Qué quieres decir, Katja? —preguntó extrañado—. Yo no creo que existan las personas normales, ¿sabes? Todos tenemos algo...

—Te agradezco el esfuerzo, Simón —lo interrumpió abruptamente—, pero la realidad es que no me conoces, y ni yo a ti —sentenció.

Simón miró hacia al suelo con resignación, pero al cabo de unos segundos levantó la vista y la miró a los ojos con una seriedad atípica de su comportamiento:

—La única amiga que tuve en mi vida me duró dos días. Tenía cáncer, era huérfana y murió asesinada... —La niña lo miró descolocada ante el inesperado comentario—. Sabes, desde hace tiempo que te observo en las clases del conservatorio, Katja. Me fascina como te retrotraes en tu mundo, ignorando todo lo que te rodea. Puedo ver la pasión que emana de tus poros, pero también la infelicidad que hay detrás de esa autoexigencia que te impones con afán durante las prácticas. Yo me apiadaba de ti hasta que te vi junto a Clarita, sentada prácticamente a tu lado en el anfiteatro del festival. Una niña que lo había perdido todo en la vida, pero que sonreía con una ternura indescriptible... y tú, que pareciera que lo tienes todo, expresando absolutamente todo lo contrario a ella. Por un instante me enojé conmigo mismo por haber creído que había desperdiciado mi compasión en la persona equivocada. Pero después me di cuenta de lo mismo que me acabas de decir...—Hizo una breve pausa para aclararse la garganta—. Es verdad, no te conozco, Katja Brunner. Pero me gustaría, ¿sabes? Creo que los dos nos necesitamos por alguna razón que, por ahora, está más allá de mi comprensión, aunque me arriesgaría a decir que podría ser porque ambos nos apoyamos en la música para huir de nuestras realidades. O, por lo menos, es lo que yo hago. No tengo amigos y creía que no los precisaba hasta que conocí a Clarita. Y ahora que se fue... —se le quebró la voz y las lágrimas comenzaron a brotar sin control.

Pero, antes de que concluyera, su compañera lo abrazó y también cedió ante el llanto.

Al cabo de unos segundos que parecieron eternos para ambos, Katja se separó lentamente de Simón y le susurró: —Lo que hiciste por Clara y por mí en el festival fue un gesto hermoso y jamás lo olvidaré. —El niño se quitó las gafas y utilizó otra vez la manga de su *blazer* para enjugarse las lágrimas—. No quiero que mi madre me vea así... ¿podemos irnos de aquí un rato? —añadió de inmediato.

—Sí, por supuesto, Katja. Yo tengo que volver a la morgue a encontrarme con la mía, de todos modos. ¿Me quieres acompañar?

—¿A la morgue? —preguntó sorprendida la niña.

—Sí, mi madre está trabajando, paradójicamente, en el caso de Clara. Por eso estoy aquí... Vine a despedirme de ella.

—Uhm... ¿Y no te dio impresión verla... —hizo una pausa para encontrar las palabras adecuadas— ...de ese modo?

—Por supuesto, Katja. Pero necesitaba entregarle una pulsera que había perdido en el festival y que le era de gran valor sentimental. Lo más probable es que, si no hubiese sido por ese detalle, jamás se me hubiese ocurrido venir a verla a la morgue.

—Entiendo... Demás está decir que es otro gesto muy bonito de tu parte, y ni hablar de lo valiente, Simón —replicó Katja, mirándolo con orgullo—. Oye, me imagino entonces que has conocido al doctor Goering, ¿verdad? —inquirió para cambiar el rumbo de la conversación a un tópico menos doloroso.

—Claro... Él fue el responsable de mi amistad con Clarita. ¿Acaso lo conoces, Katja? —preguntó con curiosidad.

—Hace varios años estuvo trabajando en algo extraño con mi madre... Tengo *flashes* de recuerdos muy vagos, nada concreto. Solo sé que es muy particular y una especie de eminencia para esta ciudad tan extraña.

Simón soltó una tímida carcajada.

—No es para tanto, Katja. Seguro que todos seríamos iguales a él si trabajásemos todos los días con la muerte.

—Mmm...

—Como diría mi madre, debe de ser un mecanismo de defensa para lidiar con tanta adversidad, ¿no te parece? —le preguntó con su inocencia característica.

—Mira que eres positivo o ingenuo, Simón. Ojalá pudiera pensar como tú.

—Dame un poco de tiempo y quizás lo hagas —bromeó.

Ahora fue la niña la que soltó una pequeña carcajada retraída.

—Mejor no me hagas hablar... ¿Estás listo, Simón? ¿Nos vamos? —inquirió impaciente, al mismo tiempo que presionaba el botón del ascensor.

—¿No quieres avisarle a tu madre, Katja? —preguntó Simón, extrañado.

—¿Qué? ¿Que me voy contigo? Despreocúpate. Mi madre hace rato que tiró la toalla con el «control parental». —Las puertas del ascensor se abrieron y ambos entraron despacio, inmersos en la conversación—. No es que sea una adolescente rebelde —prosiguió—, pero ya no soy una niña pequeña y

créeme que sé cuidarme sola —le aseveró—. Y ni hablar de que en esta ciudad estamos más controlados que en la ficticia del libro *1984* de Orwell —añadió para defender su postura.

Simón se rio y presionó el botón del subsuelo.

—Tienes un buen punto, Katja. Yo ya me estoy cansando de depender de mi madre para ir a cualquier lado. Le voy a decir que quiero empezar a utilizar la bicicleta para trasladarme.

—¡Pero claro, Simón! Yo voy con ella a todos lados. Hasta tengo un tráiler especial para mi chelo, que utilizo cuando voy al conservatorio. Mira —sacó su teléfono móvil y le enseñó orgullosa una fotografía de su bicicleta.

—Guau, parece una de esas motocicletas antiguas con sidecar de la época de mis abuelos —le comentó el niño, fascinado.

—Exacto. Aunque, en realidad, debo confesarte que es un carrito para transportar niños. Lo uso de vez en cuando con mi hermanito, pero más que nada para transportar a mi querido chelo.

—No sabía que tenías un hermano, Katja. Qué bueno, a mí me hubiese gustado tener hermanos —le confesó.

—Si quieres, te lo presto —bromeó—. Pero, bueno, tus padres deben de ser jóvenes..., así que no pierdas las esperanzas, ¿eh? —acotó su compañera, ansiosa por que las puertas del ascensor se abrieran, ahora que había llegado a su destino.

Simón colocó la mano izquierda sobre el sensor de apertura y, con educación, la dejó pasar primero.

—Lo veo difícil, Katja. Nunca conocí a mi padre y mi madre dudo que quiera tener más hijos —le comentó con franqueza mientras caminaban ahora tranquilos por los pasillos del subsuelo.

—Lo siento, Simón. No sabía...

—Despreocúpate. Es un tema superado ya —la tranquilizó.

—Si te hace sentir mejor, yo tampoco tengo padre —le confesó—. Bah, lo tuve —se corrigió—, pero falleció hace varios años ya.

—Oh..., lo lamento.

—Yo no, Simón.

El niño abrió los ojos como dos platos y detuvo su marcha a raíz del desconcierto.

—Ahora es mi turno de decir «despreocúpate» —añadió ante la incómoda situación generada—. Créeme que fue para mejor, Simón. Algún día con más tiempo te lo contaré para que lo comprendas —le explicó y le hizo un tierno gesto con la cabeza para retomar el andar.

Mientras los niños se adentraban en los corredores de los confines del doctor Goering, la madre del niño aprovechaba un tiempo muerto para prepararse un café en el sector de las máquinas expendedoras. El patólogo le había solicitado unos minutos de privacidad para dialogar por teléfono con el detective Mayer y no había tenido más remedio que retirarse de su despacho. Angélica acostumbraba a beber un capuchino durante el desayuno, pero la particular situación emocional con su hijo esa mañana se lo había impedido. Ahora, después de varias horas de abstinencia de cafeína, su psique le pedía a gritos saciar su adicción. Mientras la moderna máquina italiana preparaba su *latte macchiato*, Angélica simulaba manipular concentrada su teléfono móvil para evitar dialogar con el guardia de seguridad asignado al pasillo.

—Qué necesidad de vestirse tan descarada, ¿no? —le comentó Katja a Simón cuando observó desde la lejanía a la madre de su compañero sirviéndose el café. Pero, antes de que el niño abriera la boca, Angélica lo reconoció y lo saludó efusivamente con su mano libre.

—¡Simoncito! ¡Aquí estás! Te estaba por llamar para ver por dónde andabas —exclamó sorprendida al verlo acompañado por otra niña en menos de dos días.

—Katja, te presento a mi madre. Mamá, te presento a Katja Brunner. Ella es una compañera de clase del conservatorio. Su madre es doctora aquí en el hospital y Katja es voluntaria en el pabellón de oncología pediátrica. —La niña le extendió la mano y se la estrechó firmemente cuando Angélica le ofreció la suya.

—Mucho gusto, Katja. Qué bonito lo que haces. Te felicito —le comentó, aun intentando procesar la situación tan particular.

—Muchas gracias, señora Grunnewald. Y mucho gusto también en conocerla —contestó nerviosa y profundamente avergonzada por el comentario que había hecho hacía unos minutos.

—Venid, acompañadme a la oficina del doctor Goering —les propuso Angélica— ¿O deseáis antes algún refrigerio de las máquinas expendedoras? ¿No tienes hambre, Simoncito? Recuerda que no desayunaste hoy.

—Estoy bien, gracias, mamá. Tú, Katja, ¿quieres algo? —preguntó gentilmente Simón.

—Yo creo que sí voy a elegir algo para picar, a decir verdad. ¿Por qué no se nos adelanta, señora Grunnwald? Yo le obligaré a su hijo a comer algo y en unos segundos nos vemos allí.

—Excelente idea, Katja. Hazle caso, Simón, ¿sí? —concordó Angélica, guiñándole el ojo al pasar por delante de su hijo.

Cuando la madre de su compañero se perdió por el pasillo contiguo, Katja miró al niño a los ojos y, visiblemente acongojada, le dijo: —Cuanto lo siento, Simón. No sabía que era tu madre y...

—Katja —la interrumpió—, ya estoy acostumbrado. ¿O crees que eres la primera persona que me dice algo así de mi madre? —intentó desdramatizar la situación, ya resignado con la recurrencia.

—No..., es que no deja de ser muy feo, sinceramente. Me siento fatal.

—Katja, en serio —insistió—, prefiero que seas así, auténtica y sincera... Yo también, créeme, preferiría tener una madre más convencional, por así decirlo. Pero bueno, es lo que me ha tocado, ¿sabes?

—Sí, pero no tiene nada de malo, de veras. Las personas tenemos esa manía de criticar y prejuzgar a los otros, sobre todo cuando son tan bonitos como tu madre —se excusó, aún mortificada por el desafortunado comentario—. Déjame invitarte a una golosina de las máquinas para compensarte, ¿vale? —le ofreció.

Simón sonrió y le señaló con el pequeño dedo índice la barra de chocolate con avellanas que le gustaba.

—Excelente elección, compañero. Creo que te imitaré e iré por la misma que tú. Como verás, no me vienen mal un par de kilos extra, ¿no? —se mofó de sí misma—. Así como tú debes estar cansado de escuchar comentarios feos sobre tu madre, yo estoy hastiada también de que me remarquen que estoy muy delgada y que me pregunten si soy anoréxica —le confesó.

—Yo te veo bien, Katja. O más bien normal en comparación a otras niñas de nuestra edad.

—Gracias, Simón. Pero lamentablemente los adultos, no. Y ellos son los que más me acosan con sus teorías y preguntas molestas. Créeme que he intentado aumentar mis raciones, y hasta comer más dulces, pero nada —se encogió de hombros.

—Eso me suena más a una bendición, Katja. ¿Quién no quisiera comer todo eso y no engordar? Como siempre digo, tienes que tratar de ver el lado positivo de las cosas—le dijo y le dio un mordisco a su barra de chocolate.

—No siempre lo positivo es bueno, ¿sabes? —le planteó su compañera, mientras luchaba para abrir el envoltorio del suyo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañado—. Y tienes que pellizcar las dos puntitas y tirar hacia afuera, como con una bolsa de patatas fritas —le explicó.

—Por ejemplo, en medicina, la mayoría de los resultados de análisis de laboratorio de ciertas enfermedades, si son positivos, es lo peor que te puede pasar —se mofó y, ahora sí, pudo por fin probar su barra de chocolate tras seguir el consejo del niño.

Simón la observó serio, intentando procesar el comentario.

—Es un chiste de humor negro, Simón. Si el HIV te da positivo, es una noticia terrible, ¿entiendes? —le intentó explicar.

—Oh... nunca lo había pensado... Es un poco feo, ¿no te parece? —preguntó, un poco incómodo.

—Claro, pero eso es el humor negro. Mi madre me dijo que es muy común en el ambiente médico, como bien dijiste anteriormente, para sobrellevar de alguna manera todo el sufrimiento con el que lidian todos los días...

—Oh, ya veo. ¿Y conoces más chistes de ese estilo? —inquirió, todavía sorprendido.

—Ufff... De bebés muertos conozco varios, pero no te los voy a contar, porque ya me he dado cuenta de que no eres la audiencia adecuada para ellos —se mofó.

—¿Bebés muertos? —frunció el ceño, extrañado—. Creo que tienes razón, no es un buen momento para escuchar esas cosas, aunque sean en broma... Mejor vamos con mi madre —le propuso.

Cuando el dúo llegó a la oficina del patólogo, Angélica manipulaba ensimismada su teléfono móvil. Hacía varios minutos que conversaba por *WhatsApp* con el detective Vandergelb sobre las novedades del caso.

—Hola, niños, ¡cuánto tiempo! —bromeó al verlos— ¿Queréis entrar o preferís quedaros aquí afuera? —preguntó a continuación.

—¡Entrar, entrar! —le imploró Simón sin dudar—. Me quedaron aún unas preguntas pendientes sobre Clarita —añadió para justificar su decisión.

—Bien, veremos entonces si el doctor Goering está disponible. ¿Comisteis algo, al final? —preguntó por cortesía.

—Un chocolate que me regaló Katja. Adivina cuál —repuso Simón.

—Hijo, qué poco educado de tu parte. Tú deberías regalarle a la señorita, ¿no te parece? —lo reprendió con un tono maternal.

—Señora Grunnewald —se le adelantó Katja—, yo le insistí, ya que quería compensar una cosa fea que le dije sin querer hace un rato —admitió, ruborizada.

—Oh, bueno... No me quiero meter en vuestros asuntos como una adulta chismosa, así que mejor cambiamos de tema. —Hizo una pausa para ver si seguía oyendo al patólogo al teléfono en el interior de su oficina— ¡Ah, parece que ya cortó! —exclamó, aliviada de no tener que seguir dialogando con los niños.

Angélica golpeó indecisa la puerta y preguntó si se podía pasar.

—Adelante, doctora Grunnewald, ya he finalizado la comunicación —le informó el anfitrión desde su escritorio.

Los tres visitantes ingresaron al despacho inseguros y el patólogo no pudo evitar sorprenderse cuando vio a la nueva acompañante de Simón: —Katja Brunner, ¿verdad? —preguntó tras reconocerla.

—¿La conoce, doctor Goering? —inquirió extrañada Angélica. Pero, sin darle tiempo a réplica, la psiquiatra añadió: —Katja, sé que te parecerá extraño, pero debo preguntártelo... ¿Te han trasplantado algún órgano alguna vez?

La niña observó a Angélica sorprendida. Esperó unos segundos para ver si alguno de los presentes le aclaraba si era una broma, hasta que al fin se animó a contestar: —Esto... no, que yo sepa, señora Grunnewald. Y sí, debo admitir que es una pregunta muy extraña.

—Verás, Katja, no podemos darte muchos detalles del asunto, pero ya te habrás enterado por Simón de que en el día de ayer asesinaron a una niña —le intentó explicar Angélica.

—Oh, sí, señora Grunnewald. Despreocúpese, lo comprendo perfectamente —la tranquilizó.

—¿Entonces significa que está a salvo, mamá? —interrumpió angustiado Simón.

—Así es, hijo. No tienes nada de qué preocuparte.

—Disculpen que interrumpa la tertulia, pero tengo trabajo que hacer y me gustaría liquidarlo cuanto antes para poder disfrutar del fin de semana —se quejó el patólogo, visiblemente impaciente.

—¿Disfrutar? ¿En serio, doctor Goering? ¿Después de todo lo que ha sucedido? —le recriminó Angélica, indignada.

—La vida continúa, doctora Grunnewald —sentenció su interlocutor.

—Por lo menos delante de los niños podría demostrar un poco de conmiseración, ¿no le parece?

—Adiós, doctora Grunnewald —contestó tajante el patólogo, ante la mirada incómoda de Katja y la desconcertada de Simón.

—¿Cómo dice? —preguntó descolocada la psiquiatra.

—Lo que ha oído. Debo volver a mis labores y nuestro trabajo en conjunto se terminó con la finalización de la autopsia de Florian Carlic. Tenga usted un buen día, doctora. —El patólogo se puso de pie y le señaló la puerta de salida con su ya acostumbrada cara de pocos amigos.

—¡Increíble, realmente! —exclamó Angélica y se lo quedó observando durante unos segundos.

—Venid, niños, vámonos —masculló y le cerró la puerta de un portazo.

CAPÍTULO XI

El detective Vandergelb ya había perdido la cuenta de los cafés que se había bebido y de las veces que había ido al cuarto de baño a enjuagarse el rostro para despabilarse. Concentrado como un ajedrecista en competición, observaba ahora la proyección de la pantalla de su escritorio virtual en la pizarra electrónica. Acababa de finalizar el bosquejo que debía presentarle a Mayer y al alcalde y no quería que se le escapase ni un solo detalle. Resguardado en otro archivo independiente, había desarrollado además una versión alternativa que tenía al doctor Goering como principal sospechoso. Pero, conociendo ahora mejor la postura de sus superiores sobre el patólogo, no estaba seguro si era prudente mencionársela.

El bosquejo actual del joven detective tenía a Thomas Scheffer como protagonista. Su fotografía se situaba en el centro y a su alrededor orbitaban resignados los actores afectados por sus macabras acciones. Como un sistema solar humano. Clara Richter, Rudolph Goering, Florian Carlic, Nicholas Goering, Iván Carlic e incluso Angélica Grunnewald rodeaban al sujeto que Matías creía se ajustaba a la perfección con el perfil criminal de la investigación. A punto de repasar mentalmente una vez más la exposición del caso, Synthia le anunció la recepción de un mensaje de texto del detective Mayer: «Ya estamos en el aparcamiento del recinto. En unos minutos estaremos ahí».

Matías se levantó precipitadamente de su asiento y se dirigió rápido hacia la ventana. Quería observar a los recién llegados, en especial al alcalde, a quien nunca había visto en persona. Para su sorpresa, Friedrich Oppenheimer y Bernard Mayer descendieron de un BMW de la década del noventa. Un serie siete, color negro y con vidrios tintados. El alcalde lucía un prolijo peinado de cepillo con nuca y patillas rapadas al ras, una barba rojiza (al igual que el cabello) tupida únicamente en la zona de la barbilla y unas gafas de sol metálicas

vintage desmontables, típicas de los años ochenta. —Parece un hípster irlandés —susurró sin perderlo de vista.

Vestido con una camisa blanca y una sobria corbata de seda negra, Friedrich se colocó un Montgomery azul que extrajo del perchero del asiento trasero y miró fugazmente en dirección de la oficina del detective. Avergonzado como un chiquillo sorprendido en plena travesura, Matías rogó que los cristales del exterior fueran lo suficientemente oscuros para resguardarlo de la embarazosa escena.

Friedrich Oppenheimer había estudiado Medicina en la universidad de Heidelberg y se había especializado en Pediatría en el hospital de Gilbertstadt, de donde era originario. Allí, se había enamorado de la que era hoy su actual esposa y habían emigrado juntos a Heimstadt incentivados por Maximilian Engels, el padre de su prometida y, por aquel entonces, alcalde de la próspera ciudad. La influencia de su suegro había sido tal que a los pocos años ya lo había convencido de dedicarse a la política bajo su patrocinio. El veterano alcalde había sido diagnosticado con esclerosis múltiple y precisaba de un sucesor de confianza. Alguien que continuase con su legado político cuando su estado de salud le imposibilitara desempeñar óptimamente el ejercicio de sus funciones.

Pero el patrocinio tenía una condición *sine qua non*. Friedrich debía mantener la dura postura de Maximilian de eliminar todos los credos, «limpiar» étnicamente la ciudad y continuar fomentando la cultura y la ciencia en la educación de las nuevas generaciones. Su yerno, que por aquel entonces rondaba los treinta años, no solo cumplió con su voluntad, sino que además introdujo grandes cambios en el servicio hospitalario e innovaciones tecnológicas que enorgullecieron a un abatido Maximilian poco antes de su muerte.

Ansioso, y algo nervioso a la vez, el joven detective ordenó su oficina y salió corriendo hacia el baño para lavarse las manos y arreglarse la vestimenta. Como en la previa de una cita amorosa, quería dar la mejor impresión posible. Se acomodó la camisa dentro del pantalón y tosió forzosamente en la palma de la mano para verificar su aliento. Olía más a café que al tabaco barato de sus cigarrillos caseros.

—¡Detective Vandergelb! —exclamó Bernard Mayer al verlo aproximarse hacia ellos en la entrada de su oficina—. Creímos, el alcalde y yo, que te habías asustado y que habías huido como un niño en plena travesura. Sobre todo, después de ver cómo nos espías a través de la ventana —se mofó el veterano colega.

—En absoluto, señores. Bienvenidos —le contestó con suma confianza Matías, al mismo tiempo que estiraba el brazo derecho para estrecharle la mano al alcalde.

—Mucho gusto, detective Vandergelb —lo saludó Friedrich, quien, debido a su metro noventa y cinco de estatura, lo miraba levemente inclinado hacia abajo por los quince centímetros de diferencia que le llevaba a su interlocutor.

—Igualmente, señor Oppenheimer. Pasen, por favor, a la oficina. Por cierto, debo admitir que es de película de ciencia ficción.

—Me alegra que te haya gustado, Vandergelb. El diseño vanguardista fue idea de quien aquí nos acompaña —se adelantó Bernard, mientras ingresaban al despacho.

—¿Desean algo de beber? Ya me convertí en un eximio preparador de café a pesar del poco tiempo que llevo aquí —bromeó Matías.

—Muchas gracias, detective. Pero yo me encargaré de los refrigerios —le dijo Mayer amablemente—. Hace años que conozco el alcalde y ya me sé de memoria lo que le gusta. Ustedes pónganse cómodos, por favor. Yo volveré en un parpadeo.

El veterano detective se retiró hacia la cocina sin preguntarle a su colega si quería algo de beber.

—Debo admitir que me sorprendió que se apareciera con un BMW de los años noventa, señor Oppenheimer —le comentó Matías para romper el hielo mientras esperaban a Bernard.

—Y a mí me sorprende que alguien que conduce un Ford Crown Victoria le sorprenda —arremetió el alcalde.

—*Touché.*

—Llámeme nostálgico, pero siempre me ha gustado la serie siete de los BMW viejos. Y el E38, a decir verdad, fue el último de los modelos que captó mi atención. Y este, en particular, tenía los cristales y carrocería blindados por el propietario anterior. Y ni hablar del motor de dos mil ochocientos centímetros

cúbicos bastante eficiente y económico en comparación a sus «hermanos mayores».

—Coincido plenamente, señor alcalde. Mi padre tenía un 735i de los ochenta..., un E23, si no me equivoco.

—Correcto. Un hermoso ejemplar. Yo tengo cuarenta y cinco años y todavía recuerdo cuando salió al mercado. En mi caso, mi abuelo se había comprado uno de los primeros, allá por el 79, que traían el robusto carburador Solex —le comentó Friedrich mientras observaba de reojo la pizarra electrónica del detective.

—Tome asiento, señor alcalde, por favor —le instó Matías, ya un poco nervioso al verlo de pie junto a la puerta—. Desde aquí ya puedo ver al detective Mayer aproximándose con las bebidas.

—¡Buenas de nuevo! —exclamó Bernard al entrar al despacho sosteniendo la bandeja con una sola mano, con la misma destreza de un mozo de bistró parisino—. Y no creas que me olvidé de ti, Vandergelb. Te traje una de mis creaciones favoritas, y muy aclamadas, para que degustes. Sírvanse, por favor —los arengó tras apoyar las tazas en una de las esquinas del escritorio.

—Muchas gracias, detective Mayer. Y yo que lo había maldecido por dentro por no ofrecerme ni un vaso de agua —bromeó Matías y se posicionó al lado de la pizarra para comenzar a exponerles el estado del caso.

—Antes de que comience, detective Vandergelb —se adelantó Friedrich—, le quería aclarar que no tengo mucho tiempo disponible y tampoco quiero robarle el suyo. El detective Mayer ya me puso más o menos al corriente de los avances de la investigación, por lo que preferiría mantener algo más parecido a un debate, ¿me comprende?

—Entendido, alcalde.

—Perfecto. En primer lugar, la hipótesis del enfermero me parece plausible, pero no me detendría ahí. O, mejor dicho, no lo catalogaría como el principal sospechoso. Si no me equivoco, no tiene ninguna prueba, salvo sus conjeturas, que apunte a su responsabilidad, ¿verdad? —El detective asintió y procedió a reducir el tamaño de la fotografía de Thomas Scheffer de la pizarra y a colocarla en el mismo nivel que al resto de los actores del bosquejo.

—¿Ahí le parece mejor? —preguntó Matías.

—Mucho mejor —concordó el alcalde—. De las dos personas asesinadas, al margen de que ambas interactuaban con el doctor Goering, ¿hay alguna otra conexión o...?

—Nada —lo interrumpió Matías antes de que pudiera finalizar la pregunta—. Excepto por el detalle de que ambos habían sido trasplantados en algún momento de sus vidas, después no hay ningún otro nexo, salvo el que usted acaba de mencionar.

—¿Qué hay del hijo de Florian Carlic? —preguntó curioso Bernard—. Veo que lo agregó a la pizarra.

—Correcto. Iván Carlic odiaba a su padre, porque este había sido el responsable indirecto de la muerte de su madre. Pero ya comprobamos su coartada del momento del crimen y se encontraba en Blumenstadt, la ciudad donde reside —les comentó el detective mientras leía la ficha virtual que había asociado a la fotografía y que se desplegaba cuando posicionaba el puntero sobre ella.

—¿Puedo preguntar qué hace la doctora Grunnewald en la pizarra, detective? —inquirió ahora el alcalde, desconcertado.

—Por supuesto. La doctora Grunnewald fue quien llevó a Florian Carlic a su casa el día que lo asesinaron y la última persona con la que vieron interactuar a la niña asesinada. En resumidas cuentas, fue la última persona en ver con vida a ambas víctimas. Y, asimismo —prosiguió—, tiene una singular obsesión con el doctor Goering...

—¿A qué se refiere con una singular obsesión? —preguntó extrañado el alcalde.

—Digamos que parece fascinada con su persona y ha utilizado todo tipo de recursos para poder trabajar con él en el caso.

—De acuerdo. No me parece mal no descartarla como posible partícipe, pero usted simplemente acaba de describir lo que cientos de personas de la comunidad médica sienten por el doctor Goering —le aclaró Friedrich.

Bernard Mayer no pudo evitar sonreír ante el comentario: —En efecto, ¿sabe la cantidad de estudiantes y profesionales del ámbito que envían solicitudes todas las semanas para trabajar con él, detective? —añadió de inmediato para reafirmar la premisa del alcalde.

—Eso realmente me descoloca un poco, para serles sincero. ¿Por qué tanto interés en un simple médico forense? ¿Hay acaso mucho más que se pueda aprender de esa rama de la medicina? —se preguntó Matías.

—Quiero creer que, a estas alturas de las circunstancias, ya se habrá dado cuenta de que no es un simple médico forense, detective. Me atrevería a decir que la parte forense ha quedado relegada a un plano totalmente secundario —contestó el alcalde. Su voz había adquirido ahora un tono más grave—. Nicholas Goering es un *savant* de la medicina —continuó—. Este ha dedicado su vida a su estudio y, dada su clara incapacidad para relacionarse con otras personas, producto probablemente de su trágico pasado, eligió la disciplina que menor interacción social le infería. Y, para no desaprovechar semejante talento, le hemos dado ciertas libertades a cambio de su colaboración con el resto de los departamentos de nuestro querido hospital.

—Sí, ahora que recuerdo, el director de la institución nos había comentado que de vez en cuando preside simposios para los demás médicos, ¿verdad? —inquirió el detective.

—Correcto. Y créame que, si se le pregunta a cualquiera de los profesionales, incluyéndome, con qué médico se operarían de cualquier cosa... repito... cualquier cosa —le hizo hincapié—, todos concordarían en la misma persona.

Bernard Mayer, como buen lacayo, no paraba de asentir mientras Friedrich hablaba.

—Por ende —prosiguió el alcalde—, volviendo a su comentario sobre la doctora Grunnewald, creo que se puede quedar tranquilo de que su «singular» —hizo el clásico gesto de las comillas con los dedos— entusiasmo por interactuar con el patólogo no deja de ser más que eso... Pero, bueno, usted es el detective a cargo del caso. Solo tómelo como una humilde opinión —le aclaró Friedrich, mirándolo impasible.

—Desde ya, toda información es bienvenida, señor Oppenheimer. Y ya que estamos justo hablando del doctor Goering —el alcalde aprovechó para tomar un sorbo de su café y para acomodarse en su asiento (acción que Matías interpretó como un gesto de incomodidad)—, me ha quedado más que claro lo que significa su persona para su ciudad. Pero no deja de preocuparme lo que usted mencionó hace unos instantes —le planteó, ante la mirada desafiante de su interlocutor.

—Lo escucho... —musitó el alcalde, intentando ocultar, sin éxito, un dejo de ofuscación.

—Cuando se refirió a las libertades que le conceden —hizo una pausa, dubitativo—, se me vino inevitablemente a la mente la imagen del doctor Mengele.

El detective Mayer, quien en ese momento bebía de su taza, no pudo evitar atragantarse al escuchar la referencia del exmédico nazi.

—Por favor, detective Vandergelb, comparar a ese inútil matasanos con el doctor Goering es inaudito —sentenció el alcalde visiblemente indignado—. Créame que lo último que nos interesa, y en lo que invertiríamos el dinero de nuestros contribuyentes, es en estudiar mellizos idénticos o en cambiar el color de los ojos —agregó de inmediato—. Las libertades a las que hice referencia son, para mencionarle algunas, la utilización de equipamiento médico, como un tomógrafo, una bomba de baipás cardiopulmonar o el robot quirúrgico. Y este último, por ejemplo, aprendió a usarlo a tal nivel que terminó capacitando a colegas y hasta al propio proveedor. Asimismo, le aclaro que todos los estudios se realizan con cadáveres donados para la investigación y que todas las prácticas están amparadas por las regulaciones de la actividad. Y, gracias a todo esto, entre muchos de sus aportes, hay varios relacionados con la ablación y el trasplante de órganos —le explicó Friedrich, ahora con un tono mucho más afable.

Bernard observaba al alcalde como una colegiala enamorada y no veía el momento de que terminara su argumentación para soltar una broma acerca del comentario del doctor Mengele. Pero, en el instante en que se disponía a expresar su ocurrencia, el teléfono móvil del detective Vandergelb, apoyado sobre el moderno escritorio, comenzó a vibrar insistente y fastidiosamente, anunciando una llamada entrante. Matías se inclinó hacia el mobiliario para observar el identificador de llamadas, intrigado: —No me lo van a creer, pero es el doctor Goering —les reveló—. ¿Seguro que no hay un micrófono o una cámara oculta aquí dentro? —bromeó, a la vez que levantaba el aparato para atender la llamada.

—Póngalo en altavoz, por favor —le ordenó el alcalde.

—Doctor Goering, ¡qué sorpresa! Justo estábamos hablando aquí con el alcalde Oppenheimer y el detective Mayer de usted —le adelantó rápidamente para evitar que su interlocutor dijera algo que lo pudiera comprometer.

—Buenas tardes, doctor Goering. Está usted en altavoz —le aclaró Friedrich, también para evitar una situación incómoda.

—Buenas tardes a todos —saludó con frialdad el patólogo—. Simplemente quería notificarle al detective Vandergelb que los resultados del ADN de los riñones y los pulmones extraídos del cuerpo de mi padre no coinciden con los de Clara Richter ni con los de Florian Carlic.

Se produjo un incómodo silencio.

—Ok... —contestó finalmente el joven detective con el ceño fruncido, claramente desconcertado—. Eso significaría, entonces, que fueron colocados a modo de referencia, ¿por así decirlo...? —añadió dubitativo.

—Ciertamente —coincidió el patólogo—. Mi relación con Florian y con la niña era mucho más reciente que sendos trasplantes, lo cual descartaría una planificación tan metódica y anticipada como creíamos al comienzo de la investigación —agregó.

—O sea —interrumpió el alcalde—, que, a pesar de que se identifique al «propietario» del corazón que encontraron en el cuerpo de Rudolph Goering, no va a ser de mucha utilidad para localizar a la próxima víctima, ¿verdad?

—En efecto —contestó el patólogo—. Pero, de todas maneras, no deberíamos descartarlo —continuó—, ya que existe la posibilidad de que este último sea la excepción.

—En todo caso, me gustaría que identifiquen a quiénes pertenecieron los riñones y los pulmones, si es posible, doctor Goering —lo interrumpió el detective Vandergelb—. Nos va a servir por lo menos para saber de dónde los extrajo el maldito psicópata —les aclaró.

—Lamentablemente, no hubo ninguna coincidencia con nuestra base de datos de ADN, detective. Por lo tanto, van a tener que revisar todos los listados de los trasplantes que ambos hospitales les provean. De cualquier modo, le comento que la mayoría de los órganos extirpados van a parar a la Universidad de Heimstadt para las prácticas de los estudiantes o a su museo de anatomía. Por tal motivo, le sugeriría que investigue sus inventarios.

—Muchas gracias, doctor Goering. Tenga usted un buen día —interrumpió cortante el alcalde y le hizo un ademán al detective Vandergelb para que cortara la comunicación—. Bernard, quiero que asignes a uno de tus mejores empleados para que asista al detective Vandergelb con el análisis de los listados que acaba de hacer mención el patólogo —le ordenó.

—Por supuesto, doctor Oppenheimer. —El detective Mayer extrajo su teléfono móvil y creó una nueva entrada en el calendario con la solicitud del alcalde.

—Y, volviendo al tema del doctor Goering —prosiguió Friedrich—, demás está decirle a estas alturas que lo retire de su lista de sospechosos. Y espero que le quede muy claro este punto, detective. No se olvide de que la vida de una persona está en juego y no podemos darnos el lujo de perder el tiempo con desvíos innecesarios en la investigación.

—Lo comprendo, señor Oppenheimer, pero sepa que yo solo cumplo con mi deber. Y, como representante de la ley, sabrá que debo mantener un enfoque objetivo en todos los casos que se me asignan.

—Nadie le está pidiendo que haga algo que no sea ético, detective. Solo que utilice mejor su criterio. Ya se habrá dado cuenta de que el doctor Goering no es del tipo de los que anhelan la atención pública y, por ende...

—Perdón que lo interrumpa, señor alcalde, pero hace un rato mencionaron que el doctor Goering recibe solicitudes de trabajo todas las semanas, ¿verdad? —preguntó Matías con el ceño fruncido, ignorando la reprimenda de su interlocutor.

—Así es, detective —contestó Friedrich.

—Podríamos revisar entonces todas las solicitudes que recibió tras el asesinato de su asistente y también, si es que mantienen un registro en algún lado, todas las que se enviaron anteriormente durante el año. No me sorprendería que algún estudiante de medicina obsesionado con el doctor Goering haya planificado algo como esto para vengarse de su indiferencia o para reemplazar al viejo Carlic —concluyó Matías.

—No sería para nada descabellado, detective. Excelente idea —lo felicitó el alcalde mientras se ponía de pie—. Ya no le quitaremos más tiempo y tampoco me quiero inmiscuir en su trabajo ya más de lo que lo hemos hecho. Pero me parece que cuanto antes recopile las solicitudes mejor —le sugirió—. Y después le recomiendo que sus análisis se los delegue al asistente que el detective Mayer le asignará pronto. Ah, y una cosa más —agregó justo antes de salir del despacho—, por favor, tómese un descanso; su rostro se lo pide a gritos. No hace falta que le explique los efectos positivos del sueño para el cerebro, ¿verdad? Sabemos que es muy comprometido con su trabajo, lo cual

apreciamos sobremanera, pero aquí priorizamos la salud de nuestra gente sobre todas las cosas —sentenció.

—Despreocúpese, señor alcalde. Así será, muchas gracias por el consejo. Y, por favor, cierre la puerta al salir, si es tan amable —le solicitó y se volvió a sentar detrás de su escritorio cuando observó que los visitantes ingresaron al ascensor—. Con tu esposa me voy a ir dormir ahora, maldito imbécil —susurró, irritado por la intromisión, el comentario de su rostro y el cuestionamiento de su trabajo.

Cuando las visitas llegaron al aparcamiento, el detective Mayer observó con disimulo la oficina del detective para ver si lo pillaba otra vez espiándolos desde la ventana.

—¿Nos está mirando? —preguntó Friedrich mientras acomodaba otra vez el Montgomery en el perchero del asiento trasero del BMW.

—Esta vez parece que no —le contestó y se subieron al vehículo.

—¿Crees que va a dejar de investigar a Nicholas después de esto, Bernard? —le preguntó el alcalde en la privacidad del interior del coche.

—Por su bien, espero que sí... —contestó con cierto nerviosismo.

—Bernard, no somos la *Cosa Nostra*. Si llega a descubrir alguna irregularidad, intentaremos primero convencerlo por las buenas, con los excelentes e irrefutables resultados que hemos obtenido con este proyecto.

—¿Y si eso tampoco es suficiente, Friedrich? Ya sabes cómo son los jóvenes con sus ideologías y sus «principios»... —replicó temeroso, realizando el gesto de las comillas con los dedos.

—Sé que me voy a contradecir con lo que dije hace unos instantes. Pero, si eso sucede, dejaremos entonces que Nicholas se haga cargo —le contestó, observando ahora el horizonte con la mirada perdida y un evidente dejo de culpa. Bernard Mayer asintió en silencio con un aire de resignación.

El alcalde colocó la palanca de la transmisión en la reversa y comenzó a retroceder lentamente hacia la salida del aparcamiento.

Bebiendo el café que su veterano colega le había preparado, Matías los observó de nuevo desde la ventana de su oficina. Quería asegurarse de que se fueran.

CAPÍTULO XII

Después de cortar con el detective Vandergelb para comunicarle las novedades de los análisis de ADN, el doctor Goering fijó la mirada en la pantalla de su ordenador durante unos segundos, pensativo. La doctora Grunnewald y los niños ya se habían retirado hace rato y se debatía ahora cómo continuar con el resto de su sábado. Los fines de semana eran los días que más disfrutaba trabajando en el hospital, debido al limitado personal y a la escasez de pacientes ambulatorios. Tras el fallecimiento del señor Priebe, el patólogo se había quedado sin amigos temporales para visitar durante sus ratos de ocio. Por tal motivo, se conectó a la base de datos de la institución y ejecutó su algoritmo customizado de búsqueda de pacientes terminales.

El resultado de la consulta le proporcionó dos posibles candidatos: Melisa Becker, de sesenta y ocho años, con cáncer facial, y Reinhard Ernst, de setenta y cinco años, con encefalopatía hepática derivada de cirrosis. La toma de decisión le resultó sencilla. Sabía que la encefalopatía hepática podía provocar trastornos de la personalidad y, en estos casos, prefería conversar con alguien con las facultades mentales intactas. Con su objetivo ya definido, continuó con la segunda etapa del procedimiento: averiguar los antecedentes personales del paciente. Buscó en Google y en las redes sociales más populares y cotejó los resultados con la ficha personal de su candidata para cerciorarse de que concordaran con la misma persona.

Melisa Becker era (paradójicamente) médica oncóloga, especialista en melanomas y oriunda de Nuremberg. Graduada de la prestigiosa Universidad de Heidelberg, había trabajado en el hospital de su ciudad natal durante toda su vida. El patólogo sonrió con sutileza. Cuando los pacientes elegidos eran del mundillo, se ahorra la elucubración de la historia trillada para romper el hielo en el inicio de la singular relación. Conforme con la información recabada, se colocó la bata blanca dedicada a las rondas nocturnas y partió hacia el pabellón

donde estaba internada. Durante el trayecto, aprovechó para leer los mensajes de texto que Bernard Mayer le había enviado para ponerlo al tanto de la nueva pista que iban a investigar.

Las enfermeras de la Unidad de Oncología observaron al doctor Goering con sorpresa y le devolvieron el saludo cohibidas después de que este pasara fugazmente delante de su puesto.

—¿A quién crees que viene a ver? —le preguntó por lo bajo una de las empleadas a su compañera una vez que el patólogo se había alejado lo suficiente.

—Muy probablemente a la doctora Becker. Es la que peor está —le contestó, mientras observaba en la pantalla el listado de pacientes.

—Me encantaría saber las cosas que le dirá, ¿tú no?

—La verdad es que no... Pero, si quieres averiguarlo, ya sabes lo que tienes que hacer.

—No, no lo sé. ¿Qué debo hacer? —preguntó intrigada la enfermera.

—Péscate una enfermedad terminal y quizás tengas suerte de que te elija para hacerte compañía —se mofó.

—¡Si serás malvada! —la regañó y ambas se echaron a reír.

El doctor Goering golpeó suavemente la puerta de la habitación de Melisa Becker: —¿Doctora Becker? Buenas tardes. ¿Se puede pasar? —preguntó cordialmente.

Melisa Becker había inclinado el respaldo de la cama para distraerse con una maratón de la serie *Friends* que transmitía uno de los canales internos del hospital. Lo que había comenzado originalmente como un proyecto de los voluntarios de la institución para enseñar a los niños la experiencia de los entretelones de un programa televisivo, se había convertido gradualmente, por la falta de interés de los pequeños pacientes, en un canal del estilo de los promocionales de los hoteles de Las Vegas. Repetía una y otra vez las viejas temporadas de unas pocas series televisivas, en su mayoría comedias, para levantar el ánimo de los desafortunados televidentes.

La doctora Becker había sido intervenida quirúrgicamente en varias oportunidades. Le habían extirpado el ojo derecho y le habían emparchado parte del rostro con una lonja de piel de cadáver. A pesar de que sus heridas postoperatorias habían cicatrizado hace tiempo, aún utilizaba un vendaje de tela para cubrir el sector afectado. Todavía adaptándose a su nueva condición,

su oncólogo le había anunciado hace unos días el descubrimiento de un nuevo tumor detrás del ojo izquierdo. Le afectaba el nervio óptico y muy pronto la dejaría completamente ciega.

—Adelante. Creo haber visto este capítulo del casamiento de Ross en Londres por lo menos veinte veces ya —bromeó—. Aunque ahora, en vez de mirarlo, prácticamente lo escucho —añadió, haciendo alusión a la inminente ceguera que la acechaba—. Debo haber presionado por error el botón de asistencia. Discúlpeme, pero no preciso nada. Y muchas gracias de todas maneras.

—Doctora Becker, perdone la molestia, mi nombre es Nicholas Goering y soy el...

—¡Válgame el cielo! —exclamó Melisa, azorada— ¡El mito urbano es cierto! —añadió.

—¿Perdón? —preguntó extrañado el patólogo.

—Doctor Goering, ¿no me diga que no sabe que en el ambiente médico es *vox populi* que usted es el «Joe Black» del hospital de Heimstadt? Y, antes de que me pregunte, le cuento por las dudas que es una película de Brad Pitt donde él interpreta a la muerte —le explicó—. ¿Sabe? He visto muchas series televisivas y películas durante mi vida... Por eso, como verá, estoy más sola que David Carradine en *Kung Fu* —bromeó y volteó la cabeza con dificultad para observar mejor a su visitante.

—Por favor, no haga esfuerzos innecesarios —le instó y se sentó a su lado en una de las sillas para los acompañantes.

—Qué honor, realmente. Y déjeme decirle que, a pesar de estar casi tan ciega como *Mister Magoo*, usted está a la altura de Brad Pitt. Así da gusto irse de este mundo —se mofó—. Como la cereza en un gran *Sundae* de varias capas, donde cada una de ellas representa una etapa de la vida. Aunque, pensándolo bien, no sé si es un buen ejemplo, ya que a casi nadie le gusta esa cereza abrigada, ¿verdad? —añadió dubitativa.

El patólogo la observaba inexpresivo.

—Qué manera de decir estupideces, estará pensando, ¿no es así? Ya se debe haber arrepentido de haber venido a visitarme —se rio nerviosa—. Créame, no soy siempre así —hizo una pausa—. Mentira, ¿a quién quiero engañar? Le podría echar la culpa a los opioides, pero qué va... Soy una mujer de casi setenta años que se ha quedado sola en su lecho de muerte. He trabajado

ayudando gente y salvando vidas desde hace más de cuarenta años... Todo para terminar así...

—Ahora que lo ve en retrospectiva, ¿se arrepiente de haber elegido ese camino? —preguntó su interlocutor.

—No... no, por supuesto que no. Amo mi trabajo, doctor Goering. ¿Cuánta gente tiene el privilegio de pasar por esta vida haciendo lo que le apasiona? Claro, pero para esta sociedad retrógrada y sus estúpidas convenciones sociales, de seguro he sido un fracaso, porque no me he casado ni he tenido hijos, ¿verdad? Aunque, paradójicamente, y creo que hasta se podría comprobar matemáticamente, la mayoría de las personas terminan pasando más tiempo durante su vida en el trabajo que con su familia, ¿no cree? —le preguntó e hizo una pausa para escuchar a su visitante—. Hey, no me diga que está haciendo las cuentas para ver si tengo razón con mi estadística —añadió entre risas al ver el rostro del patólogo concentrado y pensativo.

—Perdón, no lo pude evitar, doctora Becker —se excusó.

—Está bien, despreocúpese. Me gusta la gente que usa la cabeza para cuestionar y que no se conforma con lo que le dictan. Pero bueno, volviendo al tema, yo admito que no he sido agraciada por la naturaleza, pero he tenido mi cuota de romances, fugaces, pero romances al fin y al cabo. Y lo cierto es que a la tercera vez que me rompieron el corazón, me di cuenta de que, con mis gatos, mi trabajo y un buen juego de vibradores ya no me hacía falta nada más —le confesó, sonriendo nostálgicamente—. Disculpe si soy un poco frontal, pero me imagino que a esta altura usted ya habrá escuchado cosas mucho peores, ¿verdad?

El patólogo asintió sutilmente.

—Me lo imaginé. Como le decía, no me costó mucho tirar la toalla de todo ese mundo de las citas y de intentar de sentar la cabeza con algún individuo. Además de que era todo un esfuerzo superficial exasperante, acababa conociendo gente que nunca me terminaba de conformar. Es imposible encontrar a la media naranja que hace referencia Aristófanes, ¿no cree? Es más, hasta clonándose uno mismo en el género opuesto, de seguro que algún defecto terminaríamos encontrándole —se volvió a reír—. ¿Me alcanzaría el vaso con agua que está en la mesa, por favor? Me voy a deshidratar si sigo hablando así —bromeó.

El patólogo cumplió con su voluntad y la doctora Becker bebió todo su contenido velozmente como si se tratase de un concurso de *shots* durante el *Mardi Gras* de Nueva Orleans. Su acompañante lo volvió a recoger y le sirvió nuevamente otra ronda para la próxima pausa.

—Disculpe que no le pregunte, doctor Goering, pero sabrá que también es *vox populi* que usted es un misántropo. Y, conociendo su triste pasado, me imagino que una familia es lo último que debe tener entre sus planes...

—Efectivamente, doctora Becker. Es usted muy perceptiva.

—Hace muy bien, qué quiere que le diga. Hasta yo he llegado a plantearme si valía la pena ayudar a las personas. Le voy a dar un ejemplo muy tonto. Leyendo solamente los comentarios de la gente en las redes sociales y las noticias... —hizo un ademán de resignación con la cabeza—...sabe de lo que le hablo, ¿no? No crea que soy una desalmada, pero he pensado muchas veces que merecemos extinguirnos...

El doctor Goering no pudo evitar sonreír.

—Por esa pícara sonrisa veo que usted entiende perfectamente el sentimiento. Pero, bueno, son momentos de debilidad que todos tenemos alguna que otra vez en esta corta vida. Así como estamos rodeados de idiotas, hay mucha gente que vale la pena también, ¿verdad? Como nosotros, por ejemplo —se contestó a sí misma de manera socarrona.

—¿Nunca pensó en adoptar, doctora Becker? —preguntó el patólogo con su seriedad habitual y sin festejarle el chascarrillo.

—Claro, doctor Goering. Como le acabo de decir, he tenido algún que otro momento de debilidad en mi vida —bromeó—. Pero mis gatos, un buen libro o ver una película en la cama con mis almohadas mullidas me hacían recapacitar enseguida. Llámeme egoísta, pero nunca tuve «pasta» de madre, ni paciencia con los críos... —Hizo una pausa para beber otro poco de agua— ...No me arrepiento para nada, para serle sincera —continuó—; podría hasta decir que tuve una vida plena. ¿Si me gustaría vivir diez años más, al menos? —se preguntó a sí misma—. Sí, no lo voy a negar, doctor Goering —le confesó—. Pero no en este estado y mucho menos ciega como una lombriz de tierra.

—Comprendo.

—Aunque... tuerta y sin padecimientos, firmaría ahora mismo si fuese negociable —añadió en medio de un suspiro.

—¿Tiene alguna teoría o anhelo de lo que pasará llegado el momento?
—preguntó el patólogo después de esperar unos segundos para que su interlocutora recuperara energías.

—*Lights out*, doctor Goering. Como dicen los yanquis en las películas cuando hay que irse a dormir. Me sorprende que me pregunte eso, sabiendo que soy médica.

—Sabrá que no todos los médicos piensan igual.

—Qué quiere que le diga. Para mí es inconcebible. Lo considero casi tan absurdo como a un chófer de taxi ciego. Yo, por lo menos, jamás dejaría mi salud en las manos de un creyente. ¿Quién cree que va a hacer su mejor esfuerzo para salvarme la vida? ¿Uno que cree en la vida después de la muerte o uno que sabe que se acaba todo? Llámeme intolerante, pero a mi déjeme con mi médico ateo.

—La fe comienza donde termina la razón. ¿Le suena?

—Kierkegaard, ¿verdad? No podría ser más acertada esa frase —coincidió—. ¿Sabe por qué solicité mi traslado a este hospital y no me quedé en el que he trabajado durante toda mi vida en Nuremberg? Justamente por eso. Y porque he oído muchas cosas positivas de la pequeña ciudad atea de Sajonia, como le dicen por ahí a su querida Heimstadt.

El patólogo le sirvió un poco más de agua.

—Aunque debe admitir que es un poco violento que hayan prohibido profesar los credos, ¿no cree?

—La definición correcta sería que fueron erradicados sin ningún tipo de violencia, doctora Becker. En sus hogares, la gente puede aún profesar lo que le plazca —le aclaró.

—¿Pero hay alguna iglesia, sinagoga o mezquita adonde acudir si uno quisiera?

—No, doctora Becker. Heimstadt es una ciudad pequeña. Apenas contaba con una capilla, la cual fue oportunamente convertida en museo y centro de operaciones del Ayuntamiento. Y, luego, con el consenso de sus habitantes, se implementó paulatinamente el plan de erradicación total en la comuna, comenzando obviamente con la educación de las nuevas generaciones —le explicó.

—Me sorprende que hayan obtenido consenso, para serle sincera.

—Es cierto que hubo mucha gente que se opuso. Pero fueron sutilmente incentivados a mudarse a otra ciudad —su interlocutora no pudo evitar reírse—. El teísmo oprime todos los esfuerzos intelectuales y atrofia todo progreso, doctora Becker. Así como hay países enteros regidos por un credo, nosotros simplemente optamos por vivir en una ciudad libre de ellos. Y los resultados están a la vista. Bueno, no tan a la vista —se corrigió pronto—, ya que se decidió mantener un perfil bajo para evitar atraer visitantes *non-gratos*.

—Me alegra escuchar que haya funcionado, doctor Goering. Aquí las enfermeras me han hablado de la excelencia educativa, los beneficios que poseen sus habitantes, el hincapié que hacen en el arte, la cultura y la investigación. Ah, y ni hablar de la medida de que todos los habitantes deben donar sangre una vez al año y que todos deben estar inscriptos en el registro de donantes de médula ósea y progenitores hematopoyéticos.

—Así es, doctora Becker. Está hablando con el promotor de esas medidas.

—Oh, jamás me lo hubiera imaginado. Sin ánimos de ofender —expresó, sorprendida.

—No solo procuramos que a nuestros habitantes no les falte absolutamente nada en materia de salud, sino que también les proveemos nuestros remanentes a hospitales y clínicas de todo el país.

—¿De casualidad no sabe si hay alguna vacante aquí para una oncóloga tuerta y moribunda? —bromeó.

—Usted fue operada en la ciudad de Nuremberg, ¿verdad? —inquirió el patólogo, cambiando el ángulo del tema.

—Así es, doctor Goering. ¿Por qué lo pregunta?

—Me gustaría echarle un vistazo a su historial clínico y a todos los resultados de sus análisis e imágenes de los tomógrafos que le hayan realizado. No quiero prometerle nada, pero quizás pueda evitar que se quede ciega al menos.

—Oh, doctor Goering, no se moleste. Ya varios especialistas analizaron mi situación, y todos coincidieron en que la extirpación del segundo tumor incluye el combo del bastón blanco y el perro lazarillo —le comentó con resignación—. Y no lo tome a mal —prosiguió—, pero creo que en este caso las palabras de un especialista pesan más que las de un médico forense. Y, además, después de la biopsia del primer tumor, dieron por sentado que se va a metastatizar hacia otros órganos.

—¿Tiene algo que perder, doctora Becker? Podría pasar sus últimos momentos con una mejor calidad de vida y hasta prolongarla si la quimioterapia surge efecto.

—Pero estaríamos malgastando el tiempo y recursos de los profesionales que podrían estar ayudando a gente que tiene mayor probabilidad de supervivencia.

—Si así fuese, ni se lo estaría proponiendo. Y, aparte, ¿cuántas vidas cree que ha salvado en su carrera, doctora Becker? Ni me conteste. Y estaría además contribuyendo de forma indirecta al desarrollo y entrenamiento de otros colegas.

—¿Qué quiere decir? —preguntó extrañada.

—Le haríamos un trasplante parcial de rostro, en concreto de toda la funcionalidad y tejidos involucrados en la visión. Y, de regalo, le extirparemos el segundo tumor y reconstruiremos también allí lo que haga falta para evitar que pierda la vista de su ojo sano. Y todo el procedimiento tendría lugar en el anfiteatro quirúrgico de la institución para que las futuras promesas de la disciplina se nutran de las nuevas técnicas y para que los veteranos actualicen sus conocimientos.

—¿Usted me está hablando en serio? —preguntó, aún sin salir de su asombro.

El patólogo asintió, inexpresivo.

—Como para negarme después de la forma que me lo acaba de exponer, ¿no? Sobre todo, si puedo aportar algo a la comunidad médica, que tanta gratificación me dio en esta vida.

—Y, para que se quede tranquila, sepa que no sería la primera vez que practico este tipo de trasplantes de alta complejidad.

—Créame que no me atrevo a preguntar que más sabe hacer... —le confesó, riéndose nerviosa.

—Deme uno o dos días para analizar su caso, doctora Becker. Si todo está dentro de los parámetros y obtengo la aprobación de los directivos, el lunes o martes, a más tardar, podríamos realizar la intervención. Ahora, por favor, descanse y aproveche el tiempo para meditarlo —le instó y se retiró de la habitación después de acomodarle una almohada para que estuviese más cómoda.

CAPÍTULO XIII

—Mamá, ¿tienes un minuto? —le preguntó Simón mientras se dirigían hacia la recepción del hospital después de haber sido despachados por el doctor Goering de su oficina. Angélica caminaba rápido y observaba, visiblemente alterada, el calendario de su teléfono móvil para ver si tenía alguna cita o tarea agendada para esa tarde.

—Un momento, por favor —le contestó de mala manera, ante la mirada incómoda de Katja. La niña, al igual que el doctor Goering, quería deshacerse de ella, pero por diferentes motivos. Principalmente, porque quería disfrutar de su nueva y peculiar relación con su compañero de clase sin la presencia de ningún adulto.

Los tres se acomodaron ahora en el gran sillón del *lobby*, donde casualmente madre e hijo se habían sentado el día anterior después de encontrar el cuerpo de Clara. Los niños se miraron mutuamente de manera compinche, esperando a que Angélica terminara de manipular su teléfono.

—Ahora sí, hijo. Dime —le instó, tratando de disimular sin éxito su malestar por lo que acababa de suceder con el doctor Goering.

—Mamá, quiero empezar a trasladarme en bicicleta por la ciudad y no depender tanto de ti. Katja me ha convencido de que no hay ningún peligro. Ella lo viene haciendo desde hace años ya. Y, además, creo que me haría bien —le planteó, tratando de sonar seguro de sí mismo para incrementar sus posibilidades de persuasión.

Angélica meditó durante unos segundos hasta que por fin contestó:

—Me parece una idea fantástica, hijo. Pero...

—¡Buuuu! Siempre hay un «pero» —se quejó Simón.

—Por supuesto, Simoncito. Soy tu madre y ese es mi rol —miró con complicidad a Katja, como si ella también perteneciera a esa categoría—. No tengo ningún problema —prosiguió—, salvo que por el momento solo tendrás

permiso para movilizarte durante el día. Si se hace de noche, no importa donde te encuentres, me llamas para que te pase a recoger.

Simón se volteó hacia su compañera, como si se tratara de la jueza de aquel acuerdo.

—No es mi lugar, Simón, pero, si quieres mi opinión, es una oferta buenísima —le comentó Katja, ante la presión de la mirada de su compañero.

—¡Trato hecho! —exclamó eufórico el niño, extendiendo el brazo derecho para estrecharle la mano a su madre para cerrar el acuerdo. Angélica, con una cálida sonrisa, no dudó en seguirle el juego y selló el apretón de manos de manera infantil y exagerada—. Entonces, con tu permiso, mamá, Katja y yo nos iremos a pasear ahora —le informó.

—¿No te parece que deberías cambiarte de muda por algo más apropiado, hijo?

—Esa es la idea, mamá. Katja tiene una bicicleta con un sidecar y me llevará a casa para recoger la mía y para, obviamente, ponerme algo más cómodo.

—Ay, Simoncito... Me parece que te voy a enviar a un curso intensivo de caballerosidad —le reprochó Angélica—. Más te vale que tú seas el que lleve a Katja en el sidecar —agregó.

—Bien dicho, señora «G» —le festejó la niña, dirigiéndose a ella por la primera letra del apellido, como lo hacían los niños en las películas norteamericanas.

—Es que no quería que se me estropease el pantalón del traje. Mira que si se engancha con la cadena... —se excusó Simón.

—Claro, claro... ya me imagino. Entonces te doblas los bajos del pantalón y listo. Y, si se ensucia, no te preocupes que yo lo envío a la tintorería, ¿de acuerdo? —le refutó su madre con un tono de reprimenda.

—Bien, entendido, mamá.

—Adelante, entonces, niños. Podéis iros —los arengó la psiquiatra—. Yo me quedaré aquí un rato más. Probablemente me reúna con el detective Vandergelb para ultimar detalles del caso. Te mantendré al tanto por SMS, Simón. Y espero lo mismo de ti, por favor.

—Así será, señora G. Despreocúpese, que su hijo está en buenas manos. ¡Adiós! ¡Y un gusto en conocerla! —se despidió la niña, y salió a la carrera con su compañero en dirección opuesta a la entrada del hospital.

El aparcamiento para las bicicletas se encontraba en la planta baja, en el patio trasero de la institución. Allí, acomodada sin ningún tipo de medida de seguridad que desalentara su hurto, se encontraba la curiosa bicicleta que Katja utilizaba para transportar su violonchelo, o a su pequeño hermano Caleb cuando su madre se lo solicitaba. Simón se aproximó curioso hacia el sidecar de color negro abrigado y lo observó detenidamente como si se tratara de un tasador de arte en plena inspección de una obra. Al niño le había llamado la atención uno de sus paneles laterales que estaba plagado de calcomanías (y restos de los que quedaban de ellas) de los personajes de la serie animada *Dragonball Z*.

—¿Y eso? —le preguntó extrañado a su compañera al observar los calcos.

—Son de Caleb, mi hermanito. El muy bribón se compra unos caramelos que los traen de regalo y me los pega a mis espaldas cuando lo llevo en la bicicleta.

—Oh, ya veo. ¿Qué edad tiene?

—Acaba de cumplir ocho hace un mes, el piojo. Ya lo conocerás. Lo estoy incentivando para que aprenda a tocar el violín y tratando de convencer a mi madre para que lo inscriba en el conservatorio —le confió.

—Muy buena idea, Katja. ¿Aunque no hubiese sido más lógico que le enseñes a tocar el violonchelo? —preguntó curioso.

—Sí, por supuesto. Pero mira si después termina siendo mejor que yo... No, no, no —bromeó, a la vez que gesticulaba con el dedo índice de izquierda a derecha la clásica señal de negación.

Simón soltó una carcajada.

—Es más —prosiguió la niña—, me hubiese infartado si en el festival te hubieses puesto a tocar el violonchelo —le confesó—. Y no me atrevo a preguntar, pero...

—Te puedes quedar tranquila, Katja —la interrumpió de inmediato—. No es uno de los instrumentos de mi predilección, la verdad. Por lo tanto, seguirás siendo la mejor del curso por largo rato —le confió con su clásica sonrisa bonachona.

—Menos mal, si no te iba a aflojar los tornillos del sidecar y a lanzarte por un barranco —se mofó—. Mira esta cara —se señaló el rostro y acrecentó su expresión de insatisfacción característica—, y dime si no crees que sería capaz de hacer algo así.

—Sí, creo que da un poquito de miedo... —musitó su interlocutor un poco incómodo.

—¿Has visto? Estoy condenada a ahuyentar a la gente.

—No seas tan drástica, Katja. Es solo una cuestión de actitud. Aunque... —meditó unos segundos— ...yo no tengo esa expresión de pocos amigos y sin embargo parecería que también ahuyento a la gente —concluyó con un dejo de tristeza.

—Menos mal que te diste cuenta solito y me ahorraste de quedar como una bruja si te lo decía yo. ¿Conoces ese dicho que dice algo como «Dios los cría y el viento los amontona»? —preguntó la niña.

—No, no creo haberlo oído... Pero, si es así, debo decirte que se tomó su tiempo en amontonarnos, el muy desgraciado —se mofó.

—Cierto. Y por las dudas no nombremos a Dios en voz alta. Ya sabes que aquí, en la tenebrosa ciudad de Heimstadt, nombrarlo es un «sacrilegio».

Ambos niños se rieron brevemente y observaron durante unos segundos la bicicleta, pensativos.

—¿Cómo haremos entonces? ¿Te sientas tú en el sidecar? —preguntó finalmente Simón.

—Correcto. Ya oyó a su madre, señorito. Si quieres, dame el *blazer* para estar más cómodo y transpirar menos —le sugirió.

—Buena idea. Dame unos segundos —se quitó delicadamente la prenda para no arrugarla y se la entregó prolijamente doblada como si recién la hubiesen comprado en una tienda.

—Me parece que te voy a llevar a mi casa para que me acomodes toda mi ropa. ¡Mira qué bonito! —se mofó con ternura.

—Oye, ¿le has avisado a tu madre de que te ibas conmigo? —preguntó preocupado—. Lo último que quiero es que te regañen por mi culpa.

—Descuida, Simón, no es necesario. Mi madre tiene plena confianza en mí y en la seguridad de la ciudad. Asimismo, los fines de semana me da vía libre para hacer lo que quiera. Es la recompensa por sobresalir en la escuela y en el conservatorio —le explicó.

—Excelente, Katja. Entonces, no perdamos más tiempo. —Simón tomó la bicicleta por el manubrio y, con la ayuda de su compañera, comenzó a arrastrarla hasta la salida del aparcamiento.

A los pocos segundos, el niño no pudo evitar consternarse. Había recordado súbitamente que, no hacía menos de veinticuatro horas, había hecho exactamente lo mismo con su amiga en la *promenade* del festival.

—¿Te encuentras bien, Simón? —preguntó Katja al ver las lágrimas deslizándose por su rostro.

—Ayer justamente anduve en bicicleta con Clara por el sendero de la costa, después de nuestro recital improvisado...

—Oh, entiendo. —Hizo una pausa y detuvo su marcha, obligando a su compañero a imitarla—. Realmente no hay palabras para una situación como esta —musitó.

—Lo sé, Katja. No te preocupes. Es que... —se aclaró la garganta— no puedo dejar de sentirme culpable por estar ahora contigo —le confesó, a la vez que se enjugaba las lágrimas con el antebrazo.

—Por supuesto, Simón, es inevitable. ¿Te sientes quizás como un desalmado por estar pasando un buen rato al tan poco tiempo de lo sucedido?

—Exacto... Pero te juro que me siento vacío. Y estoy haciendo lo imposible por distraerme y no pensar en lo ocurrido para no deprimirme más de lo que ya estoy.

—Lamentablemente, no hay un manual para manejar el duelo, mi pequeño compañero. A pesar de que existan esas cinco fases definidas en Psicología, cada uno se las arregla como puede, creo yo.

Simón asintió.

—Me gustaría poder darte algún consejo desde mi experiencia con mi padre, pero, como ya te había mencionado anteriormente, en mi caso su muerte fue un alivio. Sí, suena horrible, pero así son las cosas a veces en esta vida —admitió, ante la mirada estupefacta de su interlocutor—. Ok, y ahora presta atención —prosiguió sin darle tiempo al niño a preguntar—, ya que pasaré a explicarte cómo solemos hacer con mi hermanito Caleb para emprender el viaje con mayor facilidad.

Katja puso un pie dentro del sidecar y el otro fuera de este: —Ahora te subes tú a la bicicleta y entre los dos, tú pedaleando y yo impulsándome con el pie como si se tratara de una patineta, tomaremos velocidad enseguida y así se te hará mucho más sencillo continuar solito gracias a la inercia.

—Perfecto, Katja. No parece complicado —admitió su compañero, comparándolo inevitablemente con la proeza del día anterior de llevar a Clara sobre el cuadro de la bicicleta de alquiler en el Festival.

—¿Vives lejos de aquí, Simón? —preguntó la niña.

—Depende de lo que te parezca lejos —bromeó—. Más o menos, en Hafenviertel, ¿te ubicas?

—Claro, una de las zonas más exclusivas y bonitas, Simón. ¡Qué afortunado!

—De todas maneras, me gustaría realizar una parada previa en la plaza central de la ciudad, si no tienes problema.

—¿Por algún motivo en particular? —frunció el ceño, extrañada.

—El doctor Goering me dijo hoy en la morgue que, cuando tuviera oportunidad, visitara el monumento de Schopenhauer que está allí —le explicó.

—Curioso... —Katja se llevó la mano hacia la barbilla al estilo Sherlock Holmes, dubitativa—. Bien, entonces, ¡allá vamos! —exclamó y sorprendió a su compañero con el comienzo imprevisto de las zancadas antes de que este pudiera acomodarse sobre los pedales.

Los primeros minutos del trayecto transcurrieron en silencio. Simón conducía la particular bicicleta atento a todos los detalles, y la niña, quien nunca había viajado en el sidecar, aprovechó para disfrutar sin distracciones de la vista desde esa nueva perspectiva.

—¿Sabes, Simón? ¡Me podría acostumbrar tranquilamente a viajar siempre así! —le gritó divertida a su compañero.

—¡Un par de manzanas más! —replicó de manera automática, ya que, por el ruido del tráfico, solo había oído un murmullo ininteligible.

La plaza central de Heimstadt se ubicaba estratégicamente frente al edificio de la alcaldía y en plena zona comercial peatonal del centro histórico de la ciudad. Rodeada de pintorescos restaurantes, microgalerías de arte, negocios de antigüedades, de instrumentos musicales y librerías temáticas, invitaba a los transeúntes con sus seis sendas de adoquines a confluir en su centro, allí donde el Ayuntamiento había erigido la imponente escultura de bronce de Arthur Schopenhauer. El filósofo alemán había sido perpetuado cabizbajo y con las manos entrelazadas detrás de la espalda, pensativo.

Los niños acomodaron la bicicleta en uno de los espacios designados por el municipio y se dirigieron a pie hacia la plaza. Simón había dejado su *blazer*

en el sidecar y disfrutaba ahora de la suave brisa de la tarde. —¿Ahora sí puedo preguntar por qué el doctor Goering te sugirió que vinieras a ver la estatua de Schopenhauer? —rompió Katja el silencio cuando comenzaron a caminar por uno de los seis senderos.

Simón le explicó lo que le había dicho el patólogo cuando él le había preguntado quién podría hacerle daño a una niña inocente y le citó la frase del filósofo alemán a la que había hecho referencia. Katja asintió y añadió: —Demás está decir que nuestro pesimista amigo Arthur tenía razón.

—¿Tú crees? —preguntó el niño, dubitativo.

—No me cabe ninguna duda... Es más, las pruebas están a simple vista, Simón. Lo que pasa es que vivimos en una ciudad donde apenas vemos, con suerte, el uno por ciento de toda la porquería que hace esta vil humanidad.

Cuando llegaron al centro de la plaza, Simón comenzó a observar la escultura de arriba a abajo en busca de la placa de bronce que el doctor Goering le había encomendado leer. Katja lo miraba divertida. Ella ya la había divisado hace rato, pero no quería entrometerse en su misión. Tras unos minutos de una rigurosa inspección sin resultados, el niño finalmente se volteó hacia su compañera, desconcertado.

—Mira debajo de tus pies, Simón —le señaló Katja. La placa era en realidad una baldosa tallada en el suelo y su compañero se había parado sobre ella sin percatarse. El pequeño sonrió avergonzado y se arrodilló ante esta para leer su inscripción. La niña lo acompañó y se sentó junto a él: —El mundo es el peor de los posibles —leyó en voz baja, casi al nivel de un susurro.

Después de tomarse unos segundos para digerir la premisa, el niño levantó la vista y miró a su petrificado autor fijamente a los ojos. La cruda expresión del filósofo alemán parecía desafiarlo. Simón finalmente cedió y se dejó caer sobre sus posaderas, resignado. —Definitivamente, no comparto su opinión, señor Schopenhauer —le dijo a su inanimado interlocutor.

—Bien por ti, Simón —le susurró su compañera y le palmeó el hombro para reconfortarlo.

—¿Acaso tú sí? —preguntó, extrañado— ¿Y qué necesidad hay de ser tan negativos para poner semejante lema en la plaza central de la ciudad? —se preguntó a continuación con un evidente dejo de indignación.

—Mi madre me dijo una vez que el objetivo es intentar generarle a la gente un sentimiento de colaboración y solidaridad colectiva. O sea, ya tenemos

demasiado con los problemas de este mundo como para encima tener que lidiar con las bajezas de las personas, ¿no te parece?

Simón no contestó.

—No es más que un enfoque alternativo de los gobernantes para concienciar a los habitantes de la importancia de su rol para el bienestar de la comunidad. Y no les ha ido para nada mal... La ciudad es supersegura y, según mi madre, que trabaja en el hospital, tenemos uno de los mejores sistemas de salud gratuita del país. ¿Por qué crees que nos obligan a donar sangre todos los años, entre otras cosas? —le explicó de la manera más positiva que pudo para intentar levantarle el ánimo.

Simón suspiró profundamente.

—No deja de ser triste de todas maneras —respondió al fin—. ¿Te parece a ti adecuado utilizar esa premisa como *modus vivendi*?

La pregunta le sonó a su interlocutora más a un reproche.

—Guau, Simón. ¿Estás seguro de que no eres un adulto en un cuerpo de niño? ¡Qué vocabulario, eh! —se mofó—. Oye, cada uno es libre de vivir su vida como se le antoja. No dejes que una frase en una plaza te condicione, Simón —agregó rápidamente, al ver que su compañero no se había siquiera inmutado ante su chascarrillo.

—Lo sé, Katja... lo sé. Clara me dijo un par de veces, a modo de broma, que yo vivía en una burbuja. Y cuánta razón tenía, ahora que lo pienso —razonó el niño.

—Lo cierto es que es un ejemplo bastante acertado, Simón. Si el alcalde pudiera cubrir la ciudad con una cúpula gigante como en aquel libro de Stephen King, créeme que lo haría. Y por eso también me parece acertado que hagan cosas como esta —le volvió a señalar la baldosa con la cita del filósofo— para recordarnos que no todo es color de rosa como en nuestra querida, pero singular, ciudad. Asimismo —continuó envalentonada—, no te olvides de que la perspectiva de un niño acerca del mundo suele estar bastante filtrada por aquella otra burbuja que intentan aplicar los padres y adultos para no traumatizarnos la infancia. Y en el caso de tu amiga, su enfermedad fue la desgraciada aguja que reventó la suya de manera tan prematura.

—¿Y cuál fue la tuya, si no te molesta que te lo pregunte, Katja? Porque, como bien te has mofado ya en reiteradas ocasiones, la expresión de tu rostro

sin duda se asemeja bastante a la del héroe de la ciudad —inquirió y le señaló con la mirada la antipática escultura delante de ellos.

—Mi padre... —musitó—. Pero preferiría no hablar de ello ahora, Simón —añadió de inmediato.

—Comprendo... no quise ser entrometido, Katja —intentó disculparse, avergonzado.

—No te preocupes, ya habrá oportunidad —lo tranquilizó.

Simón volvió a mirar la inscripción y apoyó sin darse cuenta la cabeza en el hombro de su compañera para reconfortarse.

—¿Te parece si continuamos viaje? El día está muy bonito para pasear — le propuso la niña tras unos segundos de silencio, incomodada por el contacto físico inesperado.

—Sí, buena idea, Katja —coincidió Simón y se puso de pie al instante al darse cuenta del sutil malestar de su compañera. Le tendió la mano para ayudarla a reincorporarse y, en silencio y con caras largas, volvieron al aparcamiento a buscar la bicicleta.

CAPÍTULO XIV

—Me parece una idea excelente, Angie. Aquí te espero —acordó Matías con su amante y finalizó la llamada desde la aplicación del ordenador. Ansiosa por conocer las instalaciones de la jefatura de Heimstadt, Angélica le había propuesto visitarlo en su nueva oficina.

Después de anotar en su bitácora digital la minuta de la reunión con el alcalde, el detective Vandergelb observó su reloj y determinó que era el momento adecuado para desempacar y ordenar la caja con sus pertenencias de la jefatura de Gilberstadt de una vez. Si quería impresionar a su compañera, sin duda debía deshacerse de la antiestética caja de papel higiénico. Cuando, por fin, quedó conforme con el aspecto del despacho, se sentó detrás del escritorio y repasó mentalmente los pasos a seguir según las conclusiones de sus superiores. A pesar del claro mensaje de Oppenheimer de eliminar de la lista de sospechosos a Nicholas Goering, el rebelde detective había optado una vez más, como en todos los casos que había resuelto con éxito, seguir sus instintos y continuar con las pesquisas relativas al patólogo de manera clandestina.

Matías volvió a mirar la hora. Faltaban apenas unos minutos para la llegada de su compañera. Ansioso, se levantó precipitadamente y se dirigió al baño de hombres del recinto. A pesar de ser el único empleado en toda la planta, cerró la puerta con llave y, rápido como adolescente en burdel, se bajó los pantalones y ropa interior. Se paró de puntillas frente al lavabo, abrió el agua caliente y colocó el glande debajo del chorro, mientras que con la mano libre juntaba una buena cantidad de jabón del dispensador. Después de frotarse el miembro vehementemente con la mano enjabonada, lo enjuagó y caminó como un pingüino emperador hasta uno de los secadores eléctricos para finalizar la sesión de aseo genital. Cuando el aparato finalizó el ciclo, frotó los dedos sobre el prepucio y se los llevó hacia la nariz para corroborar que el único hedor preponderante provenía de los resquicios del jabón de tocador,

barato pero efectivo. Conforme con el resultado, se subió los pantalones y tomó del bolsillo su teléfono móvil para observar las notificaciones:

—Ya estoy subiendo a tu oficina —leyó en la pantalla el SMS de Angélica.

Corriendo ahora como un maniático por los pasillos mientras se colocaba la camisa y se abrochaba el cinturón, Matías llegó a su despacho apenas unos segundos antes de que se abriera la puerta del ascensor que transportaba a su compañera.

—¡Parece que a alguien le hacen falta unas buenas horas de sueño! —exclamó la recién llegada al ver la cara de cansado de su anfitrión.

—Ni que lo digas, Angie. Creo que hoy a la noche me desmayaré ni bien apoye la cabeza en la almohada —bromeó—. Adelante, por favor —le sostuvo la puerta con educación—, y vislumbra el futuro —añadió con voz socarrona para presentarle la moderna oficina.

Cuando ingresaron al despacho, Matías observó en la pizarra electrónica que se había olvidado de eliminar la foto de Angélica y la nota que la referenciaban como sospechosa. Estaba seguro de que ese detalle enfadaría a su compañera y, por ende, todas sus opciones de ligar con ella se esfumarían de un plumazo: —Angie, antes que nada, observa lo bonito que es el suelo —le instó para distraerla y para borrar fugazmente con un rápido movimiento del dedo índice la foto y la nota de la pizarra.

—No veo nada memorable, Matías —le comentó ofuscada.

—¿No ves el reflejo en el porcelanato? Si no llevases ropa interior podría verte hasta el apellido —se mofó con lo primero que se le vino a la mente.

—No cambias, ¿verdad? —le reprochó con cierto enfado—. En fin —prosiguió—, esto es increíble, Matías. Había oído sobre estos *Smart desks*, pero nunca había visto uno en vivo y en directo —agregó, sorprendida.

—¿Y el detalle de la pizarra electrónica que proyecta la del ordenador? ¿Qué tal? —Se la señaló cómicamente, imitando a las modelos de los programas de concursos televisivos que no hacen otra cosa que enseñar los premios.

—Eres consciente de que no te lo mereces, ¿verdad?

—Y aún falta lo mejor... —Tomó el pequeño control remoto que estaba sobre el escritorio—. Observa, Angie —le encomendó, mientras presionaba el botón que aplicaba el máximo de privacidad a los paneles de cristal—. Solo es cuestión de cerrar la puerta... —añadió descarado y le echó llave a la oficina.

—Has subido muchos puntos, Matías. Y sabrás bien que «el poder» es sumamente erótico —le dijo con voz sensual, mientras se desabrochaba la blusa y caminaba con gesto felino hacia él.

El miembro del joven detective se endureció más rápido que un afluyente de agua en el crudo invierno de la ciudad de Yakutsk. A tan solo unos milímetros de distancia, mirándose cara a cara pícaramente, Matías aferró a su compañera por las nalgas y la levantó en el aire. Ella entrelazó las piernas alrededor de su cadera y él la llevó en brazos hasta detrás del escritorio, donde la recostó suavemente. Allí, ambos se deshicieron de sus ropas e hicieron el amor por más de diez minutos, comenzando con la postura misionera y finalizando con la preferida del detective, «la carretilla».

—Lo que daría por fumar uno de mis cigarrillos —le comentó, ahora recostado a su lado sobre el frío suelo de la oficina—. Y ni hablar de dormir una siesta de catorce horas —agregó jocoso.

—Nadie te obligó a elegir esta profesión, Matías. Me imagino que sabías muy bien que el estrés y las privaciones de sueño venían incluidas en el combo.

—Ni hablar, Angie. No me arrepiento en lo más mínimo. Solo digo que me siento fusilado —volteó la cabeza para mirar a su compañera, quien aún observaba el cielorraso—. Hey, mi esposa se ha ido hoy con mi hija a vivir con su madre por un tiempo indeterminado.

—¿Acaso se ha enterado de lo nuestro? —preguntó y se giró hacia él, preocupada.

Los dos tórtolos se miraban ahora cara a cara.

—No, no, tranquila. Es un poco largo de explicar... —hizo una pausa—, básicamente, temía por su seguridad y la de nuestra hija.

—¿Cuántos cafés has bebido en el día de hoy? —preguntó Angélica frunciendo el ceño en alusión al hedor de su aliento.

—¿Qué te hace pensar que es aliento a café y no a otra cosa? —miró pícaro la entrepierna de su compañera.

Ambos estallaron en una carcajada y comenzaron a vestirse.

Después de contarle con todo lujo de detalles la reunión con el alcalde y el detective Mayer, ambos acordaron ir al hospital de Heimstadt para investigar la pista de las solicitudes de empleo. Matías le propuso ir en su vehículo, pero Angélica se negó. Prefería ir sola en su coche y no depender de nadie. Durante

el trayecto, Matías detuvo su Crown Victoria al lado del deportivo de su amante y le hizo una seña para que bajara la ventanilla: —¡Te tomaría una fotografía detrás del volante de esa preciosura y se la enviaría a mis amigos para decirles que te estoy follando! —le gritó jocosamente.

—¡Jamás se lo creerían, chiquilín! —le contestó divertida y aceleró a fondo su Peugeot para dejarlo atrás.

Unos minutos después de cortejarse con sendos vehículos por las calles de la ciudad, el dúo llegó al hospital y aparcó en el mismo sector donde se encontraba el automóvil del doctor Goering.

—¿Este no es el coche de tu querido psicópata? —preguntó con malicia el detective al pasar a su lado.

—Matías... ¿en serio? —lo fulminó con la mirada—. Por favor, no empecemos. Veníamos bien hasta ahora —lo reprendió.

—Lo siento, lo siento, tienes razón. Prometo comportarme —contestó visiblemente arrepentido. Y, para saldar su error, se apresuró a sostenerle la puerta del aparcamiento.

—Más te vale que no me mires el culo cuando pase... Si no, tendrás que conformarte de aquí en adelante con tu querida mano para satisfacer tus deseos —lo amenazó socarronamente.

—¿Acaso es mi culpa? ¿O te vestes así por el amor al arte? —se quejó su compañero.

—No serás de los imbéciles que dicen que es culpa de la mujer que sean violadas, ¿no? —Su tono de voz había dejado de ser amigable.

—Angie, por favor. Me sorprende. O, mejor dicho, me ofende, que dudes de mí en un tema tan sensible como ese —le respondió, mirándola serio a los ojos.

Angélica le clavó la mirada durante unos segundos y, sin mediar palabra, ingresó al hospital. Su compañero, por otro lado, cuando esta le dio la espalda, le miró desafiante la retaguardia hasta que llegaron al vestíbulo del ascensor.

CAPÍTULO XV

La joven estudiante del conservatorio de Heimstadt, Clarisa Burstein, trabajaba en la recepción del hospital durante los fines de semana con un único objetivo: ahorrar dinero para viajar de mochilera por Sudamérica en cuanto finalizara el ciclo lectivo. Virtuosa del clarinete, la joven de veintidós años de pelo castaño lacio, ojos azules y nariz respingona, apenas se percató de la presencia de las dos personas que la observaban impacientes delante del mostrador. Ensimismada en diversos sitios web de viajes y blogs de trotamundos, levantó la mirada cuando el detective Vandergelb carraspeó exageradamente para llamar su atención.

—¡Ups! Disculpenme, por favor. Es que los sábados hay tan poco movimiento que me distraigo fácilmente navegando en Internet —se excusó con una sonrisa nerviosa y juvenil.

—Descuide... —El detective se inclinó sutilmente para leer la identificación en la blusa de la chica—, señorita Burstein. Soy el detective Vandergelb —le mostró la placa al momento— y esta es mi compañera, la doctora Grunnewald. Precisaríamos hablar con alguien de la Administración o bien del departamento de Recursos Humanos.

—Uhm... durante los fines de semana solo trabaja una persona. Hans Werner. Pero no sé si estará a esta hora —le comentó dubitativa— ¿Quieren que lo telefonee por las dudas? —les ofreció.

—No será necesario, iremos personalmente.

—La oficina se encuentra en la segunda planta, en el ala oeste —le aclaró.

—Muchas gracias por la información. —Ambos visitantes se despidieron con un ademán y se dirigieron rápidamente hacia el lugar indicado por la joven recepcionista.

—Siempre prefiero caerles en persona, así no tienen excusa para negarse —le confesó el detective a su compañera mientras aguardaban el ascensor.

Hans Werner era un simpático contable de setenta y cinco años jubilado que había sido designado por los directivos del hospital para ocuparse de los menesteres administrativos durante los fines de semana. Muy apreciado por su solidaridad y por su excelente predisposición, trabajaba *ad-honorem* en la institución desde hacía diez años. Hans no solo no aceptaba el salario, sino que además donaba mensualmente su jubilación al programa de Ayuda Familiar del hospital. «Con las rentas de las propiedades que he adquirido durante mis años en actividad, me alcanza y sobra para vivir hasta que me muera», solía decirles a los que se preocupaban por su economía.

Cuando el detective golpeó la puerta de la oficina de la Administración, el proactivo anciano intercambiaba sus viejas gafas de marcos gruesos para la presbicia por las modernas e imperceptibles bifocales de uso diario. Así comenzaba su ritual de retirada.

—¡Un momento, por favor! —exclamó Hans, sorprendido por la inesperada visita.

Matías miró a su compañera con una expresión victoriosa por haber llegado a tiempo.

—Muy buenas tardes, jóvenes. ¿A qué les debo el privilegio de esta grata visita? —saludó el anciano con una bonachona sonrisa aperlada, producto de un costoso tratamiento blanqueador sugerido por su inescrupuloso odontólogo.

—Buenas tardes, ¿señor Wagner?

—Werner, Hans Werner.

—Señor Werner, disculpe la molestia. Somos el detective Vandergelb y la doctora Grunnewald. Estamos a cargo de la investigación de los asesinatos de Florian Carlic y Clara Richter. Queríamos hacerle unas preguntas, si no le importa.

—Oh... sí... qué terrible desgracia —lo interrumpió Hans con una expresión de congoja—. Pasen, por favor. Estaba a punto de retirarme, pero para estas circunstancias dispongo de todo el tiempo que ustedes crean necesario.

—Muy gentil de su parte, señor Werner —le agradeció Angélica mientras seguían a su anfitrión hacia la gran sala de reuniones que compartían con el resto de los departamentos del sector.

—¿Desean algo de beber, jóvenes? —les ofreció a continuación, pero ambos visitantes rechazaron la oferta cordialmente.

—Señor Werner, iremos al grano, así usted se puede retirar cuanto antes a disfrutar de su sábado. ¿Está usted al tanto de las solicitudes de empleo que llegan aquí para trabajar con el doctor Goering? —comenzó con la indagatoria el detective.

Hans no pudo evitar emitir una carcajada ronca.

—¿Ven aquella gran urna de madera junto a una de las impresoras? —añadió, después de que se aclarara la garganta—. Ahí van a parar todas las que llegan por correo convencional, claro. Y una vez que se llena, las enviamos al pabellón de pediatría para el taller de reciclado —les explicó—. Generalmente —prosiguió—, se demora un par de semanas en llenarse, pero tras la muerte del señor Carlic, solo bastaron dos días.

—¿Y tiene idea de si ya la han vaciado? —preguntó Angélica.

—Si observan con detenimiento, podrán ver a través de la rendija que las solicitudes han llegado hasta el tope de la urna. Por ende, están de suerte.

—¿Y qué hay de las solicitudes que se envían por *e-mail*, señor Werner? —preguntó ahora el detective.

—Hay una casilla de correo especial adonde llegan. Yo la tengo agregada en mi *Outlook*, pero ni la miro, ya que de eso se encarga otra persona. Y, hasta donde tenía entendido, el encargado de la misma la vacía todos los días.

—Comprendo... ¿Le molesta si echamos un vistazo en su ordenador, señor Werner? —le solicitó ahora Angélica, quien, gracias a Simón, había aprendido más de un truco con las aplicaciones de correo cuando borraba accidentalmente algún *e-mail* o cambiaba alguna configuración sin querer.

—Adelante, faltaría más. —El señor Werner se levantó de la silla y les instó que lo siguieran hasta su escritorio—. Todo suyo —agregó, después de desbloquear la pantalla con su contraseña.

Ante la mirada atónita de su compañero, Angélica comenzó a revisar la cuenta de correo de Recursos Humanos que le habían agregado al septuagenario. —Es un simple truco que no muchos conocen, pero hay un botón aquí en el *Outlook*, cuando te paras sobre la carpeta de elementos eliminados, que te permite recuperar todos los ítems —le explicó, mientras cliqueaba en las diferentes opciones con la velocidad de un perito informático.

—¡Qué dominio! —exclamó Matías, divertido.

—Bingo —musitó Angélica al cabo de unos segundos—. Mira todos los correos eliminados que hay. El único inconveniente es que, como son tantos, el historial solo llega hasta el día de ayer —se lamentó.

—Disculpen que me entrometa —interrumpió Hans—, pero pueden ir al departamento de Informática a hablar con Konstantin Wilhelm para pedirle que les recupere los *backups* de la semana. Hasta donde tengo noción, por estándar de la industria, deben hacer copias de seguridad de la información por un largo tiempo —les sugirió—. Su oficina se encuentra en el primer subsuelo, aunque no estoy seguro de si encontrarán a alguien el día de hoy —agregó.

—Excelente idea, señor Werner. Ya mismo iremos hacia allí, entonces. —El detective le extendió la mano para despedirse—. Muchísimas gracias por su tiempo. Y, por favor, que nadie toque la urna de las solicitudes —le ordenó—. Yo me encargaré hoy mismo de que una patrulla la venga a recoger.

—Quédese tranquilo, detective. Yo ya me retiro y cierro con llave. Que pidan el acceso en la recepción cuando vengan. Desde ya, para mí es un placer poder colaborar en lo que sea para resolver estos atroces crímenes —concluyó y se volvió hacia el perchero de la oficina para recoger su chaqueta de pana color beige con forrado interno escocés que utilizaba siempre en los días nublados.

Los tres caminaron juntos en silencio por el corredor hacia los ascensores hasta que Matías decidió romper el incómodo silencio: —Señor Werner, ¿le puedo hacer una última pregunta, si no le es molestia?

—Por supuesto, dispere, detective. Pero no literalmente, ¿eh? —bromeó el simpático anciano.

—¿Qué opinión le merece el doctor Goering?

Angélica no pudo evitar mirar de reojo a su compañero con una sutil expresión de ofuscación.

—En realidad, no puedo ser muy objetivo ante su pregunta. Él se ofreció a operarme del corazón hará unos ocho años cuando se enteró de que me tenían que reemplazar la válvula aorta. Y después de que mi propio cardiólogo me informara que el patólogo de la institución era además el mejor cirujano, no me costó mucho aceptar el extraño ofrecimiento. Por lo tanto, habiendo dicho eso, detective, solo puedo decir que es un profesional de primera. —Hans presionó el botón del ascensor que lo llevaría a la recepción y después el del que llevaría a los visitantes al departamento de Informática—. Ustedes deben tomar el número cuatro, que es el que llega hasta el subsuelo —añadió—. Y,

como de su vida privada no conozco absolutamente nada —continuó—, todo lo que les diga serían puras conjeturas y apreciaciones irrelevantes —finalizó, ahora dentro de su ascensor, sosteniendo la puerta para que no se cerrara en la cara de sus interlocutores antes de terminar con la charla.

—Gracias una vez más, señor Werner. Tenga usted buenas noches —lo despidió Angélica para no quitarle más tiempo.

Cuando las puertas del ascensor que transportaba al dúo se cerraron, Angélica miró desencajada a su compañero y exclamó: —¡Casi me da un infarto cuando dijo que el doctor Goering lo había operado del corazón!

—¿Por qué, Angie? — preguntó curioso, pero unos segundos después, y ante la mirada sarcástica de su amante, terminó atando cabos—. ¡Oh, cierto! Debe de ser por la privación de sueño —se excusó—. Pero no fue un trasplante por lo que entendí, ¿verdad?

—Correcto. Eso significaría que no se ajusta al perfil, pero, según los resultados de las pericias de ADN, ahora sabemos que los órganos fueron colocados simbólicamente. Y también sabemos que todas las víctimas tenían alguna conexión con el hospital y el doctor Goering.

—Por ende, no lo deberíamos descartar como un posible *target* de nuestro querido demente, ¿verdad? Ya mismo solicitaré que le asignen un custodio —concluyó de inmediato sin esperar la respuesta de su compañera.

—Buena idea —coincidió Angélica.

Cuando se bajaron del ascensor, Matías aprovechó, ahora que tenía buena señal, para llamar al detective Mayer. Quería comentarle las novedades y pedirle autorización para la asignación de un recurso para la protección del señor Werner: —Listo, le pareció apropiado. Podemos quedarnos tranquilos con este tema —le confió a su compañera mientras caminaban por los solitarios pasillos hasta su próximo objetivo.

—¿Crees que habrá alguien aquí hoy? —le preguntó a Angélica cuando por fin llegaron a la entrada del departamento de Informática.

—Buena pregunta. —El detective golpeó la puerta exagerada y frenéticamente como si se tratara de alguien perseguido por un maniático en una película de terror de clase B—. Ok... definitivamente nos vamos a dar cuenta si hay alguien —le susurró la psiquiatra después de estremecerse por el inesperado arranque de su compañero.

Al cabo de unos segundos, una voz distorsionada, proveniente de lo que parecía un lector de tarjetas de acceso, sorprendió a los visitantes mientras intentaban oír el interior del recinto arrimados a la puerta como dos niños traviesos: —Hay un timbre justo debajo del control de acceso —les reprochó el sujeto.

—Somos del departamento de policía. Necesitamos hablar con alguno de ustedes acerca de los homicidios acontecidos esta semana —le explicó Matías, ignorando la reprimenda de su interlocutor por sus golpes.

Silencio.

Unos segundos después, la puerta se abrió y se apareció ante ellos un muchacho imberbe y muy delgado de no más de veinticinco años que medía casi dos metros de altura. Su cabellera rubia y lacia peinada con raya al medio le otorgaba un cómico aspecto de cantante de *boy band* de los años noventa. Vestido con una cremallera deportiva de *Los Angeles Lakers* que le llegaba hasta los muslos y un vaquero holgado que, para los horrorizados ojos de Angélica, se asemejaba a un saco de patatas remendado, el joven no pudo evitar sorprenderse con la inesperada belleza de la acompañante del detective.

—Buenas noches, mi nombre es Bastian Kruger —se presentó finalmente, después de un embarazoso silencio, producto de la hechizante presencia de la psiquiatra.

Los visitantes les mostraron sus identificaciones y pasaron hacia el interior del recinto.

El departamento de Informática consistía en un espacio subdividido de ochenta metros cuadrados. Contaba con una oficina para los empleados del área, un depósito de insumos y accesorios, y el *Data Center* con refrigeración independiente donde albergaban los servidores del hospital. El tosco muchacho tomó asiento detrás de uno de los tres escritorios de la oficina y cogió un cubo de Rubik que había traído de su hogar para mantener las manos ocupadas en los ratos libres. Inexpresivo, se los quedó mirando mientras manipulaba el juguete nervioso. Matías, ignorando la apática actitud de Bastian, realizó un examen analítico del lugar hasta que finalmente agregó: —No está mal, pero me hubiese esperado algo más innovador. Dígame, señor Kruger, ¿puedo llamarte Freddy?

Su interlocutor no acusó recibo y lo siguió observando inexpresivamente.

—Se ve que eres muy joven y no has visto ninguna de las películas *Pesadilla en la calle Elm*, ¿verdad? —añadió Matías.

—Por supuesto que las conozco, detective Vandergelb. Solo que ya he perdido la cuenta de las veces que he escuchado ese infantil chascarrillo —le contestó de mala gana.

Matías lo miró fijo, furioso. Y en unos pocos segundos descifró lo que ponía tan nervioso al muchacho. Le costaba quitarle la vista a su compañera.

—Dime, Bastian... ¿cuántas veces por día te masturbas aquí dentro? —arremetió después de descubrir su punto débil.

—¡Detective! ¡Por favor! —lo reprendió de inmediato Angélica.

Las manos del muchacho manipulaban ahora el cubo de Rubik a una velocidad de prestidigitador profesional de Las Vegas.

—Tranquilo, Bastian. —añadió la psiquiatra con un tono maternal y se sentó frente a él.

—Lo siento, chico, estoy hace casi cuarenta y ocho horas despierto y no veo la hora de irme a mi casa a descansar —se excusó el detective y tomó asiento al lado de su compañera.

Bastian asintió y sus manos comenzaron a tranquilizarse.

—¿Siempre trabajas los fines de semana? —inquirió Angélica aún con un tono conciliador.

—No, mi jefe está de vacaciones desde hace una semana y yo estoy con mucho trabajo acumulado. Y las horas extras son siempre bien recibidas en mi economía.

—Ni hablar de que tu vida social debe ser nula también, ¿no? —preguntó con malicia el detective.

—El señor Wilhem es tu jefe, ¿verdad? —se apresuró Angélica levantando su voz para acallar a su compañero.

—Correcto, Konstantin Wilhem. —comenzó de nuevo a manipular nervioso el puzle de juguete más vendido de la historia.

Angélica miró seria a Matías y le comentó en voz baja: —Por favor, toma nota del detalle de las vacaciones del señor Wilhem en la semana que todo esto comenzó.

—Disculpen que me entrometa —interrumpió temerosamente Bastian—, pero, si les sirve de algo, el señor Wilhem debería estar en Palma de Mallorca desde el lunes pasado. Digo, por si lo quieren corroborar.

—Gracias, Bastian. Ahora, volviendo a lo que nos compete... —prosiguió Angélica— ...Precisamos que nos proveas los *backups* de la casilla de correo del departamento de Recursos Humanos adonde llegan las solicitudes de empleo. Y, antes de que lo preguntes, de por lo menos los últimos seis meses.

—Ok, ningún problema. Pero aquí solamente tenemos una retención de un mes. Los *backups* más antiguos se transfieren al centro de cómputos de la ciudad.

—Ufff... —rezongó el detective ante la noticia.

—Pero no se preocupen, yo les puedo cargar la orden ahora mismo en el sistema de *tickets* interno para que se lo vayan procesando. Conociéndolos, deberían tener listo los resguardos mañana por la mañana. ¿Cómo les gustaría recibir la información? —preguntó mientras las manos danzaban ahora veloces sobre el teclado de su terminal—. Me refiero al medio, ¿un disco externo, en algún *Cloud Storage* o en un ordenador del centro de cómputos? —les aclaró ante la mirada dubitativa de sus interlocutores—. Si me permiten aconsejarles, lo mejor sería que les vuelquen la información en uno de los ordenadores del centro.

—Vamos entonces con la tercera opción —contestó el detective, seguro—. Mañana contaré con la ayuda de una asistente que Bernard Mayer me asignó para aliviarme de este tipo de tareas tediosas —le aclaró a su compañera.

—Y si me permiten aconsejarles nuevamente —interrumpió el joven, ahora un poco más relajado—, lo ideal sería que el *backup* del último mes también sea transferido al centro de cómputos para que tengan todo unificado.

—Muy buena idea, Bastian —lo alentó Angélica con su tono maternal. Su interlocutor no pudo evitar ruborizarse.

—Dime una cosa, muchacho —arremetió enseguida Matías para cortar con el momento cursi que le revolvía el estómago—, ¿tienes acceso por casualidad a las grabaciones de las cámaras de seguridad del hospital?

—Lo lamento, detective, pero no. Por protocolo, se utiliza el mismo esquema de los *backups*. Todo se transfiere al centro de cómputos y, en el caso de las cámaras, se requiere además de una autorización especial de las autoridades para acceder a ellas —le aclaró—. Pero desde ya que ustedes no tendrán problema con ello, ¿verdad? —agregó.

El detective miró ahora a Angélica y le preguntó: —¿Algo más que se te ocurra preguntar antes de irnos? Yo ya estoy satisfecho.

—Ahora que lo mencionas, sí. —La psiquiatra se giró hacia el muchacho—. Bastian, me imagino que ya sabrás que las mujeres somos bastante perceptivas con respecto a la vestimenta, la moda, etc. —Matías frunció el ceño, extrañado ante tal premisa—, y no pude pasar por alto el detalle de que llevas puesto un vestuario bastante más grande de lo que debería ser tu talla...

El muchacho no pudo evitar ruborizarse nuevamente. —Bueno, es que... sabrán... no es fácil conseguir ropa cuando se mide dos metros... —les explicó—. Y, no hace menos de dos años —continuó—, yo no era tan delgado como ahora.

—Eras obeso, ¿verdad? —preguntó Angélica, a pesar de que ya se imaginaba la respuesta.

Bastian asintió.

—¿Te practicaron un trasplante de corazón? —preguntó de inmediato el detective.

—¿Eh? No... no. Pero si seguía con ese estilo de vida probablemente iba directo hacia ese camino. Lo que sí me hicieron fue colocarme una manga gástrica —les aclaró, visiblemente descolocado ante las preguntas.

—Te felicito, Bastian. De verdad, se nota que has hecho un esfuerzo increíble —lo aduló Angélica.

—Sin duda, muchacho. ¿Y qué has hecho con toda la piel que te ha sobrado? ¿La utilizaste como cortina de baño? —se mofó el detective ante la mirada fulminante e indignada de su compañera.

—Gracias, doctora Grunnewald —contestó el joven, ignorando el comentario malicioso—. Y para contestarle su pregunta, detective, después de la drástica reducción de peso, tuve la enorme fortuna de que me realizaran gratuitamente aquí en el hospital la cirugía estética reconstructiva.

—Déjame adivinar... ¿El doctor Goering? —se adelantó Matías.

—Correcto. Lo recuerdo porque ese apellido es difícil de olvidar. Aunque, como detalle anecdótico, jamás lo vi en persona. Simplemente me durmieron, el doctor Goering hizo lo suyo, y después el seguimiento lo continuó mi médico de cabecera.

Ambos compañeros se volvieron a mirar, sorprendidos.

—¿Sabías que el doctor Goering es el médico forense de la institución, Bastian? —le preguntó Angélica.

—Oh, ¿es la misma persona? El que salió en las noticias, ¿verdad? Qué extraño... nunca lo hubiese asociado con el médico que me operó, en realidad —hizo una pausa, meditabundo—. Asimismo, no hace menos de un mes que ingresé a trabajar aquí al hospital y no conozco a casi nadie aún. Y, ahora que lo mencionan, justo esta semana me acordé de él, porque nos hizo un pedido poco usual para un médico.

—¿Se puede saber qué es lo que os pidió, muchacho? —inquirió Matías, visiblemente impaciente.

Bastian les explicó de modo conciso el pedido del patólogo de agregar una regla al *firewall*⁷, y el detective, en tan solo unos segundos, lo asoció con la cámara de vigilancia que lo había capturado *in fraganti* revisando los cajones de su oficina sin una orden de registro.

—Bueno, chico, eso es todo por hoy. Gracias por tu tiempo —los visitantes se pusieron de pie y enfilaron hacia la salida del recinto. Pero unos instantes antes de emprender su marcha, el detective se volteó hacia Bastian y le susurró: —Si le miras el culo, utilizaré mi picana eléctrica en tus testículos.

El joven, aterrado, clavó la mirada en su monitor y no la despegó de allí hasta que las visitas cerraron la puerta detrás de sí.

7 Dispositivo de seguridad informático

CAPÍTULO XVI

Media hora después de la visita a la plaza central de la ciudad, los niños llegaron por fin al apartamento de Simón en el exclusivo barrio de Hafenviertel. Exhausto por el inusitado paseo, acomodó la bicicleta de Katja junto a la suya en el aparcamiento del primer subsuelo asignado a su unidad. El rodado del niño yacía polvoriento y con ambas cubiertas desinfladas por el desuso. —Veo que le hace falta un buen *service* a tu bici, ¿eh? —se mofó la niña después de pasarle el dedo índice al cuadro y sacarle una capa de mugre—. Pero no te preocupes, tengo un kit de reparación en el minimalero del sidecar para estas eventualidades —añadió orgullosa.

—Excelente, Katja —le sonrió Simón—. Pero más tarde, ¿sí? Me gustaría bañarme y comer algo. No sé tú, pero yo tengo un hambre voraz.

—Ni que lo digas, compañero, ¡yo también! Es más, casi le doy un mordisco a una de tus piernitas durante el camino —bromeó y ambos se rieron al unísono.

Los niños se subieron al ascensor, que, al igual que a Angélica la noche anterior, se detuvo en la planta baja. Katja, antisocial por naturaleza, maldijo para sus adentros y acentuó su cara de pocos amigos. Las puertas se abrieron y la pequeña *bulldog* francesa de Gracie Krupp se abalanzó excitada sobre los pies de Simón, a quien reconoció de inmediato.

—¡Frida! —exclamó el niño y se arrodilló para acariciarla.

—Katja Brunner, ¿eres tú? —preguntó Gracie al ingresar al ascensor.

—Señorita Krupp, ¡que sorpresa! —La niña, boquiabierta, no dudó en abrazarla—. La señorita Krupp fue una de las mejores maestras que tuve en la primaria —le comentó a Simón tras el abrazo, pero este seguía en su mundo, jugando con Frida y provocándola para que le mordiera los dedos con sus diminutos y cosquilleantes colmillos—. ¿Vive aquí, señorita Krupp? —le preguntó a continuación al no obtener respuesta de su compañero.

—Sí, con mi pareja. Y casualmente justo al lado de Simón y su madre — le explicó alzando la voz para hacerse entender entre los crecientes gruñidos juguetones de su mascota y la risa infantil de su exalumno—. ¿Y qué hay de ti, Katja? ¿Qué te trae por aquí? —le preguntó intrigada.

—Simón y yo somos compañeros del conservatorio... y aquí estamos, pronto a alistarnos para salir a pasear en bicicleta —le confió.

—Oh, qué lindo, Katja. Dime... —Pero antes de que pudiera seguir hablando, el ascensor llegó a su destino y tanto Simón como Frida salieron disparados como dos compinches jugando a las carreras.

—¡Ven, Katja! ¡Vamos! —le gritó desde el corredor su excitado compañero.

—Ve. Fue muy grato verte de nuevo, alumna Brunner —le dijo su antigua maestra con un tono de voz sincero y tierno.

—¡Adiós, Gracie! —gritó Simón desde la lejanía para no ser maleducado.

Katja se despidió con otro breve abrazo y salió también corriendo hacia el apartamento de su nuevo amigo. Simón la aguardaba con la puerta abierta, ansioso: —Disculpa que te haya apresurado, pero hace rato que debo ir al baño —se excusó con un dejo de vergüenza.

—No te preocupes, yo también.

—Perfecto, sígueme entonces. —Simón le enseñó el tocador para las visitas en la sala de estar y después salió corriendo hacia su habitación para utilizar el suyo.

Al cabo de cinco minutos, Katja salió del baño y se encontró sola en el moderno y lujoso apartamento. En la lejanía, podía escuchar el sonido de una ducha, por lo que asumió que su compañero tardaría un rato en salir. Eso significaba que disponía de unos cuantos minutos para curiosear por los distintos ambientes. La increíble vista del gran ventanal del comedor la tentó a quedarse, pero prefirió dirigirse hacia la planta alta, a los dominios de Angélica. Habiéndola visto tan solo unos minutos en el hospital, tenía muy claro lo que quería husmear allí arriba.

Las luces del vestidor se encendieron automáticamente cuando detectaron el movimiento de la niña en su interior. Sorprendida, se paralizó como un fugitivo encandilado por los reflectores de una patrulla policial. —Guau... —susurró fascinada al verse rodeada de los imponentes vestidores repletos de ropa de primera línea, ordenada y categorizada minuciosamente. Entre otros, había un panel de dos metros de altura dedicado únicamente a

zapatos de tacón alto de diversos diseñadores italianos. Como Diana Prince antes de transformarse en la «Mujer Maravilla», Katja giró sobre su eje para echar un rápido vistazo a todo el interior del armario. Era más grande que su propio dormitorio. Pero antes de completar el giro de 360 grados, se detuvo abruptamente cuando se vio reflejada en el espejo de cuerpo entero ubicado estratégicamente en una de las esquinas. Vestida con unos viejos pantalones de pana deportivos grises semiajustados, una camiseta blanca sin inscripciones y con sus desprolijos y enredados cabellos rubios que le llegaban hasta los pechos aún no desarrollados, se observó fijamente durante varios segundos. Todavía había un vestigio de femineidad en su interior que luchaba por salir a flote en aquel gigantesco mar de opresión que se autoimponía. Y eso la mortificaba. —No quiero ser así, no quiero ser así... —comenzó a repetir en voz baja mientras se miraba. Ensimismada en su propio reflejo, despertó de su trance cuando cesó el sonido de la ducha de su compañero. Avergonzada y con el corazón palpitando casi fuera de su tórax menudo, salió corriendo de allí.

—Simón, ¿se puede? —preguntó tímidamente antes de ingresar a su habitación a husmear. Para su fortuna, aún no había salido del baño. La niña comenzó a analizar el mobiliario, comenzando con el escritorio. Presionó una tecla del ordenador y comprobó que no estaba bloqueado con contraseña. Chismosa desde que tenía uso de razón, creía que nada definía mejor a una persona que su historial de navegación de Internet. Por tal motivo, abrió los tres navegadores que tenía instalado en el sistema operativo y, con la rápida combinación de las teclas «Ctrl» y «H», comenzó a leer velozmente las pocas entradas que habían devuelto las aplicaciones. Simón era un asiduo lector de Wikipedia (hasta donaba parte de su mesada al sitio web cuando este se lo sugería) y espectador de vídeos de YouTube de conciertos de música clásica. —¿Por qué no me sorprende? —susurró la entrometida compañera al no encontrar nada interesante.

Katja cerró los navegadores y continuó con su fisgoneo. Ahora era el turno de la biblioteca. Allí, los libros de música clásica, biografías de compositores, solfeos y partituras, todos ordenados alfabéticamente, monopolizaban los prolijos estantes del mobiliario de *Ikea* de una de sus colecciones de nombre impronunciable.

—¡Katja! —exclamó horrorizado Simón tras salir desnudo del baño. Aún cargando consigo la ropa interior hecha un bollo, la utilizó de inmediato para cubrirse sus partes púdicas.

—¡Qué atrevido, Simón! Acabamos de conocernos —bromeó su compañera, sorprendida también por la repentina aparición del niño.

—¡No! No es lo que crees... Yo no sabía que ibas a estar aquí en mi dormitorio —intentó excusarse, visiblemente nervioso y sonrojado.

—Estoy bromeando, Simón. ¡Por favor! Relájate —lo tranquilizó— ¿Sabes cuantas veces he visto a mi hermanito desnudo?

—Pero yo no soy tu hermanito. Es completamente distinto —le reprochó.

—Si tanto te afecta, entonces me desnudaré yo también y así estaremos a mano. —Katja colocó las manos sobre su pantalón deportivo e hizo el amago de bajárselos. Perplejo, el niño se volvió a encerrar en el baño como un rayo—. ¡Ya, Simón! ¿Me crees tan loca? —le gritó para tranquilizarlo—. Me voy a la sala de estar, así te cambias tranquilo. Allí te espero, ¿de acuerdo? —le propuso finalmente.

Diez minutos después, mientras Katja observaba hipnotizada la ciudad desde el gran ventanal del comedor, el niño salió de su habitación. Vestía ahora un pantalón de pana deportivo azul y una camiseta amarilla de Bart Simpson personificado como un joven Mozart. La inscripción decía «*Bat out of Salzburg*», en una paródica alusión al famoso álbum *Bat out of hell* del cantante Meat Loaf.

—Bonita camiseta, ¿eh? Jamás me hubiese imaginado que te gustaran *Los Simpson* —le comentó Katja al verlo.

—Nunca los he visto, la verdad. La camiseta fue un regalo de mi madre, ya que le pareció divertida y apropiada para alguien de mi edad y con mis gustos musicales.

—Realmente acertada, ¡niño genio! —bromeó—. Qué hermosa vista panorámica tenéis... Me podría quedar todo el día mirando embobada —le confesó.

—Sí, es cierto... Ideal para meditar, ¿verdad? Ven, preparemos algo para comer y, si te parece, lo comemos aquí frente al ventanal —le propuso Simón, entusiasmado.

—¡Excelente idea, compañero! —festejó la niña y lo siguió hacia la cocina.

Katja tomó asiento en la barra del desayunador, se cruzó de brazos y observó como Simón revisaba el refrigerador en busca de un tentempié: —

Prueba en el *freezer*. Quizás allí haya algo congelado para hacer rápido —le aconsejó la niña.

—Buena idea. —Simón abrió ahora el otro panel y se zambulló dentro para localizar a su tan ansiada presa—. ¡Bingo! —exclamó tiritando por el frío—. Espero te guste la pizza. —Le mostró la caja llena de escarcha, de la cual apenas se leía la sílaba «món»—. Oh, disculpa... —Le limpió el hielo acumulado y le leyó en voz alta con una sonrisa de publicidad de pasta dentífrica—. Es de mozzarella y jamón.

—¡Excelente! ¿Y tú que vas a comer, Simón?

— Oh... yo pensé... que los dos...

—¡Estoy bromeando! —lo interrumpió—. Aunque, con el hambre que tengo, creo que me la podría comer entera yo solita.

—No te preocupes, después puedo hacer de postre mis famosos *waffles* belgas con pasta de avellana y chocolate, ¿te parece? —le sugirió con una expresión de súplica para que aceptara.

—¡Ni yo hubiera imaginado algo más sabroso! —festejó la niña.

Durante los veinte minutos de cocción que recomendaba la caja de la pizza para que saliera «crocante y deliciosa», Simón aprovechó para enseñarle a Katja a preparar la mezcla de sus famosos *waffles*. El niño gesticulaba y le demostraba los pasos de su receta con la seriedad de un profesor universitario de Cambridge. Katja, por su lado, se mordía el labio inferior disimuladamente para evitar reírse ante tal exagerada lección culinaria. Después de que el temporizador del horno anunciara el fin de la cocción (y salvara a la niña de morirse de risa), cada uno tomó una bandeja y una lata de refresco y se llevaron sus respectivas porciones hacia la sala de estar. Allí, arrimaron dos sillas del opulento comedor hacia el ventanal y tomaron asiento para disfrutar de la vista durante el improvisado banquete.

—Hey, Simón... considerando el horario, ¿te molestaría si dejamos el paseo en bicicleta para mañana y disfrutamos de la tarde aquí en el apartamento? — le propuso su compañera, pronta a engullir la tercera tajada de su pizza.

—Me parece una excelente idea, Katja —coincidió y le sonrió inconscientemente con la boca llena—. Sobre todo que hoy —prosiguió—, quiérase o no, ya anduvimos bastante de paseo, ¿no crees? —Simón no quería admitirle que todavía no se había recuperado de la travesía con la singular bicicleta de la niña.

Su compañera asintió y ambos continuaron comiendo sus respectivas porciones en silencio, contemplando el espectáculo que les brindaba la ciudad de Heimstadt desde aquella privilegiada posición.

—¿Se imaginarán aquellas personitas que van caminando por ahí que dos niños virtuosos de la música los están observando mientras comen pizza? —preguntó Katja para romper el silencio.

Simón se rio con picardía. —Extraño razonamiento, pero divertido — accedió el niño mientras terminaba su último bocado—. ¿Qué te parece si pasamos ahora a lo mejor? —le propuso.

—¿Otra vez, Simón? Acabamos de conocernos...

—Oh no, Katja... No es eso... —hizo una breve pausa—... es otra de tus bromas, ¿verdad? —inquirió, suspicaz y divertido a la vez.

—Eres más inocente que mi hermanito —se mofó la niña.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó curioso.

—Definitivamente... —hizo una pausa para crear suspense— malo, pequeño Mozart. —Katja miró ahora con nostalgia hacia el ventanal y al cabo de unos segundos, agregó: —Hablando en serio, y sin ánimos de ofender, tú con la madre que tienes y yo con el padre que he tenido, si no terminamos siendo homosexuales, va a ser milagroso —concluyó.

Simón, quien justo bebía lo poco que le quedaba de su lata de refresco, se atragantó y comenzó a toser. Segundos después, palmaditas mediante de su compañera, la miró con resignación.

—Tristemente tienes razón acerca de mi madre. Pero debo confesarte que me estaba enamorando de Clarita —le confió con tristeza—. Es más, nos besamos en el parque de la *promenade*... Bah, ella me besó a mí, la verdad —se corrigió, ahora con los ojos llorosos por el doloroso recuerdo.

—Qué tierno realmente, Simón. Por lo menos tuvo esa linda experiencia antes de... —no se animó a completar la frase—. Yo ni siquiera voy a poder experimentar eso —añadió finalmente, resignada.

—¿Por qué dices eso, Katja? —preguntó su compañero, desconcertado.

—Mi primer beso... —hizo una pausa y una lágrima comenzó a brotar por su ojo derecho— ...fue con mi maldito padre —añadió finalmente.

Los ojos de Simón se abrieron como los de un búho durante la noche: —¿Có... có... cómo dices? —tartamudeó nervioso y perplejo.

Las lágrimas de la niña fluían ahora como torrentes en un deshielo primaveral en los Alpes Julianos.

—Mi padre comenzó a abusar de mí cuando yo tenía ocho y lo hizo por lo menos, hasta donde recuerdo, durante más de un año. Aprovechaba las noches en que mi madre trabajaba hasta tarde en el hospital para escabullirse en mi cama. —Katja tomó una de las servilletas de papel que habían llevado para la pizza y se sonó la nariz. Simón le alcanzó rápidamente la suya para que también se enjugara los ojos.

—Cuanto lo siento, Katja... —atinó a decir su compañero, aún en *shock* por la tremenda confesión.

—Eres la primera persona a quien se lo cuento, porque sé que eres realmente especial y hay algo que me dice que puedo confiar en ti plenamente —le dijo, ahora observando fijamente su plato vacío. No se atrevía a mirarlo—. ¿Ahora comprendes el porqué de mi cara de infelicidad constante?

—Oh, Katja, lo siento tanto... —Simón agachó la cabeza, avergonzado por haberla prejuizado el día del recital—. Y por supuesto que puedes confiar en mí para lo que sea. Desde ya te puedes quedar tranquila que jamás abriré la boca —le prometió, ahora mirándola de reojo.

—Lo sé, lo sé. Por eso te lo confíé. Y porque siempre he oído por ahí, y mi madre me lo repite cada vez que puede, que es bueno hablar de estas cosas con alguien. Pero ella insiste hace años en que vea a un profesional.

—¿Tu madre lo sabe? —inquirió sorprendido.

—Por supuesto. Y ahí es donde el asunto se hace más escabroso. Ella fue la que lo sorprendió un día que regresó más temprano del trabajo. —La niña carraspeó y continuó—. Se pusieron a forcejear y, aquí, es donde tengo muchas lagunas mentales. Creo que yo lo maté de un golpe en la cabeza con un pisapapeles antiguo y pesado que teníamos en la sala de estar. Mi madre, para protegerme, supongo, me dijo que fue ella. Pero muy en el fondo creo estar segura de que fui yo quien se lo cargó.

El niño apoyó los codos sobre los muslos y colocó ambas manos sobre las mejillas, absorto.

—¿Sabes por qué soy voluntaria del pabellón pediátrico, Simón? —prosiguió ante el incómodo silencio del niño—. Porque ver a otros niños en situaciones peores que las mías me ayudan a sobrellevar mi estigma. Es horrible, lo sé. Pero, saber que cada uno de ellos daría todo por cambiar su

lugar conmigo, me da fuerzas para continuar y para desdramatizar el trauma de manera progresiva.

—Entiendo... Pero no deberías sentirte mal, Katja. Como bien me dijiste en el hospital, cada cual lidia con sus problemas como puede, ¿no? —La intentó consolar—. Piensa que de seguro les hace muy bien tu compañía. Yo creo que podrías considerarlo como una ayuda recíproca, si te hace sentir mejor.

—Lo sé —suspiró e hizo una pausa—, pero igual es inevitable no sentirme egoísta. Sobre todo, en este mismo momento... Lo lamento tanto, Simón.

—¿Por qué, Katja? ¿De qué habrías de lamentarte? —preguntó perplejo.

—Hace menos de un día que mataron a tu amiga y ahora tienes que lidiar con este otro drama. De verdad que no quería sumarte más trastornos, pero sentí en mi corazón que era el momento adecuado para largar todo —le explicó, y por fin se atrevió a mirarlo a los ojos. Simón apoyó su plato en el suelo y se acercó hacia ella.

—¿Te puedo dar un abrazo? —preguntó con timidez.

—Eso no se pregunta. Solo hazlo —respondió y también apoyó su plato sobre las costosas planchas de madera para concretar la unión.

Ambos niños se pusieron de pie y se abrazaron durante unos segundos. Simón se colocó de puntillas para poder apoyar la cabeza por encima del hombro de su compañera, ya que la diferencia de altura solo le permitía hacerlo sobre su pecho. —¿Viste que yo tenía razón? —susurró Katja—. Desde que llegamos, me has tirado indirectas para sobrepasarte conmigo —bromeó.

—¡Katja! —exclamó Simón, divertido y ofuscado a la vez—. ¡No es gracioso! —agregó de inmediato, ya nuevamente separado de su compañera.

—Pero debes admitir que al menos te arranqué una muy sutil sonrisa, ¿no? Creo que ya tuvimos suficiente drama y no se me ocurre nada mejor que bromear para cortar un poco con esta pseudotragedia griega —Simón asintió—. Y, aunque parezca mentira —continuó—, parece que mi madre tenía razón. Siento como que me he sacado un peso de encima —le confió.

—Eso es bueno, ¿verdad?

—Por supuesto, Simón. Y como me siento más liviana, ¿sabes entonces qué sería ideal? —El niño se encogió de hombros, desconcertado—. ¡Comer esos

tan ansiosos *waffles* belgas de los que has hecho tanto alarde! —exclamó—. Y trae el bote entero de Nutella, ya que la situación lo merece —agregó.

—¡Excelente idea, compañera! A mí me gusta además agregarle helado de vainilla. ¿Quieres también para ti? —le ofreció.

—¡Por supuesto! —accedió—. Y, como suelo decir cada vez que como algo dulce que me gusta mucho, «hasta la diabetes de tipo 2 y más allá» —bromeó.

Simón se rio, recogió los platos sucios y salió disparado hacia la cocina para comenzar a preparar su postre favorito. —¡Katja! ¡Ven aquí! —le gritó después de unos minutos. Su compañera se dirigió hacia allí y se acomodó nuevamente en la barra del desayunador como si se tratase de una cliente en un merendero norteamericano de los cincuenta. Simón ya había preparado los platos y los botes de helado y Nutella para agasajar a su invitada. —Será mejor que los comamos aquí, así aprovechamos que salen bien calentitos de la gofrera.

—Como tú digas...

—Sí. Preferiría además evitarme los regaños de mi madre si le llegamos a ensuciar el comedor —le explicó—. ¿No quieres cubrirte la camiseta con una servilleta? Mira que vas a terminar como un dálnata si no —le advirtió con ternura.

—¿Acaso crees que soy una niña de seis años? —lo reprendió.

—No me digas después que no te lo advertí.

Simón sirvió los dos primeros *waffles* y se sentó a su lado. —Sírvete rápido la pasta de avellanas, así se derrite con el calor. Y, en conjunción con el helado bien frío, esto se transforma en lo que mi madre denomina un «orgasmo de sabor» —bromeó, sonrojado por el término inapropiado.

—¡Simoncito! ¡Qué atrevido! —se sorprendió la niña, sonriendo incrédulamente.

—Hey, solo repito lo que dice mi madre —se excusó—. Alcánzame tu plato —añadió de inmediato para cambiar de tema. Y, en su intento por servirle rápido la Nutella, le volcó torpemente media cucharada sobre la camiseta—. Oh... lo siento, Katja —añadió de manera automática, sin poder dejar de mirar el manchón que le había hecho a la prenda.

—Como diría Homer Simpson, «¡Pequeño demonio!» —exclamó sorprendida—. No lo habrás hecho a propósito para darme una lección por

haberte rechazado la servilleta, ¿verdad? —Simón negó con la cabeza—. O peor aún —continuó—, para que me quite la camiseta... ¿eh, pícaro?

—Fue un accidente, Katja. ¡Te lo juro! —le respondió, ahora con una expresión de cordero degollado.

—Estoy bromeando, compañerito —Katja estiró su camiseta hasta la boca y lamió el excedente de la pasta de avellanas—. Mira que rápido lo solucioné.

Ambos se rieron y, sin más preámbulos, comenzaron a comer el postre en silencio con la voracidad de dos náufragos que no habían probado bocado en días. Cuando Simón preparaba la tercera ronda de *waffles*, el timbre de notificación del móvil de Katja interrumpió su momento de agasaje.

—Debe de ser mi madre... —Katja extrajo el aparato del bolsillo y leyó el mensaje para sus adentros, concentrada—. Tengo que ir a retirar a Caleb de su sesión de terapia cognitiva en el hospital —agregó con un dejo de ofuscación—. Pero no me voy a ir sin antes liquidar este último y delicioso *waffle* «a la Simón».

CAPÍTULO XVII

Tras la inusitada reunión con la doctora Becker, el patólogo decidió realizar una breve escala en la farmacia del hospital. Ubicada en la tercera planta del ala oeste de la institución, permanecía cerrada durante los fines de semana y, por tanto, vulnerable al usufructo clandestino del doctor Goering. Se abrió paso con su tarjeta de acceso maestra y se dirigió hacia el escritorio del responsable del sector, el veterano ingeniero químico Arthur Milan. Inspeccionó sus efectos personales y no tardó en encontrar lo que estaba buscando. En una de las tantas notas de colores pegadas en los marcos de los monitores, leyó una combinación de letras y números sin sentido que se asemejaba a las contraseñas provistas por el departamento de Informática. Despertó al ordenador de su hibernación, escribió el nombre de usuario del ingeniero en la ventana de inicio de sesión y reprodujo el contenido de aquella nota como contraseña. Bingo. El sistema operativo le dio la bienvenida a Arthur y cargó en unos segundos su caótico escritorio virtual repleto de iconos, archivos y carpetas que solo los propios dueños de su desorden encontrarían comprensible. Después de localizar la aplicación que utilizaban para administrar las prescripciones, el patólogo inició el módulo de búsqueda y escribió «Tobías Grabenstein» en el campo del nombre del paciente. A los pocos segundos, se abrió una nueva ventana que desplegó toda la información de las drogas anticoagulantes que el magnate de los medios debía de tomar diariamente por sus problemas cardíacos.

Se memorizó el código de ubicación de las pastillas y a continuación borró el historial de búsquedas de la aplicación y cerró la sesión del ordenador. Acto seguido, se dirigió hacia el puesto de mando del robot que manipulaba las prescripciones del depósito y codificó las instrucciones que le proveerían las drogas del codicioso personaje. El patólogo había sido el responsable de la adquisición del moderno sistema automatizado y quien había puesto en marcha su configuración inicial cuando lo instalaron. Por tal motivo, sabía

perfectamente como editar los algoritmos de su *software* de base para eliminar los comandos que había ingresado. «Mr. Roboto», como lo había apodado Arthur Milan, leyó las coordenadas programadas por el patólogo y, a los pocos segundos, depositó el frasco de las drogas en la ventanilla de acceso.

Después de colocarse un juego de guantes de látex descartables, desplegó su estuche de ampollas farmacológicas y lo colocó a la par del frasco de la droga anticoagulante. Con suma delicadeza, abrió el recipiente y extrajo una de las cápsulas de gelatina con una pinza de relojero. La separó cuidadosamente, reemplazó su contenido por el fármaco de una de sus ampollas y la volvió a unir con el mismo cuidado de un especialista de explosivos del ejército israelí. Finalmente, la colocó en el frasco con el resto de sus compañeras. Satisfecho con el resultado, posicionó el envase en el contenedor de «Mr. Roboto» y dejó que este lo acomodara en el nicho del generoso benefactor del hospital.

Minutos más tarde, ya de vuelta en su despacho, el patólogo completó las tareas rutinarias pendientes y comenzó a organizar su retirada para disfrutar de lo poco que quedaba del sábado en la comodidad de su residencia. Para su fastidio, el doctor Goldfarb le había enviado un recordatorio de la reunión que organizaba aquel día en su morada: «Querido Nicholas, sé que el momento no es muy propicio para festejos, pero de todas maneras nos gustaría contar con tu presencia en nuestro convite de las 8 PM. Quizás te haga bien distraerte un poco. Piénsalo. ¡Hasta pronto!».

—Ya lo pensé —sentenció y envió el correo a la papelera.

El aparcamiento del hospital se encontraba prácticamente desierto a excepción de su Mercedes Benz y el inconfundible Crown Victoria del detective Vandergelb. Angélica se había marchado hacía rato y había liberado la plaza que separaba a ambos vehículos. El patólogo se acercó hasta su automóvil, realizó su acostumbrada inspección del interior y el chasis, y desactivó la alarma sonora tras comprobar que no corría peligro. El detective Vandergelb, quien se había quedado dormido dentro del Ford después de fumarse uno de sus cigarrillos, se despertó sobresaltado al oírla. Desorientado, pero en un estado de alerta potenciado por el exceso de cafeína, se bajó atolondradamente del coche sin pasar desapercibido. Sorprendido por la maniobra, el patólogo extrajo instintivamente su arma reglamentaria del *blazer* y le apuntó a la cabeza.

—¡Hey! ¡No dispare! —gritó el detective, cubriéndose asustado el rostro con las manos—. ¿Y acaso tiene usted permiso para portar armas? —agregó de inmediato y furioso cuando su interlocutor dejó de apuntarle.

—Por supuesto, detective. ¿Acaso esperaba que lo reciba con los brazos abiertos después de aparecerse así en un aparcamiento vacío y, sobre todo, en la particular circunstancia en las que nos encontramos?

—Ok, le voy a dar la razón esta vez —admitió y apoyó los brazos en el techo del Crown Victoria para hablarle desde allí—. Y déjeme decirle que en toda mi carrera jamás creo haber visto a alguien que desenfunde tan rápido...

—¿Qué se le ofrece, detective? —lo interrumpió impaciente el patólogo—. Me gustaría retirarme a mi vivienda, si no le es molestia.

—Quería verlo con mis propios ojos, doctor Goering. Sobre todo, después del extraño mensaje que recibí de los hermanos Giovannopietro. ¿Los conoce, por casualidad?

—Claro, nos juntamos todos los viernes por las noches a jugar al *bridge* en mi residencia —le contestó con sarcasmo—. Buenas noches, detective —añadió e ingresó a su vehículo.

—No crea que porque todos en esta maldita ciudad lo adoran se va a salir con la suya. En algún momento va a cometer un error y adivine quién lo va a descubrir...

El patólogo bajó el cristal de su ventanilla y replicó: —Mejor descanse, detective. Su rostro se lo pide a gritos. —Encendió el Panzer y se marchó de allí mientras su interlocutor le mostraba infantilmente sus dedos medios.

Media hora después de un viaje ameno con Billy Idol y sus grandes éxitos como compañía, el doctor Goering arribó a su residencia sin ningún contratiempo. Tras abrir la puerta de la antesala del garaje, el patólogo se detuvo en su umbral, pensativo. La sospechosa presencia del detective Vandergelb en el aparcamiento del hospital aún le daba vueltas en la mente. Sin nada que perder, decidió someter a una inspección minuciosa el chasis de su querido Mercedes. Tomó un *selfie stick* del maletero del vehículo y le adjuntó un dispositivo que detectaba señales de radio (comúnmente utilizado para descubrir cámaras ocultas en hospedajes de dudosas precedencias). Activó el sensor y lo pasó por toda la parte inferior del automóvil, desde el capó hasta el parachoques trasero. «Pero... ¿qué tenemos por aquí?», pensó cuando el aparato emitió una alarma sonora cerca de uno de los guardabarros traseros.

El patólogo se arremangó la camisa y comenzó a palpar el sector donde el dispositivo había pitado. Segundos después, tras despegar con esfuerzo el extraño objeto, lo observó con detenimiento para identificarlo. Se trataba de un viejo transmisor utilizado por la Policía para rastrear la ubicación de vehículos de algún sospechoso. —No lo culpo por intentarlo, detective —susurró y colocó el dispositivo en el suelo, junto al zócalo de la pared. El patólogo miró su reloj de pulsera. Faltaban veinte minutos para las ocho de la noche. De repente, su rostro mutó nuevamente a una expresión meditabunda.

Nicholas entró en su residencia y se dirigió rápidamente hacia su dormitorio para utilizar su ordenador portátil. Tras un par de minutos, tiempo que le llevó recuperar los dos *e-mails* del doctor Goldfarb, comparó ambos textos y confirmó lo que le había causado aprensión. Los horarios de las invitaciones no coincidían. La primera imploraba su presencia a partir de la una de la tarde y la segunda había cambiado para las ocho de la noche sin ningún tipo de aclaración. El patólogo meditó unos segundos y recordó que el amanerado ginecólogo había sido, casualmente, el único que lo había asistido oportunamente contra el acoso de la prensa en el aparcamiento del hospital. Convencido de que su colega tramaba algo, bajó raudo a su quirófano clandestino para hacerse con un nuevo set de ampollas farmacológicas y aprovisionarse de dos juegos de cubrevestimenta de peritos forenses.

De nuevo en su automóvil, observó de reojo el transmisor que yacía a un lado y se regocijó de la estulticia del detective Vandergelb ante semejante jugada. Ahora podría circular libremente sin ser detectado y tendría además una coartada de su paradero aquella noche. El doctor Goldfarb vivía en una zona residencial a no menos de quince minutos de su vivienda. Su siguiente paso era analizar el mejor camino para llegar hasta allí sin ser filmado. Ejecutó en su teléfono una aplicación que el Ayuntamiento había desarrollado para proveer información del tránsito y puntos de interés, la proyectó en la pantalla del automóvil y seleccionó la opción para que mostrara únicamente las cámaras de seguridad instaladas en la zona de su objetivo. Después de analizar todas las posibilidades, se convenció de que lo mejor sería recurrir al plan B que guardaba para este tipo de pormenores.

El patólogo condujo durante diez minutos por los oscuros caminos de la zona hasta llegar a la rampa de la autopista que unía las ciudades hermanas de Gilberstadt y Heimstadt. Allí, en lugar de tomar la autovía, se desvió por

la carretera secundaria. Después de tres kilómetros, giró a la derecha y se adentró por un complejo de mala muerte con depósitos privados. «*Phillip's 24x7 Storage*», clamaba el viejo cartel corroído por la herrumbre, en un burdo intento por imitar a los de sus pares norteamericanos.

Nicholas aparcó en la parte más relegada del lote y se dirigió a pie hasta el contenedor número veinticuatro. Registrado bajo el seudónimo de Ralf Gutzwiller, el afamado doctor guardaba (entre otras cosas) una motocicleta BMW R1200GS. Era uno de los modelos más vendidos de Europa y, por ende, ideal para situaciones en las que requería pasar desapercibido. Después de acomodar todas sus pertenencias en una pequeña mochila impermeable de color negro, se vistió con el traje de cuero utilizado por los aficionados y se colocó un casco con visera tintada que le cubría el rostro por completo.

El patólogo pasó primero por el frente de la residencia de Manuel Goldfarb para observar el movimiento. Tal como había supuesto, el único vehículo aparcado en la propiedad era el distintivo Toyota Prius del ginecólogo. Su sospecha sobre aquel personaje se acentuaba cada vez más. Ocultó la motocicleta detrás de un contenedor de reciclaje y, aún con el casco puesto, caminó a través de las penumbras hasta la vivienda. Allí, se escabulló entre los arbustos del jardín y se dedicó a observar el interior de los ambientes que se discernían a través de los ventanales de la moderna casa de dos plantas. Tras varios minutos de vigilancia, corroboró que su colega era efectivamente la única persona dentro de la morada.

Manuel Goldfarb se petrificó como una momia egipcia cuando oyó el timbre de la puerta principal. Sabía perfectamente que solo se podía tratar de una persona. Vestido con un batón de seda color burdeos, un bóxer rallado celeste y blanco, y pantuflas de algodón blancas, la rechoncha imitación de Hugh Hefner se apresuró hacia el vestíbulo para recibir a su inesperada visita.

—¡Nicholas! ¡No puedo creer que estés aquí! —exclamó al abrir la puerta—. Adelante, por favor —le instó y le estrechó la mano—. ¡Ay! —exclamó amaneradamente—. Algo me pinchó...

—Disculpa, Manuel, ¿te puedo llamar Manuel? —lo interrumpió el patólogo—. El guante tiene una costura de muy mala calidad —se excusó a continuación—. Estuve meditando —prosiguió— y, después de que me salvaste el pellejo con la prensa el otro día, me sentía en deuda y me pareció lo correcto

devolverte la cortesía aceptando tu invitación —le explicó—. Ahora bien, ¿por qué no hay nadie más aquí? —le preguntó simulando interés.

El ginecólogo caminaba delante de él y no se había percatado de que su invitado llevaba puestos los cubrezapatos forenses encima del calzado.

—Oh, Nicholas... Mi esposa me abandonó y, por si fuera poco, se llevó a las niñas —le confió con un dejo de dramatismo poco creíble.

—¿Estamos solos, doctor Goldfarb? —preguntó cuando llegaron a la sala de estar.

—Así es, Nicholas. ¿Y qué sucedió con lo de llamarme Manuel? —inquirió sorprendido.

—Te sugiero que tomes asiento. Te quedan aproximadamente diez segundos antes de que tu cuerpo se paralice por completo.

El ginecólogo se giró horrorizado para mirar a su interlocutor. Mientras las piernas cedían ante el fármaco inyectado por el patólogo, observó con terror cómo su invitado comenzaba a colocarse con parsimonia el resto del vestuario de perito forense. Tal como le había advertido, no tardó en desplomarse sobre el sofá de cuero de tres cuerpos.

—Desde ya, te digo que no intentes gritar. Eso solo acelerará el proceso de parálisis de las cuerdas vocales, ¿de acuerdo? Lo último que quiero es pasarme la velada jugando a «Dígalo con mímica» como en una noche de juegos de parejas mediocres —le aclaró y tomó asiento delante de él.

La bata del anfitrión se había desajustado ante la caída y su cuerpo semidesnudo no tardó en incomodar al patólogo. —No lo tomes a mal, pero no puedo debatir con este panorama —le dijo y le lanzó con desprecio un par de almohadones de su sofá para cubrirlo.

Las lágrimas comenzaron a brotar como torrentes sobre los colorados cachetes del horrorizado ginecólogo: —Por favor, Nicholas, te lo suplico... No entiendo por qué me haces esto...

—En primer lugar, los encuentros en el baño del subsuelo, donde nada tienes que hacer ahí. Segundo, la llamada a la prensa de la que tú solo estabas enterado. Y, por último, la extraña invitación a un banquete inexistente en tu casa. Soy todo oídos —le instó. Pero, antes de que pudiera contestarle, agregó: —Ah, y te informo de que tienes menos de cinco minutos para aclarar todo esto antes de que se te paralice el diafragma. Y no es para ponerte más presión, pero deberás ser muy convincente en tu defensa para evitar el peor de los

desenlaces. Aquí tengo el antídoto para que veas que no miento —le mostró una de sus ampollas.

—¡Soy homosexual, Nicholas! —le confesó entre sollozos.

—Dime algo que no sepa —se mofó el patólogo.

—Mi esposa se enteró la semana pasada y se llevó a mis hijas...

—Ajá...

—Y, al igual que mucha gente, estoy enamorado de ti, Nicholas. —Sus lágrimas volvieron a brotar como los rápidos del río Colorado en Arizona.

—¿Y qué demonios creías que ibas a lograr invitándome a tu casa? —le preguntó iracundo.

Silencio.

El patólogo se puso de pie, se dirigió hacia la cocina, y, en apenas un par de minutos volvió a la sala de estar sujetando un blíster de sedantes que había encontrado en una de las encimeras junto a una botella de vino.

—No es lo que crees... —repuso nervioso el ginecólogo.

—Ya tengo toda la información que precisaba, doctor Goldfarb —susurró y se le acercó lentamente sujetando la supuesta ampolla del antídoto.

Manuel cerró aterrado los ojos y, tras sentir el pinchazo en el cuello, emitió con su último aliento un alarido desgarrador. Al cabo de unos segundos, y, para fortuna de los oídos de su interlocutor, el robusto personaje perdió por fin el conocimiento.

El patólogo volvió hacia su sofá y extrajo de su mochila el dispositivo de detección de frecuencias que había utilizado en su vehículo. Quería escanear los ambientes donde había estado y asegurarse de que no hubiese ninguna cámara oculta que pudiera arruinar sus planes. Satisfecho con el resultado negativo, continuó ahora con la revisión del teléfono móvil de su inerte anfitrión. Buscó en los bolsillos de la bata de seda y, efectivamente, su intuición no le había fallado. Sacó el teléfono, observó el modelo para identificar el modo de desbloqueo y enseguida lo colocó sobre el rostro del ginecólogo inconsciente para lograr el acceso. *Voilà*.

Tras una extensa revisión de las aplicaciones y los historiales, descubrió que su colega era un asiduo visitante de sitios web de escorts masculinos y que ya había concretado múltiples encuentros clandestinos con varios de los anunciantes. Sin ir más lejos, antes de que el patólogo llamara a su puerta, el doctor Goldfarb había intentado convencer a un tal *Latin Lover* (su apodo en

la página de acompañantes) para encontrarse esa misma noche. «No puedo creer en mi buena suerte», pensó con una sutil sonrisa macabra dibujada en el rostro. Estudió la manera de escribir del ginecólogo y volvió a contactar con el sujeto mediante el chat que había dejado abierto en la página web. Y, después de ofrecerle el doble de su actual tarifa, el patólogo logró convencerlo para que lo visitara en su casa esa misma noche.

A la espera de *Latin Lover*, acomodó el cuerpo de su colega para evitar sospechas. Le colocó un vaso de licor en la mano izquierda, su teléfono móvil en la derecha y le inclinó la cabeza en una posición que aparentaba haberse dormido. Después de ultimar los detalles de la puesta en escena como un director de cine obsesivo, el patólogo tomó el libro de Michel Foucault *Vigilar y castigar* de la biblioteca del ginecólogo y se volvió a sentar en el sofá para matar el tiempo.

Media hora más tarde, el timbre de la residencia interrumpió su amena lectura. Se puso de pie con tranquilidad, extrajo de la mochila la pequeña jeringa que había preparado para la ocasión y se escondió detrás de la puerta de entrada. —¡Adelante! ¡Está abierto! —exclamó.

El joven de piel trigueña de veintitrés años entró atropelladamente con actitud prepotente y se dirigió directo a la sala de estar, cual asiduo del lugar.

—¡Oye, Manuel! ¡Más te vale que tengas la pasta que me prometiste! —le reclamó ofuscado mientras se aproximaba hacia su cliente. —¡Hey, despierta! ¡No tengo tiempo para perder! —le volvió a gritar cuando lo vio inmóvil en el sillón. Pero, antes de que se percatara de que su anfitrión no dormía, el patólogo lo aferró por detrás y le clavó la jeringa en la arteria carótida con la precisión y velocidad de un legendario monje shaolin. Acto seguido, lo lanzó violentamente contra el doctor Goldfarb para comenzar con la segunda fase de su plan.

Tranquilo como un empleado de funeraria en pleno velorio, se dirigió hacia la cocina tarareando la canción *Die Glocken von Rom*, de Heike Schäfer. Escogió el cuchillo más punzante de un moderno set de cubiertos cerámicos japoneses y regresó a la sala de estar. Lo colocó sobre la flácida mano del recién llegado y, sujetándosela con firmeza, apuñaló al ginecólogo reiteradas veces en el estómago. Acto seguido, tomó las manos del anfitrión y rasguñó los brazos de su inanimado atacante para simular una reacción defensiva (y para obtener residuos de piel como prueba incriminatoria en los posteriores análisis

de ADN). Finalmente, buscó el objeto decorativo más pesado y cercano al sofá de tres cuerpos, lo colocó en la mano derecha de su colega y le asestó un golpe preciso en la cabeza al *Latin Lover*. Como si se tratase de la jugada final de una partida de ajedrez, analizó la escena unos instantes más para corroborar que los patrones de las salpicaduras de la sangre de ambos protagonistas fueran consistentes con la ficticia confrontación. Conforme con los resultados, dejó caer al muchacho sobre la mesa ratona de cristal que se ubicaba frente al sillón. El mobiliario estalló ante el impacto y su chivo expiatorio quedó tendido boca arriba sobre lo que ahora parecía un mar de brillantes.

El doctor Goering recogió su mochila y se acercó de nuevo hasta la zona del falso altercado. Le tomó el pulso al muchacho y, tras corroborar que los valores eran normales, extrajo otra de sus ampollas y le inyectó su contenido en el muslo derecho. Por último, se alejó lo suficiente del radio de la escena y se cambió el vestuario manchado con sangre por la segunda muda de ropa protectora que había llevado. Tras acomodar el libro de Michel Foucault otra vez en su lugar de origen, salió de la residencia y se volvió a perder por las oscuras calles del barrio para recoger su motocicleta.

Unas horas más tarde, el *escort* de origen latino despertó de su inconsciencia, amnésico por los fármacos del patólogo y con un terrible dolor de cabeza debido al golpe propinado con el pesado adorno. Desconcertado, observó sobresaltado sus alrededores durante varios minutos intentando procesar lo que había sucedido. Tras atar todos los cabos e indicios de aquella aterradora escena, se puso de pie con dificultad y se dirigió tambaleante hacia la cocina. Revisó y desparramó el contenido de todos los gabinetes en busca de algún producto de limpieza en aerosol. Cuando por fin encontró un insecticida para cucarachas acorde a su cometido, extrajo su mechero *Zippo* de plata que le había robado a uno de sus esporádicos clientes y comenzó a utilizarlo como un improvisado lanzallamas para encender todo lo que estaba a su alcance. Para su desgracia, el moderno detector de gases instalado en el ciellorraso de la cocina se activó a tan solo unos pocos segundos de comenzados los focos del incendio.

Aturdido, el joven desistió su acto destructivo y salió de la casa a toda prisa. Sabía que era solo cuestión de minutos que la brigada de bomberos de Heimstadt se hiciera presente. También propietario de una motocicleta BMW,

partió como un rayo hacia su apartamento en la ciudad de Gilberstadt para recoger sus pertenencias e intentar huir a su país natal en Sudamérica.

CAPÍTULO XVIII

Inmersa en sus pensamientos, saludó a la recepcionista de turno con un ademán y se dirigió hacia la zona de los ascensores del ala oeste que la llevarían a la planta del pabellón pediátrico. Desde su partida del apartamento de Simón, no había podido dejar de pensar en todo lo que había acontecido. Por primera vez después del trágico episodio de su padre, la expresión de antipatía del rostro había cedido su lugar a un semblante sutilmente afable al que no terminaba de acostumbrarse. Ni siquiera su obstinado esfuerzo por imponer su cara de pocos amigos daba resultado. Tras unos minutos, su subconsciente la traicionaba y la tenue sonrisa se volvía a adueñar del rostro.

Cuando el ascensor llegó a su destino, Katja enfiló hacia el pasillo donde se llevaban a cabo los talleres rotativos que el hospital organizaba para tratar las diferentes problemáticas de la niñez. Caleb Brunner tenía ocho años y sufría diversos trastornos cognitivos que habían comenzado cuando tenía tan solo cuatro años, poco después del traumático episodio que derivó en la muerte de su padre. Déficit de atención, enuresis, tartamudez y arranques de violencia sin razón eran algunos de los desórdenes que el niño había manifestado a partir del incidente, pero que habían mejorado considerablemente tras la administración de drogas como el Ritalin y de la participación en los diversos tratamientos que brindaba gratis la institución.

Katja llegó hasta el salón de terapia grupal cognitiva para niños de ocho a once años y pegó el rostro en la ventana de la puerta para observar su interior. Sentado con las piernas cruzadas en el suelo y formando un círculo con siete compañeritos más, Caleb participaba concentrado y divertido de uno de los juegos organizados por la terapeuta. El niño vestía un pantalón de peto azul y camiseta roja en honor a su personaje favorito de turno, Mario Bros. Su afición por el legendario fontanero italiano se había originado por culpa de la edición aniversario de la consola de juegos Nintendo que había recibido para su octavo

cumpleaños. Supervisado por su hermana, el niño se embobaba recolectando monedas y saltando tortugas durante su hora permitida de entretenimiento, de la que solo podía disfrutar cuando finalizaba los quehaceres que tenía asignados. El método de «Tareas y Recompensa», bautizado así por Katja, estaba funcionando de maravilla en la compleja e impredecible conducta del pequeño. Su familia aún tenía esperanzas de una recuperación progresiva.

La terapeuta observó el rostro impaciente de Katja a través del cristal y le hizo una seña para indicarle que aún faltaba un rato para finalizar la sesión. La niña asintió para dar por entendido el mensaje y se marchó hacia los corredores para pasar el rato. Para desdramatizar los estériles pasillos, las paredes del sector pediátrico habían sido decoradas con temáticas infantiles. Según los directivos, creaba un ambiente más acogedor. El primer mural en el recorrido de Katja ilustraba una selva repleta de animales caricaturescos sonrientes, seguido por uno de personajes animados antológicos de Warner Bros que tenía los días contados. A raíz de los inevitables cambios generacionales, cada vez menos niños reconocían a sus protagonistas.

En el siguiente corredor, los coloridos murales le habían cedido su lugar a una lúgubre vitrina con fotografías de pacientes de antaño y parafernalia hospitalaria que habían utilizado durante su estadía. Ordenados cronológicamente por propósitos educacionales, los dispositivos ortopédicos acaparaban la particular exposición. Similares a los instrumentos de tortura de la época de la Inquisición, su mayoría eran dignos de un videoclip de Marilyn Manson.

Katja observó el escaparate con fascinación. Era lo suficientemente grande como para hacer tiempo hasta la finalización del taller de su hermano. Tras echar un vistazo general a toda la muestra, se detuvo sorprendida ante una de las fotografías. El niño del retrato era desconcertantemente parecido a Simón. Con una mirada indiferente, el pequeño posaba con esfuerzo con un par de bastones ingleses. Intrigada, recorrió la pizarra de punta a punta en busca de alguna referencia o descripción de aquel caso. Nada. Decidida a llegar hasta el fondo del asunto, extrajo su teléfono móvil y comenzó a fotografiarlo.

Inmersa en la configuración del lente para capturar la vieja imagen con mayor nitidez, su concentración se vio de repente interrumpida por el inconfundible alboroto de una turba de niños a la vuelta del corredor. La sesión de Caleb había finalizado. Cuando la terapeuta abrió la puerta para que

se reencontraran con sus familiares, los pequeños abandonaban el recinto atropelladamente y sobreexcitados. Katja salió disparada como un cohete. Temía la reacción de su hermanito cuando no encontrara a nadie que lo recibiera. Mirando en todas direcciones, y abriéndose paso a empujones a través de la marea de familiares parlanchines, divisó a Caleb a la distancia. El niño, de complexión menuda y de brillante cabellera rubia rapada a los costados y tupida en la azotea, caminaba cabizbajo en dirección a los ascensores. Katja lo alcanzó rápidamente y, sin mediar palabra, reprodujo a todo volumen la cortina musical del juego Super Mario Bros en su móvil.

Caleb se dio vuelta de inmediato y, con una sonrisa de oreja a oreja, se abalanzó sobre su hermana y la abrazó bruscamente.

—¡Hey, pequeño saltamontes! Recuerda que soy frágil como la princesita de tu juego —lo reprendió con ternura mientras le acariciaba el cabello.

—¿Podrías poner los saltitos? —le pidió Caleb con una pícaro sonrisa cuando despegó el rostro de la camiseta de su hermana.

—Ahí van —Katja paró la música del juego y seleccionó el efecto de sonido que hacía el protagonista cada vez que saltaba—. ¿Preparado? —le preguntó. El niño se colocó en una posición caricaturesca y, mirándola expectante como una mascota a la espera de que le lancen la pelota, comenzó a imitar al personaje del videojuego al compás del cómico sonido.

Después del decimoquinto brinco, Caleb volvió jadeando al lado de su hermana para informarle con la extenuada expresión del rostro que daba por terminada la monería: —Tengo sed, Kit Kat —le comentó el niño a continuación, llamándola por el apodo con la que la había bautizado en honor a su golosina favorita.

—¡Como para no tenerla, Calebcito! A mí también me dio sed de solo mirarte —bromeó y le sacudió los sudados cabellos juguetona— ¡Puaj! ¡Estás todo mojado! —se quejó la niña y se frotó con exageración la mano en sus ropas para limpiarla. Caleb se rio pícaramente y comenzó a atosigarla para apoyar sus sucios cabellos en su camiseta. —¡Basta, porque me voy a enojar! —le gritó.

Obediente como cadete sumiso del ejército, el niño se volvió a comportar.

—¿Podemos tomar Coca, Kit Kat? —preguntó con ternura al cabo de unos instantes.

—Sí, pero aguarda un minuto, que quiero preguntarle algo a las ordenanzas —le explicó.

Los niños se acercaron a la recepción del pabellón de oncología, donde la enfermera Markova y su compañera, la señorita Trudy, procesaban concentradas y en silencio las tareas administrativas rutinarias del fin de sus respectivos turnos.

—¡Mis queridos hermanitos Brunner! —exclamó Gertrudis tras levantar la vista para ver quienes se habían detenido ante la mesa de la recepción. La enfermera Markova los miró de reojo y volvió a continuar con sus tareas, desinteresada—. Lamento informarte, Katja, pero tu madre se retiró hace rato ya —le comentó la simpática ordenanza.

—Despreocúpese, enfermera Trudy. No estamos aquí por eso —le aclaró la niña.

—Bien, díganme entonces que puedo hacer por este dúo tan bonito.

Al oír eso, su apática colega se aclaró la garganta toscamente con la malvada intención encubierta de objetar el comentario de su compañera.

—Quería ver si me pueden ayudar con algo. —Katja tomó su teléfono móvil, seleccionó la foto del niño con los bastones ingleses y se lo alcanzó a su interlocutora.

—¿Puedo ver, Kit Kat? ¿Puedo ver, Kit Kat? —insistió con curiosidad el pequeño al compás del tironeo de la camiseta de su hermana.

—Un segundo, Caleb, ¡por favor! —lo reprendió— ¿Lo conoce, señorita Trudy? Estaba en la vitrina del corredor, aquella que exhibe a los niños dados de alta.

—Mmmm... La verdad es que nunca lo había visto. Por los tonos de la foto, parecería que fue hace tiempo y yo probablemente tenga la misma edad que el niño. —Katja suspiró desilusionada—. Pero quizás mi experimentada compañera —le guiñó cómplice el ojo a la niña—, sepa de quién se trata. Hey, Elena, ¿sabes por casualidad quién puede ser este antiguo paciente? —le preguntó y le acercó el móvil al rostro.

La enfermera Markova frunció el entrecejo y meditó durante varios segundos.

—Mmmm... —Levantó la vista para ver la expresión de sus interlocutores y para generar suspense—. Jamás lo he visto en mi vida —sentenció y volvió a retomar con indiferencia sus quehaceres.

—Lo lamento, Katja. Pero —se rascó el mentón, dubitativa—, podrías probar suerte en la cantina con la legendaria Dora Pinker. Ella sí que tiene memoria de elefante y es una biblioteca viviente de anécdotas del hospital.

—Excelente idea, señorita Trudy —festejó la niña—. Voy a matar dos pájaros de un tiro, ya que justo quería comprarle una Coca a mi impaciente hermanito —dijo y lo miró ofuscada. Caleb escuchó la palabra «coca» y le sonrió de oreja a oreja, dejando entrever sus recientemente estrenados dientes incisivos, que aún eran desproporcionadamente grandes para su pequeño rostro.

—¿Cómo decirle que no a esa tierna sonrisa de ardillita? —replicó la rechoncha enfermera al ver la espontánea expresión de alegría en el rostro del niño.

—Chist. No le diga eso, que después lo va a utilizar como herramienta de soborno —bromeó Katja en voz baja.

—¡Ooops! —exclamó Trudy cómicamente llevándose la mano a la boca como una damisela sonrojada—. Bueno, mis niños, suerte en la cantina y la próxima me cuentas si pudiste averiguar la identidad del misterioso pequeño —le guiñó el ojo y, al igual que su antipática compañera, volvió a continuar con sus tareas administrativas pendientes.

Katja tomó a Caleb de la mano y se marcharon hacia el vestíbulo.

—¿Vamos a buscar mi Coca, Kit Kat? —le preguntó a su hermana mientras aguardaban la llegada de alguno de los tres ascensores.

—Así es, hermanito —le respondió de manera automática mientras observaba impaciente los tableros digitales para ver cuál llegaría primero.

—¿Y me podrías comprar un Kit Kat, también? —Le tironeó del brazo para que lo mirase y le sonrió otra vez exageradamente para poner a prueba el comentario de la enfermera Trudy.

Katja no pudo evitar reírse. —Creo que eres más listo de lo que pensamos, ¿eh? —lo miró, suspicaz—. Ya veremos... No sé si los venden allí —le explicó.

El ascensor llegó sin pasajeros. Katja estiró el brazo para alcanzar la botonera, pero su hermano le ganó por mucho. El niño se abalanzó precipitadamente sobre la consola y comenzó a presionar botones al azar.

—¡Caleb! ¿¡Pero qué demonios haces!?! —le gritó iracunda, a la vez que lo tomaba del brazo y lo atraía nuevamente a su lado de un sacudón—.

¡Mira si hubiese habido gente aquí dentro! —añadió para que entendiera el porqué de la reprimenda.

—Perdóname, Kit Kat... —musitó con los ojos llorosos y la abrazó fuerte, avergonzado.

—Está bien, Caleb. Solo te pido que no lo vuelvas a hacer, ¿ok? —le solicitó, caricias en el cabello mediante.

Mientras su hermanito se refugiaba en su regazo para secarse sus escasas y fugaces lágrimas, Katja observó la botonera y suspiró aliviada. La primera parada era casualmente la planta donde se hallaba la cantina. Cuando la voz sintetizada anunció la llegada al destino, salieron tomados de la mano, cada uno inmerso en su mundo. Ella divagaba con la misteriosa fotografía del niño de los bastones y Caleb saboreaba mentalmente su ansiado refresco. Una pareja de ancianos que aguardaba impaciente en el vestíbulo ingresó al ascensor apresuradamente. Cuando sus puertas se cerraron, los gritos e improperios de sus nuevos ocupantes devolvieron a la niña a la realidad. Avergonzada, aceleró el paso para marcharse de allí velozmente.

—¿Te estás riendo, Kit Kat? —preguntó curioso Caleb al ver que su hermana se había llevado la mano a la boca para contener las risas.

—Mmhmh... —Katja intentó mantener la compostura para evitar festejarle la travesura. Pero, tras unos segundos, estalló en carcajadas. El niño, asombrado, no tardó en unírsele con su chillona risa infantil. Pocas veces había visto reír así a su hermana.

Unos segundos después de que se apaciguara el momento de jolgorio, Katja miró al pequeño a los ojos y le dijo: —Hey, que me haya reído con tu travesura no significa que haya estado bien. Espero que lo comprendas, ¿sí?

El niño asintió.

—Ven, vamos a buscar de una vez esa ansiada Coca-Cola —le propuso y volvieron a retomar la marcha.

La afamada cantina se encontraba desierta. Los niños se aproximaron hasta la caja y Katja miró impaciente en todas las direcciones en busca de algún empleado. —¡Hola! ¿Hay alguien aquí? —preguntó, a la vez que golpeaba el mostrador para llamar la atención.

—¡Quiero Coca! ¡quiero Coca! ¡quiero Coca! —gritó Caleb, divertido.

—¡Un segundo! ¡Ya estoy con ustedes! —exclamó una voz desde del interior de la cocina.

—Ya viene, Caleb. Tranquilízate un poco, por favor —le instó su hermana.

—¡Julia, sigue con lo tuyo que yo voy a atenderlos! —se oyó ahora a una segunda persona que le gritaba a la primera.

Al cabo de unos segundos, la dueña de aquella voz se hizo presente. A paso lento y cansado, la pequeña pero robusta Dora Pinker se acercó hasta la caja registradora con su típica sonrisa de abuela consentidora: —¡Pero qué agradable sorpresa! ¡Mi querida Katja y el pequeño Caleb Brunner! Qué bonito veros juntos —exclamó al identificarlos.

—Señora Pinker, el placer es mutuo. Y me alegra encontrarla un día como hoy, ya que pensé que...

—Hola, Dorita, ¿cómo estás? Quiero una Coca... —la interrumpió el niño cuando la reconoció.

—¡Ay, pero qué tierno eres, Caleb! —le contestó la señora Pinker—. Aguárdame un segundo. —Se dirigió hasta uno de los refrigeradores, extrajo dos botellas del ansiado refresco y las colocó en una bandeja—. ¿Algo más, mi pequeño príncipe?

—¡Kit Kat! ¡Kit Kat! ¡Kit Kat! —gritó excitado.

—Parece que hoy es tu día de suerte, Caleb. Déjame fijarme en la cocina...

—Señora Pinker, por favor, no se moleste. Yo se los compraré en alguna de las máquinas expendedoras de alguno de los pabellones —interrumpió ahora Katja.

La simpática anciana alzó la mano para indicarle que no había problema y le volvió a gritar a Julia, la empleada de turno, para que le buscara las golosinas del niño en la despensa de la cocina.

—Ninguna molestia, Katja. El total serían tres euros —le informó después de acomodarse con dificultad en su elevada banqueta que utilizaba para alcanzar con sus cortos brazos el mostrador y la caja registradora.

Mientras la niña buscaba el dinero para pagarle, la joven empleada apareció por fin con los ansiados chocolates: —Aquí tiene, Dora. Le traje cuatro por las dudas.

—Muchas gracias, querida. Coloca, por favor, dos en la bandeja y dame los otros dos a mí. —La rechoncha anciana se irguió con esfuerzo para mirar a

Caleb a los ojos y le tendió su mano con los dos Kit Kats restantes—. Estos dos son un regalo de Dorita —le dijo y le guiñó el ojo de manera compinche.

El pequeño comenzó a brincar de alegría y miró de inmediato a su hermana. Siempre debía pedirle permiso antes de comer golosinas. Katja asintió, le alcanzó la botella de Coca-Cola y le indicó que se sentara en la mesa libre más cercana.

—Muchísimas gracias por el gesto, señora Pinker. Y, ahora, si tiene un minutito, me gustaría mostrarle una fotografía de un niño que fue paciente del hospital hace muchos años. A ver si lo reconoce... —extrajo su teléfono móvil y se lo alcanzó a la gentil anciana.

Dora se colocó sus gafas para la lectura y acercó la pantalla hacia su rostro hasta focalizar nítidamente la fotografía.

—¡Oh... por supuesto! —exclamó—. Cómo no recordar a nuestro querido doctor Goering cuando se movía por el hospital con esos bastones...

Katja, pasmada por lo que acababa de escuchar, abrió los ojos de par en par. Su mente comenzó a divagar y ya no pudo concentrarse en la anécdota que su interlocutora le había comenzado a relatar, desencadenada por aquella imagen.

CAPÍTULO XIX

Domingo. El timbre de llamada del móvil despertó al patólogo poco antes de las seis de la mañana. Cogió el aparato de su mesa camilla y observó el identificador por inercia. Sabía perfectamente de quién se trataba.

—Detective Mayer, qué sorpresa.

—Nicholas, ¿cómo estás? Disculpa la llamada a esta hora, pero parece que esta maldita semana de infortunios no quiere terminar nunca.

—Ni que lo diga, Bernard... ¿Qué ha sucedido ahora? —preguntó con un tono de ofuscación simulada.

—Asesinaron a un médico del hospital. El doctor Manuel Goldfarb, ¿te suena? Sé que ya no es tu función, pero me gustaría que vengas a la escena del crimen antes de que transporten el cuerpo a la morgue. El asesino intentó prender fuego a la casa para borrar pruebas, pero afortunadamente los bomberos, alertados por la alarma contraincendios, llegaron bastante rápido y pudieron apaciguar las llamas antes de que pasara a mayores —le comentó.

«No puedo creer mi suerte», pensó. —Muy bien, envíeme la dirección por SMS y saldré para allí en unos minutos.

El patólogo se duchó rápido y se vistió con un pantalón deportivo de algodón de color azul, una camiseta blanca y un cómodo calzado deportivo con plantillas de espuma viscoelástica. Sin tiempo para prepararse un desayuno, se dirigió directamente hacia el garaje y volvió a instalar debajo del coche el transmisor que le había colocado el detective Vandergelb. Quince minutos más tarde, le mostró sus credenciales a los oficiales que custodiaban las calles aledañas a la casa del ginecólogo y aparcó el Panzer en la entrada del garaje, donde horas antes había estado agazapado observando sus movimientos.

—¡Nicholas! ¡Bienvenido! Déjame decirte que no recuerdo haberte visto nunca sin uno de tus elegantes trajes —le confesó sorprendido el detective

Mayer, al mismo tiempo que le entregaba el vestuario de perito forense para que se lo pusiera antes de entrar a la casa.

—Siempre hay una primera vez para todo, ¿no es cierto? —bromeó con su característica expresión de piedra, mientras se acomodaba el atuendo. Su interlocutor sonrió y lo aguardó en la puerta de entrada—. A simple vista, esto no parece haber sido perpetrado por el mismo asesino de la niña y de Florian... —añadió tras echar un vistazo fugaz a la escena cuando ingresaron a la sala de estar.

—Efectivamente, Nicholas. Esto se trató de un crimen pasional. Por lo que pudimos ver hasta ahora, al doctor lo apuñalaron un par de veces en medio de un forcejeo. —El patólogo asintió—. Uno de los peritos que estuvo analizando el teléfono móvil nos acaba de comentar, justo antes de que llegaras, de que tu colega era un asiduo cliente de... —se llevó la mano a la cabeza, dubitativo —... ¿cómo les denominan? ¿*taxi boys*? —El doctor Goering volvió a asentir y se acercó sin mediar palabra hacia el cadáver del ginecólogo para simular interés—. Gracias al cielo, según los vecinos, la esposa y sus hijas parece que ya no vivían aquí hace tiempo. Y es más que obvio el por qué, ¿no? —le comentó con una sutil risa nerviosa mientras su interlocutor tomaba ahora fotografías con su teléfono móvil para darle más credibilidad a su puesta en escena.

—Bueno, lo cierto es que no tengo mucho más por hacer aquí, detective. Ya pueden llevar el cuerpo a la morgue. Yo continuaré con mis labores allí —le informó. «Y así puedo también terminar con este circo cuanto antes para poder disfrutar de mi domingo», pensó.

—Lo que tú digas, Nicholas.

Ambos volvieron a salir de la casa, se quitaron las prendas protectoras y se despidieron. El patólogo se marchó hacia el hospital y el detective continuó con sus tareas de coordinación del nuevo caso. También quería resolverlo con la mayor celeridad posible para volver a su acostumbrado (y bien ganado) letargo dominical.

Media hora más tarde, tal como lo había previsto, el doctor Goering recibió de la Policía Científica de Heimstadt el cuerpo de Manuel Goldfarb en su querida morgue. —Terminemos con esto —se dijo en voz baja. Seleccionó de su biblioteca digital musical la ópera *Las bodas de Fígaro* interpretada por Luciano Pavarotti y se colocó el mono desechable. Con la potente voz del legendario tenor italiano de fondo, constató rápidamente las causas de la muerte y

recolectó los rastros de piel de Latin Lover que habían quedado debajo de las uñas. Tras realizar la última puntada de la sutura del estómago de su excolega, se paró frente al cuerpo desnudo y lo observó con desprecio durante unos cuantos segundos. «Esta imagen mental podría reemplazar tranquilamente a la castración química», pensó.

CAPÍTULO XX

Agotado por las maratónicas jornadas laborales que arrastraba desde hace días, el detective Vandergelb volvió en sí el domingo a las nueve de la mañana cuando por fin escuchó el timbre de llamada de su teléfono móvil. Hacía varios minutos que clamaba atención de manera insistente. Sumido en un charco de su propia saliva que apestaba a tabaco, aún vestía los pantalones y la camisa que había utilizado el día anterior.

—Hable... —farfulló con la voz carrasposa cuando por fin encontró el móvil en su improvisada mesilla de noche.

—¿Detective Vandergelb? Disculpe la molestia tan temprano un domingo. Habla Millie Chamberlain, ¿me recuerda?

Silencio.

—Oh... la asistente del detective Mayer, ¿verdad? —contestó después de un incómodo silencio de varios segundos. Segundos en el que su cerebro demoró en identificarla en su base de datos neuronal maltratada por la cafeína y falta de sueño.

—Correcto. Ya me estaba preocupando... Nos conocimos ayer. ¿Tan poco memorable soy? —bromeó, decepcionada.

—No, por supuesto que no, señorita Chamberlain. Estaba durmiendo y mi cerebro es como aquellos motores antiguos que precisan calentarse un ratito para funcionar óptimamente —la intentó consolar—. ¿A qué le debo el placer de este *wake up call* mañanero?

—Ah, me quedo más tranquila entonces —se rio infantilmente—. El detective Mayer me notificó ayer que voy a estar trabajando para usted como su asistente.

—Mira tú... —Matías se llevó la mano hacia la entrepierna, se desabrochó el pantalón y, aprovechando la erección matutina, comenzó a masturbarse— ¿La puedo tutear, señorita Chamberlain?

—Claro. Me puede llamar Millie, si prefiere —le contestó inocentemente.

—Millie..., por supuesto —susurró mientras aceleraba el ritmo de las sacudidas e intentaba no sonar como un degenerado.

—Es un puesto temporal —le aclaró de inmediato la joven estudiante de contabilidad—. Hasta que se resuelva el caso.

—Qué lástima realmente. —Ya estaba llegando al clímax y quería acabar escuchando su dulce voz.

—Ah, qué tierno, detective. Me alegra haberle causado tan buena impresión.

El objetivo se había cumplido; el torrente de esperma se había esparcido por toda su camisa con el mismo ímpetu que el del contenido de una lata de refresco agitada adrede para una jugarreta.

—En efecto, Millie. —Matías se puso de pie con dificultad para evitar derramar su descarga sobre las sábanas—. Mi idea era ir hoy a visitar el *Data Center* de la ciudad de Heimstadt para comenzar con el análisis de las pruebas conseguidas. ¿Te parece encontrarnos allí en una hora? —le propuso mientras se desabrochaba ágilmente la prenda con una sola mano para tirarla dentro del cesto de ropa sucia del baño.

—Sí, perfecto. Allí estaré. ¡Hasta pronto, detective Vandergelb!

Matías colgó, apoyó el móvil sobre la mesa del lavabo, se quitó todo lo que llevaba puesto y se situó apresuradamente frente al inodoro para descargar su demandante vejiga. Hacía rato que lo atosigaba con punzadas agudas e intermitentes. Después de la prolongada sensación orgásmica de la meada liberadora, se duchó rápidamente y se vistió con otro de sus atuendos de estilo profesor universitario que tanto le gustaban. Con pantalones de pana acanalada color marrón oscuro, camisa escocesa del mismo tono y su *blazer* verde inglés con parches color caqui en los codos, tomó la última lata de bebida energizante que había en la nevera y partió hacia el encuentro de su nueva asistente temporal.

El Centro de Procesamiento de Datos de Heimstadt, llamado comúnmente «CPD» por sus habitantes, había sido creado durante el primer mandato del alcalde Oppenheimer e instalado en los subsuelos de la única iglesia de la ciudad tras varios meses de arduas negociaciones en el concejo deliberante. Los ciudadanos más veteranos, quienes mayor recelo tenían a la erradicación de los credos, habían sido los más difíciles de doblegar. Pero la

promesa de mantener su fachada original y convertir su nave central en museo había sido finalmente la carta ganadora del mandatario para ganarse su apoyo.

La basílica de Heimstadt era de estilo neogótico y había sido construida en piedra de talla en el año 1843. Contaba con un campanario, cuyo mecanismo había sido desactivado hacía varios años, dado que sus religiosos estruendos irritaban a la mayoría de los habitantes. Sus naves laterales estaban compuestas por bóvedas de crucería y grandes ventanales coronados con tracerías y vitrales de colores vivos, saturados con imágenes bíblicas que sustituían a la clásica pintura mural del período románico. La nave central presumía complejas bóvedas estrelladas que guiaban a sus visitantes hasta el ábside con exedra donde alguna vez se había situado el altar, eliminado junto a los bancos de madera con el fin de desalentar la profesión de cualquier tipo de culto. En menos de un año, la habían convertido en un centro de exposiciones para los estudiantes de Bellas Artes y en un pseudoanfiteatro para esporádicos recitales de órgano. El antiguo instrumento había sido reacondicionado con compresores eléctricos gracias a los aportes de los propios estudiantes del conservatorio, que no querían perderse su imponente sonido con la increíble acústica del legendario edificio.

La basílica se ubicaba en el centro de la ciudad, justo frente a la plaza central y al edificio del ayuntamiento, donde el día anterior Katja y Simón habían observado el emblemático monumento del chúcaro filósofo. El detective Vandergelb aparcó su Crown Victoria en el pequeño predio trasero de la propiedad, que apenas tenía espacio para cuatro vehículos. Los empleados del organismo se movilizaban la mayoría en bicicleta y, en menor medida, en transporte público. Millie Chamberlain no había sido la excepción y había llegado hasta allí a bordo de su simpática bicicleta de paseo color celeste pastel con canasto de madera. Vestida con indumentaria deportiva de licra entallada que no dejaba nada a la imaginación, la joven asistente esperaba a su jefe temporal en la entrada de la imponente estructura edilicia con un pequeño paquete envuelto en papel blanco, típico de pastelería parisina de antaño.

—¡Millie! ¡Pero qué puntualidad! —exclamó efusivamente Matías al verla, tratando de disimular su sorpresa ante el atuendo poco convencional y provocativo de la joven.

—Por supuesto, detective. No podía ser de otra manera. Y disculpe que haya venido así vestida, pero, visto y considerando que es domingo, y que puede ser un día muy largo, quería estar lo más cómoda posible —le explicó.

—Ningún problema, Millie. Se nota que haces ejercicio —le dijo, después de echar un ojo poco disimulado de su figura.

—Gracias, detective —le contestó sonrojada—. Y uno de los motivos por el cual lo hago es por esto... —Le mostró el paquetito que sostenía en una de las manos—. Traje unos deliciosos *pains au chocolat* de La petite boulangerie, una famosa pastelería de aquí del centro de la ciudad.

—¡Ya te has ganado un aumento de salario! —bromeó el detective, gratamente sorprendido por el gesto.

Millie se rio tímidamente y lo invitó a ingresar a la basílica.

Tras cerrar una de las gigantescas puertas de madera de roble maciza detrás de sí, la joven asistente guio al detective hacia las escaleras que conducían a las catacumbas donde funcionaba el CPD. —Mal día para olvidarme la antorcha —bromeó Matías mientras descendían por los lúgubres pasadizos.

—¿Sabe por qué instalaron el CPD aquí abajo, detective Vandergelb? —le preguntó Millie cuando llegaron por fin a la puerta blindada que resguardaba el acceso al CPD.

—¿Porque el alcalde es un excéntrico, quizás?

La joven se volvió a reír. —Por dos motivos. El menos interesante es porque está ubicado estratégicamente en el centro de la ciudad y eso lo convertía en el sitio ideal, en cuanto a distancias y costos, para la instalación del cableado.

—Bien, pero para eso podrían haberlo hecho allí enfrente, en el ayuntamiento... ¿o no?

—Claro, pero aquí es donde entra en juego el segundo motivo, más interesante. —Millie sacó una tarjeta de acceso de su bolsillo y accionó el mecanismo de apertura de la moderna puerta—. Las catacumbas fueron creadas hace más de cien años por los monjes que vivían aquí. Y las habían utilizado originalmente para la elaboración de la bebida espumante que comúnmente conocemos hoy como *champagne*.

—Interesante, pero sigo sin comprender —interrumpió el detective mientras se adentraban en el recinto.

—Las cuevas tienen una temperatura constante durante todo el año de diez grados Celsius. El alcalde hizo instalar todos los servidores y equipamiento informático aquí abajo por su refrigeración natural.

—De lo contrario, hubiese tenido que instalar equipos de acondicionamiento dedicados, costosos y de alto mantenimiento —dedujo Matías en voz alta.

—¡Correcto! ¿Qué tal? Ya no parece tan excéntrico ahora nuestro querido alcalde, ¿verdad? —se mofó la joven asistente mientras entraban en la recepción—. De todas maneras, entre nosotros, se dice por ahí que fue una propuesta del doctor Goering —añadió entre susurros.

—Por supuesto, no podía ser de otra manera —replicó sarcásticamente Matías.

La recepción del recinto contaba con un juego de modernos sillones de cuero negro con pies y apoyabrazos de metal cromados, una mesa ratona negra que hacía juego con el sillón (con las clásicas revistas de ocasión para matar el tiempo durante la espera) y un mostrador de madera blanco satinado con encimera de vidrio templado donde los días de semana se ubicaba la recepcionista. Las paredes eran aún las originales de ladrillos de piedra de la época de los monjes y no había ningún cartel que identificara aquel sitio como el CPD. —Tome asiento, detective. Tenemos que esperar a que venga el encargado de turno a abrirnos la segunda puerta de acceso. Como ya se habrá percatado, mi tarjeta solo llega hasta aquí. ¿Desea un abrigo adicional? Aquí debajo del mostrador guardan unas chaquetas para los invitados que vienen livianitos de ropa —le ofreció con una tierna sonrisa.

—Creo que por ahora estoy bien así. Gracias, Millie. —Matías tomó asiento y echó una ojeada a la habitación: —Esto parece la antesala de una guarida de un villano de James Bond.

Su asistente se volvió a reír y se dirigió hacia el mostrador para coger uno de los abrigos para las visitas.

—Última oportunidad, detective —le dijo mientras le mostraba la chaqueta que había elegido para sí misma.

—Ok, tú ganas. Pásame una talla M, si es posible.

Cuando el detective se disponía a colocarse la prenda, la puerta de acceso al recinto se abrió y apareció allí para recibirlos el encargado de turno, Denis Ruhl. Denis, de cuarenta y ocho años, era un analista de redes informáticas que

se había certificado en todas las tecnologías de equipamiento de red existentes en el mercado (un requisito *sine qua non* de la alcaldía para el desempeño del cargo). De un metro ochenta y cinco de estatura, pelo ralo rubio cortado al ras, y la contextura física de un competidor escandinavo del programa televisivo *El hombre más fuerte del mundo*, parecía más un guardia de seguridad de una discoteca de Moscú que un empleado informático. Con pantalones pinzados color beige, camisa a cuadros con corbata de pana desajustada y un cárdigan de lana azul, que utilizaba a la vez de *blazer*, se acercó hasta las visitas con una sonrisa bonachona para presentarse.

—Buenos días, soy Denis Ruhl, el encargado del CPD durante los fines de semana —les dijo y les estrechó la mano a cada uno.

—Mucho gusto, señor Ruhl. Soy el detective Vandergelb y ella es mi asistente, la señorita Chamberlain. Vaya que no me gustaría hacerlo enojar —bromeó, haciendo referencia a su complexión física.

Su gigante interlocutor se rio. —No les voy a negar que no he sacado provecho de mi físico en situaciones difíciles, pero lo último que quiero es promover la violencia —les explicó con su sonrisa compradora.

—Menos mal, señor Ruhl. No sé si está al tanto de la situación, pero estamos investigando...

—Oh sí, detective —lo interrumpió—, ya nos pusieron al corriente las autoridades y ayer recibimos el pedido del hospital para restaurar los *backups* de una cuenta de correo. Está todo listo ya. Síganme, si son tan amables. —El corpulento anfitrión se dio media vuelta y ambos visitantes comenzaron a caminar detrás de él por los túneles estrechos y fríos hasta llegar a la cámara principal donde funcionaba el centro de monitoreo—. Helo aquí —agregó Denis mientras les sostenía la puerta para que pasaran.

La primera imagen que se le vino a la mente al detective Vandergelb al contemplar aquella habitación fue el del interior de una torre de control de un aeropuerto internacional. Los techos estaban a una altura de aproximadamente cuatro metros y las paredes estaban forradas con pantallas de cincuenta pulgadas de alta definición. Allí se transmitían las imágenes en vivo de las cámaras de vigilancia de los puntos más críticos de la ciudad. En total había seis escritorios, cada uno con un monitor curvo de veintiocho pulgadas, dispuestos estratégicamente para que todos los empleados pudieran además controlar el sector de monitoreo que se posicionaba delante de ellos. Por su parte, el

escritorio central del encargado de turno contaba adicionalmente con una consola de control, similar a las que se utilizaban en los estudios de televisión para administrar las transmisiones de las cámaras.

—No sabía que había una plataforma de lanzamiento espacial aquí en Heimstadt —bromeó el detective al cabo de unos segundos de digerir lo que estaba mirando.

—Parece, ¿no? —replicó sonriente el encargado.

El detective avanzó tímidamente hacia el interior, aun observando estupefacto en todas las direcciones como niño en su primera visita a un planetario. Sumido en la admiración del complejo, Matías se detuvo de repente al sentir un drástico cambio en la superficie del suelo debajo de los pies. Ante la mirada divertida de los presentes, se inclinó hacia abajo y observó sorprendido la gran puerta trampa circular metálica donde ahora se hallaba parado. Similar a las que se utilizaban en los antiguos pozos de agua, esta resguardaba celosamente la entrada a lo que parecía una fosa común de la Edad Media. «Infernum», leyó para sus adentros la inscripción en latín de aquella extraña pieza.

—¿Es esto lo que parece? —preguntó divertido el detective.

—¿Un portal al infierno? Eso sería interesante. Pero no... —respondió Denis—. Según me han contado, los monjes le pusieron esa inscripción para mantener alejados a los curiosos e intrusos de sus preciados brebajes. Allí yace la entrada, a través de una maltrecha escalera de caracol de madera, de las cámaras donde almacenaban las botellas, hoy reemplazadas por nuestros queridos servidores —le confió mientras acomodaba su voluminoso físico en la silla del escritorio central.

—Asumo entonces que aquellas compuertas al lado de su escritorio pertenecen a un ascensor montacargas para bajar hasta el supuesto infierno, ¿verdad?

—Está en lo correcto, detective —replicó Denis—. Acérquense, por favor. Les preparé los dos ordenadores de los extremos para que los utilicen sin restricciones. Si quieren café, siéntanse libres de servirse de la máquina que está a la derecha de la señorita Chamberlain. Y, antes de que me lo pregunten, el cuarto de baño se encuentra en el primer pasillo que pasamos cuando vinimos. No se pueden confundir, ya que es la única puerta que hay en todo el

recorrido. Y ahora, si me disculpan, debo de finalizar los informes del homicidio del doctor Goldfarb.

—Excelente, señor Ruhl. Muchas gracias por todo —replicó la asistente y se giró ahora hacia su jefe temporal. —Detective, yo me voy a poner a revisar entonces la cuenta de correo de Recursos Humanos para ver si encuentro algún candidato sospechoso.

—Perdón, Millie, dame un minuto. Señor Ruhl, ¿me podría ampliar lo del homicidio? —interrumpió sorprendido el detective—. A mí nadie me informó nada el día de hoy.

—Oh, lo siento, detective, pensé que ya estaba al tanto —se adelantó Millie—. Un médico del hospital de Heimstadt fue asesinado esta madrugada. Pero, despreocúpese, que el caso ya lo resolvió el detective Mayer.

—Se trató de un crimen pasional. —Denis tomó la posta del relato—. Gracias a nuestras cámaras, pudimos identificar al sospechoso y ahora solo resta que la policía lo capture —le explicó.

—Ok... perfecto. Me había olvidado por un instante que esta no es mi jurisdicción. De todas maneras, después hablaré con el detective Mayer para que me cuente los detalles y para descartar que esté relacionado con mi caso. —Hizo una pausa y extrajo su móvil—. Bueno, me voy a preparar un café entonces. Mi cuerpo me lo pide a gritos y, sobre todo, porque quiero acompañarlo con esos pastelitos tan prometedores —bromeó y se alejó rápidamente hacia la zona de los refrigerios.

Con disimulo, ejecutó la aplicación de monitoreo del transmisor del vehículo del patólogo en su teléfono y confirmó que no se había movido de su residencia en toda la noche. Decepcionado, se ubicó en su escritorio asignado con su café, pero se distrajo enseguida con las pantallas que transmitían en vivo las múltiples ubicaciones de la ciudad. Cuando terminó su brebaje, se dirigió hacia donde trabajaba concentrado el voluminoso encargado y le solicitó que le explicara como utilizar el software de las cámaras para realizar búsquedas históricas. Observando las distintas locaciones en el panel de monitores, se le había ocurrido comenzar una investigación paralela que consistiría en captar los recorridos del vehículo del doctor Goering a través de la ciudad en fechas y horarios aleatorios.

CAPÍTULO XXI

A las ocho de la mañana del domingo, Angélica se coló en la habitación de su hijo para sorprenderlo con el desayuno en la cama. Al igual que el día anterior, le había depositado un somnífero en la bebida durante la cena. Se sentía culpable y quería redimirse con un auténtico banquete que había ordenado a uno de los hoteles más exclusivos de la ciudad y que, casualmente, se encontraba a unas pocas manzanas de allí. Apoyó la bandeja sobre el acolchado de la cama y se acomodó al lado de su hijo para despertarlo. Tras acariciarle los despeinados cabellos rubios durante un rato, le susurró: —Hey, dormilón, despierta... Mira que si no te daré un beso como a la bella durmiente... —El niño comenzó a abrir los ojos despacio—. Buen día, hijo, te traje un desayuno muy especial a la cama —añadió con su voz tierna y maternal.

Simón la miró con los ojos entrecerrados y le pidió con la voz carrasposa que le alcanzara sus gafas. Su madre obedeció y el niño aprovechó para acomodarse y colocar la bandeja por encima de las piernas: —Guau, tiene una pinta increíble... Pero esto no lo hiciste tú, ¿verdad?

—Qué poca fe le tienes a tu madre, ¿eh? —extendió el brazo y lo despeinó juguetona—. Pero sí, tienes razón, lo pedí *online* al hotel de aquí a la vuelta —le confesó con una sonrisa picarona.

—Muchas gracias, pero es mucho para mí, mamá.

—No te preocupes, por eso traje un tenedor extra para ayudarte. — Angélica se apretujó a su lado y comenzó a probar a la par de su hijo los distintos platos—. Mmmm... este huevo revuelto con salchichas y bacón está delicioso. Tienes que probarlo —le insistió.

—Mamá... no recuerdo muy bien cuándo me fui a dormir ayer —le comentó Simón mientras cortaba el *pancake* con jarabe de arce—. ¿Es eso normal o puede que sea por el estrés de toda esta situación?

Su madre no pudo evitar atragantarse ante la pregunta. —Puede ser por la suma de varios factores, hijo —respondió por fin cuando la tos se disipó—. Ayer me dijiste que hiciste mucha actividad física con la bicicleta de tu nueva amiga, más la panzada que os disteis con los *waffles* y, por supuesto, lo que pasó con Clarita... El cuerpo reacciona de distintas maneras en cada individuo. —Simón asintió satisfecho con la respuesta y enterró ahora su tenedor en el huevo revuelto—. Y ya que estamos, ¿cómo te ha ido con tu compañera del conservatorio? Ayer no pudimos hablar casi nada. —Angélica cambió de tema rápido para evitar que la siguiera indagando sobre la noche anterior.

—Muy bien —le contestó mientras masticaba la salchicha—. Es más, quedamos en vernos hoy otra vez para ir a pasear en bicicleta. Pero esta vez cada uno con la suya —le aclaró.

—¡Qué bien! —le festejó y le robó ahora un trozo del *pancake*.

—Sí, aunque debo admitir que por un lado me siento un poco culpable por Clarita, pero por otro me hace bien para sobrellevar la situación —le confió y aprovechó para beber un poco de la leche chocolatada que le había preparado su madre.

—Es totalmente acertado lo que dices, Simoncito. Y es normal también sentirse así. Esto no es algo que tú hayas planeado y, por tanto, no debes sentirte culpable —lo intentó consolar y de paso le estampó un beso en la mejilla.

—¡Mamá, por favor! —se quejó.

—Hey, es tu culpa por tener esos cachetes comestibles —se mofó Angélica mirándolo embobada con el típico orgullo de madre.

—Ya no quiero más, mamá, es demasiado —añadió Simón tras un gran bocado de huevo revuelto.

—No te preocupes, ya me llevo la bandeja a la cocina y te dejo tranquilo para que te prepares para tu cita.

—Mamá, ¡no es una cita! —la reprendió con un tono infantil—. Somos compañeros del conservatorio y, ayer, aunque no lo creas, fue la primera vez que hablamos —le explicó.

—Ok, lo que tú digas.

Angélica se puso de pie, tomó la bandeja y se retiró de la habitación con una sonrisa victoriosa, regodeándose internamente del éxito de su plan. Simón se desesperó y cogió su teléfono móvil de la mesa de noche. La luz turquesa de notificación de nuevos mensajes titilaba desde el día anterior. Era Katja. Quería

coordinar el horario del paseo en bicicleta. «Hola Katja, puedes pasar por aquí cuando quieras. Yo ya terminé de desayunar», le escribió. Ni bien puso un pie en el suelo para levantarse, la famosa introducción de la quinta sinfonía de Beethoven que le había configurado como tono de llamada comenzó a sonar. Sorprendido por la velocidad de respuesta de su compañera, leyó: «En media hora estoy por ahí».

El niño observó su reloj de pulsera y corrió al baño de su dormitorio para prepararse. Después de descargar la vejiga sentado en el inodoro, como le había enseñado su madre desde pequeño (para evitarse ella bajar la tapa del retrete), se cepilló los dientes y, mientras se miraba en el espejo sus despeinados cabellos, optó por saltarse la ducha. De vuelta en el dormitorio, se vistió con la misma ropa del día anterior y salió rumbo hacia la cocina para proveerse de *snacks* y de un par de botellas de agua para el paseo.

—Pero ¿estoy alucinando o realmente estoy viendo a Simón Grunnewald despeinado y con el mismo vestuario de ayer? —se mofó su madre cuando lo vio entrar.

—Sí... Porque ayer al final no salimos y, por ello, la ropa no se ensució. Y el pelo, ¿para qué peinarlo? Si voy a estar con casco y además con el viento, en dos minutos, va a quedar igual que ahora —le explicó con la seriedad de un catedrático.

Angélica no pudo evitar sonreír. —Lo que tú digas... Solo quiero que sepas que tienes mi apoyo.

—¿En serio? Pensé que me ibas a montar un escándalo.

—A mí me gusta estar arreglada y bien vestida, porque es esencial para mi trabajo. , Simoncito. Pero me gusta ese *look* salvaje en los hombres...

—¡Mamá! Esas son cosas que un hijo no quiere oír de su madre —la reprendió.

—Sabes, esto me hace acordar a cuando Pinocho se convierte en niño —se mofó.

—Es solo por hoy, así que no te hagas ilusiones —le aseveró cuando pasó junto a ella, sosteniendo con dificultad las provisiones que había recolectado. Pero, antes de que pudiera cruzar el umbral de la puerta, su madre lo abrazó sorpresivamente por detrás y lo comenzó a besar en el cuello para hacerlo rabiar.

—Esto es para que te lo lles de regalo, mi pequeño y rebelde Bart Simpson.

El niño gritó caprichosamente hasta que su madre lo liberó de sus garras. Ofendido, salió corriendo hacia su habitación para terminar de arreglarla.

—¡Nocnoc! —exclamó Angélica en la puerta de su dormitorio al cabo de unos minutos.

—¿Y ahora qué, mamá? —preguntó ofuscado mientras organizaba meticulosamente la mochila al pie de la cama.

—Perdona que te moleste, pero eres consciente de que hay un asesino dando vueltas, ¿no?

—Sí, mamá.

—Solo mantenme informada cada dos horas o cada vez que vayáis a algún lugar nuevo.

—Sí, mamá —repitió el niño.

—¿Ya sabéis, por casualidad, adónde vais a ir?

—Creo que iremos al festival. Hoy, si no me equivoco, es el último día.

—Buena idea, cuanta más gente haya, mejor. —Angélica se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo de repente—. Si supieses lo rápido que creces, Simoncito, entenderías por qué te mimo tanto. En un par de años ya no me vas a dar ni la hora, seguramente —le comentó ahora con un dejo de nostalgia.

El niño se puso de pie, se acercó hasta su madre y, sin mediar palabra, la abrazó fuerte.

—Guau, no me esperaba esto. Me voy a derretir de la ternura —le susurró Angélica.

Unos minutos más tarde, mientras aguardaba el ascensor, Simón aprovechó para pedirle vía SMS a su compañera que lo esperara en la puerta del garaje del apartamento. «Entendido. Ya estoy abajo», fue la inmediata respuesta de Katja al mensaje.

—¡Hola, hola! —saludó el niño tras abrir el portón para que su compañera ingresara con su bicicleta.

—¡Hola, pequeño Mozart! Lindo peinado, ¿eh? —se mofó Katja al ver su desprolija cabellera. —¿A ti también te gustan los muchachos salvajes como a mi madre? —preguntó ofuscado.

Katja no pudo evitar reírse. —Me reservo mi opinión —replicó con su mordacidad acostumbrada—. Hey —prosiguió enseguida—, traje las herramientas para poner a punto tu bicicleta.

—Lo sabía, por eso te hice pasar al aparcamiento —le contestó el niño, ahora también con una sonrisa picaresca.

Katja acomodó su bicicleta a un costado y, con la ayuda de su compañero, descolgaron el maltrecho rodado de su anclaje y lo colocaron boca abajo para comenzar con las tareas de mantenimiento. Simón se sentó a su lado con las piernas cruzadas y se dispuso a observar a su compañera en acción.

—Veo que te has puesto muy cómodo... —le dijo y lo fulminó con su mirada característica—. De ninguna manera, señorito. Esto va a ser un trabajo en conjunto —lo reprendió.

Simón se puso de pie de un salto y, riéndose, se quedó erguido y le hizo el saludo militar con la mano derecha: —¡A la orden, sargento Brunner! —se mofó.

—Páseme el inflador, cadete Grunnewald —le siguió la broma, divertida—. Y, mientras yo le pongo aire a las cubiertas, tú podrías ir aceitando la cadena. Allí —le señaló el compartimento del sidecar—, deberías encontrar una botellita de lubricante.

—¡A la orden! —respondió divertido.

Diez minutos más tarde, la bicicleta había quedado como nueva. Pero no así los niños, que parecían dos deshollinadores británicos del siglo diecinueve.

—Bueno, pequeño ayudante, hemos terminado, pero sería ideal acicalarnos antes de partir, ¿no te parece? —le propuso Katja, quien no soportaba sentirse sucia—. Lo peor —continuó—, es que me pica un cachete y no quiero rascarme para no ensuciarme aún más.

—No te preocupes, yo te rasco si quieres —dijo de inmediato Simón y le acercó su dedo grasiento al rostro tratando de contener la risa.

—Si deseas volver a tocar la flauta traversa o cualquier otro instrumento, mantén alejado ese dedito de mi preciada tez —lo amenazó la niña, intentando apaciguar la sonrisa para enfatizar la advertencia.

Simón escondió la mano de inmediato y ambos se rieron al unísono. —Ven, Katja, sígueme. Si mal no recuerdo, debería haber un lavabo por aquí en el garaje.

Después de luchar durante casi diez minutos con el económico jabón líquido del baño para limpiarse la grasa y la suciedad de las manos, ambos retornaron al aparcamiento para preparar sendas bicicletas para la travesía.

—¿Vamos a ir al festival, Katja? — preguntó Simón mientras ajustaba el asiento a una altura más comfortable.

—Tenía otra idea en mente... —hizo una pausa como para crear suspense— ¿conoces el departamento de Regenwald?

—¿Dónde está la zona de bosques de pinos? ¿No es un poco lejos? — preguntó extrañado.

—En efecto, pero no iremos a los bosques... Iremos a la casa del doctor Goering —le confesó.

—¡¿Acaso te has vuelto loca?! —Simón la miró con los ojos abiertos de par en par y con una sonrisa nerviosa.

—Necesito hablar con él. Algo extraño sucedió cuando mi padre murió que no logro recordar. Y estoy convencida de que él estuvo de alguna manera involucrado. Pero, como verás, no me animo a ir sola, Simón —lo intentó convencer, ante la mirada dubitativa de su compañero—. Y, de todas maneras, va a ser un paseo interesante... La zona es muy linda. Si no lo llegamos a encontrar o no nos quiere atender, nos volvemos y listo. Di que sí, pequeño Mozart, ¿por favor? —le rogó.

Simón frunció el ceño con preocupación y meditó durante varios segundos: —Ok, Katja. Después de todo, como bien dices, será un lindo paseo más allá de que nos atienda o no.

—No se hable más, entonces. —La niña se subió a su bicicleta y comenzó a pedalear en dirección hacia la salida—. ¡Sígueme, compañero! ¡Ya tengo el GPS configurado en el teléfono con la dirección de la residencia! —le gritó. Simón se colocó rápidamente su casco, se cargó la mochila a los hombros y salió detrás de ella.

Tras media hora de pedaleo constante, los niños llegaron al límite de la ciudad con el departamento de Regenwald. Allí, las cuidadas bicisendas de pavimento le cedían el paso a las rústicas de piedra y grava de los bosques de pinos, creadas de forma natural por el frecuente andar de los aficionados al *mountain bike* de los municipios lindantes.

—Me temo que hasta aquí llega el sidecar, ¿no crees? —le comentó Katja al observar lo angosto de los senderos.

—¿No hay otro camino, quizás?

—La única otra alternativa es ir por la autopista, la cual queda descartada por razones obvias —le explicó—. Pero no te preocupes —agregó de inmediato—, si me echas una mano, podemos desmontar el sidecar y dejarlo aquí aparcado.

—Excelente, Katja, ¡manos a la obra, entonces! —accedió entusiasmado Simón y se bajó de su bicicleta para ayudarla.

En tan solo unos minutos, el dúo había finalizado la tarea y ahora circulaban concentrados y en silencio por los senderos boscosos, disfrutando de la naturaleza y los paisajes de la zona. Cuando llegaron al final del circuito delimitado para ciclistas, ambos se bajaron de sus rodados y comenzaron a caminar con esfuerzo a través de la densa vegetación con las bicicletas a cuestas. —De acuerdo con el GPS, no debería faltar mucho para llegar al camino agreste que nos conducirá directo a la residencia del doctor Goering —le confió a su compañero, quien se veía ya visiblemente agotado por la inusual travesía.

—Eso espero... ya que no veo la hora de salir del bosque... —respondió entre jadeos.

—¿No te gusta la naturaleza, Simón? —preguntó extrañada.

—Más o menos... Soy un poco miedoso, para serte sincero. Ahora, por ejemplo, no quiero ni mirar por donde estoy pisando por terror a ver algún bicho.

Katja no pudo evitar reírse: —Tranquilo, mi compañerito ciudadano. Esto no es la selva Amazonas. ¡Mira, ya se puede ver allá adelante el sendero! —exclamó para entusiasmarlo con el fin de su martirio.

Ahora «a salvo» en el angosto camino de tierra y adoquines, Simón colocó su mochila sobre la bicicleta y se propinó varios palmetazos en las pantorrillas. Quería despejar las hojas mojadas que se le habían pegado y los posibles insectos que pudieran haberse colado durante sus nerviosas zancadas por la espesa vegetación. Katja lo observaba divertida. —¡No te rías, eh! —le reprochó el niño, también sonriente ahora—. ¡Listo! Cuando quieras, partimos —agregó tras darse por satisfecho con la limpieza y revisión de su vestuario.

—No quiero alarmarte, Simón, pero tienes algo en la espalda —le comentó la niña, seria.

—Por favor, Katja, no me hagas bromas de esta índole —le suplicó.

—Quédate quieto, que no es broma —le dijo y se acercó lentamente hasta él. Simón la miraba ahora con una exagerada expresión de pánico de actriz de película de terror de los años cincuenta.

—Que no sea una araña, que no sea una araña... —rogó, aterrado.

Katja extendió el brazo hasta la espalda del niño y le ordenó con un gesto que no se moviera ni volteara. Colocó la mano en forma de garra, la apoyó suavemente sobre la camiseta de su compañero y comenzó a imitar los pasos de una tarántula: —¡Se mueve! —exclamó aterrada.

Preso del pánico, Simón corrió hacia adelante y comenzó a golpearse la espalda graciosa y desesperadamente como un simio iracundo en la previa a un ataque.

—¡Era solo una hoja mojada, Simón! —le gritó Katja, sacudiendo a la culpable en una de sus manos para que la viera y se calmara. Su compañero no la escuchó y, aún cegado por el terror, se quitó la camiseta y la botó lejos de sí. Katja recogió la prenda y se la alcanzó intentando contener la risa. —Perdóname, pero realmente tenías algo en la espalda y no pude evitar hacerte el chascarrillo.

Simón, sin mediar palabra, tomó su camiseta, le limpió el barro de la cara a Bart Simpson y se la volvió a colocar.

—¿Estás enfadado? Lo lamento mucho, en serio —le dijo, con un inevitable sentimiento de culpa.

—Descuida, Katja. Por lo menos no me hice pis encima como cuando conocí a Clarita —le confesó con ternura.

La niña abrió los ojos de par en par como platos, sorprendida ante tal revelación.

—¿Cómo es eso? —preguntó intrigada.

Simón le relató con lujo de detalles la broma que le había jugado su amiga en complicidad con el doctor Goering y, después de que se disiparan las risas, volvieron a retomar su marcha hacia la fortaleza del patólogo.

A tan solo dos manzanas de distancia de su objetivo, ya se distinguía el gran paredón blanco que resguardaba celosamente la privacidad de su residente. Los niños se bajaron de sus bicicletas y las arrastraron hasta el garaje.

—Guau, esto parece un búnker —acotó Simón, sorprendido.

—Ni que lo digas, compañero. Había oído historias acerca de la casa, pero siempre pensé que eran exageraciones para darles color.

—¿Realmente crees que nos va a atender, Katja? —le preguntó mientras buscaba con la mirada la entrada a la residencia—. ¿Me lo parece a mí o no hay ninguna puerta? —añadió, extrañado.

—Estás en lo cierto... —coincidió y observó también estupefacta la peculiar fachada de la vivienda.

—¡Ahí está lo que parece ser un intercomunicador! —exclamó el niño al identificarlo junto al portón. Pero, antes de que este avanzara hacia allí, su compañera le colocó la mano sobre el hombro y lo aferró para detenerlo.

—Espera, Simón, debo confesarte algo antes de que llamemos a su puerta. Y espero que no te enfades. —La niña miró hacia abajo, avergonzada.

—¿Qué sucede, Katja? No me asustes, por favor.

—¿Recuerdas que cuando hablamos por primera vez en el hospital me dijiste que nunca conociste a tu padre?

—Ajá... —La expresión del niño era ahora una oda a la confusión.

—Ayer, cuando fui a buscar a mi hermanito al hospital, me topé con esto en el pabellón de pediatría. —Extrajo su móvil y le enseñó la fotografía. Simón se acercó hacia la pantalla y entrecerró los ojos para enfocar mejor.

—Es un niño discapacitado —atinó a decir, confundido.

—¿Acaso no crees que se parece a ti?

Simón se encogió de hombros y volvió a mirar la fotografía.

—Es el doctor Goering cuando tenía un par de años más que tú.

El niño dejó caer su bicicleta y, visiblemente enfadado y nervioso, increpó a su compañera: —¡Katja! ¿¡Cómo puede ser que no me hayas hablado sobre esto antes de venir!?

—Simón... perdóname, es que realmente quería que me acompañaras. Yo necesito hablar con él de lo que sucedió aquel trágico día y...

—¡Mi padre me abandonó, Katja! ¡Nunca le importé un demonio! —la interrumpió acongojado y con los ojos vidriosos.

—¡Justamente, Simón! Ambos necesitamos respuestas de episodios muy importantes de nuestras vidas. Y esas respuestas pueden estar ahí dentro. —Le señaló el portón con la mano derecha mientras lo miraba con una expresión de súplica e impotencia—. Por favor, Simón... —Las lágrimas comenzaron a brotar por el rostro de Katja—, por favor... —le volvió a rogar, ahora con la voz entrecortada.

El niño se dejó caer en el césped de la entrada de la vivienda y refugió el rostro entre los brazos. Necesitaba tranquilizarse y analizar la situación. Katja lanzó su bicicleta lejos de sí, se acercó hasta su compañero, se sentó a su lado y lo abrazó: —Perdóname, Simón —le susurró—. Lo último que deseo es hacerte daño. Además, es solo una vieja fotografía que no aporta ninguna certeza —añadió, acariciándole ahora el cabello.

Después de unos segundos, el niño sacó la cabeza de su improvisado escondite, se quitó las gafas y se enjugó los ojos con sus pequeños puños: —Está bien, Katja. Sé que tienes buenas intenciones..., pero la verdad es que no sé cómo lidiar con todo esto. —Hizo una pausa para extraer un paquete de pañuelos descartables de su mochila y limpiarse la nariz—. Todavía no sé cómo sobrellevar la muerte de Clarita, y mucho menos la idea de encontrar a mi padre —le confió.

—Te entiendo perfectamente. Demasiados *shocks* en tan poco tiempo, ¿no?

Simón asintió.

—Así es la vida, compañerito —continuó Katja—, una caja de sorpresas —concluyó en medio de un suspiro—. Dime qué quieres hacer y yo respetaré tu decisión, ¿ok?

—Y... ahora obviamente necesito preguntárselo. Siento que tengo ese pájaro carpintero de los dibujos animados taladrándome la nuca con el tema —bromeó, con una sutil sonrisa forzada.

Katja le devolvió la sonrisa, se puso de pie, y le tendió la mano para ayudarlo a reincorporarse. Juntos, se acercaron lentamente hasta el intercomunicador de la remota y solitaria residencia.

CAPÍTULO XXII

Entre sorbos del insípido café de filtro, el detective Vandergelb manipulaba el ordenador del CPD enajenado como un competidor de videojuegos de la feria *GamesCon* de la ciudad de Colonia. Ya había perdido la cuenta de la cantidad de vasos que se había bebido. Por otro lado, a escasos metros de distancia, Millie Chamberlain charlaba con Denis acerca de sus hallazgos. Quería saber cómo interpretarlos de la manera más eficiente posible:

—Ya he exportado a una planilla los nombres de todas las personas que enviaron un *e-mail* a la casilla de Recursos Humanos en el transcurso de un año para solicitar empleo al doctor Goering —le explicó.

—Ok, ¿y ahora qué precisas hacer con esta información? —preguntó el morrudo bonachón.

—Ahora me gustaría obtener el número de nombres repetidos en toda la planilla, ordenados por mayor cantidad de repeticiones. ¿Me podrías ayudar con eso, si no te es molestia, Denis? —le preguntó de la manera más dulce que pudo.

—Por supuesto, señorita Chamberlain. Cualquiera que me traiga un *pain au chocolat* de La petite boulangerie es digna merecedora de mi ayuda —bromeó—. Solo precisamos crear una fórmula de la siguiente manera —agregó y se apropió del teclado.

En unos minutos, el encargado del CPD configuró el algoritmo y le volvió a ceder el ordenador a la joven asistente. —Parece que Harold Streicher es una persona perseverante —le comentó al observar los resultados tras ejecutar la fórmula que había creado.

—Guau, sin duda, Denis. Veinticinco solicitudes en un año... Eso es demasiado —susurró sorprendida—. ¡Muchas gracias! ¡Me has ahorrado un montón de trabajo! —festejó risueña.

Denis le sonrió y volvió a su escritorio para continuar con sus tareas.

—Detective Vandergelb, disculpe que lo moleste —le expresó tímidamente su asistente, después de imprimir los resultados de sus hallazgos.

Matías se volteó hacia ella, ofuscado por la interrupción.

—Ya tengo el listado de los nombres de las personas que más solicitudes enviaron al hospital para trabajar con el doctor Goering.

—¿Y? ¿Algo relevante? —preguntó con un dejo de cansancio.

—En efecto. Tenemos a una persona que envió veinticinco solicitudes en un período de un año. Su nombre es Harold Streicher y es residente de Emergentología en el hospital de Heimstadt —le explicó con su típica sonrisa juvenil, esforzándose por ocultar su preocupación por la antipatía inesperada de su interlocutor.

—Excelente, Millie. Ahora restaría que cotejes las solicitudes que enviaron a través del correo convencional. Esas ya deberían estar listas en la jefatura. Así que, si puedes ir hacia allá ahora, te lo agradeceré.

—Por supuesto, detective.

La joven se despidió de su jefe temporal y le solicitó a Denis que la escoltara hacia la salida. Matías tomó un gran sorbo de su café y se volvió a concentrar en su investigación paralela del doctor Goering. Se moría de ganas de fumar uno de sus cigarrillos, pero la tentación de satisfacer su vicio aún no ameritaba la fastidiosa acción de tener que salir de la iglesia para realizarlo. Contento con la partida de su asistente (para evitar darle explicaciones de su investigación), se levantó y se dirigió hacia la zona de los refrigerios para servirse más café y hacerse con unas viejas galletitas que los empleados del CPD compraban en conjunto para saciar la típica angustia oral de media tarde.

—Realmente debe de tener hambre para querer comer esas porquerías —bromeó Denis al retornar al recinto.

Matías se rio. —La verdad es que me muero por fumar, pero me estresa el solo pensar todo lo que debo caminar para salir de aquí —le confesó—. Y esto —miró una de las galletas cual joyero que analiza un rubí de dudosa precedencia— es lo único que encontré como alternativa para saciar mi ansiedad.

—Si quiere, le puedo dar una de las tarjetas temporales para entrar y salir —le ofreció el encargado con su amabilidad característica mientras volvía a tomar asiento en su puesto.

El detective se aproximó hasta el voluminoso sujeto, tomó una de las sillas vecinas, y se sentó a su lado.

—Dime, Denis... ¿Qué opinión te merece el doctor Goering? —inquirió y se llevó la galleta a la boca.

—No puedo emitir una opinión objetiva de alguien que no conozco, detective. Pero le puedo decir que es muy estimado en los círculos más íntimos del gobierno de la ciudad.

—Sí, sí..., lo tengo más que claro —respondió con resignación—. ¿Y del alcalde tienes alguna opinión? Desde ya, te puedes quedar tranquilo de que esta conversación quedará entre nosotros, Denis.

—Ok, no hay problema, detective. A pesar de que vivimos en una comunidad bastante particular...

—Define «particular», si es posible —lo interrumpió Matías.

—¿Controlada, quizás? —se preguntó a sí mismo el encargado del CPD—. Si leyó el libro *1984* de Orwell, se podría asemejar a esa «particularidad», pero salvando la enorme distancia del objetivo de ese meticuloso control.

—Ajá...

—Aquí no hay opresión ni se manipulan los medios para engañar a la gente. El objetivo de esta postura es simplemente la de brindar seguridad a sus ciudadanos. Y tampoco es que sea algo que no se haya hecho en otras ciudades... la utilización de cámaras de vigilancia, el control de Internet...

—¿Control de Internet? —preguntó extrañado Matías.

—Correcto. Todo el tráfico de Internet llega aquí al *Infernum* —le señaló la puerta trampa— y es analizado por un *software* de control, programado a medida bajo los requerimientos del alcalde Oppenheimer.

—Pero ¿cómo demonios pueden analizar el tráfico de Internet de toda una ciudad? De solo pensar en la cantidad de recursos que se precisan para evaluarlo... —preguntó desconcertado el detective.

—Ahí es donde radica la importancia del *software*. Este se alimenta con las reglas que a la alcaldía le interesan y, en base a ese *input*, se generan alertas automáticas cada vez que alguien cae dentro de los parámetros. Y, en la jefatura de Policía, toda la cuarta planta está dedicada al análisis de esas alarmas.

—Increíble..., no me equivocaba cuando comparé la jefatura con la película *Minority Report*. —Se rascó la cabeza, aún sin salir de su asombro.

—No puede haber sido más acertado, detective. Es casi el mismo concepto de prevención del crimen, pero en vez de utilizar a esos personajes de fantasía que predecían el futuro, aquí simplemente se analiza el tráfico de Internet.

—¿Y sabes si ha dado resultado? —preguntó ahora curioso el detective.

—En efecto. Para flagelos tales como el narcotráfico, la prostitución y la pedofilia, entre otros, ha funcionado de maravillas, según me ha contado un excompañero del CPD que ahora trabaja allí.

—¿Y el derecho a la privacidad de la gente? Bien, gracias, ¿no? —le objetó Matías.

—En cualquier otra ciudad, todo el historial de navegación queda grabado en los servidores de los proveedores. La privacidad en Internet es prácticamente una ilusión, detective. Y aquí simplemente se aprovecha para identificar y prevenir potenciales delitos —le aclaró con su usual sonrisa de vendedor de coches usados—. Y al que no le guste —prosiguió—, es libre de irse a otro lado. Y si se van, es porque probablemente en algo raro andaban, ¿no cree?

Matías se encogió de hombros.

—Mire si será efectiva la medida que, antes de ser implementada, ya se empieza uno a deshacer de la lacra sin mover un dedo.

—Claro, y me los mandan a todos a Gilberstadt para que yo lidie con ellos, ¿no? —se mofó el detective mientras se ponía de pie y le palmeaba la espalda socarronamente a su interlocutor.

Denis lanzó una carcajada tosca y volvió a continuar con sus tareas.

Matías se acomodó nuevamente detrás de su escritorio asignado y, masticando las indeseables galletas (sumergidas previamente en el café para ablandarlas), continuó con la búsqueda aleatoria de los recorridos nocturnos del doctor Goering. Una hora y media después, cansado de ver imágenes irrelevantes del Mercedes Benz del patólogo, su perseverancia y paciencia obtuvieron finalmente recompensa. —Bueno, bueno, bueno... ¿qué tenemos aquí? —susurró excitado como un adolescente a punto de ver una película pornográfica. Acercó su silla al escritorio y miró a Denis de reojo para asegurarse de que estuviera centrado en sus asuntos.

En la intersección de las calles Rotterdam y Favaloro, un individuo, que para los ojos cansados del detective se asemejaba a un vagabundo, se paró

frente al automóvil del patólogo agitando los brazos incoherentemente como un director de orquesta en estado de ebriedad. El cristal del automóvil descendió con parsimonia y el brazo izquierdo del conductor instó al sujeto a que se acercara. El individuo extendió la mano hacia la del doctor Goering y, al hacer contacto, la volvió a retraer fugaz y temerosamente. A los pocos segundos, el supuesto vagabundo se desvaneció sobre la acera y el coche continuó con su marcha. —Ahora comprendo por qué no hay un solo pordiosero en esta maldita ciudad... —susurró con una sonrisa maliciosa mientras observaba fascinado en la pantalla cómo minutos después el sujeto era recogido por una ambulancia del hospital de Heimstadt.

—¿Todo en orden, detective? Me pareció oír que decía algo —le comentó Denis desde su escritorio.

—Disculpa, es que tengo la costumbre de farfullar inconscientemente cuando me compenetro en una tarea —se excusó.

—Descuide, detective. Solo avíseme si precisa ayuda.

—Gracias, Denis, pero tengo todo bajo control —le dijo con una simpatía forzada—, todo bajo control... —repitió por lo bajo, al mismo tiempo que copiaba los archivos de la filmación que acababa de ver al escritorio del sistema operativo.

Acto seguido, extrajo de sus bolsillos una tarjeta de memoria USB y la conectó al ordenador. «Acceso denegado», leyó de inmediato al posicionarse con el puntero del *mouse* sobre el dispositivo. —¡Maldición! —masculló por lo bajo—. Denis, ¿por casualidad tienen bloqueados los puertos USB? —le preguntó después de desconectar la memoria y volver a guardarla en su bolsillo.

—Correcto, detective.—Denis se puso de pie y se dirigió hasta el escritorio de su interlocutor—. Por razones de seguridad, tenemos todos los puertos deshabilitados. Y si precisa conectar algún dispositivo, debería solicitarle autorización al detective Mayer y...

—Despreocúpate —lo interrumpió—, solo quería saber mis opciones —le explicó intentando sonar casual para no despertar sospechas.

El voluminoso empleado retornó a su escritorio y se concentró otra vez en su pantalla. Matías lo observó de reojo para asegurarse de que siguiera en lo suyo. Segundos después, extrajo disimuladamente su teléfono móvil y capturó con la filmadora la secuencia del doctor Goering con el vagabundo. Eliminó los

archivos que había copiado al escritorio y el historial de reproducción de vídeos de la aplicación.

—Denis... —lo llamó mientras se acercaba hacia su estación de trabajo—, creo que ha sido todo por hoy —le comunicó.

—Detective, ha sido un placer —replicó el gigante, ahora de pie junto a él. —¿Quiere que lo acompañe a la salida?

—No hará falta. Muchas gracias por toda la ayuda, Denis. El placer es recíproco.

—No se olvide de dejar el abrigo en la recepción —le recordó y, tras un fuerte apretón de manos, se despidió.

Matías, ahora en el aparcamiento junto a su coche, extrajo desesperado uno de sus cigarrillos caseros y se lo fumó en tan solo tres caladas. Extasiado, se debatió internamente si la sensación del tabaco cosquilleándole los pulmones después de largas horas de abstinencia era más placentero que un orgasmo. Sin poder determinar al ganador de su disyuntiva, extrajo nuevamente otro cigarro. Pero esta vez para fumarlo como a él realmente le gustaba. Lentamente. Se apoyó sobre la puerta del conductor y con su mano libre le escribió un SMS a Angélica: «Ven, por favor, a la jefatura de Heimstadt, si puedes. Tenemos a un nuevo sospechoso». La respuesta no se hizo esperar. Apenas se acomodó en el interior del coche tras finalizar el cigarrillo, el tono de notificación de mensajes se le adelantó a la puesta en marcha del potente motor V8. «Enseguida salgo para allá», leyó con una sonrisa maquiavélica.

El joven detective llegó al aparcamiento de la jefatura de Policía apenas unos minutos antes que su amante. Aprovechando el tiempo muerto para fumar otro de sus cigarrillos, se acercó hasta el recién llegado Peugeot de su compañera y le abrió la puerta como si se tratase del *valet parking* de un lujoso restaurante. —Estimada, bienvenida nuevamente. Y ojalá acudieses así de pronto cada vez que acordamos una de nuestras citas pasionales —bromeó.

—Más te vale que esto valga la pena, Matías. No me causa ninguna gracia trabajar un domingo —lo reprendió, visiblemente ofuscada.

—Yo también me alegro de verte, Angie —ironizó el detective ante el enfado de su interlocutora—. Y créeme que no te molestaría si no fuera importante —se defendió y, camino hacia su nuevo despacho, le explicó lo que había descubierto su nueva asistente.

CAPÍTULO XXIII

«Pero ¿quién mierda podrá ser un domingo a esta hora?», maldijo internamente el doctor Goering al verse interrumpido en su quirófano clandestino por el timbre del intercomunicador. Ofuscado, se quitó los guantes de látex y se dirigió hacia la antesala para observar los monitores y despachar diligentemente al inoportuno visitante. —Esto tiene que ser una broma —masculló cuando vio a través de las cámaras de seguridad a Simón y a Katja en la entrada de su residencia.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —preguntó de mala manera y sin rodeos a través del intercomunicador.

—Buenas tardes, doctor Goering. Disculpe la molestia —contestó Katja del otro lado—. Necesitamos hablar con usted de algo muy importante —añadió.

—Pasad mañana por mi despacho del hospital, por favor. Adiós.

—Doctor Goering, por favor. Mi bicicleta se averió y Simón precisa atención médica. Apparentemente se lastimó el tobillo —le mintió. El patólogo desvió su vista hacia el monitor que enfocaba la entrada del garaje y realizó un acercamiento sobre el niño para corroborar los dichos de Katja. La niña le pateó disimuladamente la pantorrilla a su compañero para que expresara congoja de la manera más real posible.

—¡Ay, Katja! ¿Por qué hiciste eso? —le reprochó inocentemente mientras ella lo fulminaba con la mirada para que le siguiera la corriente.

—Buen intento, niños. Pero en este momento estoy muy ocupado y no os puedo atender —les comunicó, impacientándose progresivamente.

—No hay problema, aquí lo esperamos hasta que se desocupe, doctor Goering. Pero ¿podríamos pasar un segundo, aunque sea para tomar agua y usar el tocador? —insistió Katja—. Si no, tendremos que llamar a nuestras madres para que nos vengán a recoger y...

—Aguardad unos minutos, por favor —la interrumpió el patólogo, después de llegar a la conclusión de que era más sencillo escuchar lo que tenían para decir, que seguir perdiendo el tiempo con excusas infantiles.

Katja se volteó hacia su compañero y levantó la mano derecha para festejar con un *high five*. Simón, habiendo aprendido el significado de aquel gesto gracias a los reproches de su amiga fallecida, alzó el brazo y chocó con torpeza la mano de la niña, visiblemente apesadumbrado.

—Hey, ¿te encuentras bien? —preguntó preocupada al observar su expresión.

—Sí... Es solo que me pone un poco nervioso pensar que pueda ser mi padre... No estaba psicológicamente preparado para algo así el día de hoy —le confesó.

—No tienes la obligación de preguntarle si no quieres. Aunque yo creo que es una oportunidad única, si te sirve de algo mi opinión —le pasó el brazo fraternalmente por encima del hombro para reconfortarlo y lo acompañó, sin desprenderse de él, a recoger las bicicletas.

Mientras los niños se preparaban para la recepción, el doctor Goering regresó al quirófano y se detuvo pensativo ante la mesa de disección donde yacían las cabezas seccionadas de los hermanos Giovannopietro. El patólogo había comenzado con el proceso de extirpación de los glóbulos oculares y quiasmas ópticos para utilizarlos como donantes en la cirugía de la doctora Becker. Con suma meticulosidad, acomodó los instrumentos y volvió a colocar ambas cabezas en el refrigerador donde aún guardaba el resto de los cuerpos mutilados de los hombres. Tomó una de las pistolas resguardadas en la habitación de monitoreo, la escondió entre su ropa y se dirigió sin más preámbulos hacia el garaje para recibir a las visitas.

Cansados de esperar, los niños se habían sentado en la acera junto con sus bicicletas, de espaldas a la residencia. —¿Crees que podrías vivir en un lugar así, tan aislado? —le preguntó Katja a su compañero.

—Yo creo que sí... —contestó, aunque algo dubitativo.

—Yo también —coincidió Katja—. Sin vecinos ni gente molesta —añadió.

—Pero no sé si podría vivir como el doctor Goering. Preferiría, en lo posible, acompañado con la futura familia que espero tener algún día —le aclaró.

—Una familia normal —suspiró la niña, mirando con resignación el horizonte—. Y no empieces con que la normalidad no existe o quién define lo que es normal... —le advirtió—. Me refiero a que ninguno de los miembros de la maldita familia sea como mi padre.

—Por supuesto, Katja. Me había quedado claro lo que quisiste decir. — Ahora fue el turno de Simón de extender el brazo y pasárselo por encima del hombro para consolarla.

Ni bien Katja apoyó la cabeza en el pecho de su compañero para reconfortarse, el motor del portón se accionó y su estrépito casi mata a ambos del susto. Se pusieron de pie al instante y se voltearon en simultáneo para presenciar su apertura con la misma expectativa de un concurrente del Salón del Automóvil de París ante la revelación del nuevo modelo de su marca favorita. El portón se frenó a mitad de camino y los niños se miraron extrañados. Pero antes de que pudieran esbozar palabra, el patólogo les ordenó a través del intercomunicador que ingresaran al recinto. Los pequeños obedecieron y la pesada compuerta se cerró detrás de ellos con otro gran estruendo que les puso la piel de gallina. Katja y Simón observaron el interior de la pseudocámara de gas con una inevitable mezcla de curiosidad y preocupación.

—¿Por casualidad le mencionaste a alguien que veníamos aquí? —le preguntó Simón con voz temerosa a su compañera.

—No seas paranoico, pequeño Mozart. Se ve que es una medida de seguridad del doctor Goering para cerciorarse de que nadie ingrese escabullido detrás de nosotros —lo intentó tranquilizar.

La puerta de la antesala se abrió y apareció su anfitrión: —Adelante, niños —les instó, visiblemente ofuscado.

—Me sorprende que esa sea la única puerta de entrada a su residencia, doctor Goering —le confesó Katja al pasar a su lado.

—Se ve que no recibe muchas visitas, ¿verdad? —preguntó inocentemente Simón.

—Sentíos privilegiados. Vosotros sois los primeros niños en poner un pie en mi hogar —les contestó con su seriedad característica mientras abría ahora la puerta del depósito.

Los niños entraron corriendo y observaron curiosos el interior de la residencia como si se tratase de la fábrica de chocolates de Willy Wonka. Tras corroborar que no era más que una casa común y corriente, ambos se

dirigieron hacia la sala de estar y se detuvieron fascinados ante el gran ventanal con vistas a los jardines. Katja y su compañero se miraron con picardía y, sin mediar palabra, coincidieron telepáticamente en lo tentadora que se veía la piscina después de semejante travesía.

—Ni lo penséis, niños —los amenazó el patólogo al captar de inmediato sus intenciones.

—¡Ufa! —exclamaron casi al unísono—. Bueno, ¿al menos podríamos comer algo y pasar al tocador? —preguntó Katja a continuación. Pero, antes de que el anfitrión le contestara, se vio interrumpido por el timbre de llamada de su teléfono móvil.

—Ningún problema, servíos lo que queráis de la cocina. Ah, y el baño está allí a la derecha —se lo señaló—. Debo atender esta llamada y enseguida regreso —les comunicó y se dirigió hacia la biblioteca, donde se encerró para hablar en privado.

Ni bien escucharon la puerta cerrarse, Simón corrió hacia la cocina y su compañera hacia el tocador.

Cuando Katja volvió a salir, el niño había preparado sobre la mesa del desayuno una bandeja de frutas, jugos naturales y unas barras de chocolate semiamargo que había encontrado en uno de los cajones cuando buscaba los cubiertos. —¡Guau! ¿Crees que el doctor Goering no se enojará cuando vea todo lo que sacaste? —preguntó sorprendida.

—Él dijo que tomemos lo que queramos. Tú estabas de testigo, ¿o no? —se justificó con una sonrisa pícaro. La niña se robó un gran trozo de pera de la bandeja y, mientras masticaba toscamente, le señaló con la cabeza el ventanal.

—¿Qué te parece si comemos afuera en el jardín? —le propuso, aún saboreando la jugosa fruta.

—¡Excelente idea, compañera!

Ambos se repartieron los platos y los vasos y se dirigieron hacia la sala de estar. —¿Ves por casualidad algún mecanismo de apertura? —le preguntó Simón, siguiendo extrañado con la mirada el marco del ventanal de punta a punta.

—Nada de nada... —coincidió Katja, decepcionada—. Espera un minuto —agregó de inmediato—, aquí hay una puerta a otra habitación que de seguro también tiene salida al jardín.

—¿Estará abierta? —preguntó curioso Simón, y se dirigió hacia allí para comprobarlo—. ¡Bingo! —exclamó cuando el pomo giró sin oponer resistencia. Los niños entraron sigilosamente al estudio del doctor Goering y se detuvieron boquiabiertos cuando descubrieron el hidromasaje entre las estanterías repletas de libros y enfrente al moderno escritorio de madera de ébano. Apoyaron los platos y vasos en el suelo y se acercaron tímidamente a la alberca como dos cervatillos sedientos a un arroyo. Simón se arrodilló y sumergió la mano para comprobar la temperatura: —Está calentita —le informó.

—Hey, ¿qué demonios es eso? —preguntó Katja cuando divisó el conducto que unía la alberca con la piscina exterior— ¿Es eso una...?

—Guau —la interrumpió Simón al percatarse de aquel detalle. —¡Y mira a tu derecha, Katja! Hay una botonera allí —le señaló, excitado como niño explorador al descubrir un pasadizo secreto. La niña la observó durante unos segundos y no tardó en deducir lo que los dos botones (uno verde y el otro rojo) hacían. Abrumada por la curiosidad, y ante la mirada estupefacta de su compañero, se agachó y presionó el botón verde. El tenue sonido de un motor eléctrico irrumpió en el silencioso estudio y, tal como se lo imaginaron, observaron replegarse la compuerta que separaba ambas piscinas.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le preguntó la niña.

—¿Qué el doctor Goering nos va a matar?

Katja negó con la cabeza. —¿Cuándo volveremos a tener una oportunidad como esta para disfrutar de una piscina privada en el final de este escueto verano?

—Pero no tenemos traje de baño, Katja —le recordó, ahora visiblemente nervioso.

—Al diablo el traje de baño. —La niña se quitó el calzado y el pantalón deportivo. En ropa interior y con la camiseta puesta, se sumergió hasta las axilas.

—Katja, ¡¿te has vuelto loca?! —

—Zambúllete o te arrastro aquí dentro de los pelos —lo amenazó, divertida.

Simón vaciló unos instantes. Y, ante la mirada fulminante de su compañera, se quitó el calzado y pantalón y se ubicó tímidamente a su lado.

—Te podrías haber quitado la camiseta, eh. Yo no lo hice, porque no llevo puesto sostén —su compañero bajó la vista hacia su pecho de manera

inocente—. Hey, estoy al tanto de que soy más plana que tú, pero igual sigo siendo una señorita.

—Oh, Katja, no fue mi intención ser maleducado... —se disculpó ruborizado—. Pero también me da un poco de pudor, sobre todo porque ni siquiera hemos pedido permiso —añadió.

—Solo se vive una vez, ¿no? Aparte, somos niños y tenemos implícitamente el derecho a realizar alguna que otra travesura de vez en cuando —se justificó.

—Creo que es la primera vez que hago una travesura semejante... Y sobre todo a alguien como el doctor Goering —le confió, aún nervioso.

—Despreocúpate, ¿quieres? —le dijo y lo salpicó juguetonamente—. Y ahora pasemos a lo más divertido... —agregó y le señaló con el rostro la compuerta subacuática—. ¡Nos vemos del otro lado! —exclamó y se sumergió repentinamente.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué hago? —repitió nervioso y en voz alta Simón, aún en duda de si debía de seguir a su compañera—. ¡Al demonio! —exclamó tras unos segundos, y se sumergió como una simpática nutria en busca de alimento.

Mientras tanto, en su biblioteca, el patólogo ultimaba los detalles de la cirugía de la doctora Becker con el director Stevenson. Ferdinand era el responsable de la divulgación de los eventos en la comunidad médica y de la preparación del anfiteatro quirúrgico. —Perfecto, doctor Stevenson. Nos veremos mañana —se despidió cortante. Irritado por tantas interrupciones, salió de allí raudo para liquidar cuanto antes lo que parecía el último asunto molesto del día—. ¡Niños! ¡Acabemos con esto de una vez, que debo continuar con...! —El patólogo se calló de golpe al notar que los inoportunos visitantes ya no estaban allí. Mirando en todas direcciones en busca de algún indicio del dúo, escuchó en la lejanía las risas infantiles y el ruido reiterativo de chapuzones provenientes del jardín. Incrédulo de su propia percepción, corrió hacia el ventanal de la sala de estar para verlos con sus propios ojos. Indignado, los observó con la misma expresión de un niño en penitencia en su propia fiesta de cumpleaños. Golpeó el cristal enérgicamente para llamar su atención, pero sin éxito debido al tratamiento blindado de alto impacto con el que había sido diseñado. Pensando rápidamente en otra estrategia para que acusaran recibo, advirtió de pronto en el cielo, a la altura de las copas de los pinos, un pequeño objeto volador que se acercaba lentamente hacia la piscina.

Con la frialdad de un agente de las fuerzas especiales de asalto, se dirigió hacia su estudio y se zambulló en el hidromasaje. Segundos después, como una ballena franca austral de los mares del sur, emergió por sorpresa en la piscina exterior sujetando el arma que aún llevaba en la ropa. Ante la mirada aterrada de Katja y Simón, vació su cargador contra el objeto volador que había divisado hacía unos instantes desde el interior de la vivienda. Los niños, presas del pánico, se sumergieron hasta el fondo de la piscina. Mirándose desconcertados cara a cara debajo del agua, acordaron mediante lenguaje de señas el retorno a la superficie.

Al cabo de unos instantes, cuando sus pequeños pulmones se quedaron sin aire, emergieron con temor las cabezas hasta el nivel indispensable para respirar. El patólogo se había sentado en la cabecera de la piscina y los observaba con la misma seriedad de un profesor de escuela inglesa de los años sesenta. Con la pistola ahora resguardada detrás de su cintura, les hizo una seña con la mano para que se acercaran.

—Lo sentimos mucho, doctor Goering —dijeron los dos niños casi al unísono.

—No nos dispare, por favor... —acotó Simón, tiritando de frío por la brisa que acariciaba su camiseta mojada. Katja, quien se había sumergido hasta el cuello para no correr la misma suerte que su compañero, lo miró sorprendida por la infantil solicitud.

—Haz como la señorita Brunner y siéntate —le aconsejó serio su anfitrión—. Y quedaos quietos, por favor —les ordenó. El patólogo se puso de pie y se dirigió rápidamente hacia el parque a recoger los restos del desafortunado objeto volador. Con sus pantalones deportivos y camiseta pasadas por agua, se volvió a sentar en la cabecera de la piscina y se los enseñó a sus visitantes como en una lección de *show and tell* de escuela norteamericana.

Los niños fruncieron el ceño, desconcertados. —¿Es eso un dron? —preguntó Simón cuando logró identificar el objeto.

—Correcto. Hace varios días que la maldita prensa amarilla intenta capturar alguna imagen de mi vida privada con estos aparatos. Ya es el cuarto que derribo —les confió—. Y, para mi fortuna —prosiguió—, aparentemente hasta ahora son todos modelos económicos que no transmiten en vivo, sino que —extrajo la pequeña memoria SD del compartimento— graban todo de manera local. —Les enseñó la diminuta tarjeta, sosteniéndola entre los dedos

índice y pulgar—. ¿Tenéis una mínima idea de lo que sucedería si la prensa llegara a obtener imágenes de dos niños desconocidos en ropa interior en la piscina de mi residencia? —les preguntó con una seriedad fulminante.

Simón se encogió de hombros, desconcertado. Katja, a diferencia de su compañero, lo comprendió de inmediato.

—Lo siento mucho, doctor Goering, yo fui la de la idea —replicó la niña, avergonzada.

—Ok, lo hablaremos en unos minutos. Volved al interior de la vivienda y aguardadme en el estudio, ¿oísteis? —les instó, señalándoles el conducto subacuático con la mano izquierda. Después de cerciorarse de que ambos niños habían pasado hacia el otro lado, el patólogo observó durante unos segundos las inmediaciones. Desconfiado, guardó la memoria SD en el bolsillo y volvió a sumergirse en la piscina para ingresar a su casa.

—Si queréis secaros, me avisáis y os traigo un juego de toallas. Si no, quedaos aquí en el hidromasaje, pero no os mováis de aquí, ¿entendido? —les ordenó.

El enfadado anfitrión salió de la alberca y presionó el botón rojo que cerraba la compuerta subacuática.

Los niños lo observaban ahora con una expresión avergonzada y temerosa.

—Yo me voy a cambiar de vestuario y os traeré un juego de toallas. ¿Habéis traído una muda de ropa extra, al menos? —preguntó.

Ambos negaron con la cabeza.

—Por supuesto... ¿por qué no me sorprende? Enseguida regreso.

El patólogo cerró la puerta del estudio y se dirigió rápidamente hacia la planta superior a cambiarse.

Los niños, aún sentados en el hidromasaje como dos huéspedes desconocidos de motel de segunda, se miraron incómodos durante unos segundos hasta que Katja por fin se atrevió a preguntar: —¿Se habrá enfadado mucho? Tú lo conoces mejor que yo.

—La verdad es que no sabría decirte... —contestó meditativo—. Siempre está igual de serio. O, mejor dicho, parecería que siempre estuviera enojado —se corrigió.

Katja suspiró y recostó la cabeza sobre el borde de la alberca.

—¿Has entendido lo que quiso decir con lo de la prensa? —le preguntó extrañado después de recordar el comentario del doctor Goering.

—Claro, pequeño Mozart. Lo que quiso decir es que la gente va a pensar que es un pederasta —le contestó desganada, con la vista aún clavada en el techo de la habitación.

—Oh...

—Alguien como mi padre, Simón —le aclaró por las dudas.

—Oh, ahora sí —el niño se observó las manos y añadió—: Ya se me pusieron los dedos como uvas pasas. Cuando vuelva el doctor Goering, saldré del agua.

—Sí, buena idea. Yo también —coincidió su compañera—. Hey, ¿cómo te sientes con respecto al tema de la paternidad? Debes admitir de que antes de que el doctor saliera de la piscina a los tiros como James Bond se te notaba mucho más relajado.

—Sí... tienes razón —admitió—. La travesura de la piscina me hizo olvidar por un momento por qué habíamos venido.

La puerta del estudio se abrió. El patólogo apareció vestido con un nuevo pantalón de pana deportivo y camiseta blanca. Cargaba consigo en un canasto de lavandería el juego de toallas prometido y lo que parecían dos mudas de ropa adicionales.

—Os traje unas viejas camisetas y unos pantalones cortos para que los utilicéis hasta que vuestra ropa salga de la secadora —les comunicó.

—¿Podemos salir del agua, doctor Goering? —preguntó con reparo Simón.

—Os pido que lo hagáis de a uno para que no me mojéis todo el estudio. Os quitáis la camiseta aquí, cogéis una muda de ropa y os dirigís al baño de visitas a cambiaros. Cuando retornéis, depositad la ropa mojada en el canasto, por favor —les explicó y ambos asintieron con la cabeza para dar por entendido el mandato.

—¿Katja, quieres pasar tu primero? —le instó su compañero.

—Gracias —contestó en voz baja y salió del hidromasaje al encuentro del anfitrión, que la esperaba con una de las toallas. Los dos hombres de la habitación se voltearon caballerosamente hacia otro lado mientras se quitaba la camiseta—. Listo, aquí tiene —le dijo al doctor Goering mientras le extendía la prenda mojada.

El mismo ritual se repitió con el niño cuando Katja regresó del tocador. Ahora iban ambos vestidos con camisetas holgadas y pantalones cortos

excesivamente grandes para sus cuerpos menudos, como si se trataran de dos raperos de los años noventa. Los compañeros del conservatorio se miraron durante unos segundos, pero rápidamente desviaron las miradas para evitar reírse delante del doctor Goering. No querían parecer irrespetuosos. —Pasemos a la sala de estar, niños —les instó—. Y llevad la fruta y los jugos que dejasteis aquí, por favor. Yo iré a colocar las prendas en la secadora.

Los niños tomaron los bártulos y se acomodaron aprensivos en uno de los sillones que enfrentaba a la réplica de la pintura de Enrique Simonet *Anatomía del corazón*.

—Escabroso, ¿no? —preguntó Katja.

Simón asintió sin dejar de mirarla.

—Y hasta parece un poco misógino —agregó la niña con un dejo de indignación.

—El pintor utilizó a un mendigo para representar al médico forense y a una joven actriz que se había suicidado para el cuerpo de la prostituta —les comentó el patólogo mientras se acercaba hacia ellos para tomar asiento en el sillón contiguo.

—Muy acogedor, sinceramente —ironizó Katja.

—En fin, niños. Basta de rodeos. ¿A qué vinisteis? —preguntó cortante el patólogo, comenzando a impacientarse.

Los dos visitantes, visiblemente nerviosos, se llevaron un trozo de fruta y chocolate a la boca de manera sincronizada para dilatar la respuesta. El patólogo los observaba circunspecto, mientras el dúo masticaba despacio y en silencio, como dos terneros pastando en un rancho suizo. —Voy a contar hasta tres... —los amenazó a continuación.

—Quería preguntarle sobre la muerte de mi padre, doctor Goering —se animó finalmente la niña, doblegada ante la presión.

—¿Qué quieres saber, Katja? —le preguntó con seriedad.

—Antes que nada, me gustaría aclararle que Simón ya sabe lo que ese monstruo me hacía...

—Muy valiente de tu parte —se sorprendió el patólogo. El niño bajó la vista, incómodo y triste a la vez.

—Necesitaba contárselo a alguien... —hizo una pausa para aclararse la garganta— ...y la ligó el pobrecito de Simón —le acarició tiernamente el cabello a su compañero, quien aún no despejaba la mirada del suelo.

—¿Te puedo preguntar cómo lo has sobrellevado? —inquirió el patólogo, ahora curioso.

—Una buena pregunta... —suspiró—, estoy intentando poco a poco librarme de mi dependencia a los somníferos, que me prescribió mi madre poco después de la muerte de mi padre. Ya que se imaginará que me era imposible dormirme sin que me diera un ataque de pánico ante el menor ruido.

El patólogo asintió en silencio.

—Y lo peor fue cuando comencé a tener parálisis de sueño por el estrés que me provocaba dormir tan mal. ¿Se imagina lo terrible que era sentir que alguien se me tiraba encima y no poder moverme? —Simón despegó la vista del suelo y la miró desencajado—. Le juro que creí que el espíritu de mi padre había vuelto para matarme. Ahí fue cuando mi madre decidió medicarme.

—Qué horror, Katja. Nunca había escuchado algo así —le confesó Simón.

—¿Lo de la parálisis del sueño? Sabes, mi madre, incluso siendo médica, tampoco conocía esa aflicción. Yo creo que debe de ser una de las razones por la que mucha gente cree en los espíritus —razonó la niña, pensativa.

—¿Y cuál es la explicación de la ciencia para ese suceso? —preguntó curioso su compañero.

—Es un trastorno del grupo de las parasomnias —se adelantó el patólogo—. Las funciones neuronales que regulan el sueño se desequilibran provocando que los diferentes estadios se solapen. Básicamente, lo que ocurre es que se produce una disociación entre los mecanismos que provocan la relajación muscular durante el sueño profundo y aquellos que mantienen el estado de alerta.

—¿Y traducido al español? —bromeó Katja.

—Digamos que la persona recobra la consciencia antes que su cuerpo, el cual continúa en un estado total de relajación. Por ende, se produce esa sensación de parálisis. Y, en esa singular desconexión, se generan alucinaciones como las de Katja o la sensación de flotar, entre otras.

—Guau —musitó el niño, boquiabierto—, es muy extraño.

—Es muy interesante desde el punto de vista neurológico —opinó el anfitrión—. En fin, Katja, disculpa el desvío en la conversación —agregó para retornar cuanto antes al verdadero objetivo de la inoportuna visita.

—No hay problema, doctor Goering. Yo le quería preguntar acerca del día que mi padre murió, ya que tengo muchas lagunas mentales de aquel

episodio. Recuerdo *flashes* de mi madre hablando con usted mientras yo yacía en una cama del hospital. —El patólogo la observaba impasible—. Siempre me pregunté por qué estaba usted ahí, doctor Goering.

—¿Y no se te ha ocurrido preguntarle a tu madre, Katja? —preguntó con un sutil dejo de ofuscación.

—Por supuesto, pero es muy esquiva. Por eso, me gustaría escuchar su versión, doctor.

—¿Y se puede saber qué te ha dicho tu madre? —inquirió.

—Preferiría no decírselo —remató la niña, desafiante.

«Muy astuta, señorita Brunner, muy astuta...», pensó el patólogo. —Tu madre, Katja, es una excelente profesional y es muy estimada dentro de la institución. Mientras tú estabas en estado de *shock* en una de las habitaciones reservadas para pacientes privilegiados, yo fui a informarle sobre el deceso de tu padre y de lo que ocurriría desde el punto de vista legal al tratarse de un asesinato en defensa propia. —La niña era ahora quien lo miraba impasible, intentando captar algún resquicio de fabulación en aquella historia—. Y déjame decirte —prosiguió para reafirmar sus dichos—, que tú no eras la única en estado de *shock* allí. Recuerda que tu madre había descubierto esa misma noche los abusos que sufrías a mano de su pareja y padre de su hija. Y, por si eso no fuera poco, tuvo además que defender su vida y la de sus hijos hasta las últimas consecuencias.

Katja meditó unos instantes. —Pareciera que quiere justificar a mi madre por lo que sea que me haya dicho... —le planteó la niña.

—De ninguna manera. Solo quiero que seas consciente de las circunstancias que rodeaban a aquel suceso. Y yo te he dado mi versión de los hechos. Lo que te haya dicho tu madre, corre por su cuenta, Katja —se defendió.

—Es que, si fuera tan sencillo como usted lo plantea, ¿por qué mi madre siempre se pone nerviosa cuando hablamos del tema? ¿Sabe lo que creo, doctor Goering? Que yo maté a mi padre y mi madre se autoincriminó para protegerme.

—¿Y eso cambiaría algo, Katja? —preguntó el patólogo—. Además de ser un gesto muy noble de tu madre —agregó.

—A esta altura, ya creo que no... —contestó resignada—. Pero estoy segura de que algo sucedió durante el ataque y no me lo quiere decir... Yo

soy consciente de que recibí un golpe en la cabeza durante la pelea, al menos es lo que me dijo mi madre, y sé que los que sufren este tipo de traumas generalmente no recuerdan nada del episodio.

El patólogo asintió.

—En tu caso, Katja, lo que sufriste fue una leve combinación de amnesia postraumática, en conjunto con una amnesia retrógrada. La primera es la culpable de que recuerdes vagamente lo que sucedió en el hospital, y la segunda la de los eventos previos al ataque —le explicó, omitiendo el pequeño detalle de que, a pedido de su madre (para saldar una deuda que este le debía), el patólogo le había inyectado una de sus drogas clandestinas para perpetuar los efectos de la amnesia.

—Uf, qué desgracia —musitó molesta—. Doctor Goering, ¿hay alguna terapia que sirva para intentar recordar lo que sucedió aquel día? ¿hipnosis, quizás? —preguntó enseguida.

—Podrías intentarlo. En mi opinión, son una pérdida de tiempo, pero, valga la redundancia, no tienes nada que perder —le aconsejó, simplemente para ir cerrando el incómodo asunto—. En el hospital creo que hay, pero no estoy seguro. Podrías preguntarle a una de las terapeutas del pabellón pediátrico, tú que vas seguido por allí.

Katja asintió y miró ahora a su compañero, quien aún seguía cabizbajo en uno de sus típicos trances meditativos.

—Hey, Simón, te toca a ti ahora —le dijo y le golpeó suavemente la pierna para despertarlo.

—Oh, sí, disculpadme. ¿Me prestas tu teléfono, Katja?

—Bien, veo que vamos a ir directos al grano. —La niña extrajo el móvil del bolsillo del pantalón corto masculino que le habían prestado—. Te busco la fotografía, ¿verdad? —le preguntó antes de entregárselo.

Simón asintió. —Mire, doctor Goering —el niño le alcanzó el teléfono—, ¿lo reconoce?

El patólogo observó la imagen durante unos segundos. —Parecería ser una foto mía de cuando estaba rehabilitándome en el hospital —contestó dubitativo.

—¿Parecería? ¿Acaso no recuerda su propio aspecto de niño? —preguntó sorprendida Katja.

—Muy poco. Todas las fotografías de mi infancia y familia se perdieron en la nebulosa cuando el Estado se apropió de la casa de mis padres para realizar la sucesión.

—Oh, lo siento mucho... —se disculpó la niña, avergonzada.

—No te preocupes. Como os habréis dado cuenta ya, no soy del tipo nostálgico.

—Simón, quítate las gafas un minuto —le ordenó su compañera—. Hágale *zoom* a su rostro en la fotografía y observe el de mi querido compañerito aquí sentado.

—No será necesario. —Le volvió a entregar el teléfono a la niña—. Simón, voy a ser lo más directo posible... —lo miró ahora serio a los ojos—... jamás tuve relaciones con tu madre. Esta semana fue la primera vez en mi vida que interactué con ella personal y profesionalmente —le aseveró.

—Vale... —contestó nervioso y confundido su pequeño interlocutor.

—Mira, ¿qué te parece si hacemos una prueba de ADN? Para quedarnos ambos tranquilos —le propuso al ver su desconcertado rostro. «Al fin y al cabo es lo que había intentado hacer ayer, pero tu madre me lo arruinó al beber de tu vaso», pensó.

Simón asintió con una sutil sonrisa. No se esperaba la buena predisposición del patólogo.

—Excelente, déjame ir a buscar ahora mismo un hisopo y un envase estéril para tomarte la muestra, ¿de acuerdo? —El doctor Goering se puso de pie y se dirigió hacia la biblioteca.

—¿Cómo te sientes, Simoncito? ¿Le crees? —preguntó Katja cuando el anfitrión se perdió de vista—. Si quieres mi opinión, parecía muy seguro de sí mismo, la verdad. Aunque con esa cara de póker que tiene tatuada en el rostro es muy difícil detectar si miente —añadió.

—Ya no sé qué creer... Pero me alegra que podamos realizar esta prueba de ADN por lo menos para descartarlo —contestó con resignación mientras extendía el brazo para tomar su vaso de jugo.

—¡Simón, detente! —exclamó el patólogo mientras volvía hacia la sala de estar con el kit de hisopado.

El niño se paralizó como si alguien hubiese presionado el botón de pausa en una película.

—No bebas el jugo hasta que no te saque la muestra, por favor —le aclaró, ahora de pie junto a él sosteniendo el hisopo en la mano derecha.

—Para no contaminar las muestras, ¿verdad? —preguntó Katja.

—En efecto.

Simón abrió la boca y el patólogo frotó la cabeza de algodón por todo su interior. —Listo, ahora sí.

Simón cogió su vaso nuevamente y bebió apresurado todo su contenido para sacarse el mal sabor que le había quedado. Tras un sutil eructo involuntario y, ante la mirada divertida de su compañera, preguntó: —¿Qué sucedería si el resultado es positivo, doctor Goering?

—Creo que entonces ambos deberíamos exigirle a tu madre una explicación, ¿no crees? —Selló la bolsa con la muestra y rogó internamente que el niño no preguntara nada más acerca del tema.

—¿Y después? —preguntó, para desgracia de su interlocutor. Katja, incómoda ante la situación, tragó saliva y observó disimuladamente durante unos segundos al anfitrión.

El patólogo tomó asiento nuevamente en el sillón contiguo y miró a su presunto primogénito a los ojos. —No me parece prudente teorizar acerca del tema hasta no saber a ciencia cierta si estamos o no emparentados —sentenció.

—Vale... —contestó Simón con resignación.

—Decidme una cosa, niños. ¿Saben vuestras madres que estáis aquí en mi residencia? —preguntó de inmediato para cambiar de tema.

—¡Por supuesto, doctor Goering! —exclamó Katja, adelantándose a su compañero por si este metía la pata.

—De acuerdo, entonces me imagino que no os molestaría enviarles ahora un SMS a cada una recordándoles que estáis aquí, ¿verdad?

Los dos compañeros se miraron fugazmente y extrajeron sendos móviles con parsimonia, visiblemente desconcertados.

—¿En cuántos segundos creéis que sonarán vuestros teléfonos después de enviar los mensajes? ¿Os atreveríais a apostar? —preguntó socarronamente el patólogo.

—Mi madre me controla muy poco. Dudo que le importe mi paradero —contestó Katja.

—Lo mismo con la mía... —coincidió Simón—, aunque con todo lo que ha sucedido, debo de admitir que está un poco más atenta ahora —añadió.

—Bien, ya hemos expuesto entonces la mentira de que ninguna de ellas sabe dónde se encuentran sus respectivos hijos. Ahora bien, ambos creéis que las dos esconden algún secreto relacionado con mi persona, ¿no es así? —Los dos asintieron en sincronía— Entonces, la velocidad de respuesta a vuestros mensajes será inversamente proporcional al grado de implicación de ambas en algo sospechoso.

—¿No querrá decir «directamente proporcional»? —preguntó Katja.

—No, porque si el tiempo de respuesta es ínfimo, la preocupación es mayor. ¿Se entiende?

—¿Es realmente necesario hacer esto, doctor Goering? —preguntó la niña con una expresión de clemencia.

—No. Solo os quería incomodar como vosotros hicisteis conmigo.

—Yo sí lo quiero hacer —interrumpió serio Simón—. Katja, si tu madre te pregunta, solo dile que me acompañaste a mí porque quería hablar con el doctor Goering de mi amiga Clarita. Y, es más —se le adelantó a su compañera antes de que esta pudiera decir algo—, les diremos que no había nadie en la casa y listo —concluyó, con la misma seguridad de un abogado defensor realizando su exposición final ante un jurado indeciso.

—Ok, lo que tú digas. ¿Y qué escribimos en el mensaje?

—«Solo quería avisarte de que estamos en la casa del doctor Goering y que, en unos minutos, volvemos a la ciudad» —le propuso el patólogo, como si se tratase de un integrante más de una pandilla de amigos.

Mientras los niños escribían el mensaje en sus teléfonos, Katja añadió: — De todas maneras, doctor Goering, al margen de si hicieron algo indebido o no, el solo hecho de que estemos en su casa es igual de estremecedor...

—Por supuesto —coincidió—. Pero será interesante medir su grado de preocupación. «Y hacer sufrir un poco a la doctora Grunnewald, sobre todo», pensó maliciosamente.

—Yo estoy listo, Katja —interrumpió su compañero—. Cuando quieras, presionamos «Enviar» al mismo tiempo.

—A la cuenta de tres, ¿vale? Uno...dos... ¡tres! —exclamó la niña con una sutil sonrisa traviesa y apretó el susodicho botón.

Ambos observaron las pantallas de sendos móviles con la concentración de un controlador de tráfico aéreo. Esperaban con ansias ver el cambio de estado de «recibido» a «leído» de sus mensajes.

—¡Mi madre lo acaba de leer! —exclamó nervioso Simón.

—Que comiencen las apuestas —agregó el patólogo y les mostró ahora la pantalla de su teléfono con la aplicación del cronómetro seleccionada y ejecutándose. Ni habiendo llegado siquiera a diez segundos, el móvil del niño comenzó a sonar. El patólogo presionó el botón de parada y anotó el resultado.

—¡Mi madre leyó el mío! —exclamó Katja ahora. Al igual que el de su compañero, su móvil comenzó a sonar de inmediato.

—Adelante, niños, contestad las llamadas, si lo deseáis —les instó el patólogo después de anotar también el tiempo de respuesta de la madre de Katja.

Los dos compañeros del conservatorio se pusieron de pie y se dirigieron a diferentes puntos de la residencia para evitar que se solaparan las conversaciones. El patólogo, por su lado, aprovechó para ir a revisar la ropa de los niños a la secadora. A su regreso, los pequeños visitantes lo aguardaban nuevamente en la sala de estar, comiendo lo poco que quedaba del abundante mix de frutas y chocolates. El anfitrión les entregó a cada uno sus prendas correspondientes y tomó asiento.

—¿Y, doctor Goering? ¿Nos va a revelar los resultados? —preguntó Simón, visiblemente ansioso.

—Creí que había sido bastante claro ya con la rapidez con la que sonaron ambos teléfonos. —De todas maneras, el patólogo extrajo su móvil y leyó: — Doctora Grunnewald: nueve segundos. Doctora Brunner: siete.

—Yo a mi madre le dije al final que estuve en su residencia, doctor Goering —le confesó el niño—. Pero le dije que ya me había ido —agregó de inmediato ante la mirada fulminante de su interlocutor.

—¿Y qué hay de ti, Katja? —inquirió el patólogo.

—Despreocúpese. Yo le dije que no había nadie y que ya estábamos de regreso —le explicó.

—De acuerdo —hizo una pausa—. Niños, confío en que no revelaréis ningún detalle que pudiera afectar a mi persona y seguridad. Como, por ejemplo, lo del túnel subacuático de la piscina —les aclaró.

Ambos asintieron sincronizadamente para dar por entendido el mensaje.

—En fin —prosiguió el doctor Goering—, tengo muchas cosas que hacer. Por lo tanto, os voy a pedir que paséis al estudio a cambiaros. Y cuando estéis listos me avisáis y os acompaño a la salida.

—Uh... que lástima —se lamentó Simón—. Me hubiese gustado seguir charlando.

—A mí también —le confió Katja, con un sutil dejo de tristeza por la finalización del encuentro.

—Ya habrá oportunidad, niños —contestó de modo automático, por simple formalidad.

—Muchas gracias por todo, doctor Goering. Sabemos que no es de su agrado interactuar con gente y perdón por los problemas que hayamos causado —le dijo la niña, ahora de pie con su muda de ropa seca, lista para ir a cambiarse.

Diez minutos después, el patólogo escoltó a sus visitas hasta el garaje de su residencia para despedirlos. A punto de cerrarles la puerta de la antesala para abrirles el portón, Simón se volteó hacia él y le preguntó: —¿Me va a avisar cuando tenga los resultados del ADN, doctor Goering?

—Por supuesto, niño. Quédate tranquilo.

—Ni siquiera tiene mi número de teléfono móvil —le reprochó.

—Los resultados van a estar listos probablemente en unos días. Pasa por mi oficina el jueves y los vemos en persona, ¿te parece? —le ofreció.

Conforme con la respuesta, sonrió, cogió su bicicleta y se despidió de su anfitrión con un ademán. Su compañera lo imitó y salió detrás de él.

CAPÍTULO XXIV

—Señorita Chamberlain, le presento a la doctora Angélica Grunnewald —le anunció el detective Vandergelb al ingresar a su nuevo despacho en compañía de su amante. La joven asistente se había sentado en el suelo de la oficina y había acomodado a ambos lados las pilas de solicitudes de trabajo que habían traído del hospital. A su derecha, estaban las que ya había procesado y, a su izquierda, las pendientes de revisión. Millie se puso de pie rápidamente y extendió la mano hacia la recién llegada esquivando torpemente las pilas de documentos.

—Mucho gusto, doctora Grunnewald. Millie Chamberlain. —Se presentó con su frescura juvenil característica.

—Encantada —contestó la psiquiatra, intentando disimular su odio ante la belleza y juventud de la asistente que le habían asignado a su compañero.

Matías, aún en el umbral de la oficina, observó a las dos mujeres durante unos segundos y enseguida desvió la mirada hacia otro lado. Su mente no había podido evitar fantasear con un *ménage à trois* y la erección era inminente. Por tal motivo, les pidió permiso y se acomodó rápidamente detrás de su escritorio.

—Señoras, tomen asiento, por favor, así hablamos sobre las novedades del caso —les instó.

—¿Alguien desea algo de beber? —ofreció gentilmente la joven asistente.

—Un capuchino de la máquina, si no te es molestia, Millie —le pidió Matías y miró a su compañera—. Doctora Grunnewald, ¿usted?

—Un vaso de agua fresca estaría bien. Muchas gracias —replicó.

Cuando la joven abandonó el despacho, Angélica miró a su compañero con una sonrisa sarcástica y añadió: —Esa cabecita debe estar carburando a toda máquina...

—No sé por qué lo dices... —se defendió Matías con una inconfundible expresión de «me han pillado».

—¿Te crees que nací ayer? —Angélica se quitó uno de los zapatos y extendió la pierna por debajo del escritorio para tocarle el bulto a su compañero.

Matías se estremeció, sorprendido.

—Duro como una piedra, detective... Concluyo mi alegato —le comentó con una sonrisa victoriosa mientras se volvía a calzar.

—Soy humano, Angie —se excusó.

—Eres un cerdo —lo corrigió.

—Sabes que no te cambiaría por nada, Angie —le contestó, guiñada de ojo mediante.

—Disculpen la tardanza —interrumpió Millie cargando la bandeja con las bebidas. —Aquí tienen —Les sirvió a cada uno lo que había pedido y tomó asiento al lado de Angélica.

—Millie, somos todo oídos... —la arengó el detective tras un sorbo de su capuchino.

La joven asistente se puso de pie y le solicitó a su jefe temporal que despertara el ordenador de la hibernación: —Me tomé la libertad de iniciar sesión con mis credenciales para armar una pizarra con los hallazgos —les explicó.

El detective frotó el dedo en el *touchpad* del escritorio y en unos segundos se proyectó en la pared lo que la asistente les había adelantado. La foto de Harold Streicher se situaba en el centro de la pizarra y lo rodeaban diversos cuadros de texto con anotaciones relevantes relacionadas al caso.

—Harold Streicher. Veintiocho años. Residente de Emergentología en el hospital de Heimstadt y recientemente graduado de la Universidad de Medicina de la misma ciudad —comenzó Millie con la exposición—. En el transcurso de un año —prosiguió—, envió un promedio de dos solicitudes de trabajo por mes al correo electrónico de Recursos Humanos y, por lo que he revisado hasta ahora de la pila de documentación, también por correo convencional.

—Interesante —musitó Angélica.

—En todas las solicitudes aclara que quiere especializarse en patología —continuó la asistente.

—¿Y qué hace entonces haciendo la residencia de Emergentología? —preguntó extrañado el detective.

—Si me permiten mi humilde opinión —se adelantó Millie—, la eligió simplemente para estar lo más cerca posible del doctor Goering. Un amigo de

mi padre, que trabaja allí en el hospital, me confirmó que aquel departamento es el que más cerca se encuentra de la oficina del patólogo.

—Muy buen dato, señorita Chamberlain —reconoció Matías.

—Asimismo —volvió a tomar la palabra la asistente—, Harold trabaja *ad-honorem* en el departamento de Patología de la Universidad de Medicina tres veces a la semana.

—¿Lo que significa...? —preguntó el detective.

—Que tiene acceso a todos los órganos enfermos extirpados que se utilizan en las cátedras. —Se adelantó Angélica para no perder protagonismo—. Y no sería descabellado —prosiguió— que de allí haya sido de donde extrajeron el cuerpo de Rudolph Goering.

—No sé ustedes, pero creo que nuestro amigo Harold ha hecho los méritos suficientes para ganarse una visita dominical —comentó jocosamente el detective—. Millie, pásame el domicilio de nuestro obsesionado amigo por SMS, por favor —le solicitó y miró a su compañera—. ¿Vienes?

Angélica asintió y el detective le sonrió, satisfecho. —Excelente trabajo, Millie. Estoy considerando seriamente decirle al detective Mayer que se consiga otra asistente —le confió, ante la mirada encolerizada de su compañera.

—¿En cuánto tiempo crees que vas a intentar dormir con ella? —le preguntó Angélica, ahora sentada en el asiento del acompañante del automóvil del detective, camino a la residencia de Harold Streicher.

Matías estalló en carcajadas. —¿Me lo parece a mí o se han invertido los roles ahora? ¿Quién iba a pensar que la fría y calculadora doctora Grunnwald estaría celosa de mí? —se mofó.

—Madura, ¿quieres? Solo temo que cometas alguna estupidez que pueda costarte el empleo.

—Si tú te encargas de atenderme bien, te prometo entonces que no sucederá nada —deslizó Matías picaronamente, pero con un dejo de verdad.

—Mira, no te pego una bofetada porque estás conduciendo y quiero ver a mi hijo crecer —le contestó iracunda—. Y hablando justo del tema... —Angélica extrajo su teléfono móvil tras escuchar el tono especial que le había asignado a las notificaciones de SMS de Simón—. ¡¿Pero qué demonios...?! —exclamó desencajada al mismo tiempo que marcaba nerviosa el botón de *callback* para llamar a su hijo.

—¿Todo bien, Angie? —preguntó, preocupado, su compañero.

—Chist...—lo calló de inmediato—. ¡Simón! ¿Por qué demoraste tanto en contestar? ¿Es esto una broma? ¿Qué haces ahí? —le preguntó enfadada y sorprendida a la vez—. ¿Entrasteis en la residencia? ¿Quieres que te vaya a recoger? —preguntó después de una corta pausa—. Ok, hablaremos a la noche en casa. Cuídate, por favor. Te quiero —se despidió y cortó la comunicación.

—¿Ahora sí? ¿Puedo preguntar qué pasó? —insistió inseguro Matías.

—¿Puedes creerlo? Mi hijo acaba de decirme que estuvo en la residencia del doctor Goering —le explicó, aún sin salir de su asombro.

—¿Y qué demonios fue a hacer allí?

—Fue a pasear en bicicleta con una amiguita y pasaron a preguntarle algo sobre la muerte de Clara Richter.

—Ah, mira tú. Y... hablando de eso, ¿cuándo crees que será un buen momento para interrogar a Simón acerca del asunto?

—A lo largo de la semana lo coordinamos, ¿vale? Lo que no puedo creer ahora es que el doctor Goering los haya dejado entrar...

—Extraño, ¿no? Con lo reservado que es ese maniático. Por lo menos te puedes quedar tranquila de que está castrado, ¿no? —la intentó tranquilizar.

—Eso ni me preocupaba, Matías —le aclaró.

—Ah, ya comprendo —la interrumpió—, tú seguramente pagarías para que te invitara a conocer su residencia, ¿verdad? —le deslizó mientras aparcaba el vehículo en un sector designado para las visitas.

—Te aseguro que no sería la única persona que lo haría, mi querido sexópata —le retrucó, sonriéndole con una expresión de revancha.

Los compañeros descendieron del vehículo y se dirigieron hacia la entrada del complejo donde Harold residía. El joven residente vivía en una de las zonas más modernas de la ciudad, que, hasta el primer mandato de Maximilian Engels, había sido el barrio de preferencia de los empleados del transporte y servicios públicos. La drástica subida de impuestos del alcalde de entonces no había tenido piedad con los trabajadores humildes y los había expulsado de modo elegante hacia la metrópoli vecina de Gilbertstadt. Y, desde la exitosa purga encubierta, los viejos edificios habían cedido progresivamente su lugar a flamantes complejos habitacionales destinados a estudiantes universitarios.

—Mira qué casualidad, no hace mucho estuve averiguando aquí para invertir y para que Simón tuviera su lugar cuando se graduara de la escuela —le

confió Angélica a su compañero, mientras buscaban la unidad del sospechoso en el intercomunicador de la puerta de entrada.

—Ese niño sí que es afortunado... ¡Aquí está! El apartamento número 403 —exclamó el detective al encontrarlo—. Y, volviendo a lo de tu hijo, mis padres ni siquiera me invitaron a cenar cuando terminé los estudios —añadió jocoso después de presionar el botón correspondiente.

—¿Hola? —preguntó una voz masculina carrasposa del otro lado.

—¿Señor Harold Streicher? —preguntó Matías.

—Sí, ¿qué desea? —respondió de mala gana.

—Buenas tardes, somos el detective Vandergelb y la doctora Grunnewald del Departamento de Policía de la ciudad. Querríamos hacerle unas preguntas acerca de los asesinatos de Clara Richter y Florian Carlic. Solo le robaremos unos minutos.

Silencio.

—¿Señor Streicher? ¿Se encuentra usted ahí? —preguntó el detective.

—Presiona de nuevo —le encomendó Angélica.

—Harold, si no nos abres, conseguiremos una orden de registro en unos pocos minutos y créeme que será mucho peor —lo amenazó.

Silencio.

—Telefona al detective Mayer, Angie. Pídele la orden para registrar el apartamento. Yo iré a la entrada del garaje para ver si intenta escapar por ahí —le dijo y salió a la carrera.

—¡Matías, ven aquí! —le gritó Angélica minutos después de que este llegara a su objetivo. El detective observó rápidamente los alrededores en busca de algún movimiento sospechoso y volvió raudo a encontrarse con su compañera, preocupado—. Un vecino me acaba de abrir la puerta —le informó mientras la sostenía con uno de los pies— y la orden de registro está en proceso y en cualquier momento me la envían por *e-mail*. Si estás de acuerdo, subamos al apartamento. Puede que todavía esté allí tratando de deshacerse de alguna prueba.

—Buena idea, Angie. ¡Vamos! —Le sostuvo la puerta para que entrase primero—. Yo iré por las escaleras. Tú ve por el ascensor, así cubrimos los dos frentes —le ordenó.

Cuando Matías llegó a la cuarta planta, su compañera lo esperaba en la puerta del apartamento 403 con una sutil sonrisa bufona: —Me parece a mí que alguien va a tener que dejar de fumar —se mofó.

—La próxima vez subes tú por la escalera corriendo, y me cuentas, ¿vale? —Hizo una pausa para recuperar el aire—. ¿Llamaste a la puerta? —añadió cuando los pulmones se lo permitieron.

—No, te estaba esperando a ti. El que tiene un arma para defenderse —se excusó.

—Miedosa... —se mofó y golpeó la puerta de manera estrepitosa—. ¡Harold, abre la puerta! ¡Tenemos una orden de registro! —exclamó e hizo una pausa para esperar el derecho a réplica—. ¡Vamos a entrar por la fuerza, Harold! —amenazó tras no obtener respuesta—. Hazte a un lado, Angie —le solicitó y levantó la pierna derecha para patear la puerta.

—¿Estás loco, Matías? La estructura parece maciza... Te vas a romper la rodilla o, lo que es aún peor, la cadera —le advirtió.

—¿Acaso tienes una mejor idea, Angie?

La psiquiatra extendió el brazo, tomó el picaporte y presionó hacia abajo. La puerta se abrió.

—¡Tachán! —exclamó jocosa.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó azorado su compañero.

—Solo supuse que, si se fue apresuradamente, cerrar con llave el apartamento no iba a estar dentro de sus prioridades, ¿no crees?

Matías extrajo su pistola reglamentaria y empujó la puerta lentamente hacia adentro: —Quédate aquí hasta que me haya asegurado de que no existe peligro alguno —le susurró a su compañera.

El apartamento de Harold Streicher estaba dividido en dos grandes ambientes. La cocina era de estilo moderno en tono verde pastel y estaba integrada al comedor y sala de estar. El área de los comensales contaba con una mesa de cristal templado negro, un juego de cuatro sillas de pana gris con patas de madera y una gran lámpara de arco que nacía en una de las esquinas del gran ventanal con vistas a los jardines del complejo. La sala de estar, compuesta por dos sillones modernos de cuero ecológico blanco abotonado y una mesa ratona de madera laqueada del mismo tono, se orientaba hacia el ventanal opuesto con vistas a la calle arbolada.

—¡Angie! ¡Ya puedes pasar! —le gritó el detective desde el interior, después de asegurarse de que no había moros en la costa.

—Muy bonito, la verdad —acotó Angélica apenas ingresó al apartamento—. Con estas vistas se paga solo —añadió mientras se acercaba a uno de los ventanales.

—Angie, quédate detrás de mí, por favor. Te acuerdas de que estamos lidiando con un posible asesino psicópata, ¿no? Aún falta revisar aquellas dos. —Le señaló con la pistola las dos puertas cerradas.

—Perdona, tienes razón. Y, si no te molesta, prefiero ir detrás de la barra de la cocina. Me siento un poco más protegida allí, para serte sincera.

—Como quieras...

El detective se acercó a la primera de las puertas e intentó abrirla con la mano libre. —Qué extraño, dejó abierta la puerta de entrada, pero no así la del dormitorio —le comentó a su compañera.

—Quizás nunca salió del apartamento y aún esté ahí dentro —respondió nerviosa Angélica.

Matías golpeó la puerta con el mango de su pistola: —¡Harold! ¡Abre, por favor! ¡Solo queremos hacerte unas preguntas!

—Intenta la otra puerta, Matías. Ahora que recuerdo, estas unidades cuentan con un baño de doble acceso. Uno en el dormitorio y el otro aquí, en la sala de estar, para las visitas.

—Buena idea, Angie. —Matías se dirigió hacia la segunda puerta y, como bien había predicho su compañera, se encontró con el baño de doble circulación— ¡Bingo, Angie! —exclamó tras asomar la cabeza en su interior con precaución.

—¡Espérame, no me dejes sola! —gritó la psiquiatra y de inmediato salió a su encuentro.

Matías giró lentamente el pomo de la puerta que se comunicaba con el dormitorio y el «clic» de apertura no se hizo esperar. El detective miró a su compañera y le ordenó en voz baja que no se moviera de allí. Angélica se agazapó detrás del lavabo y le hizo una seña con la cabeza para darle su «ok». Matías respiró profundamente para juntar valor y, como un rayo, se adentró en la habitación apuntando su arma con el dedo sobre el gatillo. Estaba dispuesto a vaciar todo su cargador si la situación lo requería.

Silencio.

—¿Matías? ¿Todo en orden? Di algo, por favor —preguntó Angelica temerosamente al cabo de unos segundos que le parecieron eternos.

—Perdona, Angie... —contestó finalmente—, pero aún no logro salir de mi asombro —añadió—. Ven aquí. Ya comprobé que no hay nadie.

—Oh, por Dios... —susurró Angélica cuando se adentró en el dormitorio.

—Bienvenida al año 1939, Angie.

El dormitorio de Harold Streicher era un tributo al Nazismo. En el centro de la habitación, una imponente cama de dos plazas de madera de cedro tallada color habano lucía orgullosa en cada extremo los inconfundibles emblemas del partido NSDAP. Las cuatro águilas de aspecto intimidante, erguidas sobre sus respectivas esvásticas, resguardaban celosamente a quien la ocupara. El detective palpó una de ellas y observó con fascinación la cabecera. Allí, su inquilino había colgado una versión enmarcada del estandarte personal de Adolf Hitler, el del escudo del tercer Reich y las insignias de los cascos de las *Werhmacht*, la *Luftwaffe* y la *Kriegsmarine*. Angélica, boquiabierta, se concentró en la cómoda. También de madera maciza y del mismo tono que la cama, hacía de vitrina de varios portarretratos de figuras del partido como Hermann Goering, Joseph Goebbels y Martin Bormann.

—Este muchacho tiene problemas —comentó pasmado Matías y se acercó hasta su compañera. Juntos observaron ahora el inmenso póster propagandístico que tenía de protagonista a un joven rubio fornido que alzaba petulante la bandera del movimiento. «*Der deutsche Student*»⁸, leyó el detective la inscripción del afiche.

—Increíble... —musitó Angélica, aún pasmada.

—Ni que lo digas, Angie —coincidió Matías—. Y que no te sorprenda que encontremos una réplica del traje de las SS —bromeó.

—Adelante, fíjate —lo alentó, entusiasmada.

El detective abrió el armario y, tras escanear su interior con rapidez, corroboró su sospecha.

—¡Tenemos a un ganador! —le dijo y le señaló el traje envuelto en celofán que colgaba en el fondo del mobiliario.

—Me pregunto si creará que el doctor Goering está relacionado con Hermann y de ahí su persistente interés de trabajar con él —reflexionó Angélica.

8 El estudiante alemán

—No me extrañaría... —coincidió el detective—. Sobre todo —prosiguió—, con el misterio que rodea a ese siniestro personaje que tanto admiras. Tú no tendrás también algún vestido de Eva Braun escondido por ahí, ¿verdad?

—No seas idiota, Matías —se enfadó su compañera.

—De todas maneras, no sé por qué me sorprende, considerando el estilo de gobierno del alcalde Oppenheimer y su proyecto de «*mini Reich*» que está llevando a cabo.

—Nada más lejano, Matías —se ofuscó su interlocutora.

—Antes de que me des un sermón de lo bien que se vive aquí —la interrumpió—, ¿sabías que todo el tráfico de Internet de la ciudad es analizado por el ayuntamiento como «método de prevención» —hizo el gesto de las comillas con los dedos— de crímenes?

—Sí, por supuesto. A todos nos hacen firmar un acuerdo de conformidad cuando se contrata el servicio. Es el precio para vivir tranquila. Sobre todo, si eres madre soltera de un infante —se justificó.

—De seguro, los habitantes durante el gobierno de Hitler opinaban lo mismo que tú.

—Me estás cansando, Matías. ¿Podríamos focalizarnos en el caso, por favor? —le reprochó, visiblemente hastiada.

—Ok, solo espero que el tiempo no me dé la razón...

—Lo que tú digas —replicó desinteresada.

—Voy a elevar un pedido de captura para este sujeto y solicitar un par de peritos para que vengan a peinar el apartamento. ¿Qué te parece? —Cambió de tema enseguida al notar la impaciencia de su compañera.

—Perfecto, Matías. Yo, si no te molesta, me voy a mi casa a disfrutar lo poco que queda del domingo.

—Te alcanzaría, pero me debo quedar aquí hasta que vengan los refuerzos —le explicó, con un dejo de remordimiento.

—Descuida, aprovecharé para tomar una de las bicicletas provistas por el ayuntamiento para sus ciudadanos. —Le enseñó su teléfono móvil—. Según la aplicación, hay una estación a tan solo una manzana de distancia.

Angélica besó en los labios a su compañero y se retiró del apartamento, ansiosa por indagar a su hijo sobre su estadía en la residencia del enigmático patólogo.

CAPÍTULO XXV

Katja y Simón se habían adentrado nuevamente en los bosques de pinos para cortar camino en su retorno a la ciudad. Caminaban cabizbajos y en silencio empujando sus respectivas bicicletas. Cada uno en su mundo, reviviendo mentalmente la experiencia en la casa del doctor Goering desde su propia perspectiva. De repente, el sonido de ramas secas quebrándose en la proximidad los despertó de sus trances. Los niños detuvieron la marcha de manera automática y se miraron fijo a los ojos como dos presas paralizadas por el miedo. Gestos mediante, acordaron no hacer ruido y se dedicaron a escuchar atentamente los alrededores.

No había sido su imaginación. Se trataba de pisadas y se oían cada vez más cercanas.

—¡Niños! ¡No tengáis miedo! ¡Solo quiero hablar un minuto! —gritó una voz masculina.

Katja le llamó la atención a su compañero y se colocó el dedo índice perpendicularmente sobre los labios para indicarle que no hablara. Extendió la mano libre hacia su bolso y cogió uno de los destornilladores que utilizaba para el mantenimiento de la bicicleta, mientras Simón la observaba temeroso.

—¡Niños! ¡Soy periodista de *La Gaceta* de Gilbertstadt! —insistió el personaje, cada vez más próximo al dúo.

—¡Manténgase a esa distancia, por favor! ¡No dé un paso más! —le advirtió Katja, parándose delante de Simón como una temeraria leona protegiendo a sus cachorros.

Gerald Heinze era un inescrupuloso periodista de espectáculos de treinta y dos años conocido por sus controvertidas acciones para obtener las primicias antes que cualquier otro medio. Odiado por la mayoría de sus colegas, y aun más por la farándula, el petiso y rechoncho reportero se había propuesto, contra la voluntad de sus superiores, investigar la historia del doctor Goering

y escarbar sobre su vida privada. El mandato de su editor de abandonar el proyecto por razones de fuerza mayor había surtido el efecto contrario en su inquieta personalidad, de voraz apetito por los desafíos con personajes tan intrigantes como el patólogo. Dispuesto a llegar generalmente hasta las últimas consecuencias, se había comprado un traje de caza camuflado y había estado visitando las inmediaciones de su preciado objetivo desde hacía varios días.

—Solo quiero hablar —le contestó levantando las manos para mostrarles que no representaba amenaza alguna—. Me llamo Gerald, soy reportero y estoy cubriendo el caso del doctor Goering —les explicó a continuación.

—¿Usted es el que le envía los drones a su casa para espiarlo? —preguntó ofuscada la niña.

—En efecto —admitió—. Y dejadme decir que me está costando muy caro. Me los ha destruido todos —añadió, intentando sonar chistoso.

—Merecido lo tiene por andar inmiscuyéndose en la vida privada de la gente —le recriminó ahora Simón, aún resguardándose detrás de su compañera.

—Vale, niños. Os he visto a través de mi dron en la piscina del doctor Goering y solo quería haceros unas preguntas. —Se llevó la mano lentamente hacia uno de sus bolsillos para extraer su cartera— ¿Qué os parece si os doy cien euros por vuestro testimonio? —les ofreció a continuación agitándoles el billete como si se tratase del capote de brega de un matador en plena corrida de toros.

—Quédese con su sucio dinero. No tenemos nada que decirle —le respondió ofendida la niña.

—Os estoy dando la oportunidad de que me expliquéis que hacíais en ropa interior en la piscina del doctor. ¿O preferís que yo escriba una libre interpretación sobre el suceso? —amenazó.

Katja se volteó hacia Simón y le susurró al oído. El niño asintió.

—Está bien, pero solo yo hablaré con usted.

—Entonces solo te daré cincuenta euros, niña —le advirtió el inescrupuloso reportero.

—Simón, espérame en donde dejamos el sidecar. En unos veinte minutos te alcanzo, ¿sí? —le instó.

El niño se alejó resignado y Katja se acercó al reportero con una mirada fulminante.

—Hey, agradece que te estoy dando un derecho a réplica, niña —se defendió Gerald ante la mirada de desprecio de su interlocutora.

—Hagámoslo rápido, por favor —respondió Katja de mala manera.

—Así me gusta, directo al grano. ¿Me dirías tu nombre y el de tu amiguito?

—No.

—Ok. Ahora serán cuarenta euros nada más —le advirtió—. ¿Qué edad tenéis?

—No le voy a contestar eso tampoco.

—Treinta euros ahora, niña lista. ¿O acaso el doctor Goering os ha pagado una buena suma para que chapoteéis en su piscina? —agregó irónicamente con una sonrisa vil.

—Mi madre es doctora y trabaja en el hospital de Heimstadt al igual que el doctor Goering. Él es amigo de mi familia desde hace mucho tiempo y por eso solemos venir con mi hermano a su casa de visita. Ahí tiene su historia, ¿contento? —le explicó, apretando los puños con fuerza para canalizar el odio.

Gerald la miró con un gesto de incredulidad. —¿Realmente crees que me voy a creer esa patraña, niña? No soy ningún ingenuo y sé muy bien que el doctor Goering no tiene amigos, pareja, etc., etc. Por ende, adiós a los treinta euros y voy a escribir lo que a mí me plazca. —Se dio media vuelta y comenzó a caminar en dirección opuesta a su interlocutora.

—¿Sabes cuál sería una historia muy interesante para los medios, Gerald? —replicó Katja mientras extraía el destornillador que había tomado de su kit de herramientas.

El reportero se detuvo, pero no se volteó.

—«Niña de once años atacada sexualmente en los bosques de Regenwald por famoso reportero» —le narró el encabezado de la noticia ficticia.

Gerald se dio la vuelta y la miró desenchajado. Katja le mostró el destornillador, se lo colocó en el cuello y comenzó a rasguñarse hasta hacerse sangrar.

—¡Alto, niña! ¿Acaso te has vuelto loca? —preguntó desconcertado, alzando los brazos como un policía que intenta convencer a un suicida para que deponga su actitud.

—Ahora sabe lo que se siente que su reputación y toda su carrera se vea afectada por historias falsas como las que usted publica...

—Podría ir a la cárcel por algo así... —masculló Gerald.

—Mejor aún.

—Por favor, podemos llegar a un arreglo, ¿ok? Quédate con los cien euros si quieres y no escribiré nada acerca de vuestra visita. Te doy mi palabra —la intentó convencer, visiblemente nervioso, mientras extraía otra vez el billete.

Veinte minutos más tarde, Katja se volvió a encontrar con Simón en el punto donde habían aparcado el sidecar. El niño se había sentado en él y manipulaba nervioso su teléfono móvil, debatiéndose si debía o no llamar a su compañera.

—¡Hey, aquí estoy! —exclamó Katja al salir del sendero boscoso.

Simón brincó del susto ante la sorpresiva aparición. —¡Por fin! ¡Ya me estaba preocupando, Katja! —le reprochó, ahora aliviado y con su sonrisa bonachona característica. —¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí, todo más que bien —se llevó la mano al bolsillo y extrajo el billete de cien euros—. ¡Mira! ¡Podemos gastarlo en lo que queramos! —exclamó.

Simón la miró decepcionado.

—Hey, logré convencerlo para que no escribiera nada de nuestra visita y, como un plus, tomé su dinero a modo de castigo —le explicó. Su tono sonaba ahora al de una madre que reprende pedagógicamente a su pequeño hijo.

Simón notó el pequeño corte de su compañera en el cuello, pero prefirió no indagar: —Ok, entonces reservemos el dinero para comprar cosas ricas —le propuso, disimulando su consternación y para cambiar de tema.

—Me parece una excelente idea —coincidió Katja—. Y podemos llevar a mi hermanito, si no te importa. Las golosinas le fascinan.

—Por supuesto —accedió Simón—. ¿Te parece entonces comenzar a armar tu bici nuevamente, así volvemos a la ciudad antes de que anochezca? —agregó.

—Me parece muy bien. Si hay algo que no quiero es que nos agarre la noche en esta zona desolada —replicó, mirando desconfiada los alrededores.

El niño tomó gentilmente la bicicleta de su compañera y la acomodó junto al sidecar para comenzar con las tareas de reensamblado. Disimuladamente, observó a Katja cuando esta extraía de su bolsillo el destornillador y lo volvía a colocar rápidamente en el bolso.

—¿Katja, me pasarías los tornillos, por favor? —le pidió mientras sostenía la bicicleta alineada con los anclajes del sidecar—. Yo los coloco y tú los ajustas,

¿te parece? —le sugirió a continuación, con temor a dejar sus huellas digitales en el mango de la herramienta.

—Hey, sé lo que estás pensando, Simón —le dijo cuando se acercó hacia él para ayudarlo.

—¿En serio? —preguntó preocupado.

—Ajá... Y, si se lo dices a alguien, te voy a hacer lo mismo que a Gerald —le advirtió, mirándolo con su expresión de desprecio característica.

Simón abrió los ojos como platos y se la quedó mirando boquiabierto y sin reacción. La niña se le acercó lentamente mientras se llevaba la mano al bolsillo de manera sospechosa.

—¡Por favor, no! —le rogó Simón y se cubrió instintivamente el rostro con las manos.

Clic.

Simón volvió a abrir los ojos, desconcertado. Creía haber oído el sonido de una cámara fotográfica. Frente a él, su compañera sonreía socarronamente con su teléfono móvil en mano, observándolo a través de la pantalla.

—¿Acaso te crees que soy una psicópata asesina, Simoncito? —preguntó divertida.

—¿Y por qué te llevaste el destornillador? ¿Y el corte que tienes en el cuello? —insistió.

—No me iba a quedar sola con él sin algún elemento para defenderme —le explicó—. Mira, ganas de matarlo no me faltaban —se rio—, pero créeme que no me quiero agregar otro trauma a mi vida. Solo lo amenacé que lo iba a denunciar por intento de violación. Y para que viera que hablaba en serio me autoinfligí el corte en el cuello delante de él. ¡Deberías haber visto su rostro!

Simón sonrió aliviado.

—Casi la misma expresión de pánico que tú en la foto que te acabo de tomar —se mofó y le acercó su teléfono para que viera la imagen.

CAPÍTULO XXVI

Tras la partida de los niños, el doctor Goering había retornado a su quirófano clandestino para continuar con la extracción de los tejidos de las cabezas de los hermanos. Pero ni bien había abierto el refrigerador, lo había vuelto a cerrar, ofuscado. El suceso con el dron en la piscina le seguía dando vueltas en la cabeza. Como una molesta mosca en el dormitorio a la hora de dormir. Sabía muy bien que no podía permitirse más inconvenientes y que debía asegurarse de que sus visitas no fueran interceptadas por el responsable de aquel episodio durante su regreso a la ciudad. Y, por aquella razón, había salido a escondidas detrás de ellos.

Media hora después de aventurarse en la vigilancia del dúo, se encontraba ahora de pie junto al cuerpo moribundo del entrometido reportero en el desolado bosque de pinos.

Gerald Heinze yacía inmóvil boca arriba y observaba fijo al patólogo con una expresión de horror. Sus grandes ojos marrones exhibían unos exagerados capilares inyectados en sangre que se asemejaban a las venas de un fisicoculturista en competición. Su acompañante despejó unas ramas caídas del suelo y se sentó a su lado cruzado de piernas, como un niño alrededor de una fogata en un campamento: —Nunca me canso de repetirlo, señor Heinze. La codicia es uno de los mayores flagelos del hombre —le comentó con un tono filosófico mientras observaba la naturaleza circundante como un sabio oriental en las películas de artes marciales de los setenta.

Gerald levantó lentamente y con esfuerzo un brazo para alcanzar a su interlocutor. —Por favor... —susurró con dificultad.

—Baje el brazo y no intente hablar, ¿quiere? Si me toca, le romperé los dedos uno por uno —le advirtió mirándolo ahora severamente—. Señor Heinze —volvió a contemplar el bosque con un aire nostálgico—, mire lo que su codicia le ha deparado. ¿Valió la pena inmiscuirse en los asuntos privados

de otras personas para alimentar el vacío de estas subespecies que no tienen nada mejor que hacer que leer o mirar la basura que gente como usted les provee? No, ¿verdad? —hizo una pausa y bajó la cabeza para observarlo.

Las lágrimas habían comenzado a brotar de los ojos del reportero.

—Tampoco es su culpa, si vamos a ser justos —prosiguió—. En esta existencia absurda y carente de sentido, todos los logros del hombre no son más que un mero medio para distraerse del inevitable desenlace que les espera. ¿Te has puesto a pensar alguna vez en eso, Gerald? —El patólogo, en vista del estado de su interlocutor, decidió cortar con los formalismos y tutearlo—. Para darte un ejemplo burdo —continuó—, el mercado de capitales y toda su sarta de instrumentos de inversión relacionados que poca gente comprende... Si a mí me preguntas, te diría que no es más que un sistema creado para satisfacer la codicia de estas criaturas que solo creen que la vida es una competencia de acumulación de bienes. Como decía nuestro querido filósofo de cabecera: «Los hombres se ocupan mil veces más de adquirir riquezas que de formar su espíritu, cuando no cabe duda alguna que contribuye mucho más a nuestra felicidad lo que uno es que lo que uno tiene.» —le recitó a Schopenhauer sin dejar de observar los alrededores—. Sé lo que estás pensando, Gerald. Que soy un hipócrita porque vivo en una casa de ocho ambientes y conduzco un Mercedes Benz, ¿verdad? —Hizo una pausa simbólica como si estuviese manteniendo un diálogo real—. He de admitir que he sido un poco exagerado en satisfacer mis placeres naturales y necesarios, como los clasificaba Epicuro. Pero lo que me diferencia de la mayoría de las personas como tú es que yo puedo prescindir de ellos, Gerald. Mientras esto —se llevó la mano a la cabeza— siga funcionando y pueda desempeñar lo que me apasiona, todo lo demás me es insignificante. Y ya que te he mencionado a Epicuro, por si no lo conoces, me puedo explayar un poco más sobre su filosofía. ¿Tenemos tiempo? —Le colocó la mano derecha enguantada en el cuello para medirle el pulso—. Así parece, Gerald. Estás de suerte, ¿eh? —ironizó.

El impotente reportero intentó esbozar otra vez unas palabras, pero el patólogo se llevó el dedo índice hacia los labios para indicarle que se callara.

—Como te decía, Gerald —continuó cuando su desgraciado interlocutor depuso sus intenciones de hablar—, Epicuro hacía referencia a tres placeres. Primero, los naturales y necesarios, como son la alimentación, el sentido de seguridad y el abrigo. Segundo, los naturales pero no necesarios, como la

gratificación sexual y una conversación amena. Y, por último, los no naturales ni necesarios. Tus favoritos, Gerald: la fama, la búsqueda de poder y el dinero. Como de seguro lo habrás investigado, los dos últimos placeres los he eliminado de mi vida. Y, a pesar de que me haya excedido con el primero de ellos, he alcanzado lo que Epicuro denomina «ataraxia». La total imperturbabilidad necesaria para vivir una vida feliz. Pero no nos engañemos, Gerald. Ambos sabemos que no existe tal cosa, ¿verdad? Por ende, lo más apropiado sería reemplazar la cursilería de la «vida feliz» por una «vida sin sobresaltos», ¿te parece? —le explicó y lo volvió a mirar a los ojos—. Hasta que alguien despreciable como tú se cruza en mi camino e irrumpe en mi tan preciado sosiego, Gerald.

La expresión de la mirada del patólogo mutó de la nostalgia a una siniestra y vacía de toda piedad que provocó que su interlocutor se orinara en los pantalones.

—¿Sabes qué es lo más irónico, Gerald? —Volió a mirar hacia los alrededores con expresión filosófica—. Tengo el conocimiento y los medios para salvarte la vida —le confesó—. Correcto, así como oyes, aquí en mi residencia tengo un quirófano y todos los elementos necesarios para que salgas de allí caminando y continúes invadiendo la vida privada de la gente para llenar de modo efímero el vacío del ama de casa que se nutre de tus importantes aportes. ¿Pero sabes qué? Voy a hacerle caso a Epicuro y optar por satisfacer la necesidad natural pero no necesaria, de la charla amena. Porque no sé tú, Gerald, pero yo estoy disfrutando mucho de nuestra conversación.

Preso de la impotencia, el reportero emitió un graznido acompañado por un chorro de sangre que se dispersó hacia arriba como la lava de un volcán en erupción. —Maldito psicópata... —balbuceó resignado.

—Sabes, Gerald, nadie debería morir desangrado en estos tiempos. Mientras el cerebro no sufra ningún trauma, el resto es todo reparable —le comentó, ignorando el insulto—. Por si no lo sabes, el cerebro humano comienza a morir a los seis minutos desde que es desprovisto de oxígeno, a diferencia de otros tejidos u órganos que pueden aguantar mucho más tiempo. La naturaleza, o Dios si eres de aquella especie, Gerald, se ha empeinado en jodernos la supervivencia, ¿no crees?

Gerald ya no observaba a su acompañante. Alguna vez había leído que los sádicos se deleitaban con la mirada atemorizada de sus víctimas.

—Y hablando de la naturaleza —retomó el patólogo la particular tertulia—, te voy a contar una confidencia, tú que te lucras con ellas. ¿Sabes cuál es una de las formas de morir que me indigna, Gerald? —lo tomó por el mentón y le giró violentamente la cabeza para mirarlo a la cara.

El reportero cerró los ojos, aterrado.

—Disculpa, Gerald. Solo quería saber si aún seguías aquí. —Volvió a acomodarle la cabeza hacia el costado para darle el gusto.

—*Natura daemonia est, non divina* —acotó de inmediato— ¿Sabes qué significa? No, ¿verdad? Pues es una frase de Aristóteles que cobra un claro sentido en conjunción con un pensamiento de nuestro querido Schopenhauer... —Hizo una pausa y bajó la mirada hacia el reportero—. Sí, Gerald. Otra vez Arthur. El apático filósofo concluyó que vivimos en un mundo de seres indigentes que pasan su existencia entre temores, tormentos y carencias, y que solo devorándose entre ellos consiguen mantenerse con vida por algún tiempo. No podría haberlo definido mejor, ¿no crees? —hizo otra pausa para verificar los alrededores.

—En fin, volviendo al tema de la confidencia que te estaba por relatar —prosiguió—, ser devorado vivo por un animal es una forma de morir que no deja de indignarme. ¿No crees que rebaja la condición superior del hombre al de una simple criatura primitiva? —Hizo una pausa y entrecerró los ojos como un fumador divagando sobre la vida—. Qué impotencia, ¿verdad? Ser el plato del día de un animal. Dime acaso si eso no se siente como tirar por la borda todo lo que el hombre ha construido durante miles de años para diferenciarse justamente de las demás especies. Demás está aclarar que no estoy contemplando a los brutos indígenas que increíblemente aún siguen viviendo aislados en sus remotas ubicaciones. Ese es otro tema interesante también para analizar, Gerald, pero siento que ya me estoy yendo un poco por las ramas, ¿no? —admitió con un sutil dejo socarrón—. Y convengamos que no nos queda mucho tiempo —añadió, otra vez con una siniestra seriedad.

El reportero volvió a estallar en sollozos. Hacía unos minutos que había dejado de sentir el cuerpo por las drogas que le había inyectado su interlocutor.

—Gerald, Gerald, Gerald... —hizo otra pausa para generar suspense—, te estarás preguntando adonde quiero llegar con todo esto, ¿verdad? Bien... déjame contarte. En menos de una semana, he asesinado a varias personas y ya estoy un poco cansado del esfuerzo que implica el encubrimiento de

tales actos —le confesó—. Por ende, en tu caso, dejaremos que la naturaleza se encargue de ello. —Le dio unas palmaditas en el hombro a modo de consuelo—. A la manera del famoso asesino a sueldo de la mafia de Nueva Jersey, Richard Kuklinski. ¿Conoces su historia, Gerald? Según sus propios dichos, una forma en la que se deshacía de los cuerpos de sus víctimas era llevándolos a una cueva remota en los bosques de Pensilvania, donde las ratas que allí habitaban los devoraban hasta los huesos —le relató con fascinación—. Aquí, afortunadamente, no existen tales roedores, pero los zorros y alguna que otra alimaña terminarán llegando al mismo objetivo tarde o temprano. Y para no quitarte más tiempo —el patólogo cogió el móvil del reportero de uno sus bolsillos—, déjame desbloquear tu teléfono y ponerlo en modo avión. —Lo colocó frente al rostro de Gerald y aguardó unos segundos—. ¡Enhorabuena! —festejó socarrón—. Ahora solo deshabilitamos la función biométrica y le colocamos una clave para que no tenga que venir hasta aquí cada vez que se bloquee. —Le recitó sus planes mientras manipulaba el aparato como un adolescente enajenado. —Sabrás que debo eliminar cualquier evidencia que hayas obtenido en tu inoportuna vigilancia de mis movimientos, ¿no? Y muchas gracias por haber venido en motocicleta, Gerald. La vi allí escondida entre unos arbustos. Me has ahorrado mucho trabajo y harás que la búsqueda de tu cuerpo sea mucho más complicada. Siempre y cuando alguien se digne a denunciar tu desaparición. Qué triste sería que nadie lo haga, ¿no crees?

—Por favor... —suplicó el periodista con su último aliento.

El patólogo se puso de pie y lo miró a los ojos. —Lo lamento, Gerald. Hubiese sido tu destino de todos modos. Eres consciente de eso, ¿no? —le explicó y se lo quedó mirando—. Admito que me gustaría extirparte los órganos para que los disfruten otras personas que eligieron un camino más noble que el tuyo, pero ya me he arriesgado demasiado, a decir verdad.

El patólogo se descalzó el pie derecho, se lo apoyó sobre la garganta y comenzó a ejercer presión para sofocarlo. —Adiós, Gerald.

CAPÍTULO XXVII

Mientras los peritos de la Policía Científica inspeccionaban minuciosamente el apartamento de Harold Streicher, Matías aprovechó para fumarse uno de sus cigarrillos caseros en el pasillo del complejo. Observando con la mirada perdida a través del ventanal con vistas a los parques, el joven detective meditaba, caladas profundas mediante, sobre los acontecimientos del caso. Se moría de ganas de tomar un café, pero no quería abandonar el lugar hasta no obtener el informe inicial de las pericias. Pronto a finalizar su maltrecho cigarro, la apertura de la puerta del apartamento 401 interrumpió su momento de sosiego. Una joven de alrededor de veinticinco años, vestida con un pijama entallado de algodón, se asomó tímidamente, curiosa por los ruidos y el olor a tabaco que no había tardado en colarse en su sala de estar.

—¿Hola? Señor, discúlpeme... —le llamó la atención la joven con un claro acento extranjero, asomándose temerosamente desde la puerta.

Matías se giró sorprendido y se acercó hasta el apartamento con una sonrisa: —Buenas noches, señorita. Permítame presentarme, soy el detective Matías Vandergelb —le dijo, al mismo tiempo que corría su chaqueta para mostrarle la placa policial que llevaba en el cinturón.

—Mi nombre es Emily Black, mucho gusto —se presentó la joven, quien portaba unas gafas de marco grueso negro y una larga cabellera rubia voluminosa y despeinada.

—Señorita Black, ¿le molesta si le hago unas preguntas acerca de su vecino del 403? —preguntó Matías con una seriedad sobreactuada, obnubilado por la grata aparición de la vecina. Al detective le fascinaban las mujeres de cabelleras frondosas de aspecto salvaje.

—De acuerdo, pero con una condición —respondió Emily, también con un dejo de flirteo.

—La escucho...

—Solo si me convida uno de sus cigarrillos —agregó con una sonrisa cautivadora.

—Si usted aporta el café, tenemos un trato —redobló Matías la propuesta, contento como un niño a punto de recibir su polo en una heladería.

—Por supuesto. Adelante, por favor —lo invitó la sensual vecina—. Tome asiento en el sofá que yo iré a buscar un cenicero.

El apartamento de la joven era la mitad del tamaño que el de su sospechoso vecino. La cocina era mucho más pequeña y el comedor estaba integrado en la sala de estar.

—¿Gusta de algún café en particular, detective? —le preguntó, mostrándole desde la distancia una bandeja con una colección colorida de cápsulas Nespresso, cual promotora de la marca en un centro comercial.

—Mi único requisito es que tenga cafeína —bromeó—. Elige el que más te guste a ti —añadió con amabilidad.

—Me alegra que haya decidido tutearme. Me hacía sentir como una persona mayor —bromeó mientras revisaba el nivel de agua de la máquina.

—Gajes del oficio, señorita Black... Muy bonita vista, por cierto —le comentó el detective después de echar una rápida visual al apartamento.

—Ni que lo diga, detective. Las vistas a los jardines fue la razón principal por la que alquilé esta unidad y no la 402 que da al frente.

Tras unos minutos de charla trivial, Emily se acercó a la sala de estar con las tazas de café y el cenicero. Había colocado todo en una simpática bandeja de porcelana que a Matías le recordó a la que utilizaba su abuela en su casa de campo en el Uckermark cuando la visitaba de niño durante el receso escolar.

—Aquí tiene —se inclinó delante de él de manera sugestiva y le alcanzó una de las tazas que parecía salida de un juego de té de muñecas británicas. Matías la cogió y aprovechó a mirarle fugazmente los pechos, que habían quedado expuestos a través del amplio cuello de la camiseta del pijama.

—Muchas gracias, Emily. Dime... ¿vives sola? —preguntó después de presenciar la previa de una película a la que ahora quería ver de manera completa.

—No, pero me encantaría, detective. Lamentablemente, las vistas a los jardines tenían un costo adicional. Por tal motivo, comparto el apartamento con una compañera de la universidad. Las dos somos estudiantes de Medicina —le explicó tras un breve sorbo de su *ristretto*—. Pero, para mi fortuna —

prosiguió—, Ingrid se va todos los fines de semana a la ciudad de Gilberstadt a visitar a su novio. —Emily apoyó su taza y se inclinó hacia adelante para coger el cigarrillo que ahora le ofrecía su visitante para cumplir con su parte del trato.

Matías también se apropió de uno y encendió el de la estudiante. Mirándose con descaro, le dieron una profunda calada en simultáneo.

—Reconozco que no es un buen ejemplo para un futuro médico —le señaló el cigarrillo con los ojos—, pero qué demonios, ¿no? La vida está para disfrutarla, después de todo —le comentó Emily para romper el incómodo silencio—. Sobre todo, con las cosas que veo a diario en la carrera y ni hablar de lo que vendrá después en la vida profesional —agregó.

—Soy la última persona que te juzgaría —coincidió el detective y le dio otra calada al cigarro, entrecerrando los ojos como hacían inconscientemente la mayoría de los fumadores—. Emily, ¿conoces bien a tu vecino, Harold Streicher? —preguntó sin rodeos al mismo tiempo que exhalaba el humo torciendo sutilmente la boca hacia un costado.

—La verdad es que muy poco, detective —le dio unos golpecitos al cigarrillo sobre el cenicero—. Es una persona muy reservada. Me lo he cruzado pocas veces y el trato siempre ha sido el de dos vecinos cordiales... usted sabe... un «buenos días», «buenas noches»...

—¿Alguna vez lo has visto acompañado?

—Jamás, que yo recuerde —le dio un gran sorbo a su café—. Mi compañera, por el contrario, tiene un poco más de trato con él, ya que le interesa la rama de Emergentología como especialidad —le comentó—. Ah, y en la universidad sé que se desempeña como ayudante en una de las cátedras —recordó—. Pero también allí mi contacto es nulo.

El detective asintió.

—A decir verdad —continuó—, tengo escaso contacto social en general con los que son oriundos de esta ciudad. Como se habrá dado cuenta por mi acento, soy norteamericana y aquí hay mucha gente que no tiene problemas en hacer sentir a los extranjeros como parias —volvió a darle otra calada al maltrecho cigarrillo—. Y Harold no es la excepción —le confesó.

—Eso sí que no me sorprende, Emily. Sobre todo, después de haber visto la decoración de su dormitorio —se llevó el dedo índice hacia el rostro y lo apoyó debajo de la nariz para hacer referencia al distintivo bigotillo de Adolf Hitler.

—Increíble que aún haya gente así... ¿es que la historia no les ha enseñado nada? —se preguntó indignada.

—Te sorprendería la cantidad de locos que hay allí afuera, Emily —repuso y se tomó de un sorbo lo que le quedaba del café—. Te agradezco mucho tu tiempo y la cafeína. No sabes cuánto la ansiaba —agregó a continuación, poniéndose de pie.

—¿Se va a ir así? ¿Sin decirme qué sucede con mi querido vecino «Heinrich Himmler»? —le preguntó consternada.

—No hay nada de qué preocuparse, Emily. Una patrulla será asignada para que custodie la entrada del complejo una vez que los peritos finalicen sus tareas. Y, si llegas a oír o ver algo extraño, me puedes llamar directamente a mí —le extendió su tarjeta— o, más sencillo aún, a la Policía Local.

La joven estudiante tomó la tarjeta, extrajo su teléfono móvil y marcó el número del detective.

—¿Hola? —atendió Matías para seguirle el juego, intrigado por las intenciones de su interlocutora.

—¿Detective Vandergelb? Le habla Emily Black —le dijo mientras lo miraba a los ojos con una expresión pícar—. Tengo miedo y necesito que me protejan —añadió y se lo quedó observando, mordiéndose los labios provocativamente.

Matías guardó su teléfono y, desenfrenado como gorila en celo, la abrazó y la comenzó a besar apasionadamente sobre el sofá.

—Vayamos a la habitación, detective. No quiero traumatizar a mi compañera si por esas casualidades llegara a venir más temprano —le susurró al oído. Acto seguido, Matías la alzó como un cavernícola en una sátira animada y se la llevó a upa a la habitación. Allí, se despojaron de sus ropas en tiempo récord y se zambulleron en la cama como dos niños excitados en un pelotero. Emily se colocó encima del detective y le volvió a susurrar: —Tú relájate que yo haré todo el trabajo.

Tras cinco minutos de constante ajetreo, el detective la aferró firmemente de la cintura y la presionó contra su cuerpo para detener el movimiento pélvico. Había llegado al clímax. Emily esperó que este finalizara su descarga y, tras unos segundos, se desmontó de su compañero y se recostó exhausta a su lado para bajar las revoluciones. Cuando los jadeos de ambos se disiparon, Matías manoteó sus pantalones para coger su cigarrera. —¿Quieres uno? —le ofreció.

—Uff, por supuesto. Aunque mi compañera me va a matar por fumar aquí dentro.

—¿Sabes?, siempre había oído que los estudiantes de Medicina eran bastante fiesteros —le comentó el detective mientras le sostenía el mechero para encenderle el cigarrillo.

—No puedo hablar por todos, detective —le dio una profunda calada—, pero, por lo menos a mí, me gusta celebrar la vida —le respondió, ahora exhalando el humo en sincronía con sus palabras.

—¿Estamos bien, entonces? —preguntó Matías, torciendo la boca para no tirarle el humo en la cara.

—¿A qué se refiere, detective? —preguntó curiosa.

—A esto —gesticuló con las manos para hacer referencia a ellos dos.

Emily emitió una carcajada.

—Por supuesto, detective. Para mí, no es más que una forma de sazonar un aburrido domingo. Y, además, créame que me percaté de su anillo...

—Estoy separado... muy recientemente —le aclaró de inmediato.

—Conmigo no hace falta excusarse, detective. No me interesa, la verdad.

—Me hubiese encantado tener una compañera como tú en la Academia —se mofó sonriente, pronto a finalizar el cigarrillo.

—¿Es ese su teléfono? —preguntó Emily al sentir una vibración en el ambiente.

—¡Demonios, sí! Debo volver al apartamento de tu vecino.

Matías se puso de pie y comenzó a vestirse tosca y rápidamente mientras Emily lo observaba divertida desde la cama.

—Detective Mayer, buenas tardes —atendió, después de observar el identificador de llamadas. —Estoy aquí enfrente interrogando a una vecina. Ya mismo salgo a su encuentro. Adiós.

—¿Me regalaría uno de sus cigarrillos antes de irse, detective? —le solicitó Emily, ahora boca abajo y apoyando el mentón sobre las palmas de las manos.

El detective le tendió una vez más su cigarrera y, sin mediar palabra, le guiñó el ojo y se retiró del apartamento.

CAPÍTULO XXVIII

Tras realizarle múltiples cortes al cuerpo ya sin vida del reportero para atraer a las alimañas, el doctor Goering emprendió el regreso a su residencia. Caminando pensativo a través de la densa vegetación, repasó una y otra vez todos los detalles del incidente. No quería dejar ningún cabo suelto que pudiera perjudicarlo en el caso de que encontrasen el cadáver antes de que la naturaleza se encargara de él.

A poco menos de cien metros de la fortaleza, el timbre de llamada de su móvil lo despertó de sus abstracciones.

—Detective Mayer, buenas tardes —lo saludó apáticamente.

—Nicholas, ¿cómo estás?, ¿tienes un minuto? —le preguntó Bernard, algo nervioso.

—Por su tono de voz, detective, no creo que tenga otra opción —se mofó el patólogo.

—Escúchame bien, Nicholas. Tenemos identificado a un potencial sospechoso de los asesinatos. Su nombre es Harold Streicher y es residente de Emergentología en el hospital.

—¿Harold Streicher? Me suena... —pensó en voz alta el patólogo.

—El muchacho parece tener una obsesión con tu persona y con el Nazismo. Según las pericias del equipo del detective Vandergelb, este lunático te ha estado enviando solicitudes de trabajo todos los meses, tanto por *e-mail* como por correo convencional.

—Ahora lo recuerdo —lo interrumpió el patólogo—, es el imbécil de las costumbres hindúes que me encontré agazapado en el baño del subsuelo hace unos días.

—¿En serio?! ¿Y te dijo algo en aquel encuentro, Nicholas? —preguntó curioso el detective.

El patólogo no tenía ganas de entrar de detalles: —No le di oportunidad. Simplemente le ordené que se retirara de allí y accedió sin ninguna objeción.

—Mira qué extraño... —hizo una pausa— ...en fin, el gran inconveniente ahora es que se ha dado a la fuga cuando Vandergelb y la psiquiatra lo fueron a interrogar a su domicilio. Por eso, tenga mucho cuidado —le advirtió—. Sobre todo, ahora que...

—Ahora que le han estropeado su plan original —lo interrumpió.

—Exacto, mi querido Nicholas. No me sorprendería que ahora se focalice directamente en su objetivo principal, si comprendes lo que quiero decir... En tu persona —le remarcó por las dudas.

—Está más que claro. ¿Sabría de casualidad cuánto tiempo transcurrió desde que se dio a la fuga?

—Mmm... no. Pero sí puedo asegurar de que ha pasado por lo menos una hora.

—Ok. —«Tiempo suficiente para llegar hasta aquí», pensó.

El patólogo se despidió del detective Mayer y detuvo la marcha. Resguardándose entre unos arbustos, se agazapó y observó la transmisión de las cámaras de su hogar y los *logs* de incidentes de las últimas horas. Nada fuera de lo normal. De todos modos, desenfundó su Glock nueve milímetros y alzó la cabeza para observar los alrededores. Tras varios minutos de vigilancia, se convenció de que era seguro continuar. Sobre todo, porque desde su posición actual ya se divisaba el enorme paredón blanco de la fortaleza, que contrastaba drásticamente con la vegetación. Sin más preámbulos, se puso de pie y se acercó sigilosamente hasta uno de los laterales para realizar un rápido control del estado estructural.

Hacia varios años que los jóvenes de la ciudad de Gilberstadt veían como un desafío decorar con grafitis la colosal estructura. Esvásticas, penes de varias formas y los nombres de los temerarios artistas callejeros, entre otros, yacían ahora cubiertos por el espeso follaje de la campanilla morada que su propietario había plantado para desalentar aquellas prácticas vandálicas. El patólogo recorrió impasible el perímetro delimitado por la muralla y salió nuevamente a la pintoresca calle de adoquines. Ahora, de frente al imponente portón, intercambió en su bolsillo interno de la chaqueta su Glock 9 milímetros por el control remoto de acceso. Con un clic prolongado, accionaba el mecanismo

de apertura completa y, con dos rápidos y cortos, lo hacía de manera parcial. Dadas las circunstancias, escogió la segunda opción.

Ni bien puso un pie dentro del estéril garaje, un fuerte pinchazo a la altura del omoplato derecho lo descolocó violentamente de su sosiego. Las piernas cedieron y, antes de que pudiera accionar el cierre del portón, se derrumbó como un castillo de naipes. Ante el impacto, el control remoto salió despedido y quedó fuera de su alcance. Le quedaba poco tiempo y debía administrarlo de la manera más eficiente. Se llevó rápidamente la mano izquierda hacia la zona afectada, al mismo tiempo que con la derecha buscaba en su chaqueta su kit de microjeringas. Lo que había sospechado desde el principio se materializó ante sus ojos cuando arrancó de la espalda el dardo tranquilizante que le habían disparado. Sin perder de vista la entrada del garaje, extrajo temblorosamente una ampolla con Flumazenil⁹ y se la inyectó en el muslo.

Faltando apenas unos segundos para que el temporizador instalado cerrase automáticamente el portón, la difusa sombra de una persona en el umbral de la entrada anticipó el inevitable arribo del certero francotirador.

—Buenas noches, doctor Goering, ¿me recuerda? —se anunció el recién llegado sin dejar de apuntarle con el rifle.

El mecanismo de cierre se accionó y ambos quedaron aislados.

—Por supuesto, como olvidar al imbécil de las costumbres hindúes que defeca en mi baño —le respondió desde el suelo, ocultando disimuladamente en su chaqueta la microjeringa que acababa de utilizar.

Harold le disparó dos veces más. Primero en el pecho y después en el estómago. Nicholas lo observaba impasible, mientras calculaba mentalmente la dosis de anestésicos de cada dardo en contraposición con la del agente antagónico que se acababa de suministrar. Los nuevos disparos habían puesto la balanza en favor de su inesperada visita.

—Lamento rotundamente que todos nuestros encuentros sean en circunstancias poco fortuitas, doctor Goering —apoyó el rifle en el suelo y se colocó en cuclillas frente a él—. Sabrá que muy pronto se desvanecerá, por lo que no disponemos de mucho tiempo para una tertulia. Lo único que yo quería era trabajar con usted, ser su discípulo, ¿sabe? Yo no he matado a nadie,

⁹ Droga utilizada para contrarrestar los efectos de las benzodiazepinas.

doctor Goering. Jamás me imaginé que todo esto iba a llegar a este extremo —le explicó, ahora visiblemente acongojado.

El patólogo, sintiendo el acecho de los efectos sedativos, meditó unos segundos: —Tu proveíste los órganos y el cuerpo de mi padre, ¿verdad?

Harold asintió.

—¿Y realmente creíste que a cambio de esos favores terminarías trabajando conmigo?

Harold asintió nuevamente. —Se suponía que iba a tener más tiempo para ganarme su confianza... —le aclaró, intentando contener el sollozo.

—¿Y qué demonios quieres hacer ahora, Harold? —inquirió el patólogo sin perder la compostura.

—He venido a negociar, doctor Goering. Quiero que limpie mi nombre... usted sabe... a su manera ... —hizo una pausa— Sí, doctor Goering, sé que se codea con las altas esferas y que todos estos hacen la vista gorda a sus turbios asuntos...

—¿Y si me niego?

—Me temo que nunca se despertará de la sedación —sentenció el joven residente. ¿Está dispuesto a asumir ese riesgo?

El patólogo suspiró. No contaba con mucho más tiempo. —De acuerdo, me parece justo. Pero antes... —Cerró lentamente los ojos y simuló desplomarse, vencido por los efectos del anestésico.

—¡Maldita sea! —vociferó el residente de Emergentología. Quería seguir conversando. Nervioso, se puso de pie, sacó su teléfono móvil y comenzó a moverse dentro del recinto en busca de un sector donde hubiera señal suficiente para enviar un SMS. Cuando por fin encontró el lugar, comenzó a teclear velozmente el mensaje sin percatarse de que su admirado personaje ahora le apuntaba desde el suelo con su Glock 9 milímetros.

—Harold...

El joven se paralizó y levantó la mirada lentamente: —¿Qué demonios? Ni un caballo resistiría la dosis de tres dardos... —balbuceó—. Por favor, doctor Goering, no dispare... —le suplicó a continuación—. No pretendía hacerle daño, se lo juro. Recuerde que soy el único nexo con la persona que está detrás de todo esto. Sin mí... — Pero antes de que pudiera terminar de hablar, el patólogo apretó el gatillo.

Harold cayó de rodillas y se llevó las manos al vientre. La sangre había comenzado a brotar.

—Lo lamento, muchacho, pero detesto que me adelanten el desenlace de una historia—replicó irónicamente. Y con sus últimas fuerzas, se recostó suavemente en el suelo y se desvaneció.

Personajes

Nicholas Goering	El patólogo.
Angélica Grunnewald	Psiquiatra de la ciudad de Gilberstadt.
Simón Grunnewald	Hijo de Angélica Grunnewald.
Matías Vandergelb	Detective de la ciudad de Gilberstadt.
Bernard Mayer	Veterano detective de la ciudad de Heimstadt.
Clara Richter	Amiga de Simón, paciente del hospital de Heimstadt.
Friedrich Oppenheimer	Alcalde de Heimstadt.
Fritz Fleischmann	Cardiólogo de 83 años, vecino de Angélica.
Helga Bitterman	Vecina de Angélica Grunnewald.
Roberto Giovannopietro	Delincuente incapacitado por el doctor Goering.
Mario Giovannopietro	Hermano de Roberto Giovannopietro.
Jorge Giovannopietro	Hermano de Roberto Giovannopietro.
Eva Schneider	Telefonista de la Jefatura de Policía de Heimstadt.
Micaela Vandergelb	Esposa de Matías Vandergelb.
Anna Vandergelb	Hija de Matías Vandergelb.
Ruprecht Kohler	Cirujano cardiovascular, jefe del Dpto. de Trasplantes.
Mirna Hagel	Recepcionista del Depto. de Trasplantes.
Millie Chamberlain	Asistente del detective Mayer y el detective Vandergelb.
Elena Markova	Enfermera antipática del pabellón pediátrico.

Gertrudis o Trudy	Enfermera regordeta del pabellón pediátrico.
Marcia Brunner	Madre de Katja y nefróloga del hospital.
Katja Brunner	Compañera de Simón del conservatorio.
Profesor Kronenberg	Profesor de música del conservatorio.
Magda Engels	Esposa de Friedrich Oppenheimer
Maximilian Engels	Padre de Magda Engels y exalcalde de Heimstadt
Clarisa Burstein	Recepcionista del hospital durante los fines de semana
Hans Werner	Contador retirado a cargo de la Administración del hospital durante los fines de semana
Dora Pinker	Encargada de la cafetería del hospital
Julia	Empleada de la cafetería del hospital
Bastian Kruger	Empleado del departamento de Informática del hospital
Konstantin Wilhem	Jefe del departamento de Informática del hospital
Gracie Krupp	Vecina de Angélica Grunnewald
Arthur Milan	Encargado de la farmacia del hospital
Caleb Brunner	Hermano menor de Katja.
Latin Lover	Escort masculino de la ciudad de Gilberstadt
Denis Ruhl	Encargado de turno del <i>Data Center</i>
Harold Streicher	Residente de Emergentología del hospital de Heimstadt
Gerald Heinze	Reportero inescrupuloso de Gilberstadt.
Emily Black	Estudiante de Medicina de Heimstadt y vecina de Harold.
Ingrid	Compañera de piso de Emily Black

Agradecimientos

No quería dejar pasar la oportunidad para agradecer a todas las personas que han dedicado parte de su tiempo para leer *El Patólogo*. Pero, en especial, quería agradecer de corazón a las siguientes personas:

- El escritor español Roberto W. Conde Schuh, autor de *El inquilino de la Alhambra* y *Detrás de las sonrisas de Bangkok*. Tuve el honor de que Rob fuera el primer lector del libro y el primero en darme su opinión. Rob, tus palabras y consejos serán siempre agradecidos. Te deseo el mayor de los éxitos en todos tus emprendimientos.

- Carmen Boza Hidalgo. Otra persona muy especial que he tenido el gran gusto de conocer a raíz de *El Patólogo*. Gracias por todas las reseñas increíbles que has hecho y por incentivar me en cada diálogo que compartimos a que siguiera escribiendo. ¿Qué más puedo pedir que, alguien que ha leído hasta la biblia, haya disfrutado de la historia? Pura envidia (sana) de poder leer tanto como tú, Carmen. Espero que te animes y publiques algún día lo que escribes.

- A todo el equipo de *negraymortal.com*, en especial a Blai Garrigues, por su increíble labor de promover la literatura del género negro desinteresadamente. Muchas gracias por haberle dado un espacio a *El Patólogo* en vuestro *website* y redes sociales. Eternamente agradecido.

Y muchas gracias a todos los que se han tomado la molestia de escribir su opinión, ya sea por e-mail o por las redes sociales.

Hasta la próxima entrega.

Max Kroennen.

